

6

5886



HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS.



HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HASTA EL TRIUNFO DE LA MADRE DE DIOS

EN EL CONCILIO DE ÉFESO EL AÑO 431,

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

TOMO IV.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID.—1867.

—
IMPRENTA DE TEJADO, SILVA, 47 Y 49, BAJO.

SIGLO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO.

Estado del mundo en los primeros años del siglo quinto. San Juan Crisóstomo en Asia. Injusticias de Teófilo de Alejandría. Fuga de monges perseguidos. Contienda científica sobre los escritos de Orígenes: condenaion de sus errores por el Papa San Anastasio. Conducta y obras de Rufino. Esfuerzos de la caridad de San Juan Crisóstomo por reconciliar á los monges perseguidos con Teófilo de Alejandría. San Epifanio toma parte en esta lucha: su muerte.

Parece que en los primeros años del siglo quinto quiso la Providencia divina mostrar cuánta flaqueza puede verse en lo mas encumbrado de las dignidades humanas y de los poderes públicos, y al mismo tiempo cuán admirable fortaleza ha puesto en los magnánimos pechos de sus Santos. En aquellos mismos dias, en que el antiguo coloso del romano imperio se iba como deshaciendo entre las débiles ma-

nos de Arcadio y de Honorio, San Juan Crisóstomo en Constantinopla era una invencible roca en que se estrellaban las tempestuosas oleadas de las maldades prepotentes, San Gerónimo en Belen luchaba con todo género de hereges y de heregías, y San Agustín en África desbarataba las huestes donatistas y maniqueas. Diríase que la escasa vida, que entre las garras de los bárbaros dominadores, especialmente Hunos y Godos, quedaba á los trémulos imperios de Occidente y Oriente, era debida al saludable influjo del cristianismo. Sus doctores insignes defendían la verdad, consolaban á las víctimas de espantosas calamidades, y por medio de sus celestiales enseñanzas vivificaban el amortecido cuerpo de aquella sociedad.

El primer año de este siglo quinto fue el Crisóstomo invitado á ir al Asia á poner un remedio á los graves males, que affigian á varias de sus Iglesias; y á pesar de hallarse enfermo y ser la estacion de invierno muy contraria á semejante viaje, no desoyó la voz de la caridad, que aconsejándosele resonaba en lo íntimo de su alma. Se embarcó, y bien luego tuvo que sufrir los embates de una furiosa tempestad, durante la cual no le fue posible tomar alimento alguno. Llegado á Éfeso, convocó un Concilio, que compusieron setenta

Obispos de la Lidia, Asia y Cária, y en él depuso á seis convictos del feo delito de simonia. Dió á la ciudad de Éfeso un excelente Obispo, y regresó á Constantinopla. En esta su metrópoli halló el mas afectuoso y entusiasta recibimiento, y él por su parte manifestó á su pueblo que durante su ausencia le habia llevado en la memoria y en el corazon. Pero en una ciudad tan populosa y en medio de una corte como la de Arcadio, no podian faltar enemigos al santo Prelado, que tronaba contra todo género de vicios, declarándoles una implacable guerra en nobles y en plebéyos. Lograron sus adversarios irritar el veleidoso ánimo de la Emperatriz Eudisia, calumniando al Crisóstomo, y buscaron cómplices de la inícua trama muy lejos de Constantinopla: prestóse á entrar en ella Teófilo, Obispo de Alejandría, que abrigaba en su pecho bastardos sentimientos de rencorosa envidia.

Ni era la vez primera que Teófilo rompía el valladar de la justicia, y atropellaba á la inocencia: se habia ensañado en el santo presbítero Isidoro, llamado el hospitalario, porque tenia bajo su direccion en Alejandría un magnífico hospital. Isidoro, que gozaba de los carismas de Dios, despues de haber merecido á los Obispos de Alejandría el mayor aprecio y la mas íntima confianza, hubo de refugiarse á los

monasterios de la Nitria gobernados por cuatro célebres monges conocidos en su tiempo y despues en la historia con la denominacion de los hermanos grandes ó largos, que les vino de su estatura elevada, siendo sus propios nombres Anmonio, Dióscoro, Eusebio y Eutimio. Eran estos universalmente respetados por sus altas virtudes y por su ancianidad venerable, y el mismo Teófilo les habia en otro tiempo dado las mayores pruebas de estimacion; pero á causa de haber acogido al santo presbítero Isidoro el hospitalario, les hizo una guerra cruelísima, y entre otras maldades que cometió, se mancilló con la calumnia de llamarlos herejes origenistas, y como á tales les fulminó sentencia de excomunion en un sínodo, que reunió con este intento malévoló. Pasó adelante su aviesa animosidad: pidió auxilio al brazo secular para perseguirlos, y con gente armada fue á los desiertos de la Nitria, donde á su saña dió rienda suelta. Los hermanos grandes se escondieron al principio, y poco despues huyeron á Palestina seguidos de otros muchos monges; ni allí lograron quietud, pues Teófilo con sus cartas y emisarios movió contra ellos los ánimos de las autoridades de aquel país. Viéronse precisados á emprender nueva fuga, y se dirigieron á Constantinopla á pedir amparo y justicia.

Entretanto, Rufino que desde Palestina llevaba en su alma una grande aficion á los escritos de Orígenes, desembarcó en Italia; y habiéndose hospedado en el monasterio de Pine-to, gastó su tiempo y su ingenio en traducir al latin las cinco Apologías, que el mártir San Pánfilo hizo de Orígenes, á las cuales añadió otra suya. Ni contentándose con esto, se dió á traducir la perniciosa obra de Orígenes intitulada: *Los principios*. En su prólogo habló de San Gerónimo con alabanzas, que al santo Doctor de Belen le parecieron con justa causa injuriosas por lo que de un modo indirecto perjudicaban á su buen nombre y suponian menoscabada la pureza é integridad de su fé. Y con efecto, en dicho prólogo aparecia San Gerónimo como apasionado partidario de Orígenes, cuando en verdad entonces era su mas terrible enemigo. Vindicóse el Santo por escrito con la vehemencia y fuerza de ingenio que le eran propias: trabóse ardiente lucha entre el Santo y el defensor de Orígenes; y en Roma sostuvieron el partido de San Gerónimo, que era el de la verdad católica, San Pamaquio y Occéano divulgando sus escritos y moviéndose contra Rufino.

En medio de esta acalorada contienda murió el Papa San Siricio, y ocupó su elevadísimo puesto San Anastasio, Pontífice de rele-

vantes prendas, que condenó los errores de Orígenes nuevamente divulgados por sus discípulos. Santa Marcela, como sabemos por un ilustre testimonio de San Gerónimo, tuvo una gloriosa parte en la condenacion de aquellos errores por el celo con que los puso en conocimiento del Sumo Pontífice Anastasio, rogándole que los anatematizára. Sin embargo, Rufino escribió á su Santidad procurando disculparse, y haciendo una profesion de fé. San Gerónimo dejó al fin de mover la pluma contra Rufino, sin duda por el buen efecto que en él produjo una sentida carta de San Agustín, en que este sol del África se mostraba escandalizado de la guerra, que se hacian por escrito dos personas, á quienes antes habia unido la amistad con dulces lazos. Varian los historiadores en el modo de narrar los sucesos relativos á la aciaga polvareda, que contra sí levantó Rufino con su desatentada traduccion de la obra de los *Principios* de Orígenes. Pero de cuanto dicen unos y otros se deducen tres cosas positivas: 1.^a que el escándalo y el alboroto fueron grandes en Occidente: 2.^a que el Papa San Anastasio se declaró en contra de Orígenes y de Rufino, y se puso de parte de San Gerónimo y de Teófilo de Alejandria, que como hombre docto habia refutado con buenas razones los errores de los origenistas: 3.^a que

Rufino, si bien hizo cuanto pudo por defenderse, no se obstinó en la herética pravedad origeniana. De él dice Rohrbacher que continuó gozando del aprecio de varios personajes santos, que ocupaban sillas episcopales. Después tradujo la historia eclesiástica de Eusebio, y la continuó hasta la muerte de Teodosio el grande.

En medio de las disputas suscitadas por la imprudente version de Rufino, pasó á gozar de Dios el celoso Pontífice San Anastasio, y le sucedió otro no menos santo, que fue el esclarecido Inocencio.

Mientras esto sucedia en Occidente, llegaban á Constantinopla los cincuenta monges egipcios, que la persecucion de Teófilo habia hecho salir de Palestina, y se arrojaban á los piés de San Juan Crisóstomo, y se los regaban con sus lágrimas, suplicándole que los amparase. No pudo menos de conmovirse el Crisóstomo y de mezclar sus lágrimas de compasion con las de aquellos atribulados siervos de Dios, y enterándose de los motivos de su fuga y presente afficcion, los consoló prometiéndoles hacer oficios de mediador entre ellos y el acalorado Teófilo. Pero la carta que con este fin escribió al Obispo de Alejandria, lejos de conseguir su laudable objeto, fue ocasion de que se ensañara de nuevo el perseguidor

de los monges injustamente acusados de origenismo: depuso Teófilo de su silla á Dióscoro, que era Obispo de la pequeña ciudad de Ermópolis, y hermano de los monges largos; y al llegar á sus oídos el falso rumor de que el Crisóstomo no contento con haber socorrido en lo temporal á los cincuenta monges egipcios, también los había admitido á la comunión espiritual, resolvió llevar á cabo su propósito preconcebido de volcar de su trono episcopal al sapientísimo y santo Obispo de Constantinopla, quien lejos de haberle agraviado, se manejaba con la mas esquisita prudencia y delicadeza. Y con efecto, hizo el Crisóstomo cuanto estaba á su alcance para templar los ánimos de unos y otros contendientes; pero ni los mismos monges, que él amparaba, quisieron prestarse á sus consejos paternales y conciliadores.

Teófilo con una carta mañosa indujo á San Epifanio á ponerse de su parte, reuniendo un sínodo, en que se condenaron los errores de Orígenes. No satisfecho con esto el sobreexcitado celo de San Epifanio, escribió al Crisóstomo para persuadirle á hacer lo mismo. Pero Juan Crisóstomo advirtió que en todo aquello había mas animosidad que justicia respecto de los monges refugiados en Constantinopla, cuya inocencia en orden á la fé tenía conocida; y

así tomó el partido de no mezclarse en tan ruidoso negocio sino para conciliar y pacificar, si posible le fuera, á los beligerantes.

Acudieron los monges en demanda de justicia y proteccion á la Emperatriz Eudosia, y la hallaron favorable á sus deseos. Dispuso Eudosia por complacerlos que se trajera de Alejandría á Teófilo para formarle causa, y sus emisarios fueron encerrados en la cárcel, donde algunos de ellos murieron.

Cuando Teófilo se vió compelido á presentarse en Constantinopla, escribió á varios Obispos de su partido para que se trasladasen á aquella capital á fin de favorecer su causa. Y tal se cree que fue el objeto del viaje de San Epifanio á Constantinopla, donde el Santo á título de prevencion contra los origenistas no correspondió á las finezas y delicado comedimiento de San Juan Crisóstomo para con él. Le habló con entereza San Teótimo, Obispo de Tómis, negándose á las instancias que le hacia para que condenára á Orígenes y sus obras, de cuyo hecho infiere el prudentísimo Cardinal Orsi que acaso tengan razon los autores que atribuyen á exageracion de San Gerónimo la noticia, que por él ha llegado hasta nosotros de haber condenado el Papa San Anastasio los escritos de Orígenes. Sea lo que fuere de esto, San Epifanio hubo de modificar sus

opiniones respecto de los perseguidos monges largos á consecuencia de habersele presentado Anmonio, que era uno de ellos, y habládole en un lenguaje lleno de verdad y franqueza. Ya regresaba el santo Obispo de Salamina á la isla de Chipre, cuando la muerte le hizo pasar desde la nave en que iba al puerto de la eternidad.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

La Emperatriz Eudosa y Teófilo persiguen á San Juan Crisóstomo: en vano se declaran por él cuarenta Obispos y el pueblo de Constantinopla: es arrancado de su Iglesia. Combates sangrientos. Ira de Dios. Triunfal regreso de San Juan Crisóstomo á Constantinopla: su inocencia vindicada por sesenta Obispos.

El astuto Teófilo dilató su viaje á Constantinopla todo el tiempo que le fue posible. Y entretanto los enemigos del Crisóstomo encendieron contra él en ira femenil el pecho de la Emperatriz, calumniando al Santo. Eudosa crédula, soberbia, irritada y vengativa, solo pensó en los medios de oprimirle con todos los recursos de su intrigante poderío, y en su consecuencia persuadió al débil Emperador Arca-

dio que á la mayor brevedad hiciera venir á Teófilo, de quien ella sabia que era acérrimo enemigo del Prelado de Constantinopla. Saber Teófilo las nuevas disposiciones del ánimo de Eudisia y ponerse en camino para secundarlas fue todo uno. En Calcedonia reunió un conciliábulo contra el Santo, llegó á Constantinopla, y pronto abrió contra él un proceso fundado en las calumniosas acusaciones de dos diáconos justísimamente depuestos por sentencia de su legítimo Pastor, á pesar de que el ejemplarísimo Juan hacia muy poco que habia rehusado ser juez de la causa de Teófilo. ¿Pero á qué detenernos en la narracion de los indignos manejos de Teófilo, que halló hombres sin conciencia que secundáran sus intentos malévolos? Baste decir que la corte de Constantinopla estaba decidida á proteger y llevar á cabo la inícuca trama urdida contra el Crisóstomo, y que lo hizo con todo el peso de su imperial autoridad. En vano cuarenta Obispos y entre ellos siete metropolitanos, reunidos alrededor del Crisóstomo, reclamaban y daban por nulo todo lo hecho contra él por Teófilo y sus secuaces en el conciliábulo llamado de la Encina; las violencias de la injusticia pudieron mas; se atropellaron los santos fueros de la razon y del derecho. Tocando ya el Crisóstomo este resultado, se volvió á los cuarenta Obispos que le

rodeaban, y movido de espíritu superior, les dijo: «Rogad á Dios por mí, y si amais á Jesucristo, ninguno de vosotros abandone su Iglesia por mi causa, porque ya muy pronto voy á ser sacrificado.» Estas palabras produjeron en aquellos Obispos un sentimiento imponderable. Unos desahogaban su dolor llorando; otros le besaban los ojos, la frente y los labios; todos se enternecian; estos prorumpian en suspiros, y aquellos daban señales de querer ya salir de la asamblea; pero Juan les ordenó que se detuviesen, tomasen asiento y dejaran de llorar, y añadió: «Mi vida es Cristo, y mi ganancia la muerte. Acordaos de lo que siempre os he dicho; la vida presente es un camino por donde pasan las cosas tristes igualmente que las alegres. El siglo presente es un mercado, en donde hemos comprado y vendido, y ahora nos vamos. ¿Somos acaso nosotros mejores que los Patriarcas, Profetas y Apóstoles, para que debamos tener la vida presente por inmortal?» Decia esto, porque corrian voces de que se intentaba darle muerte.

Mandó Arcadio que se privára á San Juan Crisóstomo de su Iglesia, y se le llevára desterrado, y encargó á un conde la ejecucion de estas órdenes, y los soldados se pusieron en movimiento para hacerlas cumplir. Empezaban á caer las sombras de la noche cuando el pue-

blo de Constantinopla supo la sentencia que iba á arrancarle á su amado Pastor, y al instante se tumultuó. Pedia á gritos que el Santo fuese juzgado en un Concilio legítimo. Corrió á rodear la Iglesia en que se hallaba su Obispo, y estuvo toda la noche velando para que no se le arrebatáran las tropas del Emperador. En semejante actitud permaneció tres dias olvidado hasta de la necesidad de alimentarse. En uno de ellos pronunció el Crisóstomo un discurso admirabilísimo, en que resplandece su caridad para con su grey amada, la vehemencia de su zelo, su profunda filosofía cristiana y su entera conformidad con las disposiciones de Dios. Por último, se retiró el pueblo, y el varon santo se puso en manos de sus perseguidores, que al instante le llevaron por mar al puerto de Geron, y desde allí por tierra hasta los campos de Preneto, poblacion situada al frente de Nicomédia. Inmediatamente se apoderaron de Constantinopla el pavor y la consternacion; y al mismo tiempo hicieron en ella alardes de vano triunfo los enemigos de su santo Pastor. Llegando á su colmo el sentimiento y la indignacion del pueblo, se trabó cruda lid con las falanges de sus opresores, y la sangre manchó sus calles y hasta el sagrado templo.

Victorioso el inicuo Teófilo pensaba ya en

dar un sucesor al Crisóstomo, cuando se hizo sentir la ira del Omnipotente: en una noche tremenda se estremecieron varias veces los cimientos de Constantinopla; y sus espantosos temblores, y un desusado estruendo que oyó en su misma habitacion, aterraron de tal suerte á la Emperatriz Eudisia que corrió despavorida á pedir á Arcadio con lágrimas y sollozos la restitution del Santo á la ciudad, pues tan claramente hablaba el cielo en su favor. Arcadio se rindió á los ruegos y suspiros de su Esposa, que arrodillada á sus piés se los regaba con sus lágrimas. Ella y él estaban penetrados de espanto, y volaron las órdenes y los mensajeros que iban en busca del Crisóstomo para volverle á Constantinopla. Al difundirse tan feliz noticia todo el Bósforo se cubrió de alegres embarcaciones, que salian á su encuentro; y mil festivos vítores y aplausos henchian los aires de jubiloso alboroto, que subia hasta las nubes. Sin embargo, el Santo Prelado queria que antes de su regreso á Constantinopla hiciese notoria su inocencia al mundo entero el juicio y la favorable decision de un numeroso Concilio. Empero aquella resplandecia tanto que jamás se habia visto empañada ni por las sombras de la calumnia, ni por los tumultuosos nublados de la autoridad imperial; é impaciente el pueblo instaba á

su querido Pastor que cuanto antes volviera á sus brazos á recibir las tiernas efusiones de su afecto encendido y á disipar con su presencia hasta el recuerdo de su reciente dolor. No era posible que San Juan Crisóstomo resistiese á súplicas acompañadas de tanto amor y de emociones tan vivas: pasó á la ciudad, y su entrada en ella fue un triunfo incomparable por la religiosa pompa, alegría y amor con que su gran pueblo le recibió. Mas todo en tan magnífica fiesta estaba inspirado y ordenado por la piedad cristiana, y al Rey del cielo se elevaban los cantares de la victoria. En su alabanza resonaban himnos y salmos; á él se daban las mas rendidas gracias, y á él se volvía el agradecimiento de los corazones. ¿Y qué diremos del mismo Crisóstomo? Para solo Dios vivía, solo en Dios respiraba, y á solo Dios y á su bendito nombre consagró los dos bellísimos discursos, con que consolando á su pueblo, atribuyó al Señor toda la gloria.

Con instancia clamaba el Crisóstomo porque se reuniese un gran Concilio, que testificase á la faz del mundo su inocencia y anulase todo lo hecho contra él en el conciliábulo de la Encina. Teófilo con los suyos habia, por decirlo así, desaparecido, restituyéndose á Egipto; y aunque el Emperador le instaba á que volviese, no condescendió, alegando excusas va-

nas. Pero se fueron reuniendo en Constantino-
pla sesenta Obispos , los cuales formalmente
declararon nulas todas las actuaciones del con-
ciliábulo de la Encina en contra del inculpable
Juan. Y este, puesta en mas clara luz su ino-
cencia, ya sin recelo continuó desempeñando
las funciones de su sagrado ministerio.

CAPÍTULO III.

SUMARIO.

El donatista Petiliano. Triunfos y varias obras de
San Agustin. San Posidio. Leyes de Honorio
contra los donatistas. Conversiones de muchos
sectarios. Furor y delitos de los circumceliones.
Templanza y lenidad de los Obispos católicos.
La Providencia salva la vida de San Agustin:
nuevos triunfos y escritos del santo Obispo de
Hipona. Nueva persecucion hecha á San Juan
Crisóstomo. Derramamiento de sangre. Recurso
de San Juan Crisóstomo al Sumo Pontífice: sen-
tencia del Papa San Inocencio.

San Agustin en el África era el sol , que
desvanecia las tinieblas de la heregía de los
donatistas. Pusieron estos los ojos en un tal
Petiliano, abogado en Cirta , capital de la Nu-
midia, quien les pareció á propósito por su

elocuencia para Obispo de aquella ciudad y campeón de su cisma, aunque era catecúmeno de la Iglesia católica. Y tan rara como fue esta elección, fue también el singularísimo porte de Petiliano. Opuso una formal y decidida resistencia á su extraño encumbramiento; pero habiendo los donatistas triunfado de él en lo material con la violencia, el príncipe de las tinieblas logró igualmente vencer y trastornar su ánimo de tal manera que en efecto luego que se vió hecho obispo de la secta acaudilló Petiliano á los enemigos de la verdadera esposa de Jesucristo, calumniándola con vil audacia en un escrito, que contra ella publicó. Pero el invencible atleta de la Iglesia, que él vulneraba, respondió á sus calumnias con tres libros, que las desvanecieron como el humo. San Agustín se valía en ellos de argumentos, que no admitían réplica, pues manifestaba que los obispos donatistas no tuvieron escrúpulo de obrar del mismo modo que los católicos con motivo del fraccionamiento ocurrido en el seno de su mismo cisma. Por aquel tiempo escribió asimismo el santo Obispo de Hipona su refutación de una carta del donatista Parmeniano, sus siete libros del bautismo, y su incomparable Tratado de la Unidad de la Iglesia y sus libros contra el donatista Cresconio.

Incansable San Agustín en buscar á los do-

natistas para convertirlos, hacia frecuentes viajes do quiera que su presencia fuese necesaria para argüir con ellos ó recibir con blandura á las ovejas extraviadas, que desearan volver al redil del Pastor divino. En una de esas sus apostólicas expediciones vióse muy claramente que la Providencia velaba por guardarle la vida, pues esperándole los Circumceliones para darle muerte en un camino, por donde necesariamente habia de pasar, el guía que le conducia equivocó la senda, y tomó otra, que si no llevaba en derechura al punto prefijado, era la destinada por Dios para librarle del homicida furor de los circumceliones. Exasperábanse estos con las medidas, que contra ellos dictaban los magistrados en cumplimiento de su deber de velar por la conservacion del orden público, y desfogaban su saña particularmente haciendo el blanco de ella á los presbíteros, que desengañados de sus errores habian abandonado las banderas del cisma. De este número fueron Restituto, Marcos y Marciano.

Aunque San Agustin era siempre el adalid primero en la santa causa de Dios y de su Iglesia, otros muchos Obispos africanos imitaban su celo y sus esfuerzos por la conversion de los cismáticos, y lograban sacarlos del abismo de sus heréticas tinieblas. Sin embargo, los Obispos donatistas rechazaron la pacífica

proposicion que los Prelados católicos les hicieron de tener con algunos de ellos una conferencia, en que se discutiesen y ventilasen amistosamente las principales cuestiones, que ocasionaban la division funesta. San Posidio, Obispo de Calama, propuso este acuerdo tomado por los Prelados católicos en un Concilio de Cartago, á Crispino, Obispo donatista de la misma ciudad; y no solo recibió una repulsa llena de orgullo y desden, sino que fue objeto de las mas atroces y furiosas violencias por parte de otro Crispino, presbítero y pariente de aquel obispo donatista. Ante el gobernador de Numidia, y despues ante el proconsul de África, se siguió causa criminal al Obispo de Calama por no haber querido castigar los delitos cometidos por el presbítero de su secta; y Crispino neciamente obstinado apeló de la sentencia al Emperador. Tuvo su apelacion el éxito, que esperaban las personas sensatas. Segun las leyes de Teodosio los hereges donatistas estaban condenados á pagar una multa de diez libras de oro; y en el curso del proceso como último resultado, disputando con él San Posidio, le convenció de estar tiznado con el delito de heregía, y en su consecuencia se le impuso dicha multa; y el Emperador no solo confirmó aquella sentencia condenatoria, sino que la hizo extensiva á todos los demás

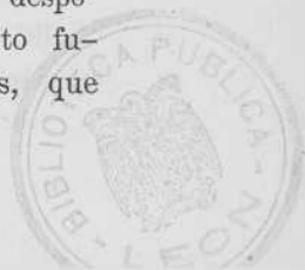
donatistas. Empero los Obispos católicos, y especialmente San Agustín, poniendo de manifiesto cuán dulce y cuán benigno es el espíritu de la verdadera religion, se empeñaron en alcanzarles el perdón de esa pena, y con efecto lo alcanzaron.

Mas viendo los Obispos católicos del África que los donatistas, y señaladamente los circumceliones con sus crueles desmanes impedían la conversión de muchos y á otros hacían cruda guerra, se reunieron en Concilio á fin de poner coto á tamaños males, y en él resolvieron enviar al Emperador dos Obispos, que reclamasen la represión de tan punibles excesos. Una de las víctimas del furor de los donatistas fue Maximiano, Obispo de Bagay, quien habiendo conservado la vida como por milagro pasó el mar, y se presentó al Emperador á pedirle justicia; y esta y otras varias reclamaciones hicieron que Honorio castigara á los donatistas con mucha mas dureza de la que deseaban los Padres reunidos en Cartago. Así es que cuando llegaron los dos Obispos comisionados, ya se habían publicado las leyes que ellos solicitaban.

Honorio en su ley contra los donatistas se propuso arrancar de cuajo la mala yerba de su ponzoñosa herejía, y proporcionó los castigos á las clases de los delincuentes y á sus deli-

tos, limitándose á penas pecuniarias respecto de los legos, cuando no se hubiesen extremado en la maldad cometiendo horribles crímenes; á los Obispos y clérigos los desposeía de sus iglesias y los expulsaba. Las leyes represivas de Honorio produjeron en el África los mas admirables resultados. No parece sino que Dios estaba esperando el momento en que se publicasen para mover los corazones de los cismáticos á abandonar las banderas del error y pasarse á la santa y verdadera milicia de Jesucristo. El miedo de los castigos les hizo examinar el cisma y la heregía en que vivían para determinarse á tomar un partido, y reconocieron que en tornar al seno de la unidad no había peligro alguno para sus almas sino mucha y segura ganancia. Convirtiéronse hasta los circumceliones. En Cartago fue solemne la reconciliacion y entrada de los donatistas en el gremio de la Iglesia, siendo bastante menor el número de los sectarios, que en las demás provincias permanecieron obstinados.

Pero subió de punto el frenesí y la furia de estos miserables: cual poseidos por el espíritu infernal iban por todas partes asolando los campos y saqueando las casas, á las cuales pegaban fuego despues de haberlas despojado. Por aquí puede inferirse con cuánto furor y crueldad trataban á los católicos, que



caian en sus manos y especialmente á los sacerdotes. Cometieron tan abominables excesos en la Numidia; y en Cirta capital de la provincia, en Bagay y en todo el obispado de Pudenciana destruyeron las Basílicas, destrozaron los altares, quemaron las iglesias, robaron los ornamentos, y arrojaron al fuego los sagrados libros, aunque decian que la causa de su separacion de la Iglesia católica era el que durante la persecucion de Diocleciano habian los Obispos católicos entregado á los idólatras para que los quemasen aquellos mismos libros santos. Tal es la ceguedad y loca inconsecuencia de los sectarios. El obispado de Hipona era el principal blanco de sus furores; y así como San Agustin se distinguia entre los demás Prelados por su celo y caridad en solicitar su conversion, así tambien ellos le profesaban un ódio mas especial.

Obtuvo por este mismo tiempo el sublime Doctor del África un brillante triunfo sobre el maniqueo Félix, que era en su secta uno de los mas sagaces adalides: habiéndole invitado á disputar con él públicamente en la iglesia, por dos veces le confundió, y en la segunda polémica consiguió que abjurase sus errores y anatematizase al autor de su heregía.

De palabra y por escrito hacia San Agustin una incesante guerra á los maniqueos. Contra

ellos publicó por entonces su libro de la naturaleza del bien y otro con que impugnó la carta de Secundino. Sus cartas al conde Pasencio prueban que también esgrimió la espada de su celo y sabiduría cristiana contra los arianos.

Desgraciadamente fue de muy breve duración la paz, ó mejor dicho, la tregua que sus enemigos concedieron al Crisóstomo. Conociendo estos el genio altanero de la Emperatriz, imaginaron, y con razón, que había ella de darse por ofendida de las invectivas que el Santo predicador fulminaba contra los vicios reinantes. Así sucedió. Eudisia hizo levantar una estatua suya de plata delante del magnífico templo de Santa Sofía: gentiles, hereges y malos cristianos cometieron para celebrarla mil escándalos, y el esclarecido guardian de la moral se vió obligado á reprenderlos con su tronadora elocuencia. Esta primera ocasión era la que aguardaban sus enemigos para delatarle á la Emperatriz, pintándosele cual su más descarado é impudente ofensor. Les dió crédito la rabiosa y enconada Princesa, y desde aquel instante, determinada la persecución del Pastor santo, solo se pensó en los medios de llevarla á cabo, atropellando todas las leyes. Fue elegido por caudillo de la conspiración el mismo Teófilo, á quien se escribió instándole á que volara á

Constantinopla. El resultado de las maquinaciones, de la intriga y de la calumnia fue la nueva reunion de los enemigos del Santo apoyados por la corte, los cuales con arreglo á un cánón del conciliábulo arriano de Antioquia, hecho expresamente contra San Atanasio, y anulado no solo por su origen, sino tambien por el menosprecio práctico del Papa San Julio y de todos los Obispos del mundo católico, sostuvieron que el Crisóstomo no tenia derecho á alegar las pruebas de su inocencia, por cuanto conculcando aquel supuesto cánón habia vuelto á sentarse en el episcopal trono de Constantinopla. Reclamaron, pero en vano, contra tan falso apoyo de iniquidad muchos Obispos, que arrostraban las iras de los Emperadores. Mas no tratándose de juzgar al Santo Patriarca sino de condenarle, se declaró válida la sentencia de deposicion, que contra él pronunció del modo mas ilegal, violento y anticanónico el conciliábulo de la Encina sin oírle, ni admitir sus recusaciones, ni sus apelaciones á un verdadero Concilio. Viendo que el Santo y otros cuarenta y dos Obispos no hacian caso de semejante sentencia, sus enemigos, temerosos del pueblo que amaba en extremo á su Obispo, recurrieron á alcanzar otra sentencia del mismo Emperador, le hostigaron y por fin consiguieron que reiterase su cruel mandato de privar al Santo

de su Iglesia. Este sin embargo por no dejarla sin pastor legítimo y por no manchar su conciencia, obedeciendo á una autoridad que obraba intrusamente fuera del círculo de sus atribuciones, continuó desempeñando su sagrado ministerio. Por otra parte, los cuarenta y dos Obispos que con él estaban, suplicaban á Arcadio que no perturbase la Iglesia con tan injusto y temerario intento; pero los Emperadores se mostraron sordos á sus ruegos, obstinándose en la separacion y destierro del inocente Crisóstomo. Por último, Antíoco y Acacio, que por su furor se distinguian entre los mas acérrimos enemigos del Crisóstomo, obtuvieron gente armada para invadir la casa del Señor. Celebrábanse las solemnes funciones del sábado santo, y estaba llena de devoto pueblo, cuando los ministros del infierno la acometieron con ímpetu sacrílego. Todo fue horror, espanto y derramamiento de sangre inocente. Cubra un espeso velo tan horrendas escenas para que los escándalos de la profanacion y de la furibunda crueldad de los soldados no manchen estas páginas.

Arrojados inhumanamente el pueblo y el Santo Prelado de la iglesia de Santa Sofia, pasaron á reunirse y á continuar la celebracion de los venerandos misterios á unos baños situados en uno de los arrabales de la ciudad.

Allí fueron de nuevo acometidos por los fautores de los desórdenes, que tenían á su disposición soldados de índole fiera recién llegados de la Trácia, y se renovaron las escenas de huidas, confusión, violencias, heridas, muertes y sacrilegios abominables. Al día siguiente, apenas la nueva aurora arrollaba las sombras de la noche, cuando el pueblo fiel salió fuera de la ciudad á continuar las ceremonias santas de aquel día en el campo y en altar improvisado, puesto que no podía hacerlo en las iglesias. También el Emperador madrugó para tomar, paseándose á caballo, los aires de la campiña, y descubriendo á lo lejos una multitud vestida de blanco, preguntó qué era aquello, y los mal intencionados que le acompañaban, le respondieron que era una multitud de hereges, que allí tenían sus conventículos nefandos. Mandó dispersarlos, y á este fin envió su escolta. Los armados ginetes cayeron como una nube de tempestad sobre la muchedumbre de fieles, que de manos de los presbíteros del Crisóstomo estaban recibiendo los santos misterios. Había entre ellos como tres mil catecúmenos, que la noche antes ó aquella mañana se habían bautizado, y por eso se hallaban cubiertos de blancas vestiduras. No eran pocos los niños ni pocas las mujeres devotas, que formaban parte de la piadosa multitud. Sobre tan inocentes

víctimas vinieron los soldados, con espada en mano, fulminando muertes. Sus furiosos caballos atropellaban, y ellos derramaban sangre con los golpes de sus aceros. Ni fue esto solo. Las cárceles se llenaron de sacerdotes por el delito de ser amantes de su sagrado Pastor, y no faltaria razon para decir que los calabozos se convirtieron en templos, pues los fervorosos presos hacian retumbar sus oscuras bóvedas con los salmos del Rey-Profeta y los himnos que se cantan al Señor en las iglesias.

San Juan Crisóstomo recurrió, como era natural, al Sumo Pontífice, Pastor de los Pastores; y el Santo Papa Inocencio, viendo la horrible injusticia con que se le perseguia, le aseguró de su benevolencia y afecto, y se indignó contra Teófilo, á quien escribió igualmente reprobando todo lo hecho en el conciliábulo de la Encina. El Pontífice proponia la reunion de un gran Concilio, que examinada maduramente la causa, hiciese notoria al universo la inocencia de San Juan Crisóstomo; mas no debia esperar ni esperó á la celebracion de tal Concilio para declararla como Vicario de Jesucristo. ¿Qué era, pues, lo que intentaba el Pontífice? Dar mas solemnidad al triunfo del Crisóstomo y que á la glorificacion de su inocencia concurriesen, representados por sus venerables Obispos, el Oriente y el Occidente.

CAPÍTULO IV.

SUMARIO.

Los espectáculos paganos de los gladiadores: heroísmo del monge Telémaco. Ley de Honorio. Destierro de San Juan Crisóstomo. Arsacio. Arrecia la persecucion de que son víctimas el Crisóstomo y su pueblo de Constantinopla.

Los espectáculos de los circos, en los cuales durante el antiguo romano imperio se daban unos á otros la muerte hombres conocidos con la denominacion de gladiadores, fueron sin duda alguna un padron de ignominia para la civilizacion pagana. Eran, por decirlo así, la autorizada organizacion del homicidio y del suicidio. Véase en ellos el bajísimo concepto, que del hombre y de su vida preciosa se tenia en las sociedades gentílicas. Eran una permanente degradacion del humano linaje. Eran una escuela de barbarie, de crueldad y de furor. Eran el triunfo de los príncipes de las tinieblas. Así pues, en el momento en que el bello sol del cristianismo llegára á brillar en el zenit del supremo imperio de la tierra, no los habian de consentir sus rayos bienhechores. Y así fue. Luego que triunfó nuestra divina re-

ligion, el gran Constantino proscribió esos horrendos espectáculos con una ley dada en Beryto, puerto marítimo de la Fenicia; pero como entonces aun era bastante crecido el número de los gentiles sumamente apegados á esas horribles diversiones, pronto cayó en desuso el vigor de su prohibicion. Traspasado de sentimiento un monge del Oriente por ver que en un mundo ya cristiano aun tenia el infierno sus anfiteatros, donde triunfar y solazarse con la muerte de los llamados gladiadores, movido, segun piensa el discreto Cardenal Orsi, por una particular inspiracion del Espíritu Santo, emprendió un viaje larguísimo hasta Roma, metrópoli en otro tiempo de los falsos dioses, y cabeza ya de las naciones convertidas al cristianismo. En Roma se proponia presentar campal batalla al averno. Apareció, pues, en medio del anfiteatro y se puso á exhortar vehementemente á los gladiadores, instándoles á que no cometiesen el gravísimo delito de darse mutuamente la muerte. Se irritó con semejante pretension el concurso avezado á ver correr sangre humana; y el monje héroe de caridad murió á pedradas. Era su nombre Telémaco. Este hecho demasiado notable por ser una protesta sellada con la sangre de un mártir de la caridad contra esos cruelísimos espectáculos, en los cuales se conservaba vivo y entero el es-

píritu del paganismo, movió al Emperador Honorio á fijar en ellos su atencion y á prohibirlos de nuevo de un modo mas eficaz. Tal fue el término de las luchas de gladiadores, baldon ignominioso de la humanidad corrompida y degradada por los hábitos y doctrinas de la fiera idolatría.

Á pesar de las formidables borrascas que combatian su ánimo atribulado, no abandonó el intrépido Crisóstomo su grey querida, ni su palacio episcopal. Arcadio no se atrevia á mayores violencias. Impacientándose los enemigos del Santo porque no acababa de decidirse á favor de ellos la victoria, trataron de asesinarle por medio de dos hombres perdidos y furiosos; pero ambas veces libró á San Juan la divina Providencia, haciendo que fueran descubiertos aquellos dos malhechores antes de que en él claváran sus puñales. Para uno de ellos obtuvo el mismo Santo de la autoridad civil la gracia de que se le perdonára. El otro facineroso antes de que le sujetáran habia herido ó dado la muerte á cuantas personas hicieron ademan de querer prenderle, y sin embargo de que merecia el último suplicio, quedó impune.

Por último el dia 20 de Junio del año 404 un notario intimó al Santo de parte del Emperador que se pusiera en camino para el lugar de su destierro. Y el pacientísimo Crisóstomo,

burlando la vigilancia de su pueblo, que velaba por impedir su salida, se entregó á los soldados que habian de conducirle y fue con ellos embarcado para la Bitinia. Se detuvo algunos dias en esta provincia, y salió de Nicea para la pequeña poblacion de Cucuso, situada á las extremidades del imperio, la cual se le habia señalado por término de su viaje y lugar de su destierro. En la penosa marcha á consecuencia del cansancio y los ardores del sol le sobrevinieron tercianas, y con trabajo pudo llegar á Cucuso.

Pero volvamos los ojos á Constantinopla. Estaba lo mas selecto del pueblo constantinopolitano en la iglesia principal cuando su santo Obispo salió de ella ocultamente; y á fin de que no fuera seguido por la multitud, el llanto y los suspiros de los que tanto le amaban, los satélites del fiero despotismo echaron la llave á las puertas del templo. Y como si no bastáran á la ciega venganza tamañas tropelías, se arrojó esta con la soldadesca armada á acuchillar en la misma casa del Dios Altísimo á aquel místico rebaño de Jesucristo, y la llenó de horror, de espanto, de lastimeros ayes, de sacrilegios horrendos, de sangre y de cadáveres. Pero apartemos de tan abominable escena los ojos consternados. Parece que la indignacion del cielo se apresuró á mostrarse. Un

voraz incendio con señales bastante manifiestas de ser un castigo sobrenatural, devoró el magnífico templo profanado y consumió del Senado toda la parte que miraba al imperial palacio. Dijeron los adversarios del Crisóstomo que á los partidarios de este bendito Santo debía imputarse la gran maldad de aquel incendio. La córte dió oídos á tan pérfida calumnia, y ordenó que el venerabilísimo Pastor fuese cargado de cadenas como culpable de tan enorme delito.

Arsacio que era ya octogenario, fue colocado en su silla de Constantinopla de una manera ilegal y anticanónica. ¿Y qué otra cosa podía esperarse en semejantes circunstancias? Una intrusion, un cisma habia de ser la natural consecuencia de tales antecedentes. No quiso el pueblo fiel comunicar con Arsacio, mirándole como á un lobo, y este laudable alejamiento fue castigado con las mas atroces violencias de la dominante tiranía.

CAPÍTULO V.

SUMARIO.

El Sumo Pontífice y el Emperador Honorio patrocinan la causa de San Juan Crisóstomo. Castigos divinos caen sobre Constantinopla y sobre el imperio de Oriente. Maravilloso exterminio del ejército de Radagastes. Muerte de Santa Paula. La virgen Eustoquio. San Gerónimo y el herege Vigilancio.

Aunque el Santo Pontífice Inocencio no abrigase la mas mínima duda acerca de la inocencia y de las acrisoladas virtudes del Crisóstomo y de la injusticia y perversidad de sus inícuos perseguidores; vinieron á confirmarle mas y mas en este juicio las cartas de quince Obispos del Sínodo de Juan traídas por Eulísio, Obispo de Apamea, y las del clero de Constantinopla, de que fue portador el célebre Casiano, quien por entonces era diácono de aquella Iglesia. Llegaron además varios respetabilísimos Obispos y muchos monges y otras personas de notoria piedad, que enteraron al Pontífice de las crueldades de la persecucion, que á los adictos á su santo Pastor hacian los enemigos del inocentísimo Juan Crisóstomo. Muchos de estos fugitivos refugiados en Roma

mostraban en confirmacion de su relato las cicatrices de las heridas, que les habian hecho, y los cardenales de los inhumanos golpes con que los habian maltratado.

En vista de tales antecedentes escribió el Sumo Pontífice Inocencio al clero de Constantinopla una epístola, en que le consolaba y manifestaba la injusticia que cometian en todos sus procederes los enemigos del Crisóstomo, declarando de nuevo que ni podian ni debian apoyarse estos en un cánon fraguado por un conciliábulo herético opuesto á las decisiones y cánones del venerando Concilio de Nicea y expresamente anulado por los Padres del Concilio Sardicense. Escribió tambien al Emperador Honorio, empeñándole á coadyuvar á la celebracion de un Concilio general de los Obispos de Oriente y Occidente, que él consideraba oportunísimo para el remedio de las calamidades, que affigian á las Iglesias de las regiones orientales. Honorio respondió mostrándose muy favorable á este pensamiento, é indicando el suyo de que al proyectado Concilio general precediese otro de solos los Obispos de Occidente, el cual abriese, por decirlo así, los caminos al ideado por el Romano Pontífice. Accedió este á los deseos del Emperador, y en su consecuencia se juntaron en Concilio los Obispos occidentales. Su determinacion fue que en Tesalónica se ce-

lebrára el general Concilio ideado por el Romano Pontífice Inocencio.

El Occidente todo pudiera decirse que fue á Constantinopla á abogar en favor de la justicia del Crisóstomo y de los católicos perseguidos por su causa, porque efectivamente los representaban los cinco Obispos, los dos presbíteros y el diácono de la Iglesia romana que llevaban para el Emperador Arcadio cartas de su hermano el Emperador Honorio y del Vicario de Jesucristo en la tierra. La carta de Honorio era digna de un gran príncipe cristiano, pues amonestando á Arcadio á que mirase por los intereses de la religion y no permitiese el triunfo de la iniquidad, le manifiesta su conviccion acerca de que el incendio del magnifico templo de Santa Sofia fue un castigo del cielo por las profanaciones y maldades que en él se cometieron.

Pero aun habló con mas energia el Todopoderoso enviando sobre Constantinopla un aterrador granizo de un tamaño extraordinario. Á los cinco dias murió la Emperatriz Eudisia de un aborto que tuvo, muerte que fue considerada cual venganza divina. Terremotos frecuentes estremecian y sobresaltaban la ciudad imperial, y en el cielo se veian aparecer llamas espantosas de origen desconocido. Ni se circunscribieron á solo Constantinopla los castigos

y las iras del Altísimo por los pecados abominables de la corte y de los malos sacerdotes conjurados en contra de la inocencia de su Santo Pastor y de su místico rebaño. Dios envió á asolar las provincias del imperio de Oriente varias naciones bárbaras, entre las cuales se distinguieron por sus devastaciones horrorosas los Hunos y los Isauros.

La divina Providencia ordena mas visiblemente unos sucesos para el ejercicio de su justicia y de sus venganzas formidables, y otros para ostentacion de su misericordia. Esto se vió con cierta claridad en las invasiones experimentadas por los dos imperios de Oriente y de Occidente; en aquel fue la venganza del Todopoderoso quien se mostró; en este su misericordia. Tambien las regiones occidentales fueron ferozmente invadidas por inmensos ejércitos, que conducia el idólatra é impío Radagastes. Pero el Señor cual se disipa la niebla al soplo del Aquilon, así deshizo su poder, que tenia á Italia abismada en un piélago de angustia. Dicen los historiadores que los soldados de Radagastes eran cuatrocientos mil divididos en tres cuerpos de ejército. Sobre uno de ellos cayó Estilicon con los suyos, como el rayo sobre la mies, y quedó muerto el cuerpo de ejército invasor que sitiaba á Florencia, sin que el de Honorio mandado por aquel célebre ge-

neral perdiese un solo hombre. Los otros dos cuerpos de ejército perecieron de hambre. Tan visible fue que en esta campaña mucho mas que los hombres peleaba el brazo irresistible de aquel Señor, que si airado toca los montes, los reduce á humo y ceniza. Los paganos, que en el imperio quedaban particularmente en los campos, al acercarse la nube de destruccion que iba á envolver á Italia y á la misma Roma en sombras de duelo y muerte, atribuyeron tamaña calamidad al abandono que habian sufrido las supersticiones gentílicas y el culto de sus falsas divinidades, á las cuales todos los dias ofrecia sacrificios el idólatra Radagastes. Pero el Señor se manifestó como quien es, poderoso en obras y en prodigios, y volvió por la causa de su religion, é hizo enmudecer de asombro á los miserables paganos, que propalaban blasfemias.

En este mismo año de 404 fue al cielo á recibir la corona de sus virtudes la insigne matrona Santa Paula, á cuyas heroicas resoluciones de abandonar las grandezas y honores que en Roma disfrutaba por abrazarse con solo Jesucristo en la soledad y emplear inmensas riquezas en la edificacion de monasterios para hombres y mujeres, contribuyeron no poco los espectáculos de desolacion que á causa de las invasiones de los bárbaros ofrecia el romano

imperio. Quince años en Roma y otros veinte en Belén habia vivido entregada á la práctica de la mortificacion y al desasimio de todo lo terreno. En tal elevacion de espíritu claro es que le fue muy dulce el ir á unirse con su Amado. Pero San Gerónimo, que la dirigia en los caminos de Dios, sintió su muerte de tal manera, que por algunos meses no se creyó en estado de poder hablar al mundo por medio de sus escritos elocuentes. Heredó el gobierno del monasterio de mujeres, que Santa Paula habia fundado, su hija la esclarecida vírgen Eustoquio, fiel imitadora del desprendimiento y demás virtudes de aquella ilustre romana.

El Santo Doctor de Belén, despues que se hubo serenado algun tanto su ánimo, y continuando sus profundos estudios sobre la sagrada Escritura, á pesar de lo mucho que estos le ocupaban, escribió contra Vigilancio, herege á quien tuvo ocasion de conocer personalmente en Palestina. En sus principios habia sido tabernero, y despues logró entrar en el clero, aunque su crasa ignorancia, sus malas inclinaciones, y su indole aviesa le hacian sumamente indigno del sacerdocio. Derramó sus pestíferos dislates en el mediodia de las Galias, y publicó un libro, en que calumniaba al Doctor de Belén, y en otro consignó su odio á las reliquias de los Santos.

CAPÍTULO VI.

SUMARIO.

Arsacio y Atico. Padecimientos de los legados del Sumo Pontífice. Persecucion en Oriente. Nicaretos y Santa Olimpiades. Extraordinarios trabajos de San Juan Crisóstomo: sus admirables virtudes: sus cartas: su preciosa muerte. Continúa la persecucion en Oriente. Muerte del Emperador Arcadio. Firmeza y otras sublimes prendas del Papa San Inocencio: sus cartas.

Á los diez y seis meses de su intrusion en la silla de Contantinopla arrebató la muerte á Arsacio, cuya alma entró en la eternidad cargada de innumerables crímenes cometidos para elevarse á aquella y sostenerse por tan breve tiempo. Sucedióle Atico, clérigo de Constantinopla, que en su juventud habia seguido las banderas de la heregía macedoniana, y que últimamente habia mostrado al Crisóstomo la mas cruda hostilidad, porque sus costumbres eran muy desemejantes, y el desarreglo de su vida hallaba naturalmente una manifiesta oposicion en la doctrina y conducta de aquel Santo Pastor.

Entretanto los legados, enviados al Empera-

dor Arcadio por su hermano el piadoso Honorio y por el Santo Pontífice Inocencio, hacian un viaje de infeliz éxito. Luego que entraron en territorio sujeto á la dominacion de Arcadio empezaron á experimentar contradicciones y á sufrir malos tratamientos, que de ningun modo convenian á su dignidad de Obispos ni á la legacia que llevaban de un Emperador y de un Sumo Pontífice, á cuyos votos en favor de la causa de San Juan Crisóstomo se unian los de todos los Obispos de Occidente. Sin embargo, no se les permitió entrar en Constantinopla y entregar al Emperador las cartas que para él traian. Fueron detenidos en uno de los arrabales de aquella capital, y conducidos despues al puerto de Atica, donde se les encerró como á unos malhechores en una habitacion estrecha. Por último, no viendo abrirse camino alguno al desempeño de su importantísima embajada, que era la pacificacion del mundo y de la Iglesia de Dios perturbada por los desafueros y tiranías de los enemigos del Crisóstomo en Oriente, resolvieron acudir al Padre de las misericordias, que tantas veces tiene prometido en sus divinas Escrituras oír propicio las súplicas y gemidos de los atribulados. Conforme á sus promesas siempre infalibles atendió el Señor á las oraciones de aquellos cinco Prelados, cuyos padecimientos, humillaciones y agravios injusti-

simos terminaron con permitírseles regresar á Italia.

La persecucion se hizo general contra todos los Obispos del Oriente que no quisieron comunicar con el intruso Atico, con Teófilo de Alejandría y con Porfirio de Antioquia, acérrimos enemigos del Crisóstomo. Fue mucho lo que tuvieron que padecer cuantos permanecieron adictos al legítimo y santo Obispo de Constantinopla. En su destierro de Cucuso experimentaba este varon santísimo los mas sensibles dolores en su alma grande, viendo que por su causa y por la justicia eran arrojados de sus sillas episcopales los mas virtuosos y mas insignes Obispos del Oriente.

Fueron igualmente blanco de los furores de esta persecucion los clérigos mas distinguidos por su ciencia y virtudes, que mas claramente manifestaban ser partidarios de la causa del inocente San Juan Crisóstomo. Las tropelias de sus enemigos se extendieron á cuanto habia de mas santo y venerable entre las personas del estado secular. Fue indecible la saña que se desplegó contra la ilustre vírgen Nicaretas, célebre por su inagotable é ingeniosa caridad, y contra Santa Olimpiades, de cuyos extraordinarios padecimientos por su invicta adhesion á su legítimo Pastor y director de su alma y de cuyas altísimas virtudes tenemos repetidos

y autorizados testimonios en las muchas cartas que le escribía aquel incomparable Doctor de la Iglesia de Dios, las cuales son un admirabilísimo monumento de cristiana filosofía. Lo son igualmente los dos libros que para ella compuso, mostrándole que en medio de las públicas calamidades, en medio de los mayores peligros y de las mas violentas persecuciones es cuando mas ganan en virtud y en merecimientos inmortales los verdaderos siervos de Dios y su Iglesia atribulada, y que por lo mismo, lejos de ser un mal, son tales cosas medios de exaltacion y motivo de regocijo para cuantos se muestran fuertes en la prueba de sus ánimos generosos, en la constancia en la fé y en la práctica de la religion. Con sumo encarecimiento deberia aconsejarse la lectura de estos dos sublimes libros en dias de borrasca para la Iglesia y para el Estado, pues parece que el Santo-filósofo hablaba con todos los siglos, así como en confirmacion de sus sentencias magníficas traia á la memoria los acontecimientos de los primeros siglos del cristianismo. Tuvo el mismo Santo una suma necesidad de apropiarse para consuelo de su alma sumergida en un océano de tribulacion, las preciosas reflexiones, que dictaba para levantar el entristecido ánimo de Santa Olimpiades y de su consternado pueblo de Constantinopla. Á sus

inmensas amarguras añadióse el grave daño que le hizo en aquella extremidad del imperio el invierno rigidísimo del año 405, que á los demás excedió en cruel frio. El impertérrito Crisóstomo vióse obligado por sus enfermedades á no moverse de la cama, en la cual hasta el dia era para él una noche continua, sombría y dolorosa. Si recobró la salud, fue para verse poco despues en conflictos mayores y en mas inminentes peligros.

Aunque los bárbaros Isauros habian ya caido sobre la Armenia varias veces; el ímpetu furioso de sus arremetidas no habia llegado al extremo que llegó á fines de aquel año y principios del subsiguiente. Las guarniciones romanas no fueron ya un dique al desbordado rio de la triunfante barbárie. Aldeas, pueblos y ciudades se convertian en escombros. Corria la inocente sangre de niños y mujeres. Para salvar la vida era preciso huir precipitadamente á los montes mas escarpados y esconderse en sus cavernas. Tal fue por algun tiempo la vida del Crisóstomo en lo mas crudo del invierno. Al fin pudo refugiarse en la fortaleza de Araviso, que de la pequeña ciudad de Cucuso distaba cincuenta millas. Este asilo de Araviso le fue señalado luego por lugar de residencia. Allí estaba sitiado por los Isauros, dueños de las campiñas, en las cuales no se atrevian las legiones romanas

á disputarles el terreno, como que el excesivo frio las obligaba á mantenerse encerradas al abrigo de los techos de las ciudades. Entretanto aquellos bárbaros entraban en las poblaciones, y todo lo saqueaban, lo destruian, lo entregaban á las llamas, y al filo de sus espadas caian las cabezas de sus infelices moradores. Tales estragos infundian un espanto horrible: al aproximarse los Isauros, los habitantes de las ciudades las dejaban desiertas, y huyendo á los montes á bandadas, de pronto se veian estos convertidos en una especie de poblaciones de gentes Amasobias y nómadas, que se movian y agitaban como las olas del mar.

En semejante situacion el temor de caer en las crueles manos de los Isauros llegó á penetrar hasta el pecho invencible del Crisóstomo; y esto unido á los muchísimos trabajos que pasó al ir huyendo de monte en monte, transido de intenso frio, le ocasionó una nueva enfermedad, para cuya curacion no podian encontrarse las medicinas que le convenian. Todo el invierno sufrió los rigores de aquel mal. Pero tan luego como se vió aliviado de sus padecimientos propios, su ardentísima caridad le hizo consagrarse á remediar las deplorables miserias de sus prójimos. Do quiera que volviese los ojos, hallaba un infortunio: cadáveres insepultos, niños que en su fuga habian que-

dados medio enterrados en la nieve y allí morían helados, los estragos del hambre, los de la peste que sobrevino, los del furor de los bárbaros, los cuales donde encontraban casas, dejaban cenizas humeantes. Tal era el espectáculo, que rodeándole por todas partes afligia y angustiaba su compasivo corazón, y tales eran las desdichas y los dolores que reclamaban los auxilios de su caridad. Así un solo Santo había de desempeñar oficios, que hubieran requerido el celo y la caridad de muchos Santos. Multiplicábase, por decirlo así, el Crisóstomo para enjugar tantas lágrimas con los divinos consuelos de la religion. Los cuantiosos donativos pecuniarios, que de largas distancias le enviaban sus amigos, llegaban á sus manos tan solo para pasar á las de los pobres enfermos ó desvalidos. Teniale por padre una multitud de criaturitas huérfanas y desamparadas. Parecía que la Providencia se propusiese mostrar en uno solo de los héroes del cristianismo cuantas riquezas de consuelo tiene para todos los dolores esta religion bajada de los cielos.

Durante su destierro había sido de mucho consuelo á San Juan Crisóstomo la compañía de Evecio, presbítero de la Iglesia de Constantinopla, el cual no quiso dejarle un solo instante en medio de los furores de la borrascosa persecucion. Pero habiendo llegado á noticia

del Santo Doctor el celo grande que desple-
gaban en favor de su causa los venerables
Obispos de Occidente, siguiendo el ejemplo del
Sumo Pontífice Inocencio, juzgó oportuno pri-
varse de la consoladora presencia é inmediato
servicio de su querido Evecio para enviarle
á Europa á manifestar verbalmente al Pontífice
Inocencio y á los Prelados occidentales su pro-
fundo agradecimiento por la benevolencia y es-
fuerzo, con que deseaban y procuraban resta-
blecerle en su silla de Constantinopla. Entregó
á Evecio varias cartas, en que expresaba su
gratitud á aquellos Obispos, y les hablaba de
los medios mas eficaces para volver la paz
á las desoladas Iglesias del Oriente.

El Papa Inocencio al ver que la corte de
Arcadio se obstinaba en su propósito malévolo
de sostener en la cátedra de Constantinopla á
un intruso colocado en ella por las pasiones
rugientes, separó de su comunión á cuantos
conspiraban á tener destronado y en un des-
tiero al que habia el Espíritu Santo llamado
á apacentar con su sábia y purísima doctrina
en la capital del imperio de Oriente el místico
rebaño de Jesucristo. No solo los Prelados
europeos sino tambien los del Ilirico, sujetos
á la dominacion de Arcadio, siguieron el ejem-
plo del Romano Pontífice, negando su comu-
nion á los enemigos y perseguidores del Cri-

sóstomo. Escribió este otra afectuosa carta al Papa San Inocencio, el cual le respondió consolándole con solo recordarle que la conducta de Dios es severa en la apariencia con las almas escogidas para el cielo. Consolatoria en verdad debió ser esta epístola del Vicario de Jesucristo al Santo Obispo de Constantino-
pla, si le halló vivo, porque estaba llena de afecto y de uncion. Ni era menor la activa solicitud que en favorecerle mostraban las dos opulentas, célebres y santas matronas de Roma, Proba é Itálica. Agradecido á los afanes de su caridad, San Juan Crisóstomo les expresó su vivo reconocimiento en dos cartas muy bellas. Volvió á hacer lo mismo con los Prelados de Occidente, que no cesaban de darle muestras de amistad verdadera. Tampoco dormian sus enemigos; expidiéronse de Constantinopla nuevas órdenes para nuevos y mas terribles destierros. Sabian sus implacables adversarios que particularmente de Antioquía iban muchas personas, que le eran afectas, á visitarle á Cucuso, y por esta razon se mandó que fuese trasladado á Araviso, que estaba mas distante. Y ni en esta fortaleza le permitieron que descansára tranquilo. Poco despues se ordenó que fuera el Santo conducido á Pitiunte, última ciudad del imperio, habitada por gente sin cultura, bárbara y de carácter fiero. Se pretendia darle

la muerte. Á este fin el Prefecto del pretorio escogió para que le custodiasen en el camino á dos oficiales, á quienes secretamente se previno que le tratáran con la mayor aspereza. Uno de ellos correspondió á tan inhumanos designios: hacia que el Santo caminase cuando mas llovía, de modo que corrian arroyos de agua por su pecho y espalda, ó cuando abra-
saban con mas fuerza los rayos del sol, haciendo grave daño á la cabeza del Santo, ya semejante en la calva al Profeta Eliseo.

Con tales crueldades se hacia el penosísimo viaje, cuando sobrevino la hora del eterno descanso del martirizado atleta. Llegó á la ciudad de Comana en el Ponto, y á pesar de que ya le faltaban las fuerzas para seguir andando, el inhumano oficial que le hostigaba, formó empeño en continuar la marcha hasta la iglesia del mártir San Basilisco, Obispo de aquella ciudad, de la cual se hallaba á seis millas de distancia. Allí era donde el Santo habia de terminar el glorioso curso de su vida. Habiéndose alojado en la casa contigua á la iglesia de San Basilisco, aquella noche se le apareció este mártir bienaventurado, y le aseguró que al siguiente dia estarian juntos en el cielo. Así suelen hermanarse los favores divinos con las tribulaciones mas penosas, las afrentas y los dolores. Alegre con semejante nueva pi-

dió el Crisóstomo á sus verdugos que se dilatára la partida hasta las cinco de la mañana; mas se negaron á concederle esta pequeña gracia. Puestos en camino, á las tres millas fue necesario volver al martirio ó iglesia de San Basilisco, porque Juan desfallecia por instantes. Restituido al lugar de su vision, se vistió de blanco como para denotar la pureza de su alma angélica, y recibió el cuerpo y sangre de nuestro divino Salvador, tomándolo por viático para su dichoso viaje á la eternidad. Rezó con fervor las oraciones y preces que la Iglesia tiene señaladas para tan solemnes momentos, é inmediatamente despues de haber hecho sobre su frente y pecho la señal de la cruz, espiró pronunciando estas palabras edificantes, que de continuo resonaban en sus labios: «Gloria á Dios, gloria á Dios, siempre y por todo.» Acaecia esta dichosa muerte el 14 de Setiembre del año 407, poco antes de que cumpliera el Santo Doctor los sesenta de su edad, y cuando llevaba nueve años y siete meses de episcopado. No sin asombro, y atribuyéndolo á un impulso sobrenatural, refiere un historiador gravísimo que concurrieron á honrar sus funerales, moviéndose á un mismo tiempo desde la Siria, Cilicia, Armenia y Ponto, innumerables monges, que fueron á pagarle el tributo de su admiracion y de sus lágrimas.

No porque en el mundo se hubiese extinguido aquella hermosa luz, que el Altísimo le dió en la persona de Juan Crisóstomo, varió el estado de las cosas relativas á nuestra madre la Iglesia entonces tan afligida, porque en el Oriente estaban desterrados los mas ilustres y celosos pastores del místico rebaño de Jesucristo, y se habian introducido lobos que lo devoraban. Diríase que el espíritu del sublime Juan desde el cielo animaba á los buenos y que los sostenia en la defensa de la justa causa, haciéndoles sufrir con magnánima fortaleza las tribulaciones ocasionadas por la impía persecucion de los intrusos coligados con el trono de Constantinopla. El Emperador que lo ocupaba bajó al sepulcro á la edad de 31 años, y su muerte se tuvo por un nuevo castigo de la divina Providencia. El Santo Papa Inocencio, lejos de admitir á su comunión á los que habian hecho cruda guerra al mártir desterrado, que ya gozaba de Dios, mantúvose firme en detestar y condenar la iniquidad opresora.

De este Pontífice eminente hacen los mayores elogios San Próspero, San Gerónimo, San Agustin y el célebre Teodoreto, transmitiendo á las generaciones futuras el concepto altísimo que tenian de su celo, de sus virtudes acrisoladas, de su talento y de su sabiduría. Y todas estas dotes y excelencias resplandecen

en las muchas cartas, que escribió á las Iglesias de las principales naciones del universo cristiano. Entre ellas es muy notable la dirigida á San Anisio, Obispo de Tesalónica, confirmandole en el primado sobre las Iglesias del Ilírico y demás países cedidos á Teodosio por el Emperador Graciano, que los desmembró del imperio de Occidente. Tal primado fue dado á su predecesor San Ascolio por el Papa San Dámaso, quien haciéndole Vicario suyo, le confirió la dignidad de metropolitano de todas aquellas Iglesias, que hasta entonces habian estado bajo el inmediato gobierno de los Romanos Pontífices. Los Santos Papas Siricio y Anastasio habian seguido el ejemplo de San Dámaso, y esto mismo fue lo que confirmó San Inocencio, reservando al juicio de la Santa Sede las causas mayores, es decir, aquellas, que por su importancia suma son dignas de un exámen mas inmediato y de una decision, que lleve todo el peso de la suprema autoridad pontificia.

CAPÍTULO VII.

SUMARIO.

Santos Obispos que á principios del siglo quinto florecian en las Galias: las invaden ordas septentrionales: los Vándalos las convierten en ruinas sangrientas. Trastornos políticos. Leyes de Honorio favorables al cristianismo. Sedicion de los paganos de Calama. Desórdenes en África: leyes represivas. Alarico en Italia. Atalo Emperador. Disposiciones legislativas de Honorio.

Fueron las Galias por esta época un teatro de asolacion y ruinas, y al mismo tiempo podria decirse con sobrado fundamento que tambien lo eran de santidad, pues en ella florecian sus Santos Obispos Victricio de Ruan, Exuperio de Tolosa, Simplicio de Viena, Delfin y Amando de Burdeos, Diogeniano de Albi, Dinamio de Angulema, Venerando de Clermont, Alejo de Cahors y Pegasio de Perigueux. Sin duda que estos ilustres Santos derramarian con fruto la celestial semilla del Evangelio, y con sus virtudes atraerian sobre su patria las bendiciones del cielo. Sin embargo, otros pueblos bárbaros estaban destinados en los decretos del Altísimo á participar de ellas en aquel mismo

país, que venian á invadir y arruinar; y bajo este concepto en los impenetrables y siempre misericordiosos consejos de Dios convino que para purificar y aquilatar las virtudes de los cristianos de las Galias, cayesen sobre ellas, como avenidas de impetuosas aguas, batalladoras muchedumbres de pueblos bárbaros y septentrionales, entre los cuales se distinguian los Cuados, los Alanos y los feroces Vándalos.

En sus lanzas trajeron aquellos pueblos belicosos duelo y esterminio y pavorosa desolacion. Por todas partes se veian los insepultos cadáveres de innumerables niños, hombres y mujeres con los sangrientos estragos del hierro enemigo. Tambien el fuego era ministro de sus iras. Lloraban los campos mustios su trisísima devastacion. Las ciudades se enlutaban por haber sido convertidas en tumba de sus habitantes. La Religion gemia, porque los Vándalos arruinaban los templos, azotaban y degollaban á los sacerdotes, saqueaban é incendiaban los monasterios, y hacian sus víctimas á los monges y á las esposas de Dios. Virgenes y matronas eran objeto del furor y de la liviandad de los bárbaros. Venian estos respirando saña contra la Iglesia católica, porque al arrianismo, que infestaba sus almas fieras, se mezclaba la ponzoña de algunas supersticiones paganas, de que no habian sabido desnu-

darse, porque se amalgamaban perfectamente con su selvática ignorancia y con los brutales instintos de su genio guerrero. En esta impetuosa arremetida, que hicieron pasando el Rin, fue cuando los Vándalos principiaron su cruel persecucion de católicos, que adquirió mayor celebridad cuando llegaron á enseñorearse del África desventurada. Entre los Obispos de las Galias se cuentan por este tiempo muchos mártires; San Nicasio, Arzobispo de Reims y la virgen Eutropia su hermana, San Florencio, diácono, San Jocundo lector, San Diógenes de Arras, San Valentin, Obispo de Tréveris, San Antidio, Obispo de Besanzon, San Hilario y Florentin en Semonte, San Fraterno, Obispo de Auxerres, San Desiderio, Obispo de Langres, y su archidiácono, San Valerio y San Prudencio han merecido que la Iglesia haga especial mencion y celebre la memoria honrosísima de sus esclarecidos martirios.

En la Gran Bretaña fue proclamado Emperador de Occidente el soldado Constantino, el cual triunfó en las Galias. Su hijo Constante convertido por su padre de monge en César, pasó á España, y venciendo á cuantos se le oponian, la avasalló.

Á todos estos males y mas próxima ruina del imperio de Occidente dió inmediato impulso, mas ó menos directo, la desenfrenada ambi-

cion y perfidia del general Estilicon, que de los pueblos bárbaros hacia un instrumento de sus planes tenebrosos de propia exaltacion, en los cuales lo que mas resalta es la ingratitude para con Honorio y su abuso de la confianza de este desgraciado Emperador. Se valió de Alarico, Rey de los Godos, para suplantar á los Emperadores de Oriente y Occidente, entre los cuales á este fin procuró sembrar cizaña. Cayó pues Alarico sobre la Italia estremecida, y Estilicon satisfizo el ánsia de enriquecerse que el bárbaro traia. Pero no logró trasladar, como pretendia, la corona del imperio de Occidente de las sienes de Honorio á las de su propio hijo Euquerio, que era pagano y tenia la audacia de propalar que cuando él fuese Emperador haria terrible guerra al cristianismo.

La espada de la divina justicia cayó por mano de los hombres sobre el cuello de aquellos dos malvados. Sin embargo, Estilicon durante su ministerio no se manifestó de sentimientos contrarios á la Iglesia; antes bien la protegió, ora fuese para mejor captarse la voluntad de Honorio, ora principalmente intentase conciliarse el afecto de los cristianos por convenirle á sus miras de gigantesca ambicion. Por su ministerio publicó Honorio leyes muy favorables á nuestra santa Religion, pues en ellas con mano fuerte reprimia á los here-

ges y exterminaba las reliquias del paganismo.

Las leyes de Honorio contra la idolatría irritaron en tales términos á los gentiles que aun quedaban en Calama, ciudad de la Numidia, y de la cual era entonces Obispo San Posidio, que amotinándose apedrearon por tres veces el sagrado templo del verdadero Dios, y por último lo quemaron junto con los edificios adherentes. Sabedor San Agustin de tan lamentable suceso se dirigió á aquella consternada ciudad, y prodigó consuelos á los fieles y saludables admoniciones y consejos de vida eterna á los perpetradores del escándalo á fin de que dejando su mal camino, que los conducia al fuego inextinguible, entrasen en el reino de la paz, que es la Iglesia de Jesucristo.

La noticia de la muerte de Estilicon dió en el África márgen á paganos y hereges para divulgar la falsedad insigne de que aquel ministro habia publicado las leyes favorables á la Religion católica sin anuencia del Emperador, y que este las habia invalidado. Semejantes patrañas recalentaron las cabezas de los paganos y hereges, y dándolas por verdades, y creyendo que ya tenian de su parte á Honorio, soltaron su represada furia, ensañándose en los católicos y particularmente en muchos de sus Obispos, á quienes maltrataron con horrible

encarnizamiento. Dieron sangrienta muerte á los Obispos Macario y Severo. Y se sabe que otros tres llamados Evodio, Teacio y Víctor fueron azotados con extraordinaria crueldad. En extremo reprehensible fue en medio de tan atroces desórdenes la conducta de los magistrados, que no se movieron á castigar á los bárbaros y revoltosos delincuentes. San Agustín era desde tiempos atrás amigo de Olimpio, que acababa de suceder á Estilicon en el gobierno del imperio, y se distinguia por su celo y por su piedad fervorosa y verdadera. Confiando, pues, en su virtud, le escribió avisándole cuán graves males affigian á la Iglesia de África y pidiéndole el pronto y eficaz remedio de tan tristes calamidades. Se cree con algun fundamento que la carta de San Agustín manifestada por Olimpio al Emperador Honorio fue causa impulsiva para que este religioso príncipe mandára contener los desmanes de los hereges y paganos del África con la pena de muerte. Tambien ordenó que no se admitiese á herege alguno en su inmediata servidumbre, é inculcó la observancia de los anteriores edictos, que prohibian los conventiculos de los sectarios.

Escribió San Agustín por este tiempo una epístola á Donato; en ella el Santo Doctor le amonesta á no echar mano de los últimos su-

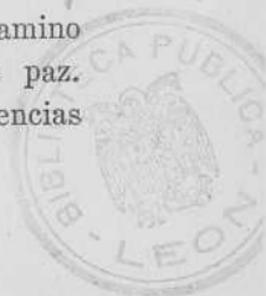
plicios contra los foragidos hereges y paganos, y se esfuerza por inspirarle el caritativo espíritu de lenidad propio de nuestra santa religion. Esta carta era digna de ser leida á los que, conociendo poco la religion que profesan, dan muestras de una excesiva severidad, y mucho mas á los enemigos de la Iglesia, que la acusan de sanguinaria y cruel.

Prosiguiendo en cumplirse los decretos del Altísimo acerca del antiguo imperio romano, llegó Alarico con sus huestes formidables hasta las puertas de Roma, y la sitió, reduciéndola por el hambre á una espantosa extremidad de angustia. Para colmo de males sobrevino la peste, por cuyo ministerio trocaba la muerte en cementerio de sus propios hijos aquella gran ciudad. En tal conflicto los paganos, que aun quedaban en aquella abatida señora del universo, hicieron el último esfuerzo por resucitar el culto de los ídolos, acudiendo á ellos públicamente en demanda de auxilio. El Prefecto de Roma Pompeyano, que era idólatra, favoreció el intento; pero dispuesta ya la supersticiosa solemnidad, tan solo los arúspices acudieron al sitio señalado para los sacrificios gentílicos. De este modo la fiesta preparada en honra de los falsos dioses tornóse afrenta y escarnio de los mismos. Y si la ínfima plebe, si los cristianos mas tibios, si hasta los mis-

mos, gentiles dieron tan pública muestra de su menosprecio á aquellas impotentes, fingidas divinidades ¿qué concepto formaremos de la veracidad del pagano historiador Zósimo, que se atrevió á escribir que el Santo Papa Inocencio habia con su consentimiento autorizado aquel solemne recurso á los ídolos? Bien dice el sensato Cardenal Orsi que tan patente calumnia no merece refutación.

Lo positivo es que estrechados los romanos por Alarico convinieron en comprar su libertad, dándole una exorbitante suma de plata y oro, y que para reunirla fundieron los ídolos de estos metales, que en la ciudad pudieron ser habidos. Hé aquí dos hechos que responden á la calumnia de Zósimo.

El gobierno imperial, que con Honorio se hallaba en Rávena, se obstinó en no querer sancionar el tratado de paz de los romanos con Alarico. En vano este fiero godo hizo cuanto le fue posible para obtener de Honorio y de su ministro Jóvio por medio de un convenio la liberacion de Roma de la ruina y estrago que la amenazaban; en vano el mismo Pontífice San Inocencio fue á Rávena con este fin, y en vano otros varios Obispos movidos al efecto por el mismo Alarico se pusieron en camino para alcanzar de Honorio la suspirada paz. Viendo Alarico frustradas cuantas diligencias



hacia por conseguirla, estrechó el cerco de la metrópoli del mundo, y la forzó á abrirle sus puertas. Entró en ella, la humilló y declaró Emperador á Atalo, Prefecto de la capital, hombre de muy malos precedentes en órden á religion. Y de tal suerte se condujo el nuevo Emperador que en los primeros instantes de su elevacion se alegraron los paganos por los nombramientos que hizo de magistrados, y los cristianos se affigieron sobremanera. Atalo habia sido pagano en el primer período de su vida, habia despues recibido el bautismo de un Obispo arriano, abrazando su secta: ignórase si por complacer á Honorio aparentó ser hijo de la verdadera Iglesia. Pero sea de esto lo que fuere, luego que se vió en el trono parece que volvió á su primera supersticion, pues se dejó llevar de los augurios de los arúspices. Honorio en tanto, aunque en medio de gravísimos conflictos, publicó una ley ó constitucion represiva de los escándalos, furores y venganzas de los paganos y hereges, desplegando en ella una vigorosa energía contra ellos y contra los magistrados que no cumplieran sus disposiciones. Era su intento primario poner á salvo las vidas y el reposo de los Obispos y sacerdotes del África, los cuales con frecuencia fueron blanco de horribles atropellos. Mas no pasó mucho tiempo sin que diese otra, en que aten-

diendo á las circunstancias del momento, mitigaba aquellos rigores, y concedia á los hereges cierto género de libertad. Pero despues la invalidó, prevaleciendo en su ánimo las favorables disposiciones que tenia para con la Iglesia de Dios. Entretanto con aquellas franquicias se creyeron los donatistas con errado juicio como autorizados para cometer contra los católicos horrendas atrocidades, que San Agustin describe con singular energía.

CAPÍTULO VIII.

SUMARIO.

España invadida por los bárbaros. Calamidades. Heroismo de los Obispos españoles. Felicidad que sucede á las desgracias. Alarico y Atalo. Cae Roma en poder de los bárbaros. Procesion salvadora. Caridad y heroismo de Santa Marcela. Ejército de rayos.

España, que por favor divino habia en aquellos tiempos gozado de mas tranquilidad que otros países, llegó tambien á experimentar todas las calamidades, que por lo regular acompañaban la invasion de los bárbaros septentrionales. Los Suevos, los Alanos y los Vándalos se precipitaron sobre ella á modo de torrentes

asoladores. Trajeron la guerra seguida de sus estragos formidables. La hicieron ferozmente á Constante, hijo de Constantino, que avasallaba la península, habiendo antes arrollado á su paso las milicias, que á su padre defendian en la Galia ulterior. El ímpetu de los bárbaros fue irresistible, y su saña era exterminadora. España se convirtió en tumba de sus propios hijos, á los cuales no solo daban muerte las armas del enemigo, pues igualmente que de ellas, eran víctimas del hambre y de la peste. Los Vándalos venian mandados por su Rey Gonderico y los Suevos por su Rey Hermerico. Estos dos ejércitos escogieron para su especial morada la Galicia; pero habiéndose enseñoreado de la hermosa Bética otra porcion de Vándalos, comenzó á llamarse Vandalucía, de cuya denominacion proviene la actual de Andalucía. Los Alanos se establecieron en la provincia de Cartagena y en la Lusitania.

Aunque no están al alcance de la escasísima luz de los entendimientos las admirables, ocultas y altísimas reglas del gobierno de la divina Providencia, y aunque los caminos de Dios son inexcrutables y un abismo sus juicios, como dice el real Profeta, podemos hasta cierto punto observar en la historia general de las naciones que tambien en ellas suele cumplirse aquello del mismo real Profeta: *Secundum mul-*

titudinem dolorum meorum consolationes tue letificaverunt animam meam. Y á la verdad, asombra la dichosa transformacion que entonces vió España en sus nuevos dominadores y en sus antiguos hijos. Inmediatamente despues de tantos estragos, derramamiento de sangre, muertes, amontonamientos de cadáveres y ruinas espantosas, aquellos bárbaros, cuyo corazon habia sido hasta entonces una hoguera perenne de furor, y cuyo brazo solo sabia destruir, se convirtieron en pacíficos cultivadores de los campos y en bondadosos amigos de los españoles, á quienes habian avasallado. Tal mudanza inopinada produjo en estos un venturoso cambio: contentos con sus nuevos señores, los prefirieron á los romanos, y tuvieron á dicha estar bajo su imperio blando y suave. ¿Quién hubiera esperado tales transformaciones? ¿Quién ni con imaginacion audaz y voladora hubiera ideado esta grandiosa peripecia? Obra fue de la misericordia del Altísimo, ni de otro modo es posible explicarla. Los Obispos de España cuando vino sobre ella aquel diluvio de calamidades, se condujeron en su mayor parte como héroes de santidad: mientras quedaban algunos restos de sus queridas ovejas, no abandonaban el puesto que tenian de centinelas de la casa de Dios: con ellas compartian los peligros, con ellas los mayores trabajos, con ellas

el duelo, y con ellas el pobre pedazo de pan con que les fuese dado mitigar los rigores del hambre. Esos invencibles Pastores fueron la luz y el consuelo, el aliento y la fortaleza de los españoles que murieron y de los que sobrevivieron á la ruina de su patria. Tal es la idea que de ellos nos hace formar San Agustín en uno de sus escritos. Así pues, no sería aventurado decir que los Obispos españoles con sus eminentes virtudes merecieron para esta nación las misericordias del cielo personificadas en esos prodigiosos cambios de carácter y de costumbres en los bárbaros vencedores, cuya consecuencia fue dicha y paz bonancible para los vencidos consolados.

Mientras sucesos tan notables ocurrían en la península española, Alarico en Italia era un poder guerrero destinado á hacerla temblar y á humillar á sus Emperadores. Á Atalo que era hechura suya, le despojó de las insignias imperiales, y al cabo de poco tiempo le mandó que se las volviera á poner, y poco despues tornó á quitárselas. Empeño tuvo en hacer la paz con Honorio, mas quedó frustrado. Redujo á Roma á padecer, en el cerco tercero que le puso, un hambre que la consumía. Entró por fin en ella la noche tremenda del 24 de Agosto del año 410, y con él penetraron por las calles de la señora del mundo las armas

de los Godos, que las bañaban en sangre de sus infelices moradores. No fueron respetadas las matronas que tenían marido, ni las jóvenes que guardaban íntegro todavía el lirio de su pureza, ni las que desposadas con Jesucristo habían hecho solemne voto de virginidad. El saqueo fue general. Sin embargo, en medio de los horrores de aquella noche espantosamente calamitosa era posible salvar la vida, refugiándose en las iglesias, y especialmente en las Basílicas de San Pedro y San Pablo, pues Alarico había dado orden á los de su ejército de no tocar en ellas, á fin de que sirvieran de asilo á los romanos desventurados.

Uno de los Godos mas poderosos entró en una casa, y encarándose con una virgen ya de años le pidió en tono amenazante cuanto poseyese de plata y oro; y ella sin turbarse puso delante de sus ojos los vasos sagrados de plata y oro pertenecientes á la Basílica de San Pedro, que se le habían dado á guardar en su casa. Pero la virgen cristiana, al mismo tiempo que se los mostraba al Godo, le decía con voz enfática á quien pertenecían y el uso santo á que estaban destinados. Era cristiano el Godo, y al momento resolvió dar parte de todo ello por medio de otro soldado á Alarico, mientras él mismo se quedaba á custodiarlos. Alarico dispuso que en solemne

procesion fuesen llevados aquellos sagrados vasos á la Iglesia de San Pedro, la cual estaba bastante lejos de la casa ya mencionada, y que cuantos romanos se juntáran á la procesion durante su tránsito por las calles, quedasen impunes é incólumes. Todo se cumplió cual lo habia mandado. Los sagrados vasos de plata y oro y otras muchas preciosidades de aquel famoso templo de San Pedro iban sobre la cabeza de las personas, que formaban la procesion, y al lado de estas con la espada desnuda para custodiarlas marchaban los bárbaros vencedores. De todas partes afflúa un inmenso gentío, que venia á buscar la salvacion de su vida, uniéndose á la vistosa procesion. Á coros cantaban los romanos las alabanzas del Señor, y á sus voces unian las suyas aquellos bárbaros guerreros. ¡Qué espectáculo! ¡Qué procesion! ¡Cuánto no dice al corazon y á la imaginacion! Juntábanse tambien para salvarse muchos gentiles á la procesion magnífica, fugiéndose cristianos. Expresamente habia ordenado Alarico que fuese en ella la guardadora de los vasos santos; digno premio de su firmeza ser como la capitana de cuantos iban á salvar sus vidas en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles.

Entre los varios hechos notables, que ocurrieron en los tres dias que Alarico estuvo con sus huestes dentro de Roma, fue uno de los

principales el heroísmo desplegado por la célebre Santa Marcela. Esta nobilísima romana se habia despojado de todas sus riquezas por amor de Jesucristo, repartiéndolas entre los desvalidos menesterosos. Hacia, pues, una vida pobre y penitente en compañía de su querida discípula é hija espiritual la vírgen Principia. Y habiendo entrado en su casa algunos bárbaros, le exigian sus tesoros: dijoles ella que no tenia tesoros; é irritados ellos con tal respuesta, no creyendo que tan ilustre señora estuviese reducida á pobreza, descargaron sobre ella crueles golpes y la azotaron fieramente. Mas la invicta cristiana sin hacer caso de los bastonazos y azotes que la llagaban, y sufriendolos con maravillosa paciencia y resignacion, lo único que á los bárbaros suplicaba era que respetasen el pudor y la santa virginidad de la jóven Principia. Tales clamores, tal olvido de sí misma y tan entrañable afecto é interés por la vírgen Principia asombraron y conmovieron las entrañas de aquellos guerreros ferocísimos, que no solo dejaron incólume la castidad de Principia, sino que trocada en compasion la fiereza de sus ánimos, á la jóven y á la heroina anciana llevaron ellos mismos, guardándolas de toda ofensa de los demás bárbaros, á la Basílica de San Pablo, que era uno de los asilos de salvacion designados por el mismo Alarico.

Tan cierto es que la caída de Roma en poder de los bárbaros septentrionales fue el cumplimiento de un designio del Todopoderoso, que se proponía castigarla por su altivez soberbia y su apego á las vanidades y diversiones paganas, que no bastando á la medida de los juicios divinos aquella entrada, saqueo y crueldad de los Godos de Alarico, envió el Señor contra ella otra clase de guerreros, de los cuales no se pudiese dudar que venían del cielo, y que eran ministros de las venganzas del Altísimo. Al mismo tiempo que las espadas homicidas corrían vertiendo sangre por las calles de aquella despavorida capital del orbe, otro ejército de rayos, desprendiéndose con horrisono ímpetu de las negras nubes formadas por la tempestad de la ira divina, incendiaba y desplomaba las artesonadas techumbres de los palacios magestuosos. Esta doble invasión de ejércitos de cielo y tierra no permitía dudar de que los pecados de la antigua Roma pagana los habían llamado sobre ella y de que la indignación del Omnipotente por el derramamiento de tanta sangre de mártires era quien en verdad capitaneaba aquellos dos ejércitos devastadores, los cuales á un mismo tiempo arruinaban y vestían de duelo á la ciudad señora del universo.

CAPÍTULO IX.

SUMARIO.

Sentimientos de San Gerónimo. San Pamaquio. Destrucción del ejército de Alarico. San Felix de Nola. Multitud de familias que de Roma salían emigradas. Ocupaciones y muerte de Rufino. Conferencia en Cartago de los Obispos católicos con los donatistas. Conversiones. Excesos de los circumceliones: son reprimidos. Varios escritos y cartas de San Agustín. Conversión de los habitantes de Zirta.

En los prólogos de San Gerónimo á los varios libros, que escribió comentando al profeta Ezequiel, y en muchas de sus cartas interesantísimas, se ven pintadas con vivos colores las terribles calamidades del romano imperio y las luctuosas catástrofes, que seguían á las invasiones de los bárbaros septentrionales. En ellas se palpa el sentimiento profundo de que se hallaba penetrado su corazón de fuego al llegarle las lúgubres noticias de tantas desventuras y ruinas de pueblos y ciudades, de provincias y reinos. Él mismo presenciaba el espectáculo de la pobreza y lágrimas de familias en otro tiempo opulentas, que huyendo de

Roma castigada por el Omnipotente, iban á buscar un refugio en Belén. Acudia el Santo á su socorro y se afanaba por aliviar su duelo y sus miserias. Tambien le consternó la muerte de la ínclita Santa Marcela acaecida poco despues de la ruina de Roma, y le afligió grandemente la de su amigo San Pamaquio. Este ilustre Santo fue noble, opulentísimo, senador, y de todo se desprendió por abrazar la vida monástica y consagrar su alma á Dios y su carne y sus huesos á la penitencia. Estudiar y meditar la Sagrada Escritura, socorrer á los pobres y velar con grande celo por la defensa de la verdad católica fueron sus ocupaciones, ó mejor dicho, su vida.

Á los tres dias de tomada Roma salió de ella Alarico á devastar sus campiñas. Despues se dirigió hácia la Sicilia; mas una tempestad horrible cayó del cielo sobre su ejército, y lo desbarató. Aquellos bárbaros fieros acababan de cumplir su mision desoladora, y para que no se vanagloriasen de su prepotencia, los hizo Dios en un instante desaparecer. Viendo Alarico que la mayor parte de su ejército habia sido devorado por subitánea muerte, retrocedió; empero para él tambien habia llegado la hora última. Murió de repente junto á Cosenza; y con la desaparicion de este guerrero, que era azote de Dios para el imperio romano,

respiró el consternado mundo, y se calmó alguntanto la universal agitacion.

Uno de los últimos estragos, que hizo Alarico en su vida, muy semejante á una sucesion de tronadoras borrascas, fue la toma de la ciudad de Nola, de la cual hacia poco que era Obispo el célebre San Paulino. Durante el sitio fue San Félix el consuelo de los atribulados habitantes de la ciudad, cuyo Obispo habia sido: varias veces se les apareció, y los llenó de aliento para sufrir las calamidades, que sobre ellos descargaba la mano del Señor por medio de los bárbaros.

Bien pudiera decirse que huyendo de estos una muy considerable parte de las familias de Italia y en especial de Roma, llenaba los caminos, las posadas de ellos, y excitaba la compasion de los pueblos por donde pasaba y de las ciudades á donde iba á refugiarse. Los fugitivos de Roma llevaban en su visible demacracion el sello triste del hambre, que habian padecido; y en todas partes se recibian huéspedes, que despojados de sus antiguos bienes imploraban la caridad cristiana. Entre las muchas familias opulentas que emigraron de la angustiada Roma, se cuenta la de las dos Santas Melánias. En su compañía llegó á Sicilia el célebre Rufino. Allí murió ya muy anciano asistido por aquellas dos santas mujeres,

que constantemente le habian prodigado los favores de su amistad. Ocupábase todavía en traducir las homilias de Orígenes, á pesar de la tempestad que contra su persona y ortodoxia vió levantarse en el mundo católico á causa de haber trasladado al latin el pernicioso libro de los *Principios* de aquel autor memorable. Sin embargo, dice el Cardenal Orsi que no solo ambas Melánias, sino tambien otros personajes ilustres por santidad y ciencia hacian un distinguido aprecio de sus virtudes, y que solo San Gerónimo siguió vibrándole los dardos de su animoso celo, siempre que se le ofrecia alguna oportunidad para zaherirle como á herege y como á hipócrita corrompido y embaucador.

En medio de las angustias en que se hallaba Honorio por los triunfos de su enemigo Alarico, sabiendo que los donatistas del África abusaban de un modo extraordinario de la libertad de conciencia que en favor de los hereges le habian arrancado sus ministros por medio de una engañosa sorpresa, anuló aquella ley, publicando otra en que mandaba que fuesen castigados severamente aquellos pertinaces revolvedores del África. Habian obtenido esta medida tan favorable á la verdadera religion los Obispos que envió á la córte un Concilio habido en Cartago; ni satisfechos con el cumplimiento del principal objeto de su legacia,

hablaron al Emperador de un hermoso proyecto de Conferencia con los obispos donatistas, que para llegar á un término pacífico habian concebido los Obispos católicos del África. Para llevarlo á cabo recurrían los legados á la proteccion de Honorio; y este piadoso príncipe ordenó que los Obispos donatistas asistiesen á la Conferencia, que en Cartago se habia de celebrar con los Prelados católicos. Envió Honorio á Marcelino, varon de grandes virtudes y de singularísimas prendas, dotado en particular de suave prudencia y rectitud, á regular la Conferencia, la cual, sea dicho de paso, no era un Concilio, ni en sus procedimientos habia de seguir las magestuosas y solemnes formas y usanzas de los Concilios, facultándole para compeler en caso necesario á los donatistas obstinados. Convocó, pues, Marcelino á la Conferencia, y procuró conciliarse la benevolencia de los donatistas, dando muchas disposiciones que eran en extremo favorables á sus personas. Parece que en esto su bondad se excedió á sí misma, mas iba guiada de su católico celo; y opina el Cardenal Orsi que aunque no estaba autorizado por Honorio para tanto, procedió gobernándose por los consejos de los Obispos católicos. En Cartago los donatistas entraron todos juntos y como procesionalmente con grande séquito, pompa y mag-

nificencia. Los católicos uno á uno y con su modestia acostumbrada. Los obispos donatistas emplearon indignas arterías á fin de que se creyese que su número excedía al de los católicos; pero su empeño fue vano, porque se vió que procedían dolosamente.

Procurando Marcelino evitar en cuanto le fuese posible todos los subterfugios, amaños ó sediciosos tumultos de los donatistas, dispuso que estos y los católicos nombrasen siete Obispos de su respectivo partido para que solo ellos disputasen, otros siete para que les asistiesen á manera de consejeros, y otros cuatro de cada parte para que vigilasen sobre la exactitud con que los públicos notarios habian de escribir cuantas palabras pronunciasen los Obispos encargados de sostener la disputa. Además, habian estos de reconocerlas por suyas, poniendo su propia firma al pié de ellas. Contra estas disposiciones de Marcelino protestaron los donatistas, aunque desde luego eligieron conforme estaba mandado siete de ellos para sostener la disputa. Muy lejos de ese espíritu de contrariedad estaban los Obispos católicos, y así escribieron á Marcelino manifestándole su generosa resolución de conservar á los obispos donatistas en sus sedes, si estos renunciaban al cisma, y de alternar con ellos en las funciones del episcopado, quedando por único Obispo de

la ciudad cualquiera de los dos que sobreviviese á su compañero. Sábese que fue San Agustín el hábil redactor de dicha carta. Luego escribieron otra los Obispos católicos al mismo Marcelino para contradecir á los donatistas sobre lo que habian expuesto en su protesta acerca de las disposiciones concernientes al órden interior de la Conferencia. Mostraban sin embargo un ánimo benigno y condescendiente y que solo los movia el espíritu de caridad. Mas como habia de publicarse, aprovecharon esta propicia ocasion para demostrar en ella la justicia de su causa. Lo mismo hicieron en la que le dirigian, poniendo en su conocimiento quiénes eran los diez y ocho Obispos que habian elegido para la Conferencia. Hallábanse entre estos San Agustín, San Alipio de Tagasta y San Posidio de Calama.

No pudiendo los donatistas excusarse de asistir á la Conferencia, hicieron en las tres sesiones que se celebraron cuantos esfuerzos son imaginables para dilatar el éxito de ella, para distraer la atencion del asunto principal que habia de tratarse, para involucrar la cuestion suscitando otras, que no eran del caso, y en una palabra, para mostrar la sinrazon de su causa mientras mas altercaban en su favor con mala fé, insustanciales argucias, calumnias y tergiversaciones. Pusieron á dura prueba

la paciencia, la firmeza de carácter, la condescendiente prudencia y la jamás desmentida rectitud del tribuno y juez Marcelino. Iguales virtudes juntas con abundancia de sólidas razones, oportuna prontitud de respuestas victoriosas, profundo conocimiento de la causa que defendían y posesion de las ciencias sagradas ostentaron los Obispos católicos, y en especial el invencible atleta de la Iglesia africana, el sol de ella, su mayor gloria, Agustín, que parecía nacido para capitanear en santas lides de ingenio á cuantos por Dios peleasen contra el cisma y la heregía. Duró la tercera y última sesion un día entero, y llegada la noche, puso Marcelino término á la Conferencia, quedándose solo para escribir la sentencia, en la cual declaró solemnemente que los católicos habian triunfado de los donatistas con todo género de argumentos, los cuales recopiló en pocas palabras en aquel célebre documento. Cuando la hubo terminado, llamó á los Obispos, que estaban esperando fuera, y leyóles la sentencia mencionada. Al saberla hubo una general alegría, y en todas partes fué celebrada con religioso entusiasmo.

Los donatistas apelaron de la sentencia al Emperador; mas no fue parte semejante apelacion para que Marcelino dejara de cumplir las leyes y ordenamientos que ya del mismo

Honorio habian emanado contra los donatistas, y á los cuales hasta entonces no se habia dado entero cumplimiento. Mandó asimismo que se publicasen las actas de la Conferencia y en ellas pudieron observar cuantos las leyeron la mala fé, las falacias y las indignas arterias de los donatistas, al propio tiempo que en las mismas resplandecian la ciencia, la razon y la victoria de los Obispos católicos, y la equidad, templanza, prudencia, justicia y rectitud de Marcelino. Opimos fueron los frutos de la victoria alcanzada por los Prelados católicos sobre los donatistas y á consecuencia de haberse publicado las actas de la Conferencia, pues muchos de estos últimos, abandonando las banderas del cisma y de los errores pestilenciales, entraron en el seno de la única verdadera Iglesia y lloraron sinceramente sus pasados extravíos. De tan consolatorios hechos tenemos auténticos y repetidos testimonios en varios de los sermones y en varias de las cartas del incansable San Agustin, á cuyo celo se debian en gran parte las numerosas y esclarecidas victorias que en el África conseguia diariamente nuestra divina religion. La verdad siempre es la misma, y tratándose de la Iglesia católica con toda seguridad puede afirmarse que está siempre de su parte; pero hay dias, hay años, hay ocasiones solemnes en que por me-

dio de su mas visible manifestacion los torrentes de la divina misericordia vienen del cielo en mayor abundancia. Asi acontece, porque las plegarias de los justos han subido clamando piedad, ó bien porque la justicia del Eterno ya está en cierto modo satisfecha con los estragos causados por el derramamiento de la copa de su divina indignacion, la cual á veces no es mas que el permiso otorgado al genio del mal para que prevalezca en alguna ó algunas regiones del universo, pues el genio del mal triunfante se encarga de arrancar abundantes lágrimas de los ojos y de quebrantar la tierra con el peso del carro de la guerra y de abrir en sus entrañas innumerables sepulturas para sus moradores. Tales fueron en el África las hazañas nefandas y ominosas del genio del mal conocido allí con el nombre de cisma de los donatistas. De entre estos los mas exaltados, apellidándose circumcepciones, fueron los terribles ministros de la muerte. Servian á la muerte aumentando cuanto les era dable el número de sus víctimas, encendiendo hogueras para quemarse en ellas, clavando en sus propios pechos puñales homicidas, y arrojándose impetuosamente por horrendos precipicios. Tan detestables excesos, tan loco frenesí, tan insensatos furores se fueron disminuyendo con admirable rapidez. Á medida que

la luz de las verdades católicas penetraba en los entendimientos, iban esas furias de los circunceliones convirtiéndose en ciudadanos pacíficos y en sumisos hijos de la Iglesia. Llegaba para el África la bienhechora lluvia de las divinas misericordias; y no contribuyó poco á tan felices resultados el haber San Agustin compendiado las actas de la Conferencia, que por su demasiada extension no se prestaban á ser leídas por las personas de menos circunspeccion y ciencia. Hizo, pues. el Santo Doctor un eminente servicio á la religion, y á su fructuoso compendio se debieron numerosísimas conversiones. Con el mismo objeto escribió San Agustin despues de la Conferencia su libro sobre los donatistas. Como los donatistas habian apelado de la sentencia de Marcelino al juicio del mismo Emperador Honorio, vióse este en el caso de obrar con energía. Informado de todo por su legado Marcelino, castigó á los donatistas que no quisieron volver al gremio de la Iglesia, publicando contra ellos una ley, que los condenaba á diversas penas. Era esto no tanto desenvainar la espada de la justicia contra los enemigos de la única Iglesia verdadera, como atender al buen orden de sus dominios de África profundamente perturbados por aquellos hereges contumaces. Y aunque solo al primer objeto hubiese Honorio consagrado sus esfuerzos, si

bien digno de alabanza por su ánimo excelente, no habria hecho en esto mas que cumplir con sus sagrados deberes de príncipe cristiano.

Impugnó San Agustin á los donatistas, que decian que los católicos por codicia les hacian la guerra. Y probó lo contrario con el hecho de conservar á los obispos donatistas, que se convertian, sus bienes y su dignidad, y de admitirlos á la participacion no solo de las funciones de los Obispos católicos sino tambien de sus emolumentos. Con las leyes de Honorio puestas en ejecucion y las innumerables conversiones de donatistas ya persuadidos de la verdad y justicia de la Iglesia católica, se exacerbaron las iras y los furores de los cismáticos y circumceliones que permanecieron obstinados. Lanzáronse muchos de ellos como leones sobre los católicos, y aun con mayor furia y encarnizamiento sobre sus antiguos compañeros de secta ya convertidos á la católica creencia y unidad de la fidelisima esposa de Jesucristo. Entre las víctimas del furor de los donatistas merecen particular mencion los sacerdotes Restituto y Florencio, que por aquellos fueron martirizados, cuando estaban exhortándoles á convertirse. Claro es que en semejantes circunstancias hacian los tribunales laicos por reprimir tamaños desmanes; pero llevado San Agustin de ese espíritu de caridad tan

propio de los verdaderos discípulos del Hijo de Dios muerto en un infame patíbulo por salvarnos, escribió á Marcelino una bellissima carta, en que sin pretender atajar los pasos de la justicia, le ruega y le insta á que no emplee en esta causa y con estos reos las uñas de hierro ni las hachas de fuego. Aquí se palpa el espíritu de lenidad que anima al cristianismo y á sus Santos, y que no quisieron recibir del paganismo el legado de bárbara crueldad, que aun siguieron disfrutando los poderes civiles. Con el mismo propósito y en igual sentido escribió San Agustin otra hermosa carta al procónsul Apringio, aconsejándole la lenidad en la causa de los donatistas. Pero donde principalmente resplandece la fuerza y elevacion de su ingenio es en la que dirigió á Volusiano, respondiendo á algunas objeciones que acerca de nuestra augusta religion le habia hecho este ilustre pagano, á quien San Agustin deseaba convertir. Magnífica y sublime es la que el Santo Doctor escribió á Marcelino. En ella San Agustin como otros muchos sabios juzga que la verdadera causa de la decadencia y caída del imperio romano fueron el lujo, la molicie, la corrupcion de las costumbres, y dice que el cristianismo bajado de los cielos con sus saludables consejos de templanza, continencia, pobreza voluntaria y demás virtudes, que solo

á él es dado enseñar y practicar, vino á sostener la sociedad é impedir su inminente ruina.

Al pasar San Agustin por Cirta, capital de la Numidia, cuando se dirigia á un Concilio provincial, que se tuvo en Zerta, hizo los mayores esfuerzos para que los habitantes de aquella ciudad, que en su mayor parte eran donatistas, volviesen al seno de la verdadera Iglesia; mas nada consiguió. Sin embargo, la divina gracia habia esparramado sus semillas por los lábios de Agustin en los corazones de aquellos hombres al parecer tan obstinados. Transcurrido algun tiempo, recibió el Santo Obispo de Hipona una carta en que le participaban los Cirtenses su conversion admirable, pues casi todos ellos habian ya abrazado el catolicismo, y le suplicaban que volviera á Cirta á presenciar el triunfo de la doctrina que les habia predicado. El humilde Agustin atribuyó solo á la divina gracia una tan impensada ilustracion de entendimientos y súbita mudanza de corazones.

CAPÍTULO X.

SUMARIO.

Los hereges Pelagio y Celestino. San Agustin combate el pelagianismo con varios libros. Conversion y muerte de Teófilo de Alejandría. Syne시오 y Andrónico. San Cirilo sucede á Teófilo en la sede de Alejandría. Conversion de los Borgones. Escribe San Agustin su obra de la Ciudad de Dios. Martirio de Marcelino.

Nueva ocasion de lucha se ofreció á San Agustin con la naciente heregía de Pelagio. Este hombre funesto al género humano nació en la Gran Bretaña, donde habiendo abrazado la vida monástica y ostentado cierta regularidad en sus costumbres, adquirió de santidad alguna fama. Pero la lectura de las obras de Origenes y de algunos otros filósofos antiguos le ingirió ideas contrarias á las enseñanzas de la revelacion divina y hasta á las de nuestra propia experiencia, porque este herege vano y orgulloso se propuso combatir el dogma del pecado original, cuyas terribles consecuencias llevamos y sentimos demasiado ¡ay dolor! dentro de nosotros mismos. Pasó á Roma, y en esta metrópoli del mundo empezó á sembrar ocultamente la cizaña de su heregía, afirmando

en algunos escritos y en sus disputas y conversaciones particulares que no estaba corrompida la humana naturaleza, y que por consiguiente no tenia necesidad del auxilio de la divina gracia. Rara vez trabajan solos los propagadores del error y la mentira. Los desvaríos del monge inglés hallaban eco en Celestio, su principal discípulo, y confirmacion y aliento en un sacerdote natural de la Siria llamado Rufino, sobre el cual advierte el Cardenal Orsi que no debe confundírsele con el otro célebre Rufino de Aquileya, que murió en Sicilia. De Roma pasó Pelagio al África; pero sin duda temeroso de medir las armas de su ingenio y de su torcida ciencia con las de San Agustin, que respecto de él era un gigante formidable, se detuvo poco en ella, yendo á buscar mejor fortuna para sus errores en el Egipto y en las regiones orientales mas propensas á incendiarse con el fuego de la heregía. Pero en su lugar quedó en el África Celestio, quien parece que con él habia ido á aquel continente. Á pesar de su corta mansion en el suelo africano, Pelagio habia infestado á muchas gentes con su heregía y la llama que él dejó encendida se fue convirtiendo en un volcan al soplo impetuoso de Celestio. Este hombre audacísimo primero fue abogado y despues monge. Si en artificio y en sagacidad para enmascarar y

difundir sus errores le ganaba Pelagio, él excedía á su maestro en locuacidad y atrevimiento. Así el ímpetu de su propaganda impía hacia mayor número de prosélitos, pero su guerra por ser mas descubierta era menos temible para la Iglesia. Su desatentada conducta hizo que se le acusase y se le obligase á comparecer en un Sínodo de Cartago, en el cual su persona y sus errores fueron públicamente condenados. Pasó á Efeso, y no siendo conocido en esta célebre ciudad, y engañando á su Obispo con su hipocresía, consiguió que se le ordenára de sacerdote. Pero luego que se descubrió en la ciudad que difundia pestíferos errores contra la gracia y contra el dogma del pecado original, el pueblo se horrorizó y tumultuariamente le arrojó fuera del recinto de la piadosa Éfeso junto con los prosélitos que iba reuniendo.

En medio de esta invasion de los errores de Pelagio no era posible que el celo de San Agustin guardára silencio. Á invitacion de su amigo Marcelino rompió el fuego contra las trincheras de la nueva heregía, y las deshizo con sus libros intitulados: *Los méritos y la remision de los pecados*. Desde entonces fue San Agustin el victorioso adalid de la divina gracia en esta obstinada guerra. Razon, pues, tuvo San Próspero para hablar de él como del

mas insigne caudillo de los ejércitos del Señor en las regiones africanas, colmándole de elogios admirables. Asimismo escribió San Agustín el libro del *Espíritu y de la letra* contra los pelagianos, en el cual enseña y desenvuelve la doctrina católica acerca de la gracia y del libre albedrío. Á pesar de la viva lucha que sostenía el sabio Obispo de Hipona con la heregía de Pelagio, escribió á este heresiarca una carta exenta de toda acrimonia; no hay en ella controversia de ningun género: no es mas que una contestacion á las cartas con que Pelagio afectó honrarle, y en la cual el Santo como que hace alarde de caridad, dulzura y benevolencia para con el heresiarca.

Por este mismo tiempo, es decir, en el año 412 salía del mundo y daba á Dios estrecha cuenta de toda su larga vida el alma de Teófilo, Obispo de Alejandría. No debe quedar duda acerca de su arrepentimiento, porque lo prueban los favorables testimonios con que han honrado su memoria varios Sumos Pontífices, á pesar de que por muchos años el Papa San Inocencio le tuvo privado de su comunión y de la de los Obispos de Occidente, y porque nos lo dicen con tanta energía como claridad las circunstancias que acompañaron su muerte. Fue una de ellas el que padeciendo extraordinariamente en su agonía, cesó esta y entregó

su espíritu á su Criador, luego que para remedio del tormento que sufría cogió la imágen de San Juan Crisóstomo y la veneró devotamente. ¡Qué transformacion! ¡Cuán altos y adorables son los juicios de Dios! ¡Cuán misericordiosas las hazañas que su omnipotencia ha obrado muchas veces en los corazones mas empedernidos! Este y otros muchos ejemplos de asombrosa conversion, que hallamos en las Historias eclesiásticas, deben ayudarnos á no desconfiar nunca de la salvacion de nuestros descarriados prógimos por mas sumergidos que los veamos en los abismos del pecado y del error, pues la gracia del Padre de las misericordias tiene poder para convertirlos y los convertirá seguramente, si á ella no oponen resistencia. Unan, pues, las almas buenas sus clamores de caridad á los clamores que en favor de esas otras almas desventuradas está siempre dando la sangre de nuestro divino Salvador, y en una obra de altísima autoridad he leído que esto se debe hacer con la mayor confianza.

Durante el episcopado de Teófilo fue hecho Obispo de Tolemaida un amigo suyo, varon de relevantes prendas, de alto ingenio, y grandemente apasionado de la filosofia neoplatónica. Varios historiadores han referido circunstancias de todo punto inverosímiles acerca de ciertas

creencias y propósitos que tenía, cuando para el obispado fue elegido. Pero razones poderosas, que presenta el juicioso Cardenal Orsi, y que me abstengo de compendiar por ser una argumentación demasiado larga para los límites debidos á esta obra, persuaden que aquellas narraciones carecen de exactitud, y por lo mismo deben desecharse. Lo que no admite duda es que ese filósofo, cuyo nombre era Synesio, fue un modelo de Obispos. Su sabiduría, su celo, su prudencia, su dulzura; su energía y su caridad resplandecen en los escritos que de su pluma salieron siendo ya Obispo; é igualmente se admiran en la conducta que observó con el soberbio Andrónico. Este hombre impío, cruel y malvado bajo todos conceptos, era por entonces el gobernador, ó mejor dicho, el tirano de la Pentápolis. Como en el orden espiritual por tenerle en su diócesis era Synesio su pastor y superior, no hallando otro medio de corregirle, le excomulgó en un Sínodo, y escribió una carta magnífica á todos los Obispos del mundo, participándoles la excomunion fulminada al gobernador Andrónico. Este, al saber tan enérgica resolución, hizo que se arrepentía de sus maldades para conseguir que no fuese enviada aquella terrible epístola á los Obispos del universo cristiano. Y con efecto, Synesio se ablandó y suspendió la circulación de su formi-

dable epístola: mas habiendo Andrónico vuelto á correr por la antigua senda de sus pecados abominables, para atajar el curso impetuoso de su tiranía, envió Synesio su temida carta á todos los Obispos. Su excomunion produjo tremendos resultados en el empedernido pecador: acosáronle desgracias: fue derribado de su encumbrado puesto y se vió hecho blanco de duras persecuciones. Le abatió la humillacion: le alumbró la luz del cielo, y se reconcilió con Dios y con la Iglesia, enmendando su vida. Semejante cambio convirtió en dulzura el rigor de Synesio, que le mostró toda la bondad y ternura de un verdadero padre, y escribió en su favor á Teófilo de Alejandría.

Poco despues pasó Teófilo á la eternidad, como queda referido, y le sucedió en la metropolitana silla de Alejandría su sobrino San Cirilo muy superior á él en las excelentes dotes que adornaban su alma grande y generosa. Su eleccion fue disputada por otro, á quien favorecia el general del ejército, y hubo en ella choques lamentables. Lo primero á que atendió el nuevo metropolitano fue á dar un golpe de muerte á la secta de los novacianos: cerró sus templos, les arrebató los vasos sagrados, y despojó de todas sus facultades á su Obispo Teopento.

Entretanto seguian en el imperio romano de

Occidente esas terribles conmociones que lo estremecian y lo bañaban en sangre, las cuales pertenecen casi exclusivamente á la historia profana. En la eclesiástica solo se debe mencionar el establecimiento de los Borgoñones en aquella parte de las Galias, ahora llamada Alsácia, y su conversion á nuestra santa fé, la cual los hizo con la suavidad de costumbres, que naturalmente inspira, pacíficos ciudadanos y hermanos caritativos de los antiguos moradores de aquel país, á los cuales habian vencido.

En medio de los colosales trastornos, que iban haciendo mudar de faz las regiones occidentales del imperio, entre los cuales es notable la venida á España de Ataulfo, Rey de los Godos, iba San Agustin escribiendo su grande obra de la *Ciudad de Dios*. Su celo por la gloria y defensa de nuestra religion santísima estuvo constantemente excitado por el de su insigne amigo Marcelino, el cual con sus afectuosas cartas le movia á emplear su agigantado ingenio en la composicion de esta obra incomparable, en la que el santo Doctor, abrumado de otras muchas ocupaciones graves, gastó años dilatados.

El celo de Marcelino por los fueros de la justicia, y por la defensa y gloria de la Iglesia católica y del verdadero Dios, le mereció la corona del martirio. Admirable era, segun

su amigo San Agustin, el conjunto de sus virtudes, que le hacia tan amado de los buenos como aborrecido de los malos. Quisieron, pues, los hereges que desapareciera del mundo aquel hombre eminente, cuyos sentimientos eran tan contrarios á los suyos, y un vencedor soberbio les dió ese infame gusto. El conde Marino, que acababa de triunfar de Eracliano, obrando de muy mala fé, le supuso cómplice del delito de la rebellion de Eracliano, y mandó que á él y á su hermano Apringio los encerrasen en un calabozo, y engañando á los Obispos que le amaban tiernamente y se empeñaban por salvarle, ordenó que él y su hermano Apringio fuesen decapitados. La muerte de este justo produjo un sentimiento indecible en los Obispos y en los fieles del África; sus corazones se estremecieron de horror por la injusticia de aquel malvado Conde, que tenia bien conocida la inocencia del virtuosísimo tribuno Marcelino. Luego que San Agustin supo el horrendo derramamiento de su sangre, salió de Cartago precipitadamente, no queriendo que sus ojos viesen indignados la persona del autor de ese impío asesinato, que le privaba de un amigo dulcísimo y carísimo, y le atravesaba el alma de aguda pesadumbre. ¡Oh qué alta idea nos dan de Marcelino, de su mérito y de sus virtudes las cartas del tierno San Agustin! Pero

no hay motivo para extrañar la viveza de las expresiones con que el santo Doctor le ensalza, pues la infalible Iglesia nuestra madre le ha puesto en el número de los santos mártires, convencida de que sufrió la muerte, porque en ella quisieron los hereges hacer un manifiesto agravio, mas bien que á su persona, á la fé católica y á la divina religion, que profesaba.

CAPÍTULO XI.

SUMARIO.

Anicia Proba, Juliana Anicia y Demetriades inflamadas en el fuego de la caridad para con los pobres y del amor de Dios. Singularísimo mérito de la Emperatriz Pulqueria. Carácter de Teodosio.

Á la amistad ejemplarísima de San Agustin con San Marcelino sucedió otra no menos edificante del Santo Doctor con unas ilustres hijas espirituales, que le vinieron de Roma. En esta capital del mundo hacia una vida santa la mas noble y opulenta de las antiguas familias romanas, que era la de los célebres Anicios: estaba entonces reducida en su principal rama á Anicia Proba, á su hija política Anicia Juliana y á su nieta Demetriades, viudas las dos primeras y virgen la última. Las traspasó agu-

do sentimiento cuando en el saqueo de Roma por Alarico una turba de Godos penetró en su palacio, y arrebató á varias de las vírgenes que en él mantenian. Aterradas con tal suceso, en una mala barca se hicieron á la vela para el África, formando con su numerosa comitiva de mujeres piadosas una especie de cohorte santa, la cual estuvo á pique de naufragar entre otras olas de barbárie muy semejante á la que les hacia huir de Roma. Eracliano, que entonces tiranizaba el África, quiso hacer de la honestidad de aquellas pudorosas matronas y doncellas un género de brutal comercio. Mas lo impidió con su desprendimiento la generosa Proba, que entregó á Eracliano todo el oro que se proponia sacar de aquel abominable crimen. Luego que esta Señora magnánima se fijó en Cartago, entabló con San Agustin una correspondencia muy espiritual y edificativa, en que se admiran los vuelos de la mas elevada virtud. Estaban con ella unidas en un mismo espíritu Juliana y Demetriades; y así pudiera decirse que fue de todas ellas la heróica resolucion de enagenar sus considerables bienes para distribuir su precio entre los pobres de Jesucristo y para mantener los monges y eclesiásticos de la tierra santa.

Tal fue el empleo que dió Proba á las riquezas colosales, que heredado habia, y á

las que no igualaba en el imperio romano ninguna otra riqueza de familias opulentas. Pero aun fue de mas suave olor el sacrificio que de sí misma ofreció al Señor la nobilísima jóven Demetriades. Aunque su abuela Proba y su madre Juliana tenian el mismo veheméntísimo deseo de que su querida Demetriades lograse el bien mayor, consagrando el lirio de su virginidad al celestial Esposo de las almas, no se habian atrevido á manifestárselo, y lejos de eso, atendiendo á no faltar á lo que entre los hombres se cree debido á una encumbrada posicion social, la tenian rodeada de una lucida comitiva de agasajadoras jóvenes, que la servian con esmero, y de todas las galas y delicadezas de casa y mesa usadas por personas de su alto rango. Demetriades ignoraba que habia una oculta oposicion entre estos esplendores de mundana gloria y el sublime anhelo de su abuela y de su madre respecto de ella; pero abrasada en el fuego del divino amor no solo despreciaba toda aquella pompa y ornato, sino que dormia en el duro suelo y pasaba gran parte de la noche en fervorosa oracion y en penitencia. De estos rigores no habia llegado noticia alguna á oídos de su madre ni de su digna abuela, cuando de repente, y estando ya concertado su matrimonio, en el cual su corazon no habia tomado parte,

se les presentó en traje sumamente humilde, y con lágrimas y gemidos postrándose á sus piés, les suplicó que la dejasen renunciar á las vanidades de este mundo y vivir solo para Dios, á quien habia consagrado su virginidad, eligiéndole por único esposo de su alma. Grande fue el asombro y el enternecimiento de su madre y de su abuela; no podian decirle cosa alguna por impedírsele su profunda emocion; no hacian mas que mezclar sus lágrimas á las suyas, y abrazarla é imprimirle en las mejillas dulces y repetidos ósculos enagenadas de gozo. Pública y solemne segun el uso de aquel tiempo fue la consagracion de Demetriades al divino Esposo de su alma. Su ejemplo fue seguido por muchas de las jóvenes que componian su servidumbre y comitiva, y por un crecido número de imitadoras suyas en el amor de Jesús en muy distantes países, á donde la fama voladora hizo llegar la noticia y la gloria de este suceso dignísimo de memoria eterna.

La piedad extraordinaria de estas ilustres Señoras mereció que no solo San Agustin y San Alipio y otro insigne, aunque desconocido, personaje de su siglo les escribiesen con el fin particularísimo de preservarlas del contagio de la heregía de Pelagio, que se habia atrevido á dirigir una carta á Demetriades, insinuándole sus errores, sino que hasta el mismo Sumo

Pontífice Inocencio tuvo la dignacion de escribir á Juliana una carta muy honorífica para toda esta familia imponderablemente esclarecida. De todas estas epístolas deduce el Cardenal Orsi que la dicha familia volvió del África á Roma, donde el cuerpo de la virtuosísima Proba se halla sepultado en el Vaticano, en la misma tumba que el de su marido.

Parece que la divina Providencia hubiese querido mostrar por esta época cuánto puede enaltecer y sublimar el ánimo de las mujeres, que en sus corazones acumulen tesoros de divina gracia y se entreguen á la práctica de la santa piedad con fortaleza magnánima. Pulqueria sobre el trono del imperio de Oriente será siempre una excelsa figura, que podrán tomar por modelo las mujeres de elevada gerarquía y las que ciñen sus sienes con la real diadema. Muerto Arcadio, sucedióle en la gobernacion del imperio su hijo Teodosio, niño de siete años, á quien la Providencia dotó de bellas prendas y en especial de una suma docilidad y cariño para con su hermana mayor Pulqueria, que llevándole solo dos años, era por su agigantado espíritu desde la misma niñez una mujer de perfecto juicio, cuyos consejos debian seguirse. Antemio como primer ministro dirigia la nave del estado con prudencia y acierto, y con fidelidad al niño Emperador.

Á uno y otro debe atribuirse la idea de dar mas directa parte en el gobierno del imperio á la jóven Pulqueria, que contaba poco mas de quince años de edad: fue asociada á su hermanito Teodosio con el título de Augusta. Y cosa rara. Una idea de política cristiana coadyuvó sobremanera á hacerle consagrar á Dios su virginidad y con voto solemne y público. Su talento singularísimo le descubrió los bienes y ventajas de la unidad, y así le hizo comprender que si ella casándose traia otro príncipe al imperial palacio, se pondria en grande peligro de perderse la paz que en él reinaba. Con el sublime propósito de conservarla y con el de no atenuar la autoridad de su hermano Teodosio, consagró á Dios la azucena de su virginal pureza, como símbolo de su amor y fidelidad á su hermano y á Dios. Y como prenda de esa consagracion y del voto que públicamente hizo en la iglesia, regaló á esta una riquísima mesa de altar, en que la brillantez del oro competia con la de los diamantes.

Pulqueria cuidó de la educacion de Teodosio, ora por sí misma, instruyéndole en los mas sólidos principios de las virtudes cristianas y en el modo de ejercer la autoridad imperial, ora por medio de otros maestros, los cuales le enseñaban el arte de la guerra y otras faculta-

des ó ciencias, que en una mujer no hubiera estado bien visto el profesar. No sembró Pulqueria en un terreno árido, sino que por el contrario produjeron sus desvelos opimos frutos. Con tan hábil directora llegó á ser el jóven Teodosio un príncipe aplicadísimo á las ciencias, erudito y filósofo cristiano tanto en la práctica de las verdaderas virtudes como en el conocimiento de los mas útiles principios de las diversas facultades humanas, sóbrio, piadoso, benigno por carácter y por sistema, indulgente, celoso de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, despreciador del calor y del frio, y capaz de emprenderlo todo por la defensa de nuestra santa religion. Sin embargo, á tan bellas cualidades mezclábase una cierta inconstancia en las cosas tocantes al gobierno y una excesiva confianza dispensada á personas indignas de ella, que con poco acierto ponía á su lado ó en elevados empleos. Faltábale tino para discernir el verdadero mérito, y por bondad mal entendida y ligereza de juicio permitió que muchas veces le llevarán sus ministros á cometer graves faltas, las cuales lastimaban los intereses del estado y de la religion.

CAPÍTULO XII.

SUMARIO.

Alejandro de Antioquía pone término al cisma de los eustacianos: restablece la memoria de San Juan Crisóstomo en su patriarcado de Oriente: hacen lo mismo Atico en Constantinopla y San Cirilo en Alejandría. Disturbios en Alejandría. Leyes represivas de Teodosio y Honorio. Pablo Orosio: su viaje al África. Varias obras de San Agustín.

Uno de los mas felices sucesos del reinado de Teodosio fue la reconciliacion de los católicos antioquenos, entre los cuales reinaba hacia ya 85 años el cisma denominado de los eustacianos y melecianos. Obtúvola su nuevo Obispo Alejandro, que era un grande y verdadero dechado de todas las virtudes: empleó para lograr la extincion de este largo cisma toda la dulzura de su bondad y toda la fuerza de su elocuencia, y no pudo ser mas dichoso el resultado ni mas alegre la fiesta de la reconciliacion amorosa de los católicos de Antioquía. Asimismo unió los ánimos divididos por la causa del Crisóstomo, y restituyó á sus sillas á los Obispos desterrados, que dependian de su jurisdiccion metropolitana. Parece que la di-

vina Providencia hubiese dado al Oriente en el Obispo de Antioquía Alejandro un incomparable pacificador. Como la Santa Sede tenia excluidos de su comunión á los patriarcados de Alejandría, Antioquía y Constantinopla por la injustísima guerra que sus Obispos hicieron á San Juan Crisóstomo; una de las primeras y mas afanosas diligencias de Alejandro fue enviar al Sumo Pontífice San Inocencio una legación, pidiéndole ser admitido á su comunión, y manifestándole cuanto habia hecho por restablecer la gloriosa memoria de San Juan Crisóstomo y la paz en su rebaño de Antioquía, poniendo un término venturoso á su antiguo cisma. No procedió de ligero el Papa San Inocencio: despues de haber oido con la mayor satisfaccion á los legados de tan excelente Obispo, los sujetó á un solemne exámen jurídico, y cerciorado de la verdad de cuanto le habian manifestado y suplicado á nombre de Alejandro, le admitió á su comunión, y le escribió dos cartas afectuosísimas. Muy poco despues el mismo Obispo de Antioquía se dirigió al Sumo Pontífice, sometiendo á su infalible y soberana decision varias cuestiones importantísimas sobre erigir dos sillas metropolitanas y otros puntos tan graves y trascendentales como este en materia de jurisdicción, circunscripción de diócesis y ordenacion de Obispos:

á todo lo cual contestó el Papa San Inocencio con una carta decretal, en que se observa que en todos tiempos han ejercido los Sumos Pontífices hasta en los países mas apartados esa suprema plenitud de autoridad, que en orden á las cosas divinas y eclesiásticas les dió el adorable Fundador de la Iglesia.

No satisfecho Alejandro de Antioquia con haber restablecido la memoria del Crisóstomo en su patriarcado de Oriente, y queriendo que otro tanto se hiciese en la misma Constantinopla, fue en persona á promover esta causa á aquella imperial corte, donde si desde luego no consiguió de Atico lo que pretendia, por lo menos logró con sus elocuentísimos discursos que el pueblo de Constantinopla quedase abrasado en el deseo de pedir el restablecimiento de la memoria de su Santo Obispo Juan, como lo hizo repetidas veces y con grande instancia. Y era tan puro el celo de Alejandro y tan rico el tesoro de sus virtudes, que cuando pasó á mejor vida, juzgando por ellas de su eterna felicidad, el mismo Atico, que no le fue propicio, le llamaba bienaventurado.

Por último, Atico y el Emperador Teodosio el jóven creyeron necesario para calmar la inquieta ansiedad del pueblo de Constantinopla el restablecer la memoria de San Juan Crisóstomo, lo que consistia en escribir su nom-

bre en las tablas eclesiásticas que contenian el catálogo de los Obispos buenos y legítimos. San Cirilo, Obispo de Alejandría, fue inducido á hacer lo mismo por San Isidoro Pelusiota y por una vision que tuvo de la Santísima Virgen, cuya divina maternidad estaba destinado por la adorable Providencia á defender victorioso. Fueron sin embargo turbulentos los primeros años que San Cirilo ocupó la silla de Alejandría, pues habiéndose amotinado los judíos contra los cristianos y asesinado á muchos de estos, San Cirilo que por entonces aun no habia merecido con su conducta y virtudes la denominacion de Santo, acudiendo á la defensa de los cristianos, fue con los suyos á las sinagogas de los judíos y los arrojó de ellas y de la ciudad violentamente. El Prefecto Orestes no quiso prestarse á la reconciliacion que Cirilo solicitaba, y esto fue causa de que las desavenencias continuáran. Refiérese á esta época el asesinato de una mujer célebre, en cuya sangre mancharon sus manos algunos cristianos de Alejandría, que dieron muestras de que estaban muy lejos de la observancia de nuestra santa religion. Supusieron estos que Ipácia fomentaba la enemistad y el ódio de Orestes para con su Obispo, y la inmolaron á su furor, delito tanto mas sensible cuanto que esta Señora, aunque tenia el alma entregada á los espíritus inferna-

les, en cuanto al cuerpo era honesta y tan instruida en algun género de ciencias profanas y de tanta nombradía é ingenio que regentaba la escuela neoplatónica de Alejandria.

Acaso estas discordias de la ciudad de Alejandria, propensa siempre á tumultos, motivaron diversas leyes represivas, que Teodosio publicó contra los hereges, judíos é idólatras. Prohibia á estos últimos el obtener altos empleos en el ejército y en la magistratura. Reflexionando que hacia un siglo que el Cristianismo habia triunfado de la idolatría, se admira el contraste que ofrece la intolerancia antigua de los paganos con la suave conducta de los cristianos, los cuales hasta este año 415 admitieron á aquellos á los principales empleos del imperio, siendo así que ya estaban en una casi insignificante minoría. Triunfo inmenso que tiene el carácter de divino, porque en él no hubo represalias. Hé aquí la religion practicando en grande el perdon de las injurias y el amor á los enemigos, que enseña á sus hijos. Recientes estaban los tormentos de los tres primeros siglos, que despedazaron los inocentes cuerpos de innumerables mártires; y aun mas recientes las ofensas gravísimas de Juliano el Apóstata. Y sin embargo, los Emperadores cristianos no solo se abstuvieron de perseguir y de hacer el mas mínimo daño á las personas de los idóla-

tras, sino que tuvieron estos franca la entrada á los empleos mas encumbrados y á las mas honrosas dignidades.

La crucifixion de un niño cristiano, á quien varios judíos borrachos dieron la muerte de un modo tan horrible en un pueblo de la Siria llamado Imnetas, parece que fue causa de que recrudecidos los ódios entre judíos y cristianos, cometiesen estos diversos atropellos con la gente judáica, incendiándoles algunas sinagogas. Y tales excesos dieron márgen á que Teodosio publicase una ley represiva de tamaños abusos y de un celo sobremanera indiscreto. Honorio en Occidente habia sido en extremo benigno para con los judíos, de modo que habiendo tocado los malos resultados del excesivo favor que les dispensaba, hubo de arrepentirse y publicar una ley, en que cortando los vuelos de sus ambiciones, los reducía á mas humilde estado. Ni se mostraba Honorio menos diligente en reprimir á los hereges y en ir desalojando de sus últimos atrincheramientos á los ídolos nefandos, privándoles de algunas rentas, que aun les quedaban.

Entretanto ocurrían en España acontecimientos memorables y guerras entre sus nuevos señores los Godos, los Vándalos y Alanos, que variaban y modificaban las condiciones del establecimiento de estos pueblos guerreros en la

península, y en cuya narracion no entraré, porque solo es propia de la historia profana. Pero es claro que en medio de tantas calamidades no podia menos de sufrir la divina religion, que el Salvador del humano linaje trajo al mundo. Además, subsistian en España los errores de Prisciliano, é introdujeron otros nuevos venidos del Oriente con algunos libros de Orígenes dos sujetos de triste y funesta recordacion, ambos llamados Avitos. Pero en medio de sus desgracias tenia esta nacion por aquella época un hermoso luminar en el jóven presbítero Pablo Orosio, tan esclarecido por su ciencia y erudicion como por su celo y sus virtudes sublimes. Encantado del mérito de las obras de San Agustin, ardia en vivos deseos de pasar al África á conocerle personalmente y á aprender de sus mismos lábios las importantísimas verdades de que parecia luminoso foco su mente excelsa; pero no pudo realizar su intento hasta que á la Providencia de un modo impensado se lo debió visiblemente: en un tumulto ocurrido en su país nativo se vió en peligro de perder la vida, y le fue preciso huir de los bárbaros, que á pedradas le persiguieron hasta la misma nave en que se embarcó para el África.

Cumplidos sus deseos de conocer á San Agustin, en aquella tierra hospitalaria el ilus-

tre fugitivo bendecia á Dios y ensalzaba á nuestra bienhechora religion, porque de todos los cristianos esparcidos por el universo habia hecho una dilatada familia de hermanos, que unos á otros se amaban y favorecian como hijos de un mismo padre, que es Dios, y de una misma madre, que es la Iglesia católica. Por estos beneficios que el mundo debia al cristianismo, y de los cuales habla Orosio con piadoso entusiasmo, como si desde entonces hubiese querido trazar un pequeño bosquejo del magnífico cuadro que acerca de las ventajas derivadas al género humano de las copiosas fuentes de nuestra divina religion delineó en nuestros dias aquel Balmes, á quien tanto estiman nuestros respetables Obispos españoles, se ve que el ingenio y la sobreexcelente piedad del sacerdote hispano del quinto siglo hallaron en el África la grata acogida, favor y aprecio que merecian. Orosio amaba á Agustin, y halló Agustin en Orosio un personaje digno de su dulce y encarecida predileccion: le instruyó como á tierno amigo en cuanto Orosio deseaba saber, y despues le aconsejó que se pusiera en camino para Belen, donde hallaria en San Gerónimo otro admirable maestro con quien consultar; y el mismo San Agustin formuló las dudas que él tenia sobre algunos puntos muy dificultosos de la ciencia cris-

tiana y de la Sagrada Escritura, y con humilde franqueza pidió acerca de ellas sus luces á su respetable amigo San Gerónimo. Poseído de tales sentimientos, escribió su libro del *Origen del alma* dirigido á San Gerónimo y sus libros sobre los Priscilianistas y sobre los Origenistas expresamente compuestos para Orosio; pero lo que mas le ocupó en el año de 415 fue su grande obra sobre los salmos, de la cual han hecho los mas encarecidos elogios muchos escritores y Santos de autoridad valedera, y su libro sobre la naturaleza y la gracia, en el cual pulveriza los heréticos errores de Pelagio. Pertenece igualmente á esta época su libro intitulado de la *perfeccion de la justicia*, en el cual refutó las falsas aseveraciones de otro libro pelagiano, que el Santo Doctor atribuia á Celestio, aunque no llevaba su nombre.

CAPÍTULO XIII.

SUMARIO.

Pelagio y Pablo Orosio en Palestina: luchan en Jerusalem. Concilio de Dióspolis. Arterias de Pelagio. Admirable unidad de doctrina en la Iglesia católica. Invencion prodigiosa de los cuerpos del protomártir San Esteban, de Gamaliel, de Abibon y de Nicodemus. Regreso de Orosio á España. Concilios de Cartago y de Mileva. Escándalos y tropelías de los pelagianos en Palestina. Cartas del Sumo Pontífice Inocencio. Diversos libros de San Agustin.

Al llegar Orosio á Belen halló á San Gerónimo manejando las armas de su poderosa diálectica contra la misma heregía que San Agustin debelaba en el África. Al penitente Doctor de Belen le movia á esgrimir la espada de la divina palabra la presencia de Pelagio en Palestina. Este hipócrita y taimado herege habia ido á los Santos Lugares, en que el divino Salvador derramó su sangre por amor nuestro, á fin de contaminarlos con la peste de sus doctrinas erróneas. Creia que serian mejor acogidas donde él aun no fuese conocido por las mentirosas apariencias de una virtud fingida,

en cuya ostentacion era diestro como maestro de refinadas astucias para alucinar los ánimos incautos y desprevenidos. Pero allí estaba Gerónimo insigne defensor de los dogmas católicos, el cual, aunque calló al principio por hallarse ocupado en su grande obra sobre los profetas, despues interrumpió sus comentarios sobre Jeremías para impugnar la nueva heregía en una vigorosa y larga carta, que dirigió á su amigo Tesifonte. Á su lado permanecia Orosio, tomando humildemente sus lecciones sábias, mientras algunos libros de San Agustin que él trajo á Palestina, confirmaban en la fé el ánimo de muchos católicos y preparaban la resistencia á la heregía que iba Pelagio difundiendo. Ya tenia este de su parte al Obispo Juan de Jerusalem, que favorecia su mala causa, aunque no á cara descubierta; y así es de creer que no fue puro su intento al reunir su clero en un Sínodo celebrado en Jerusalem para juzgar el pelagianismo. Á él fue llamado Orosio, y en él se mostró Orosio humilde y esforzado campeón de la verdadera fé. Compareció tambien Pelagio, y Orosio logró confundirle y hacerle confesar sus heréticos sentimientos. Aunque Juan de Jerusalem amparaba solapadamente á Pelagio, Orosio con su valor y con la fuerza de sus razonamientos hizo que aquella Conferencia terminase, decidiéndose todos por

apelar al juicio y sentencia del Romano Pontífice San Inocencio.

Cumplióse en Orosio aquella sentencia del nuevo Testamento que dice: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur*. No solo tuvo Orosio bastante que sentir durante la citada Conferencia, sino que poco despues se vió pública y afrentosamente calumniado por Juan Obispo de Jerusalem. Publicó Orosio su brillante y enérgica apología no solo para defenderse á sí mismo de la imputacion calumniosa de Juan de Jerusalem, sino para descorrer los velos de la heregia pelagiana y atacarla y descubrir y pintar á sus fautores. Mas el primer puesto en la defensa de la fé é impugnacion de la nueva heregia en Oriente correspondia á San Gerónimo por la superioridad de sus luces y su jamás desmentida energía. Estas dos prendas y gloriosas dotes brillaban en los diálogos, que contra Pelagio escribió por entonces.

Eulogio, Obispo de Cesarea, quiso tambien contribuir al esclarecimiento de la verdad y condenacion de la heregia, reuniendo en Diópolis catorce Obispos, que juzgasen á Pelagio, el cual estuvo presente en aquel pequeño Concilio. Se halló tambien en él Juan de Jerusalem, que era su amparo, y no hubo un solo Obispo que se mostrase diestro y vigoroso en

descubrir la mala fé con que el heresiarca procedia, negando que fuesen suyas las proposiciones que se aducian, como dignas de anatema y prestándose hipócritamente á condenarlas él mismo, de modo que su pérvida destreza en hurtar el cuerpo á la condenacion y la falta de un hábil opositor hicieron que se le diera por absuelto en aquel malhadado y pequeño Concilio de catorce Obispos. Aunque esta religiosa junta se equivocó en el juicio pronunciado acerca de la persona de Pelagio, estuvo muy lejos de errar en lo relativo á las doctrinas de la Iglesia católica, á las cuales trece de aquellos Obispos mostraron estar adheridos de todo corazon.

Pelagio hizo por medio de una carta suya y de un compendio de las actas del Sínodo de Dióspolis los mayores esfuerzos para dar á entender á todo el mundo que en él habia salido victorioso, siendo así que condenó aquel Sínodo la heregia y absolvió al herege por haber este anatematizado su propia doctrina, cuando se la juzgaba en los escritos de Celestio y demás discípulos suyos. Pero no engañó con su artificio en sus libros del *libre albedrio*, publicados despues de aquel Sínodo, á los Doctores y Maestros de la Iglesia católica diseminados por toda la redondez del orbe. Todos ellos siguieron detestando su heregia, y descubrieron



las malas artes de que echaba mano para autorizarla. No puede menos de admirarse con este motivo en la Iglesia católica y en aquellos primeros siglos la enseñanza del Espíritu Santo maravillosamente uniforme y constante. Que ahora todos los católicos instruidos sepan á qué atenerse en orden á la gracia, al libre albedrío y á otros puntos difíciles despues que la ciencia de la religion forma un cuerpo de doctrina metódicamente ordenado, demostrado y autorizado cual es la sagrada Teologia, enseñada en libros por autores y de viva voz por maestros, nada tiene de particular, nada de extraño. Pero que antes del siglo doce, en que se compaginaron por el Maestro de las sentencias los elementos de esta divina ciencia, estuviesen tan acordes todos los doctores católicos para descubrir las marañas del error mas encubierto y artificioso, para atacarle hasta en sus últimos atrincheramientos, para producir voluminosas obras en defensa de la verdad con brillante copia de argumentos, razones y multiplicadas autoridades todas convergentes á un mismo fin, esto asombra, esto pasma, esto al hombre pensador hace reconocer la inspiracion del Espíritu Santo sobre todos los que de buena fé estaban adictos á la verdadera Iglesia y en algun modo se hallaban investidos de la sublime mision de

conservar y defender el venerando depósito de sus verdades sacrosantas. En África, en las Galias, en España, en Roma, en Palestina, en Egipto, en la Siria y en todo el universo se cree lo mismo, se defiende lo mismo, se daría la vida por lo mismo; y no valen astucias ni tergiversaciones, ni aparato de erudición, ni conciertos de enemigos para hacer vacilar en sus creencias á los verdaderos católicos, sin que se hayan oído unos á otros, ni se hayan puesto de acuerdo antes de los primeros asaltos dados á la fortaleza de su divina religion por las falanges del averno enemigo.

Estaba Juan de Jerusalem en el referido Concilio de Dióspolis, cuando le llegó una noticia que con razon pudiéramos llamar del cielo. Diósele aviso por el sacerdote Luciano, encargado de la Iglesia del pueblo de Cafargamala, de unas visiones en que al mismo Luciano se habia por tres veces aparecido Gamaliel y le habia dicho que su cuerpo, el de su hijo Abibon, el de Nicodemus y el del protomártir San Esteban, que se hallaban juntos, se habian de desenterrar. Juan de Jerusalem con otros dos Obispos fue á Cafargamala, y habiéndose escavado en vano en un sitio, en donde se creia estar el dichoso sepulcro de los cuatro siervos de Dios, no fue hallado hasta que se hicieron las escavaciones en otro lugar, que

indicó un monge muy sencillo y virtuoso llamado Miguecio, á quien el mismo Gamaliel lo habia revelado á fin de que lo dijera. Se abrió la caja que encerraba el sagrado cuerpo del protomartir San Esteban, y al instante salió de ella una admirable fragancia, que todos tuvieron por extraordinaria y celestial, y al mismo tiempo se estremeció la tierra. Curáronse cuantos enfermos allí habia, aunque eran de diversa índole sus males, y el pueblo todo se penetró de asombro y alabó á Dios por tales maravillas. Quedaron para el sacerdote Luciano y su iglesia de Cafargamala los venerabilísimos cuerpos de Nicodemus, Gamaliel y Abibon, y del de San Esteban las cenizas y algunos huesecitos. Lo demás del bienaventurado protomártir, es decir, casi todo su cuerpo, fue llevado con pompa solemnísima á Jerusalem á la antigua iglesia de Sion. De estos hechos dice el Cardenal Orsi que consta por diversos y gravísimos testimonios de autores de aquella época, y especialmente por San Agustín. Iba Orosio á emprender su viaje de regreso á España, y otro sacerdote español, amigo íntimo de Luciano, le proporcionó la indecible satisfaccion de traer á su patria una buena parte de las preciosas reliquias del protomártir San Esteban, que habian quedado para Luciano en Cafargamala. Tocó este inapreciable te-

soro á la Iglesia de Braga, á la cual parece que pertenecía Orosio.

En el mismo año en que el universo cristiano se vió favorecido con la invencion de estas célebres reliquias, que le consolaron por medio de una multitud de milagros, se tuvo en Cartago un Concilio de Obispos africanos. Reuniéronse sesenta y ocho, que para otros negocios se hallaban ya en Cartago, y anatematizaron de nuevo la heregia pelagiana. No contentos con esto, escribieron una carta al Santo Papa Inocencio, rogándole que aunque se decia que Pelagio y Celestio se habian arrepentido, se dignase añadir el peso de su autoridad pontificia á la condenacion de sus pestíferos errores.

Con el mismo fin se celebró en Mileva, en la Numidia, otro Concilio muy respetable compuesto de sesenta y un Obispos. Dirigió este Concilio al S^{to}mo Pontífice una carta suplicatoria bastante parecida á la que le escribió el Concilio de Cartago. Es muy digno de notarse como estos santos Concilios persuadidos de que la suprema potestad legislativa y coercitiva reside en el augusto Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, en la infalible Cabeza de la Iglesia universal, vuelven los ojos á la Cátedra de Pedro, y ruegan al Pontífice Romano que emplee la plenitud de su autoridad soberana en fulmi-

nar golpes decisivos contra el mónstruo de la heregía. No basta á los Prelados haberla anatematizado en su propio Concilio, ni el saber que tambien lo han hecho otros Pastores de Iglesias particulares igualmente reunidos en Concilios venerables; como el mal es grave, juzgan preciso recurrir á un poder mas encumbrado, á un trono mas sublime, á la fuente misma de la verdad católica, al depositario de las llaves del reino de los cielos, al Pastor de los Pastores asistido como ellos creen por el mismo Espiritu Santo. ¿Qué no dice este recurso de los Concilios á la Santa Sede Apostólica en favor de su dignidad excelsa, de su indisputable supremacía y de su autoridad culminante, tan antigua como la misma religion cristiana?

El Sumo Pontífice Inocencio confirmó las sentencias de los dos mencionados Concilios africanos, que condenaban las heregías de PeLAGIO y Celestio. Y San Agustín escribió un libro, en que expuso todo lo sucedido en el Concilio de Dióspolis á fin de que el herege PeLAGIO no se escudase con la sentencia absolutoria de aquel pequeño Concilio, pues en él segun las actas del mismo fueron condenadas y anatematizadas con toda claridad y energía las doctrinas y opiniones contrarias á la divina gracia, y él no fue absuelto sino en virtud

de haber negado que fuesen suyas y de haberlas anatematizado en presencia de los Padres de aquel reducido Concilio. Entretanto, una turba de hereges pelagianos de acuerdo con el jefe de su secta y para vengarse de San Gerónimo, que por escrito hacia continua guerra á su pernicioso pravedad, con el hierro y con el fuego acometieron á los monasterios de Belen, y los arruinaron, haciendo muchas víctimas de ambos sexos, y en otras muchas que sobrevivieron á su furiosa arremetida, dejaron impresas las señales de su bárbara crueldad. San Gerónimo se salvó en una torre; y la virgen Eustoquio y su sobrina Paula pudieron librarse, huyendo medio desnudas.

Llegaron tales crímenes á noticia del Sumo Pontífice San Inocencio por cartas, que recibió de San Gerónimo y de la virgen Eustoquio, á quienes el amoroso Vicario de nuestro divino Salvador consoló con una respuesta llena de paternal bondad y dulcedumbre. Al mismo tiempo escribió en muy diverso tono á Juan Obispo de Jerusalem otra carta, en la cual resplandece una magestuosa gravedad: grande es el celo que en ella muestra el soberano Pontífice, é igualmente aparecen muy grandes su firmeza y su prudencia. Su objeto es corregir la sospechosa inercia de que podia culparse á Juan de Jerusalem, por no haber evi-

tado en su diócesis tan lamentables escándalos y por no haber socorrido á los siervos y siervas de Dios, que eran víctimas de ellos.

Muy diversa era la conducta y laboriosidad de San Agustín, que mientras combatía la herejía de Pelagio, no se olvidaba de descargar los últimos golpes á la de los donatistas, escribiendo la historia de esta secta en una carta dirigida al conde Bonifacio. Publicaba también casi al mismo tiempo sus Tratados sobre el Evangelio y sobre la epístola primera de San Juan, correspondiendo á esta misma época otra carta muy instructiva, que dirigió á Dárdano acerca del bautismo de los niños.

CAPÍTULO XIV.

SUMARIO.

El Papa Zósimo y el herege Celestio. Seductores artificios de Pelagio. Prailio de Jerusalem. Concilio de Antioquía. Concilios de Cartago. El Papa San Zósimo condena de nuevo solemnemente la herejía pelagiana.

Murió el Papa San Inocencio en el mes de Marzo del año 417, y le sucedió en la Cátedra de San Pedro Zósimo, sacerdote de carácter blando y apacible y de ingenio menos perspicaz y de menos firmeza que su ínclito prede-

cesor. El herege Celestio, informado probablemente de la suma benignidad del nuevo Pontífice, se atrevió á ir á Roma, despues de haber hallado en Constantinopla un vigoroso perseguidor de su heregía en el Obispo Ático. Sin duda que Celestio confiaria en el amparo de algunos ocultos amigos de su perversa doctrina. Contábase entre estos á Julian, Obispo de Eclana, el cual en tiempo del Papa San Inocencio no habia osado mostrar en público su escandalosa apostasía. Y á la verdad que fue esta una de las mas ruidosas y señaladas en la historia de los naufragios de la virtud y del entendimiento humano. Sus padres fueron piadosísimos y de esclarecido linaje, y él correspondió á las esperanzas que hacian concebir su excelente educacion cristiana, su bellissima índole, su talento claro y elevado, sus grandes bienes de fortuna y su aplicacion á los estudios. Tantas y tan singulares prendas reunidas en una sola persona llevaron la fama de su mérito á lejanos países, y le conquistaban el amor aun de aquellos que solo de nombre le conocian. Y como San Agustin era entre estos uno de los que mas se aventajaban en amarle, recibió en el sensible corazon una profunda herida al saber que habia caido en el abismo de la corrupcion de costumbres y en el de la heregía pelagiana. Temió el Santo

Doctor del África que su ejemplo y su influjo malévolo contaminasen algo la diócesis de su santo amigo Paulino de Nola, y por esta causa le dirigió una extensa, elegante y bien razonada epistola contra el pelagianismo.

Presentóse esta heregía en la persona de Celestio con cara humilde y mentirosa al pié del trono del bondadoso Pontífice Zósimo, en cuyas manos puso el taimado heresiarca un libelo, en el cual con muchas palabras hacia profesion de fé ortodoxa acerca de la mayor parte de los dogmas enseñados por la Iglesia Católica, y aunque en muy breves términos, hablaba tambien de la necesidad de la gracia, del libre albedrío y del bautismo de los niños. Es cierto que manifestó su falsa creencia de que en su concepto no se propagaba el pecado original. Pero decia que en todo y por todo estaba dispuestísimo á someterse á las decisiones y á la paternal correccion y enseñanza del Sumo Pontífice y que á su juicio los puntos en que se le atribuia error, no pertenecian propiamente al dogma, y eran de aquellos sobre los cuales es permitido discutir. El Papa Zósimo, aunque por entonces se hallaba como abrumado de otras ocupaciones muy graves, señaló un dia en que el heresiarca compareciese en su presencia para ser interrogado acerca de su doctrina en la iglesia de

San Clemente, y á este fin y con la mira de que su sentencia, si llegaba á pronunciarla, tuviese mayor solemnidad, reunió en ella á su clero y á los Obispos que accidentalmente se hallaban en Roma. Su Santidad estrechó con su interrogatorio al malvado Celestio, y le obligó á condenar los errores pelagianos, que su ilustre predecesor San Inocencio habia ya condenado en su respuesta á las cartas que sobre ellos le dirigieron los Concilios de Cartago y Mileva. Fingió Celestio que de buen grado anatematizaba todos aquellos errores, y en vista de esta su pública sumision á la enseñanza de la Iglesia, el Sumo Pontífice tuvo respecto de su persona una especie de compasion, condescendiendo en que no condenára expresamente las proposiciones heréticas, que como suyas presentó años atrás á un Concilio de Cartago su delator el diácono Paulino, puesto que esos errores estaban comprendidos de un modo mas ó menos explícito en la condenatoria general de la heregía pelagiana hecha por el Sumo Pontífice San Inocencio, á la cual obediente acababa Celestio de suscribir y de someterse verbalmente. Convienen los mas autorizados historiadores, apoyados en el testimonio de San Agustin, en que aquel Sínodo romano presidido por el Papa Zósimo consideraba y trataba á Celestio, mas bien que como á un

hombre formal, como á un insensato digno de lástima y de conmiseracion. ¿Y á quién no ha de ocurrirle que semejante conducta tendria sus motivos y su fundamento en razones y hechos, que el Sinodo estaba viendo y tocando, y que á nosotros, nacidos tantos siglos despues y obligados á la mas profunda sumision á la suprema Cabeza de la Iglesia, solo nos cumple respetar sinceramente? Lo indudable es que en dicho Sinodo fueron de varios modos, ora implicita, ora explicitamente, anatematizados de nuevo por el Sumo Pontífice Zósimo los perniciosos errores de Pelagio y de Celestio. No se dió á este último heresiarca por libre de la excomunion, que sobre él pesaba. Si con su persona se tuvo alguna especie de compasivo miramiento, eso pudiera decirse sin nota de temeridad que es lo que siempre hemos admirado en el espíritu de la Iglesia Católica, siempre firme y severa en rechazar y condenar toda doctrina errónea, y siempre blanda, dulce y benigna en acoger entre sus brazos maternales y dar el ósculo de paz á cualquier extraviado pecador que se mostrase arrepentido y dispuesto á abjurar sus pasados errores. Pero si aun se exigiese algo mas de lo que hizo el Pontífice Zósimo, recuérdese que al Vicario de nuestro Señor Jesucristo está prometida la infalibilidad en la doctrina que enseña, no el

discernimiento de espíritus, que es una de las gracias *gratis datas*, que han poseído muy pocos insignes Santos.

Pelagio habia escrito al Papa San Inocencio una carta, que no llegó en vida de este Santo Pontífice: recibióla su sucesor Zósimo inmediatamente despues de la aparente sumision de Celestio. En ella Pelagio se ostentaba dócil, humilde y sumiso á las disposiciones y decisiones de la Santa Sede, y la acompañaba con una exposicion de su fé, en la cual individualmente confesaba los principales artículos de las creencias católicas. Llegó esta carta recomendada al Sumo Pontífice por Prailio, nuevo Obispo de Jerusalem, de quien nada malo se sospechaba, y ambas produjeron una verdadera alegría en Roma. El Papa Zósimo y las respetables personas que le rodeaban creyeron que estaban escritas de buena fé, y así lo significó aquel á los Obispos de África. Y con efecto, en cuanto á Prailio, Obispo de Jerusalem, no tardó en verse que no habia en él malicioso artificio sino una excesiva sencillez y candor, con que dió crédito á las apariencias de virtud, de verdad y de inocencia con que Pelagio consiguió sorprenderle y alcanzó de él esa funesta carta de recomendacion al Sumo Pontífice San Zósimo. Dos Obispos de las Galias, Lázaro y Erotos, eran los que en

Oriente hacian de acusadores de Pelagio animados de un santo celo por el triunfo de la verdadera fé, y habiéndoles salido vano su leal intento en el pequeño Concilio de Dióspolis, recurrieron al virtuoso Teodoto, Obispo de Antioquía, quien reunió en Concilio á los Obispos en su metrópoli para juzgar de nuevo la causa de Pelagio. Asistió á él Prailio de Jerusalem, y desengañado, fue uno de los Obispos que condenaron á Pelagio y su pestilencial heregía. Teodoto y Prailio escribieron al Sumo Pontífice, dándole cuenta de la sentencia de su Concilio antioqueno, y ambos desterraron á Pelagio de Palestina y de Siria.

No es dudable que este Concilio y otro mas numeroso celebrado en Cartago y presidido por Aurelio contribuyeron en gran manera á ilustrar el juicio del Sumo Pontífice San Zósimo en tan importante causa y á decidirle á condenar de nuevo la heregía pelagiana, enviando su carta condenatoria á todos los Obispos del mundo católico. Tal fue la solemne confirmacion del juicio y de las sentencias de los Concilios Africanos, con que el Vicario de Jesucristo dió á la gracia contra las heregías de Pelagio y de Celestio el mas completo triunfo, aunque ya estaban de antemano condenadas por su inmediato predecesor el Pontífice San Inocencio.

Los dos graves historiadores, el Cardenal Orsi y el erudito Rhorbacher, que me han servido de guía en esta historia de los primeros tiempos de la Iglesia, están de acuerdo en que se han perdido varios importantes documentos relativos á la ruidosa cuestion de la heregía de Pelagio, produciendo esta falta alguna oscuridad y confusion, no en cuanto á lo sustancial de los errores y de sus correspondientes sentencias condenatorias, sino solo en orden á la marcha y aclaracion de algunos hechos. Así por ejemplo, se ha discutido mucho sobre el número de Obispos que asistieron á los dos últimos Concilios Cartagineses y hasta sobre la denominacion con que fueron por aquel tiempo conocidos, llamándose africano el uno y plenario el segundo. De todos modos, cupo una muy gloriosa parte en esta lucha contra la heregía á la Iglesia de África.

Á fin de completar los pormenores concernientes al desenlace de este largo proceso, copio el siguiente párrafo del libro 38 de la Historia universal de la Iglesia por el Abate Rhorbacher: «Hallándose las cosas en Roma en tal estado, resolvió el Papa Zósimo examinar de nuevo á Celestio y arrancarle por último una respuesta terminante para que ya no se dudase de que habia renunciado á sus errores ó que debía ser tenido por impostor. Pero no

se atrevió Celestio á presentarse á este exámen, y huyó de Roma. Entonces dió el Papa su sentencia, con la cual confirmó los decretos del Concilio de África de 417, y ajustándose á la decision de su predecesor el Papa San Inocencio, de nuevo condenó á Pelagio y á Celestio, sujetándolos á penitencia si abjuraban sus errores, y excomulgándolos severísimamente si persistían en ellos. Escribió en particular á los Obispos de África sobre este asunto y en general á todos los Obispos del mundo una carta muy extensa, de la cual nos quedan solo algunos pequeños fragmentos. En ella explicaba los errores de que Celestio fue acusado por Paulino, presentaba varios pasajes del comentario de Pelagio sobre San Pablo, y nada dejaba por decir acerca de la causa y errores de estos dos heresiarcas. En ella probaba el Pontífice Zósimo el dogma del pecado original y condenaba á Pelagio, porque á los niños muertos sin bautismo señalaba un lugar de reposo y felicidad fuera del reino de los cielos. Enseñaba en ella que no hay tiempo alguno, en que no tengamos necesidad de acudir al auxilio y socorro de Dios y que en todas nuestras acciones, en todos nuestros pensamientos y en todos nuestros movimientos debemos esperarlo todo de su asistencia y no de las fuerzas de la naturaleza. Esta carta ó consti-

tucion del Papa San Zósimo fue enviada á los Obispos de Egipto y de Oriente, á Jerusalem, á Constantinopla, á Tesalónica, en fin á todas las Iglesias del mundo; y todos los Obispos católicos suscribieron á ella obedeciendo al mandato del Papa, particularmente los de Italia.»

CAPÍTULO XV.

SUMARIO.

Edicto de Honorio contra los pelagianos. Respectuosa conducta del Concilio plenario de África para con el Papa. El herege Juliano. Extraordinarias virtudes de Santa Melánia la jóven. Mario Mercator. Conversion de los judíos de Menorca. Estado próspero del cristianismo en Persia, seguido de terrible persecucion.

En vista de la constitucion en que el Papa Zósimo condenaba y anatematizaba la heregia pelagiana, haciendo que dicha condenacion, llamada Tratoria, fuese firmada por todos los Obispos del mundo cristiano y por los presbíteros que en algun modo se hubiesen hecho sospechosos, publicó el Emperador Honorio contra los hereges pelagianos un edicto en que los desterraba del imperio, y particularmente de Roma á Pelagio y á Celestio.

Mientras tan memorables sucesos ocurrían en Europa, el Concilio plenario de África anatematizaba en ocho cánones las doctrinas heréticas de los pelagianos sobre el pecado original, la gracia y el libre albedrío; pero habiendo recibido una carta de San Zósimo y sabiendo que había de llegar después su solemne condenación de la herejía pelagiana, por deferencia á la Santa Sede no quiso publicar aquellos cánones para que no precedieran en tiempo á la decisiva sentencia de la excelsa Cátedra del Príncipe de los Apóstoles. Y con el fin de recibir de un modo mas honroso y magnífico la condenatoria Encíclica del Sumo Pontífice, nombró el mismo Concilio una diputación de Obispos de las provincias del África, los cuales, haciendo sus veces y representándole, habían de permanecer en Cartago hasta la llegada de aquel importantísimo documento.

Fulminada por el Papa San Zósimo la condenación de la pelagiana herejía, hubiérase dicho que esta había de estar próxima á desaparecer del mundo; pero quitándose la máscara que aun le cubría, Juliano, Obispo de Eclana, junto con otros diez y ocho Obispos de Italia y de Sicilia, apeló al futuro Concilio, siendo este de tan corrompido y degradado herege el primer ejemplo que de semejantes apelaciones se halla en la Historia eclesiástica.

Ninguna mella hizo en el resuelto corazón del Pontífice San Zósimo la apelación al Concilio futuro de Juliano y los demás obispos pelagianos. Los depuso, y se llevó á cabo la pena de destierro que contra ellos había fulminado. Todos los Obispos del mundo cristiano siguieron é imitaron el ejemplo del que reconocen por su Príncipe, Cabeza y Vicario de Jesucristo. En vano recurrieron al Emperador Honorio los pelagianos rebeldes, pidiéndole que reuniese un Concilio, que con menosprecio de la autoridad pontificia juzgase su causa. Bien comprendía Honorio que había sido fallada en un tribunal supremo, del cual no hay ni puede haber apelación; y así no dió oídos á su desatentada solicitud.

Juliano de Eclana era de genio emprendedor, y no perdonó medio para difundir sus errores, ora escribiendo, ora viajando, ora inventando nuevos modos de seducir, sorprender y engañar á los sencillos é incautos ó de poca luz en el perezoso entendimiento. Por eso San Agustín no dejó de oponerle su ciencia y su celo, escribiendo su obra del libre albedrío y su libro sobre la gracia. Dióle margen á la composición de estas obras una carta de Melánia la jóven, en que le daba cuenta de una conferencia ó disputa que tuvo ella con el mismo Pelagio. Esta nobilísima señora, siguien-

do en la virtud los veloces pasos de la anciana Melánia, hallándose en la fresca y florida edad de 20 años, persuadió á su jóven esposo Piniano el vivir en perfecta continencia, no atendiendo mas que á los ejercicios de la piedad cristiana y á derramar por doquiera el buen olor de sus virtudes y los beneficios de su inagotable caridad. Los edificantes esposos, que eran de una de las mas ricas, mas nobles y mas poderosas familias de Roma, salieron de esta capital cuando Alarico la amenazaba, y despues de haber recorrido varias ciudades de Italia y permanecido algun tiempo en Sicilia, pasaron al África, y estuvieron siete años bajo la direccion espiritual de San Alipio, en cuyo tiempo fundaron un monasterio para hombres y otro para mujeres. El vuelo de su encumbrada virtud cada dia se iba elevando mas y mas, y así menospreciando todas las grandezas humanas, se desprendieron de sus inmensos bienes para darlos á Jesucristo en la persona de sus pobres. Ni solo de esto era capaz Melánia: profundamente instruida en las sagradas Escrituras por el continuo estudio que hacia de ellas y de sus mejores intérpretes y de las obras de los Padres griégos y latinos, hallábase en estado de emplear con fruto su piedad y sus conocimientos en la conversion de muchas almas; y con efecto, sus piadosas exhor-

taciones, sus sabios consejos y su valeroso celo consiguieron el que no pocos pecadores dejasen su mala vida y en adelante aspirasen á la cristiana perfeccion. Ni temia disputar con los mismos hereges, si abrigaba alguna esperanza de poder contribuir á que abandonasen sus errores.

Contra los pelagianos escribia por este mismo tiempo en Roma un celoso católico llamado Mario Mercator, á quien San Agustin dirigió una carta, hablándole de los opúsculos que de él habia recibido.

En el año diez y ocho de este siglo tuvieron los judíos de Menorca la dicha de abrazar el cristianismo. Su célebre conversion publicada en todo el universo por Severo, Obispo de aquella diócesis, fue un maravilloso efecto de los muchos prodigios que las reliquias del protomártir San Esteban, debidas á Orosio, obraron en la Iglesia de Mahon.

Pero aun fue motivo de mayor alegría para el mundo cristiano el nuevo aspecto que tomó en Persia la santa causa de nuestra divina religion. Marutas, Obispo de Tarito en la Mesopotámia, habiendo logrado reanimar en aquel reino, despues de la muerte de Sapor el Longevo, la fé perseguida por tantos años, hasta llegó á congraciarse con el nuevo soberano Isdegerdes, que hizo la paz con los romanos,

siendo el negociador de estas nuevas amistades entre ambos imperios el mismo San Marutas, que á este fin viajó varias veces de Persia á Constantinopla. Isdegerdes le permitió levantar al verdadero Dios cuantos templos quisiese, y con estas favorables disposiciones del Rey adelantó el cristianismo sus gloriosas conquistas, propagándose rápidamente. Los magos, como era natural, se esforzaron por impedir la ruina de su culto idolátrico, y con tal fin hicieron que estando el Rey en uno de los templos de ídolos, resonase una voz, que mandase arrojarle del templo, porque dispensaba su amistad á un Obispo de los cristianos. No por esto se descorazonó Marutas; antes bien, cobrando nuevos bríos, persuadió al Rey que inmediatamente se registrasen los escondrijos del templo de ídolos, y siguiendo Isdegerdes este saludable consejo, halló en una de las cavidades subterráneas escondido á un hombre, que era el que habia pronunciado aquel fatídico y tremendo oráculo. Descubierta de tal modo la superchería de los magos, se estrechó mas y mas la amistad del Rey con San Marutas; y aun subió de punto el aprecio que de él y de San Abda, Obispo de una ciudad de Persia, hacia Isdegerdes cuando estos dos Santos con sus oraciones libraron á un hijo suyo de la tiranía del demonio, que le tenia obseso y atormentado.

Confiando el Obispo Abda en las benévolas disposiciones del ánimo de Isdegerdes en favor del cristianismo, se atrevió llevado de su celo á derribar un templo consagrado al fuego, divinidad principal de los persas. Los magos se apresuraron á enterar de este suceso al Rey Isdegerdes, el cual llamó al Obispo Abda, y reconviéndole con blandura, le ordenó que volviese á levantar el templo que habia destruido. El Obispo se negó á obedecer un mandato tan contrario á su conciencia y á la verdadera religion. El Rey se encolerizó y amenazó al Obispo con quitarle la vida y derruir todas las iglesias consagradas al Dios de los cristianos, si resistia á su imperioso ordenamiento. Considerando el intrépido Abda que edificar un templo para un ídolo era lo mismo que adorarlo, no vaciló en optar por la corona del martirio. Aunque su resolucion heróica fue causa de que fuesen demolidos todos los templos del verdadero Dios en el imperio persa, la Iglesia latina y la griega le han puesto en los altares como á invencible mártir de Jesucristo.

CAPÍTULO XVI.

SUMARIO.

El Papa Bonifacio y el antipapa Eulalio. Muerte de San Gerónimo. Se estremecen las naciones en vista de prodigios formidables. Ley de Honorio contra los pelagianos. Diversas obras de San Agustín. Edicto del Emperador Constanzo contra los pelagianos: conversiones de muchos de estos. Triunfo de San Agustín sobre el pelagianismo.

El Santo Papa Zósimo ocupó la Cátedra de San Pedro un año, nueve meses y nueve días. Fue su fallecimiento la señal de sediciosos alborotos en Roma producidos por la irregular elección del antipapa Eulalio, que por medio de la violencia quiso sobreponerse al legítimo Pontífice Bonifacio canónicamente elegido por la mayor y mas juiciosa parte del clero y consagrado Obispo de la ciudad reina del mundo por otros nueve Obispos. Mal informado el Emperador Honorio, que residia en Rávena, por el Prefecto de Roma, favorecedor del partido de Eulalio, se declaró por este; mas luego le llegaron verídicos informes de todo lo acaecido en Roma expedidos y firmados por setenta y dos presbíteros. Con esto mudó Honorio de concepto, y no reconociendo en sí facultad

para resolver una cuestion de un órden tan elevado y sacro, se determinó á llamar á su corte á cuantos Obispos pudiesen concurrir en breve plazo, á fin de que reunidos en Concilio conociesen de esta causa gravísima y sentenciasen conforme á mejor derecho. Juntáronse los Obispos, y no les fue posible convenirse en un juicio decisivo. Tambien se hallaban en Rávena los dos presuntos Pontífices, y el Concilio dispuso que no habian de tomar parte en sus sesiones y que habian de quedar suspensos de todo ejercicio de la suprema autoridad, de que se decian investidos hasta que otro Concilio mas numeroso diese su sentencia definitiva. El antipapa Eulalio se comprometió á obedecer á estas disposiciones del Concilio de Rávena. Hizo lo mismo el virtuoso y legítimo Pontífice Bonifacio, y lo cumplió. Mas Eulalio, altando á su palabra, se fue á Roma, y dió muestras de aquella inquietud y espíritu agitador y sedicioso que suele ser el carácter distintivo de osados é intrusos usurpadores. En su conducta aviesa vieron el Emperador, los Obispos y el mundo católico que no era el verdadero Vicario de nuestro Señor Jesucristo, y se convencieron de la verdad con que el clero de Roma afirmaba que habia sido canónica la eleccion y consagracion del anciano sacerdote Bonifacio; y así todos le reconocieron

por soberano Pontífice y legítimo Pastor de los Pastores. Su vuelta á Roma fue una fiesta de júbilo y de amor: salió todo el pueblo romano á recibirle con el mayor entusiasmo. Bonifacio con su bondad y dulzura hizo olvidar los disgustos por que acababa de pasar la ciudad eterna.

Poco despues que el amable Pontífice Bonifacio fue pacífica y alegremente reconocido por legítimo Sucesor de San Pedro, ganándose para sí todos los corazones, trocó la mortal vida por la eterna el penitente Gerónimo, que habia permanecido treinta y cinco años junto á la cueva en que nació nuestro divino Salvador. En tan largo tiempo estuvo su mente excelsa toda abismada en la meditacion y estudio de la Sagrada Escritura, y su enflaquecida mano se ocupó casi constantemente en levantar con la pluma esos venerables monumentos de su ciencia é ingenio que se llaman sus Comentarios de la Biblia, no interrumpiendo esta sublime tarea sino para defender á la Iglesia con la energia y fortaleza que eran propias de su fogoso corazon.

Este mismo año de la muerte de San Gerónimo, que fue el décimo nono del siglo, se estremecieron los hombres que entonces vivian con el espectáculo, con el terror ó al menos con las noticias de extraordinarios fenómenos ó

portentosas señales con que hablaron los cielos. Sepultáronse en sus propias ruinas varias ciudades de Oriente derribadas por impetuosos terremotos. En Jerusalem fue tal la conmoción de sus asombrados habitantes que convencidos de ser tan terribles calamidades obra de la indignada omnipotencia del Altísimo, se bautizaron siete mil, que pocos momentos antes eran catecúmenos, judíos ó paganos. Y á consecuencia de otro grande terremoto fueron dos mil los que improvisadamente corrieron á ponerse bien con Dios en las aguas del bautismo en la ciudad de Sítife, cuyos cimientos bambolearon. Sobre los vestidos de los judíos, que en Jerusalem acababan de entrar en el seno de la verdadera Iglesia, aparecieron cruces brillantes. Cayó fuego del cielo; pero la divina Bondad cuando parecia que aquel fuego milagroso hubiese venido á abrasar el universo, antes de que á nadie hiciera daño, suscitó un viento impetuosisimo, que lo arrojó al mar. Vióse entonces por largo tiempo otro nuevo espectáculo maravilloso: las olas del mar levantadas por los vientos ardieron como una selva, hasta que aquella inmensa llama quedó apagada en las ondas marinas. Por último, tambien en las Galias en la ciudad de Beziers se vieron prodigios tan espantosos que su Obispo Paulino creyó que estaba obligado á ponerlos en cono-

timiento de todas las Iglesias del mundo, á cuyo fin les dirigió una carta circular. Consta, segun dice el Emmo. Cardenal Orsi en el libro vigésimo sexto de su Historia eclesiástica, de la autenticidad de estos grandes prodigios por un sermon de San Agustin y por los testimonios de varios historiadores de aquel tiempo, así como de haberse aparecido nuestro Señor Jesucristo en una nube sobre el monte Olivete cerca de Jerusalem.

Sábese asimismo que una de las primeras cosas que hizo el nuevo Pontífice San Bonifacio, luego que se vió en tranquila posesion de su universal primado, fue mover al Emperador Honorio á publicar un edicto ó ley contra Pelagio, Celestio y sus secuaces y contra sus heregias, la cual no ha llegado hasta nuestros dias, aunque puede formarse una clara idea de sus disposiciones por la carta que el mismo Emperador escribió á Aurelio, Obispo de Cartago. En ella repetia las providencias tomadas contra el pelagianismo por el difunto Pontífice San Zósimo. Uno de los personajes que mas contribuyeron á que nada pudiesen conseguir en el palacio del Emperador Honorio los asaltos intentados por los hereges pelagianos fue el conde Valerio, militar de rectísimo corazon, de altísima piedad y de mucha aplicacion á los estudios religiosos y eclesiásticos,

en los cuales empleaba gran parte de la noche para hallarse dispuesto á refutar con sólidas razones las heregías, siempre que se le ofreciese ocasion de mostrar la firmeza y robustez de su fé. Á tan esclarecido cristiano, que era por sus virtudes una de las glorias de la milicia, escribió San Agustin varias cartas, y le dedicó algunos de sus libros, y entre ellos el de las bodas y la concupiscencia. Este insigne Doctor del África era como una fuente inexhausta, que continuamente derramaba los raudales de su sabiduría en escritos multiplicados. En el mismo año produjo tambien su fecundo ingenio sus libros sobre el Pentateuco y los otros cuatro sobre el origen del alma, con los cuales tuvo la íntima y grande satisfaccion de que reconociese y abandonase sus errores Vicente Víctor, jóven, á quien el Santo amaba con especial afecto y que habia escrito sobre la misma materia con mucha precision en una obra dislates muy estupendos. Despues de estos libros no tardó el Santo en publicar otro sobre los matrimonios de los cónyuges, que divorciándose por causa de adulterio, volvian á casarse, viviendo el otro cónyuge culpable. San Agustin reprueba estos matrimonios, y la Iglesia ha seguido su parecer. Pertenecen igualmente á esta época su libro contra el adversario de la ley y de los

Profetas y otro contra Gaudencio, obispo donatista, y sus libros contra la mentira. Las impugnaciones de Juliano á su libro sobre las bodas y la concupiscencia le hicieron escribir otro sobre lo mismo, desvaneciendo las calumnias con que el obispo pelagiano desfiguraba su doctrina. Tal fue el arma, que constantemente empleó contra los católicos el herege obispo de Eclana, la calumnia revestida con todo el aparato de la justicia y de la indignacion, con que debia combatirse á los maniqueos, con los cuales se proponia confundir á los verdaderos hijos de la Iglesia, dándoles tambien la infamante denominacion de maniqueos. Ese mismo tejido de calumnias llenaba la carta, que á su nombre y en el de los diez y siete obispos que le seguian por el camino de perdicion, escribió á Rufo de Tesalónica con el intento, aunque vano, de atraerlo á su partido, y en la que con el mismo fin dirigió al clero de Roma. Estas dos cartas fueron para el Santo Doctor del África objeto de una triunfante refutacion hecha en dos libros dedicados al Papa San Bonifacio, el cual se las habia enviado con San Alipio, quien á su vuelta de un viaje que hizo á Italia le expresó lo mucho que el comun Padre de los fieles deseaba verlas confutadas por su elocuente pluma. No hay para qué decir con cuánta

solicitud y empeño correspondió Agustín al deseo del Papa, pues gozan estos libros de una grande celebridad.

Créese que á instancias de San Bonifacio hubiese publicado Constanzo, el cual en aquel mismo año fue declarado por Honorio cólega suyo en el imperio, un edicto vigoroso contra los pelagianos. Mandaba en él que como á perturbadores del órden público y de la religion se les arrojára de Roma y de todo el imperio, y especialmente á Celestio, que de nuevo estaba escondido en la capital del mundo. Este edicto produjo los mejores resultados, pues limpió el imperio de la peste de los heresiarcas, obligándolos á salir de sus confines y andar errantes por países bárbaros sin crédito y sin amparo. Esta nueva situacion de la heregía pelagiana hizo que muchos de sus secuaces se convirtiesen, abriendo los ojos del alma á la luz de la verdadera fé, y entrando de nuevo en el gremio de nuestra madre la Iglesia católica, apostólica, romana. Costanzo, que verdaderamente estaba poseido de un gran celo cristiano, del cual dió muestras, haciendo desaparecer dos notables restos de la antigua idolatría, murió el mismo año de la publicacion de su edicto contra los pelagianos, que fue el de 421.

Si el poder civil acabó en cierto modo con



el pelagianismo, persiguiendo á sus fautores, con entera verdad pudiera decirse que realmente estaba ya muerto en el terreno científico por los escritos de San Agustín, y especialmente por los seis libros que en esta época publicó, respondiendo á los de Juliano. Se trata en ellos del pecado original, la concupiscencia, la gracia, el matrimonio, el libre albedrío y la identidad de principios, de que nacen heregías muy opuestas entre sí segun las apariencias, y el concepto que de sus propias opiniones tienen los heresiarcas.

CAPÍTULO XVII.

SUMARIO.

Reclamaciones y enseñanzas del Papa San Bonifacio: su muerte. Santos mártires de Persia. Bellísimo prodigio que se admira en el mártir Maarzapor. Santiago el interciso. Conversion de Aspabeto, príncipe de los Sarracenos. Guerra de Teodosio con los persas. Victoria milagrosa. Continúan los martirios en Persia.

El apego á la dominacion terrena, el deseo de ensancharla en los que ya la poseen se ha visto que son muchas veces ocultas carcomas de los hinchados corazones, que en algun modo se hallan revestidos de humana prepo-

tencia. Este, y no otro, fue el origen de haber Teodosio el jóven ordenado malamente que los Obispos del Ilirico se sujetasen á la jurisdiccion del Prelado de Constantinopla. El Papa San Bonifacio con sobrados motivos quejoso de que el Emperador de Oriente y el Patriarca de Constantinopla hubiesen sustraído por ambicion propia el Vicariato del Ilirico de su inmediata obediencia, expuso á Honorio la injusticia con que de él se le despojaba, infiriendo á sus antiguos derechos sobre el Ilirico una grave injuria. Y atendiendo Honorio á las fundadas razones de la reclamacion del Pontífice, escribió á Teodosio, persuadiéndole á deshacer el agravio con que habia atentado á la magestad y soberania de la Silla Apostólica. Teodosio con noble lealtad y franqueza reconoció que habia obrado mal; y devolvió al Papa el Vicariato del Ilirico, que los Obispos de Tesalónica ejercian en su nombre desde el pontificado de San Dámaso, siendo casi de inmemorial antigüedad la inmediata soberanía espiritual del Romano Pontífice sobre aquellos países, como en estas circunstancias lo confesaron Honorio y Teodosio Emperadores.

Sin embargo, algunos pocos Obispos de la Grecia se habian dejado contaminar por una especie de espíritu de independenciam, que les hacia proceder á varios actos, los cuales cierta-

mente estaban fuera del círculo de sus atribuciones. Por esto con la debida fuerza y gravedad les escribió el Sumo Pontífice San Bonifacio, reprendiéndoles en términos muy severos; y como hubiesen pretendido examinar de nuevo la causa de un Obispo, sobre la cual ya habia recaído sentencia de la Santa Sede, les recuerda que no les es permitido discutir su juicio ni volver á examinar lo que una vez ha definido ya la Cátedra Apostólica de Roma. Poco despues el mismo Santo Papa Bonifacio exhortó y enseñó con igual energía á aquellos Obispos de Tesália acerca de la estrecha obligacion que tenian de reverenciar profundamente y obedecer con presteza y con dócil sumision las disposiciones soberanas del augusto Sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Estas epístolas de San Bonifacio enseñaron verdaderamente á aquellos Obispos del Ilírico ó de la Grecia que por un momento habian olvidado sus deberes, pretendiendo por sí solos despojar de sus sillas episcopales á los Obispos Perrevio y Perígenes, pues sometiéndose á cuanto el Papa les decia, y reconociendo su propia falta, dejaron á sus dos Hermanos en el episcopado en pacífica posesion de sus respectivas Sedes.

Uno de los últimos actos del pontificado de Bonifacio fue la restitution del derecho metropolitico de la Iglesia de Narbona sobre la de

Arles disputado y poseido en cuanto á su ejercicio por Patroclo, Obispo de esta última.

Á recibir la corona de sus virtudes pasó de esta vida á la otra el Papa San Bonifacio el día 4 de Setiembre del año 422, y en su lugar fue Celestino exaltado á la Cátedra de San Pedro.

En este mismo año se notó alguna tregua en la fierísima guerra que los Reyes de Persia hacian á los cristianos desde que el Obispo Abda resistió heroicamente al Monarca Isdegerdes, cuando este le mandó reedificar el templo consagrado al fuego, que él mismo habia destruido á impulsos de su ardoroso celo. Varios, y todos muy terribles, eran los suplicios con que los Persas daban muerte cruel á los mártires cristianos. Á unos les desollaban las manos, á otros la cara, á otros la espalda: para muchos abrian profundos fosos, donde los sepultaban atados de piés y manos á fin de que poco á poco fuesen roidos por una multitud de grandes ratones, que de propósito encerraban en ellos. Á otros apretaban con cañas partidas por medio, que se introducian en sus carnes, y despues al soltarse con ímpetu, arrancadas se llevaban consigo violentamente el cutis, que habian estado mordiendo agarradas, como los dientes del leon á la indefensa presa.

Uno de los mas ilustres mártires fue San

Hormisdas, personaje nobilísimo y rico. El Rey Vararanes V. le hizo llamar, y no habiéndole podido reducir á dejar el cristianismo, le desnudó de toda su opulencia, mandó que le pusieran toscos vestidos y le destinó á guardar y conducir los camellos de los bagajes de su ejército. No por tan duro tratamiento cedió un punto la firmeza del valeroso atleta de Jesucristo. Transcurrido algun tiempo en un estado tan miserable, le vió el Rey desde uno de los miradores de su palacio que iba lleno de polvo y muy distinto del mismo que antes brillaba con toda la pompa y gala de las riquezas de este mundo: creyó que tal mudanza de fortuna habria hecho impresion en su ánimo, y le hizo llamar. Para introducirle á su audiencia ordenó que le vistieran de nuevo lino, y compareciendo Hormisdas, púsose el Monarca á persuadirle que abandonára su religion; mas el siervo de Dios arrebatado por superior espíritu rasgó la túnica que acababa de regalarle la munificencia del Rey, y se la arrojó á los piés, diciéndole: «Si piensas que por causa de ella yo me habia de separar de la piedad, manten tu don y consérvale junto con tu maldad.» Viendo el Rey su invencible constancia, desnudo como estaba le mandó echar de palacio y salir de todos los confines del reino.

Suene era uno de los potentados de la na-

cion, y viendo el Rey que eran inútiles todos sus esfuerzos para que no adorára al verdadero Dios, le puso bajo la férula del peor de los mil esclavos que tenia, convirtiendo al amo en siervo humilde, y al vil esclavo en tirano de su antiguo Señor. Ni contento con tan bárbara disposicion, mandó que el nuevo amo tomára por mujer á la misma esposa de Suene, cuya admirable constancia nunca jamás se rindió á estas ominosas invenciones del infierno. Consi-guieron igualmente la corona del martirio el diácono Benjamin, celosísimo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, y los Santos Narsetes y Sabucata.

Maarsapor era de familia de príncipes. Es-tuvo preso muchos años por su constancia en la fé, y padeció diversos suplicios varias veces. Por último, el magistrado Ormisdávaro le man-dó encerrar en una cueva, que por su orden fue luego tapiada. Al cabo de dos meses la hizo abrir, considerando que el cadáver del Santo ya estaria corrompido, porque el hambre no habria tardado en darle muerte. Pero fue grande la sorpresa de los que se introdujeron en la cueva, pues le hallaron de rodillas y ro-deado de una luz celestial: mayor su asombro cuando vieron que estaba muerto y en aquella actitud de orar. La gloria del Señor se comu-nica á sus siervos, y la divina Omnipotencia

tiene admirables medios para revelar al mundo su santidad.

No menos asombrosa es la historia del martirio de Santiago llamado el interciso, que era un noble personaje de la corte del Rey Isdegerdes. Cuando este Soberano convirtió sus favores á la Iglesia en iracunda persecucion, Santiago por hacer una cosa que le fuese grata, abandonó el cristianismo que profesaba, y se entregó al culto de los ídolos. Poco despues murió el Rey; y la madre y la esposa de Santiago, que eran cristianas muy fervorosas y acababan de saber su apostasia, penetradas de dolor y despues de haber desahogado su profunda pena en la presencia del Señor con amargas lágrimas, pidiéndole la conversion del amado de sus almas atribuladas, le escribieron una carta patética, exhortándole á volver al servicio de su Dios. En ella le ponian delante que el poderoso monarca, á quien servia y por quien habia abandonado la gracia de todo un Dios, habia venido á parar en podredumbre, y le añadian que no podria librarle de los suplicios eternos, con los cuales le amenazaban esta madre y esta esposa, si no se convertia, y por último con firme resolucion le decian que ya nunca jamás le volverian á ver si persistia en la impiedad. Esta carta fue como un rayo para Santiago. Profundamente

conmovido echó mano á un libro de las sagradas Escrituras, que aun conservaba, y leyó meditando. Y con el alma fija en aquella lectura, sintió dentro de sí como una nueva vida de arrepentimiento, que le partia el corazon, de luz divina que le iluminaba el alma, y de resurreccion de su pasada virtud, obrándose en él una maravillosa transformacion, que le hacia volver del abismo de la culpa á la sublime vida de la gracia y amistad de Dios. Como fuera de sí por la vehemencia de sus afectos dejó el libro, y en alta voz empezó á hablar consigo mismo, pasando de un sentimiento á otro, y publicando el nuevo estado de su alma resueltamente cristiana.

Oyéronle idólatras, y le delataron al nuevo Rey Vararanes, hijo y sucesor de Isdegerdes. Hizole llamar este príncipe, y en el altercado que con él tuvo oyó de su boca que estaba resuelto á morir antes que volver á tiznar su alma entregada de nuevo á Jesucristo. En la sentencia de muerte quiso Vararanes hacer ostentacion de una refinada crueldad, y á este fin consultó con su consejo de magos. Uno de estos le sugirió la idea de que á Santiago se le fuesen cortando uno á uno todos los miembros. Sentenciado el santo mártir á tan horrible carnicería marchó al lugar del suplicio con magnánima entereza, y luego que llegó

á él se puso de rodillas en oracion, pidiendo al Señor la gracia que necesitaba para salir victorioso en tan atroz batalla. Le habia seguido una inmensa turba de idólatras, que movida á compasion por lo mucho que interesaban su juventud, la hermosura de su semblante y la nobleza de su familia, así como su alto rango y dignidades, le instaba á que siquiera disimulára por un momento su fé cristiana para librarse de tan bárbaro martirio; pero el intrépido atleta de Jesucristo, lejos de dar oidos á las impías sugeriones del pueblo, entregaba su cuerpo con grande gozo á ser despedazado miembro por miembro con el hacha de los verdugos, y en sus respuestas mostraba que le estaba inspirando un espíritu sobrehumano. Entretanto, deshaciéndose en lágrimas, oraban por él los cristianos que habia en la ciudad; y el Señor Todopoderoso le concedia ir perdiendo todos sus miembros junto con los raudales de su sangre sin sentir dolor alguno sino cuando le cortaron uno de los muslos, pues su alma estaba enagenada de alegría en la contemplacion de las grandezas divinas. Tal fue el heroico martirio de Santiago, á quien se llamó el interciso, porque su santo cuerpo fue dividido en 28 trozos. Fue su memoria muy celebrada, y su nombre sumamente glorioso y venerado en todas las

Iglesias de Oriente, y su fiesta se celebra el día 27 de Noviembre.

Viéndose perseguidos los cristianos de la Persia con tal furor y violencia, procuraban huir á territorio del imperio romano. Pero los magos, que deseaban apoderarse de todos ellos, ponian guardias por doquiera para impedirles la salida del reino, y á este fin se valian especialmente de los príncipes de los Sarracenos que dependian de aquel imperio. Aspabeto, que era uno de estos príncipes, aunque pagano, no podia ver sin horrorizarse la crueldad con que aquellos impíos trataban á los cristianos; por lo cual, en vez de prender á los fugitivos, les auxiliaba ayudándoles á evadirse y á ponerse en salvo. Fueron estos actos de humanidad la causa de su conversion; porque habiendo sabido que los magos se habian quejado de su conducta al Rey, temiendo la crueldad de este monarca, él mismo se retiró con toda su familia y con todas sus riquezas á territorio romano. Recibióle Anatolio, general de las tropas romanas de Oriente y le dió el gobierno de los Sarracenos de la Arabia, que estaban sujetos al imperio romano. Y habiéndose curado milagrosamente un hijo suyo por la eficacia de las oraciones de San Eutimio, el cual gozaba en Palestina de alta nombradía por sus admirables virtudes, Aspabeto con toda

su familia abrazó el cristianismo, y en el bautismo se puso el nombre de Pedro: fue después ordenado Obispo de los Sarracenos con el título de Obispo de los Parembolos, y asistió como tal al Concilio de Éfeso contra la heregía de Nestorio.

La injusticia y fiereza con que en Persia eran atrocemente perseguidos los cristianos, fueron además de otros motivos del orden político y civil, causas poderosas que determinaron á Teodosio el jóven á llevar la guerra al corazón de aquel reino. Lograron sus armas visible protección del cielo contra Persia orgullosa. Alamundaro, príncipe de los Sarracenos, habia acudido al auxilio del persa Vararanes y lleno de presuntuosa arrogancia le habia inducido á llevar sus huestes al seno mismo del romano imperio de Oriente. Teodosio, que por motivo de religion habíase empeñado en esta lucha, instaba á Dios á que se levantase á defender su causa contra el poderío de Persia. Y el Altísimo se dignó oír sus plegarias fervorosas. En la Bitinia varios ángeles se aparecieron á muchos que volvian á Constantinopla, y les dijeron que allí estaban ellos para acabar con el ejército de los Sarracenos, y que podian asegurarlo cuando llegasen á la corte imperial. Así á Teodosio se le anticipó la venturosa noticia de que la victoria habia de ser suya por medio

sobrenatural. Se cumplió lo prometido. El innumerable ejército de los Sarracenos, que Alamundaro acaudillaba, se vió deshecho sin que los romanos llegasen á ensangrentar sus espadas en las venas de sus enemigos. No bien estos advirtieron que sobre ellos iban á caer los defensores de la cruz, cuando sobrecojidos de espanto repentino y milagroso se arrojaron al rio Eufrates, en cuya corriente se ahogaron hasta cien mil. Con razon, pues, llamó un escritor poderosa guerrera á la oracion. Como el verdadero Dios en cierto modo podia decirse que era nuevo para el mundo recién convertido, queria darse á conocer y obraba tales maravillas en aquellas primeras edades del cristianismo para que á los siglos advenideros sirvieran de admirable y sobremanera útil enseñanza.

Á esta milagrosa victoria siguióse la paz que el vencedor Teodosio se adelantó á ofrecer. Acacio, Obispo de Amida, pudiera decirse que echó un glorioso sello á esta paz y aquella guerra, librando con los tesoros de su Iglesia á siete mil prisioneros persas de los rigores de la esclavitud y del hambre. Su caridad de acuerdo con la de su clero los compró para darles la libertad, y acudiendo á sus urgentes necesidades, les conservó la vida y los restituyó á su patria.

Habiéndose emprendido aquella guerra entre Teodosio y los Persas principalmente para obligar á estos á desistir de su propósito de acabar con los cristianos de aquel imperio por medio de los tormentos y de la muerte, claro es que en el tratado de paz que puso término á ella uno de los pactos seria el que en la Persia cesase la desoladora persecucion del cristianismo. Pero San Agustin y el célebre Teodoreto ofrecen testimonios irrecusables de que se renovó esa persecucion de cristianos, y fue durando por espacio de treinta años con el admirable tejido de periodos de mas bonanza y otros de tempestades y de recrudescencia del mal, con que la divina Providencia permite ó detiene el curso de las pasiones hostiles á la Iglesia segun los impenetrables designios de su sabiduría.

CAPÍTULO XVIII.

SUMARIO.

Admirabilísima historia del prodigioso penitente San Simeon Stilita.

Entre las maravillas de este siglo quinto resplandece singularmente una que ha sido el asombro de todas las generaciones posteriores,

y que entonces lo fue del universo conmovido á vista de un espectáculo tan raro y extraordinario. Hablo de la admirable vida de San Simeon Stilita, acerca de cuyas circunstancias mas notables están de acuerdo muy graves historiadores. Insiste el sábio Cardenal Orsi y se dilata en probar cuán autorizada por la docta antigüedad ha venido esta narracion de los hechos maravillosos de Simeon Stilita. En cuanto á mí que aspiro á la mayor brevedad posible, me bastará indicar que el respetable historiador y Obispo Teodoreto, quien le conocia personalmente, es uno de los fidedignos autores, que han transmitido á las edades venideras estos prodigios de la divina gracia.

Nació Simeon en Sisan, poblacion pequeña, situada en los confines de la Siria y de la Arabia; y hasta los trece años de su edad fue su ocupacion la de pastorcillo de ovejas. Por este tiempo, que se calcula que fue el año vigésimo tercio del siglo, oyó leer y explicar aquellas palabras del Evangelio en que el Salvador llama bienaventurados á los pobres de espíritu, á los mansos, á los pacíficos y á los que padecen hambre y sed de justicia; y á fin de lograr esa sublime bienaventuranza, resolvió vivir solo para Dios é inmolarse en las aras de la mas austera penitencia. Abrazó pues la vida monástica y solitaria, y fué pa-

sando por grados de penitencia y soledad, hasta que concibió la idea de permanecer inmóvil toda su vida en el aire y sin más apoyo que el de sus pies sobre una estrecha columna. Pero subiendo de punto su fervor y su deseo de alejarse hasta en lo material de la tierra y de los hombres, que atraídos por los resplandores de su santidad y de sus milagros, buscándole en su desierto, le rodeaban y tocaban con el ansia de alcanzar alguna gracia portentosa, fue elevando la altura de sus columnas. Y por último se fijó en una de cuarenta codos de alto, donde permaneció hasta su muerte por espacio de treinta años, habiendo pasado otros siete en las anteriores. Dice el historiador Evagrio, citado por Orsi, que en el suelo ó cúspide de su columna apenas le cabían los pies estrechamente juntos. Al principio tenía un palo ó viga amarrado á su columna para apoyarse algunos ratos; mas después sosteniase solo con el aliento y esfuerzo de su fé y el auxilio de Dios omnipotente. En tal postura violentísima y peligrosa no se comprende como pudiese dormir; pero está averiguado que de cuando en cuando dormía, aunque brevemente. Una sola vez á la semana tomaba algún alimento. La mayor parte del tiempo lo empleaba en la oración; y no solo adoraba á Dios su espíritu arrebatado en con-

templacion altísima, hacía también su cuerpo inclinándose muchas veces con profundas reverencias. En verano le abrasaban todo el día los ardores del sol, y en invierno caían sobre él las tempestades de granizo, las lluvias prolongadas, las escarchas, los hielos y las nieves. Combatíanle los vientos impetuosos. Y no le conmovían el ánimo, siempre fijo en la adoración de su Dios, ni los truenos, ni los rayos desprendidos de las airadas nubes, ni los tremendos huracanes que agitaban los desiertos. Sus pasmosos ayunos llegaban en las cuaresmas á un extremo de todo punto sobrenatural, pues en ellas no entraba en su cuerpo alimento alguno humano. Tres veces estuvo ciego por espacio de cuarenta días, y el Señor le restituyó la vista, y no por medio de medicinas usadas sobre la tierra. Le sobrevino un cáncer espantoso en la pierna izquierda: la llaga era profunda y horrible: exhalábase de ella un hedor intolerable: á pedazos se le caía la carne, y un ejército de gusanos le devoraba aquella pierna y aquel pié, donde solo quedaban los huesos; pero al cabo de nueve meses de atroces padecimientos el Señor le curó milagrosamente. El Obispo de Antioquía Dono, de cuya ciudad distaba una jornada la montaña en que se elevaba la columna de Simeon, fue á visitarle, celebró allí el santo sacrificio de

la misa y subió á darle la sagrada comunión.

Un género de vida tan extraordinario no solo habia de suscitar la admiracion de los pueblos, sino tambien mover á murmuraciones las lenguas de los que quieren sujetarlo todo á las reglas comunes de la prudencia humana. Así pues, no faltaron detractores á San Simeon Stilita entre los que no saben ó no respetan los altísimos y escondidos caminos de Dios. Aunque mas instruidos en ellos, los santos monges de Egipto, á los cuales por este hecho se deduce que Simeon estaba obligado á obedecer como monge que era, se maravillaron al saber como vivia, y hasta llegaron á dudar de si era recto el espíritu que le animaba. Á fin de probarlo enviaron los superiores un monge comisionado, que á nombre de ellos le ordenase dejar aquel género de vida y bajar de su columna. Fue el monge egipcio, y ordenó á Simeon que bajase de la columna; y el Santo Stilita al oír la orden que se le intimaba á nombre de los que aun reputaba por superiores suyos, ya se disponia á bajar, cuando el monge comisionado, segun las instrucciones que traia, reconociendo en la prontísima obediencia de Simeon que era santo y de Dios el espíritu con que hacia aquel extraordinario género de vida, le mandó que siguiera en él conforme á lo que el Señor le habia inspirado.

La fama de una virtud tan elevada y singular se dilató por todos los ángulos del universo; y eran innumerables las gentes de todas las naciones que movidas de una santa curiosidad ó para pedir gracias ó favores celestiales iban á ver aquella viviente maravilla. Edificábanse todos con el sublime espectáculo de una santidad tan asombrosa, y volvian participando en algun modo de ella por el nuevo fervor que los animaba, ó al menos por las gracias que habian conseguido, merced á la poderosa intercesion de San Simeon Stilita. Pudiera decirse que aquel hombre, que solo hablaba con Dios en su columna, era el predicador mas elocuente, era el apóstol de los mas remotos países y de los pueblos mas bárbaros. Traíalos al rededor de su columna desde muy lejos la fragancia de sus virtudes, y haciéndoles dejar sus gentílicas supersticiones, los convertia al cristianismo. Las tribus de la Arabia, tanto las que estaban ya sujetas al imperio romano, como otras mas indómitas, que hasta entonces no habian doblado la dura cerviz al yugo de ningun soberano y menos reconocido la ley divina, que de los cielos trajo el Hijo de Dios, fueron evangelizadas y civilizadas por el incomparable habitante de la columna. Lo que hacen muchos misioneros, que abrazados por el celo de la salvacion de las almas



corren los mares, y buscan, arrostrando peligros, en lejanos continentes, salvajes que convertir, transformándolos en hombres enteramente nuevos, él lo hacia permaneciendo inmóvil en su columna. Llamaba Simeon al desierto con la celebridad de sus prodigios á los hombres sentados en sombras de muerte para iluminarlos con los rayos de la verdad y de la divina gracia, de que parecia una fuente viva, y á la cual en efecto atraia del cielo con el fervor de su oracion, comunicándola á los millares de almas, que ansiosas de bienes celestiales iban á visitarle en su desierto, el cual por las muchedumbres en movimiento, que venian y regresaban, parecia un mar orillas de una playa, donde las olas van y vienen continuamente. Mas no todas las conversiones se obraban al pié de la columna: alli se formaban los apóstoles, que habian de llevar la luz del Evangelio á las tribus ó países á que pertenecian. Así muchos jefes de las bandas de Arabes, que tenian sus movibles campamentos en los desiertos, emprendieron el viaje al de Tesálisa, donde estaba el prodigioso Simeon Stilita; y convertidos y adoctrinados en las verdades de nuestra santa fé por el predicador de la columna volvian á su país hechos maestros de la doctrina evangélica, y llenos de celo conquistaban para nuestro Señor Jesucristo las

tribus que capitaneaban. De esa misma luz celestial de conversion y de gracia, de que Simeon era el primer vehículo humano, participaron tambien muchos armenios y muchos partos. Hasta las mujeres públicas al ver y oír á Simeon se convertian en fundadoras de monasterios, donde expiaban con la mas rigurosa penitencia sus pasados escándalos.

La santa nombradía, el poderoso influjo, el buen olor de las virtudes, la eficacia de las oraciones y el celo irresistible del asombroso Stilita produjeron en el mundo tales mudanzas, dieron tales triunfos á la divina gracia, obraron tales milagros é hicieron tales bienes á la Iglesia que el intentar referirlos seria traspasar los límites fijados á esta compendiada historia. Baste decir que á su mediacion milagrosa se debió el que cesase en la Persia la persecucion del cristianismo, la cual habia durado segun el testimonio de Teodoreto con breves intervalos por espacio de 30 años. Y el historiador Cosma refiere de la manera siguiente los portentos que pusieron un término glorioso á esa prolongada lucha contra los fieles hijos de la Iglesia en aquel reino dominado por los sacerdotes de los ídolos, que allí eran conocidos por el nombre de magos.

Á pesar del aborrecimiento de aquella corte contra los cristianos, era grande la estimacion

que en ella se hacia del incomparable Stilita y altísimo el concepto en que se le tenia. El Rey Vararanes por medio de sus embajadores se informaba del tenor de su vida y de sus milagros; y la Reina su esposa pidió y consiguió como un precioso regalo un poco de aceite que Simeon habia bendecido; y los grandes del reino despues de haber hecho las mas exactas y minuciosas investigaciones acerca de sus maravillas, le llamaban un hombre divino, menospreciando las calumnias é imposturas de los magos, los cuales por denigrar su buen nombre hacian esfuerzos increíbles. Y por último el pueblo, que con mas facilidad se presta á dar crédito á los prodigios, importunaba á los criados y soldados que acompañaban á los embajadores por lograr un poquito del aceite que el admirable Santo bendecia. En medio de esto, los magos, principalísimos autores de todos los males que affligian á los cristianos, pues para ellos era el conservar las antiguas supersticiones una copiosa fuente de riquezas, de honores y dignidades, instigaban sin cesar á los príncipes á que se cumpliesen los edictos de persecucion contra los cristianos, y ellos mismos tomaban á su cargo el darles entero cumplimiento. El corifeo de su secta consiguió del monarca persiano que le diese ilimitadas facultades para con todo género de

vejeciones y tormentos forzar á los cristianos á abandonar su religion; y despues de haber dado la muerte á un crecido número de fieles adoradores de Jesús con diversas clases de bárbaros suplicios, encerró en una prision horrenda á 350 cristianos, niños, jóvenes, ancianos, nobles y plebeyos, sacerdotes y seglares, los cargó de cadenas, los metió en cepos, y dió á los carceleros órden de que no consintiesen que persona viviente les llevase comida ni bebida, á fin de que ó muriesen de hambre y de sed en aquella cárcel tenebrosa, ó para conservar la vida del cuerpo renunciasen al pan de los ángeles y á la fuente del agua viva y de la verdadera felicidad. En medio de tan crueles angustias se acordaron de los milagros de Simeon los santos confesores, y creyendo llenos de confianza que él veria su aprieto y oiria sus votos, aunque ausente, pidieron al Señor que los socorriese conforme á su divino beneplácito por las oraciones y por los méritos de su siervo.

Hallábanse en el dia décimo de su encarcelamiento, cuando hácia la media noche, estando todos orando juntos ven con luz repentina disiparse las tinieblas del calabozo, y en medio de una muchedumbre de lámparas y antorchas encendidas ven á Simeon sobre la columna vestido de blancas pieles y con el rostro resplande-

ciente como una estrella. «Paz á vosotros, les dijo el penitente aparecido. Yo soy vuestro hermano Simeon, que habito hácia el Ocaso en los países sujetos al poderio de los romanos.» Bajando luego de la columna, los exhortó á no perder la confianza en Dios y á no abatirse por aquellas tribulaciones, y añadió: «Dentro de tres dias estareis fuera de esta prision, tendrán un término vuestras persecuciones, y el cielo tomará de vuestros perseguidores una venganza tan terrible que estremecerá todo el Oriente y lo llenará de espanto.» Dichas estas palabras, les pareció que de nuevo subia á la columna, y se ocultó á sus ojos con la velocidad de un relámpago, dejándolos atónitos, pero al mismo tiempo con tanta fortaleza y dulcísimo consuelo que ya se tenian por completamente libres.

Desde la cárcel voló Simeon á la casa del mago, y se le presentó sobre la columna y rodeado de la misma gloria, pero con terrible aspecto y teniendo en la mano un fuego asemejado á un rayo. Con tal vision palideció el hombre impío, tembló, y cayó al suelo medio exánime. Y acto continuo el Santo, reprendiéndole con espantosa voz su impiedad contra la religion y su crueldad para con los siervos fieles de Jesucristo, é intimándole las venganzas divinas, vibró el fuego ó el dardo encendido que empuñaba su diestra, el

cual penetró en aquel hombre sacrílego hasta las entrañas y hasta los tuétanos de los huesos; al instante salió de sus quemadas carnes un hedor intolerable, que se dejó sentir hasta en las casas inmediatas. Sin embargo, no sucumbió al punto aquel malvado tirano sino que por muchos días siguió penando horriblemente. Y Simeon le ordenó que hiciese decir á su Rey estas mismas palabras: Simeon, que vive en el Occidente sobre la columna, te manda, ó Rey, lo siguiente: quiero que los cristianos sean al momento puestos en libertad, y abolidas las leyes que has publicado contra la Iglesia de Jesucristo. Y añadió: si no cumple estas órdenes en el término de tres dias, caerá sobre él el peso de la divina venganza de tal modo que sus tormentos serán mayores y mas agudos que los que ahora te afligen á tí.» Y dicho esto, desapareció la vision. Entretanto el mago tendido en el suelo y atormentado de acerbísimos dolores en todos sus miembros, lloraba, se lamentaba, hacia espantosas contorsiones y pedia auxilio y socorro. Reúnese una multitud de gente, y asombrados todos le preguntan la causa de su mal. Y él les responde: «Aquel Simeon, que entre los romanos habita en la columna, me ha condenado á este suplicio por mis crueldades contra los que profesan su religion, y entre otras cosas me ha

dicho, puesto que adoras al fuego, es justo que el fuego te consuma, que así conocerás que es el fuego un dios vano é inútil.

Enterado el Rey de Persia de estos sucesos extraordinarios tanto por la voz pública, como por carta que el mago le escribió, sobremanera temió las amenazas y se sometió á las órdenes de Simeon. Hizo en su consecuencia revocar las leyes promulgadas contra los cristianos, y mandó que fuesen puestos en libertad los que estaban presos, que se abriesen las iglesias y se permitiese á los fieles practicar su religion públicamente. Entretanto el malvado y cruelísimo mago á los veinte dias de la terrible vision murió abrasado por oculto fuego, al mismo tiempo que le devoraban las entrañas gusanos pestíferos y roedores: su muerte atemorizó á los enemigos de la religion cristiana, y á un crecido número de persas movió á recibir en sus almas la fé de Jesucristo Salvador del mundo y á erigirle un trono de amor en sus arrepentidos corazones. Sucedieron estas maravillas en el reinado de Isdegerdes segundo, quien despues de la muerte de Vararanes ceñia la corona de Persia y en época posterior á la que vamos recorriendo; pero no era razon ni justicia callar en este punto una de las mayores glorias del maravillosísimo habitante de la columna, colocado entre el cielo y la tierra como para servir de

vehículo á las gracias y misericordias del Altísimo y como de intermediario entre los ángeles y los míseros mortales. Por último, dice Teodoreto hablando de Simeon, que ora combatia la impiedad de los gentiles, ora quebrantaba la contumacia de los judíos, ora desbarataba las huestes de los hereges, escribiendo á este fin al Emperador, á sus ministros y á los gobernadores de las provincias para despertar y encender su celo, y otras veces á los Pastores de las Iglesias, exhortándoles á cuidar de su grey con mas asidua vigilancia.

CAPÍTULO XIX.

SUMARIO.

El libro de San Agustín intitulado Enquiridion. Muerte de Honorio. El protonotario Juan se hace Emperador de Occidente. La jóven poetisa Atenaide sube al trono de Constantinopla por el camino de la desgracia, casándose con el Emperador Teodosio. Muerto Juan á manos del verdugo, entran Placidia y su hijo Valentiniano III en posesion del imperio de Occidente. Leyes favorables á la Iglesia y al cristianismo. Destruccion prodigiosa del ejército de los Hunos. Calamidades. Multitud de prodigios obrados por las reliquias de San Esteban. Nuevos libros de San Agustín. Caída del conde Bonifacio. Los Vándalos pasan al África y con ellos desolacion imponderable. Mártires. Fortaleza de San Agustín: sus combates científicos con los arrianos. El herege Teodoro de Mopsuestia.

No descansaba el fecundo ingenio de San Agustín: se ocupó en escribir su Enquiridion, que es una especie de manual sobre la fé, la esperanza y la caridad: dice el sábio Cardenal Orsi que puede reputarse esta obrita como el ensayo primero de teología escolástica. Siguió á él su libro de *Cura mortuorum*, y es en él muy notable la idea de que si la eficacia de las

oraciones de los vivos en favor de los difuntos no estuviera comprobada por la divina Escritura, para tenerla por segura, seria razon suficiente la práctica y unánime acuerdo de la Iglesia en pedir á Dios por los difuntos.

Mientras San Agustin movia doctamente su incansable pluma, tambien agitaba la feroz discordia su tea desoladora. Honorio se indispuso con su hermana Placidia, quien con su hijo Valentiniano se refugió en la corte de Teodosio. Honorio, que por su piedad y virtudes cristianas y por su celo en defensa de la verdadera religion habia merecido bien de la Iglesia, pero se habia mostrado bastante débil en el gobierno del imperio y al frente de los ejércitos, murió sin hijos. Y á un Protonotario de Roma, que se llamaba Juan, le pareció esta buena ocasion para trocar su destino por el mas encumbrado de Emperador de Occidente. Pero luego que llegó á Constantinopla la noticia de su rebelion, se preparó Teodosio á nueva guerra y victoria nueva, que le mereciese algun otro poema de su ilustrada esposa la Ateniese Eudoxia. Llegó esta á Constantinopla cuando otra señora de gran talento compartia el trono con su hermano Teodosio: fue al imperial palacio acompañada de dos tias suyas, y como su objeto no era cautivar á ningun hombre sino mover á piedad del aban-

dono en que se hallaba, era muy natural que buscase á este fin el hermoso corazon de la Emperatriz Pulqueria. Vió Pulqueria en esta jóven una belleza peregrina, y al oírle la relacion de su infortunio descubrió un ingenio grande y muy cultivado con ciencias y literatura. Y era esta precisamente la causa de su desgracia. Su padre filósofo de Atenas, que le habia dado el patrimonio de su saber, le negó la parte que le correspondia en sus bienes, desheredándola para enriquecer con ellos tan solo á sus dos hermanos, y expresando en su testamento que ya ella era bastante rica de bienes del alma, de talento y de erudicion para no necesitar de esotros bienes materiales. Y en este concepto solo le dejó cien monedas. La desheredada filósofa y poetisa no halló en los libros de su uso (que no eran de autores cristianos) suficientes razones para conformarse con la inusitada disposicion de su padre; pero sus hermanos se aprovecharon de ella para no hacer caso de sus reclamaciones. Hubo, pues, de emprender el viaje hasta Constantinopla en compañía de una de sus tias para apelar al mas augusto de los tribunales, donde esperaba que el sensible y tierno corazon de la Emperatriz Pulqueria sentenciaría á su favor, siguiendo el dictámen de la justicia y hasta por vivo impulso de compasion. Y efectiva-

mente, el corazón de Pulqueria sentenció en su favor, pero de un modo que no estaba al alcance de la bella poetisa.

Pulqueria había hablado con su hermano Teodosio sobre el matrimonio que él había de contraer, elevando al solio del imperio á alguna señora digna de tal honra; y Teodosio le había manifestado que las prendas principales que él requería en su futura esposa, no eran lo ilustre de la sangre, ni lo grande de las riquezas, sino mas bien la belleza del alma y la del cuerpo, el recto juicio, el talento, la instruccion y las virtudes. Todo esto creyó Pulqueria hallarlo en la jóven ateniense, que le pedía justicia y compasion de su desventura, y enamorada ella misma de las singulares dotes que la naturaleza y el estudio habían acumulado en Atenaide, que tal era el nombre de la jóven, corrió á enterar á Teodosio de que la divina Providencia había enviado á palacio una ateniense digna de ser vista y examinada con alto fin. Pulqueria lo dispuso todo de manera que su hermano el Emperador viese y oyese á la hermosa poetisa defender su causa y hablar de su infortunio, sin que ella le viese. La idea del augusto matrimonio se realizó. Mas como Atenaide no era cristiana, primero hubo de instruirse en la doctrina de nuestra santa fé, y al bautizarse

tomó el nombre de Eudoxia. Hecha esposa de un Emperador cristiano, con asiduo ahinco se dedicó al estudio de las sagradas Escrituras, y empleó su numen poético en poner en versos exámetros todo el Pentateuco y en hacer una paráfrasis poética de los profetas Daniel y Zacarias, muy elogiada por Focio.

En tanto su esposo el Emperador Teodosio triunfaba por medio de sus generales del tirano Juan, que murió á manos del verdugo, y ponía á su primo Valentiniano III y á su tia Placidia en posesion del imperio de Occidente. Agradecida Placidia á los señalados beneficios del Altísimo, puso su primera atencion en reprimir á los hereges y en dar á la Iglesia toda la honra y esplendor posible. Y á este fin publicó varias leyes contra todas las sectas enemigas de la religion católica. Conserveanse todavía y tienen por objeto restablecer los privilegios de las iglesias, y eximir á los clérigos de la jurisdiccion de los tribunales legos (porque, segun dice, no conviene que los ministros del santuario dependan del arbitrio de las potestades temporales) y excluir de los empleos de la milicia y del foro á los judíos y á los paganos y desterrar lejos de las ciudades á todos los hereges y cismáticos, y especialmente á los maniqueos. Tambien Teodosio publicó otra ley prohibiendo el abuso de tributar ho-

nores semi-idolátricos á las estátuas de los Emperadores. Asimismo llevado de su esquisita religiosidad promulgó Teodosio otra ley, en que vedaba que en dias festivos se celebrasen espectáculos profanos. El Omnipotente premiaba de un modo muy manifiesto esta piedad de Teodosio, de suerte que bien podíamos exclamar en este período de la historia: *Pietas ad omnia utilis est*. Una inmensa muchedumbre de Hunos, que el general Aecio habia traído consigo para sostener al tirano Juan en Occidente, cayó con su Rey Roila sobre el imperio de Oriente, como una nube de tempestad. Pero el Dios de los ejércitos, á quien con sus oraciones acudió Teodosio, la desbarató fulminando un rayo sobre su Rey, al cual redujo á cenizas, mandando peste sobre la multitud armada, á la cual en su mayor parte devoró la muerte, y por último enviando globos de fuego sobre los restos de aquel ejército de Hunos, que vinieron á desolar el imperio del piadosísimo Teodosio y de su santa hermana la incomparable Emperatriz Pulqueria.

Como dice muy bien San Juan Crisóstomo, no están en este mundo solos los males, ni tampoco están solos los bienes, sino que en el universo andan mezclados unos y otros. Así puntualmente sucedia en estos años, cuya historia venimos desenvolviendo. Mientras la Providencia

favorecia con tales prodigios al imperio de Oriente, desgracias muy terribles angustiaban al de Occidente: las militares empresas de los Godos bañaban en sangre una parte de las Galias, y temblaba España al rudo choque de las armas de los Vándalos, que arruinaban varias de sus ciudades populosas. Precipitáronse estos pasando el mar sobre el África, y la primera víctima de sus furores fue la Mauritania. Por entonces gozaba el África del inapreciable beneficio de tener Obispos excelentes; pero los muchos y enormes pecados de sus habitantes subieron á los cielos á provocar la indignacion del Todopoderoso, y la divina venganza tomó los ejércitos de los Vándalos por instrumentos de castigo formidable.

En medio de esas calamidades Dios se mostraba propicio, obrando multitud de maravillas con las reliquias de San Esteban. Solo en su obispado de Hipona contaba San Agustin setenta milagros, y entre ellos cinco resurrecciones de muertos, y aseguraba que eran mas los que se debian á las reliquias de San Esteban en los Obispados de San Posidio y Evodio, es decir, en Calama de la Numidia y en Uzala en el África Proconsular.

Aunque no tan visible, era tambien una especie de prodigio, al menos era muy admirable la fecundidad del ingenio y sabiduría de

Agustin. Con motivo de una disputa célebre entre los monges de un monasterio de Adru-mento escribió otro libro sobre la *Gracia y el libre albedrio*, y poco despues otro que se intitula de *la Correccion y de la Gracia*. Tam-bien refutó á Vital, que era casi pelagiano. Para dirigir una carta magnífica á su antiguo amigo el conde Bonifacio le dió ocasion la cai-da lamentable de este insigne personaje en un abismo de corrupcion y degradacion espantosa. Por órden de la Emperatriz Placidia habia pa-sado con una embajada el Conde Bonifacio á la córte de los Reyes Vándalos de España, donde se casó en segundas nupcias con una princesa de aquella real familia, y de tal ma-trimonio provino la ruina de su alma. Él exi-gió que la princesa se hiciese católica; mas se conoce que ella no abandonó de todas veras su arrianismo, pues el primer fruto de su ca-samiento fue bautizado por los hereges arria-nos que la siguieron al África y que tenian preponderancia grande en el palacio del Con-de Bonifacio. El ánimo de este ilustre cau-dillo perdió su fuerza y su virtud con la compañía de su jóven esposa; y no bastando á su desenfrenada sensualidad una mujer legíti-ma, ignominiosamente se rodeó de concubinas. Tanta es la fragilidad del corazon humano, cuando se desvia del estrecho sendero de la

perfeccion cristiana, cuya subida habia emprendido Bonifacio, y tan horréndo es el precipicio en que se derrumban los que vuelven la espalda á su Dios y Señor despues de haber vivido con él largo tiempo, disfrutando las delicias de su divino amor. De ese abismo se empeñó San Agustin en sacar á Bonifacio, y su carta, dignísima de un fervoroso apóstol, es un bello monumento de la grandeza de su alma, de la elevacion de sus sentimientos y de la esforzada valentia de su celo.

Entenebrecido por los vicios el entendimiento del Conde Bonifacio, y haciéndose cada dia mas peligrosa su situacion por hallarse en guerra con la Emperatriz Placidia, que contra él envió mas de un ejército, no dió oidos á los saludables consejos de San Agustin, y lejos de enmendarse, llamó en su auxilio al África á los Vándalos, que ocupaban la Andalucía. Hizo con el Rey de ellos un convenio, por el cual entre los dos se dividian el señorío y posesion de las provincias del África. Abandonando sus dominios de España los Vándalos con su Rey Censerico á la cabeza, pasaron el estrecho de Gibraltar, y cayeron sobre el África con mas ímpetu y furia que los violentos huracanes que tronchan y derriban cuantos árboles encuentran en su rápida carrera. La desolacion que consiguieron llevaron no solo fue horrorosa, cruelísima,

atrocísima y extraordinaria, sino que entre los horrores, entre las crueldades, entre las sangrientas matanzas, entre las despobladoras destrucciones de pueblos, de ciudades, de provincias y reinos que ofrecen los anales del mundo se lleva la triste palma de haber sido bárbara y ferocísima mas que otras muy célebres devastaciones. Es imposible pintarla con los negros colores que merece: tiembla y se horroriza el corazón al fijar la vista en aquellas hazañas no de hombres sino de fieras, no de salvajes sino de mónstruos infernales. Los pecados del África horribles é innumerables, segun Salviano, llamaron sobre sí esa plaga, en lo espantosa superior á todo encarecimiento.

Del satánico furor de los Vándalos fueron el principal blanco los templos del Señor, sus altares y sus ministros. La persecucion de su religion santa duró mas de cien años. Y empezó con incendios y con horrores inauditos. Acaso nunca con mas razon hubiese dicho Virgilio: «Ubique luctus, ubique pavor, ubique plurima mortis imago.»

Entre los mártires de esta persecucion ocupan el primer lugar Papiniano, Obispo de Vite, y Mansueto, Obispo de Uri, ambos quemados vivos, el segundo con llamas y el primero con piedras hechas áscuas.

San Agustin sobrevivió algunos pocos años

á la general destruccion de las Iglesias de África, pues del primer ímpetu devastador de los Vándalos se libraron las de Cartago, Hipona y Cirta; y es de admirar que su ánimo sobremanera consternado por el afflictivo espectáculo de tantas calamidades y especialmente por la ruina espiritual de tantos millares de almas, lejos de enflaquecerse, cobrase nuevos bríos para luchar con los arrianos invasores, con el obstinado Juliano, con el semi-pelagianismo, que en las Galias levantaba la cabeza, con los donatistas y con todo linaje de enemigos de nuestra santa fé. En medio de tan terribles angustias debió á su invencible fortaleza cristiana la serenidad necesaria para llamar á juicio y examinar cuantos libros habia escrito durante su larga vida, que eran 232, y hacer de ellos una especie de rápido análisis en dos libros, que intituló *Retracciones*.

No niega el Cardenal Orsi que el Santo al revisar todas sus obras se propuso hacer de juez consigo mismo, y con efecto enmendó, corrigió, mejoró y rectificó muchos pasajes de sus obras; pero al mismo tiempo asegura que en lo tocante á la fé no tuvo que arrepentirse, sino de lo que antes de ser Obispo habia escrito al afirmar que el primer asentimiento prestado por el hombre á la fé, era

obra exclusivamente suya, sin que en ella tuviese parte la gracia.

Por este mismo tiempo compuso San Agustín su libro del Espejo, que es una selecta colección de los textos que en el antiguo y nuevo Testamento son mas proporcionados á dar al comun de los fieles una recta idea de sus obligaciones morales y religiosas. No contento con haber combatido las heregías de su siglo, para mejor darlas á conocer formó un catálogo, en que están igualmente comprendidas las de los siglos anteriores, llegando todas ellas hasta entonces al número de ochenta y siete.

En lucha verbal y pública sostuvo San Agustín la fé católica contra un obispo arriano llamado Maximino, quien, segun parece, por un negocio particular fue á Hipona y procuró sembrar en esta ciudad sus pestinenciales errores. Duró todo el dia la disputa, porque Maximino prolongaba interminablemente su discurso á fin de que el sapientísimo Obispo católico no tuviese tiempo para responder á tanto como él acumulaba de citas de la sagrada Escritura, de inútiles divagaciones, de subterfugios, de palabras vanas y de amplificaciones y nuevos giros de unos mismos conceptos. No podia San Agustín consentir que por solo falta de tiempo hubiese su adversario, saliendo

precipitadamente de Hipona, aparentado que sus objeciones no habian tenido respuesta. Para dársela muy completa y desvanecerlas todas una por una, escribió el Santo Doctor dos libros, que son un monumento de su glorioso triunfo. Habia sido el primer campeón de la Iglesia contra la heregía pelagiana y continuó siéndolo hasta la muerte. En sus últimos años componia los libros, que dejó incompletos, en respuesta y confutacion de los que últimamente habia publicado Juliano. Este obispo herege se hallaba refugiado en la Cilicia bajo el amparo de Teodoro de Mopsuestia, que era el verdadero padre de la heregía pelagiana, aunque su nombre quedó oscurecido por el de Pelagio, el cual la aprendió de uno de los discípulos de este hipócrita obispo. Fue Teodoro en su juventud amigo y compañero de San Juan Crisóstomo: despues adquirió grande celebridad en todo el Oriente escribiendo contra el arrianismo y desterrándolo de Mopsuestia. Ocultaba sus propias heregías y predicaba con elocuente piedad, por manera que habia en él dos hombres, uno sabio y santo á los ojos del mundo, y otro perverso y forjador de heregias á los ojos de Dios. Pero al fin se descubre la maldad. Tuvo sin embargo la fortuna de que sus heregias tomáran el nombre de Pelagio y de Nestorio, discípulos suyos; mas no se encubrió

de tal manera que se librase de ignominia en la historia. El quinto Concilio general, celebrado en Calcedonia, le condenó expresamente.

CAPÍTULO XX.

SUMARIO.

Casiano. El semipelagianismo. Errores sobre la predestinacion: los combate San Agustin. San Próspero, San Honorato y Venancio. Conversion de Hilario.

Del pelagianismo nació el semipelagianismo, que tuvo por autor á Casiano, varon célebre por sus estudios y escritos acerca de la vida monástica. Aunque natural de la Scitia menor, la habia abrazado en Belén junto con Germano, á quien le unian vínculos de sangre, y ambos pasaron muchos años en un monasterio inmediato á la cueva del Niño Dios, adelantando en el ejercicio de las virtudes y en el estudio de las ciencias sagradas y profanas. Despues hicieron un dilatado viaje por el Asia, y especialmente por el Egipto, con el fin de observar y aprender las reglas y prácticas de perfeccion que estaban en uso entre los solitarios del Oriente y en los numerosos monas-

terios, que eran como otras tantas mansiones de virtud y santidad. Y por último, Casiano cansado ya de correr por el mundo, desempeñando importantes comisiones, se fijó en Marsella y fundó dos monasterios, que él mismo gobernaba. Allí en sus libros sobre la vida monástica y en sus Conferencias de los Padres del desierto echó la cizaña del semipelagianismo, tomando un término medio entre los errores de Pelagio acerca del libre albedrío y la doctrina católica de San Agustin. Se atrevió á sentenciar contra este insigne Doctor, y enseñó erróneamente que la voluntad se adelanta algunas veces al bien sin el prévio movimiento de la gracia, aunque concediendo que otras veces es la gracia quien mueve á la voluntad á obrar el bien. Sin embargo de este error, muchos sabios han hecho por otros conceptos un distinguido aprecio de varias obras de Casiano.

Difícil es que empiece á cundir un error en una provincia ó reino sin que los entendimientos contaminados con él no caigan en otros errores, conexos en el órden de las ideas con aquel que se anticipó á infestar las mentes. Así los errores semipelagianos sobre la gracia y el libre albedrío, luego que se introdujeron en las Galias, por su conexion con la eterna predestinacion de las

almas produjeron otros nuevos sobre este altísimo y delicadísimo punto. San Próspero é Hilario los denunciaron á San Agustin en una juiciosa carta, en que los exponian detalladamente, pidiéndole el auxilio de sus luces para mejor combatirlos. Correspondió San Agustin á sus deseos, enviándoles sus dos libros que con este motivo escribió sobre la predestinacion, de los cuales se dice que tienen todo el vigor del ingenio de este incomparable atleta de la fé. En las Galias seguia sus pasos con la fecundidad de su talento y con el ardor de su celo y la brillantez de sus virtudes el mencionado San Próspero, que á una adhesion firmísima á la doctrina de la Iglesia unia la aficion á la bella literatura, y sobresalia como poeta entre los de su tiempo, á los cuales ganaba ciertamente en el estudio y conocimiento de las obras de los Santos Padres y en especial de las de San Agustin, á quien amaba mucho y á quien tenia por su maestro, aunque el mar los separase.

Todavía mas que la del sagrado poeta Próspero, fue célebre la santidad de otro hijo de las Galias llamado Honorato, pariente de San Hilario: tuvieron en su juventud estos dos Santos notable semejanza en cuanto á aquellas cosas que mas estima el mundo: á ambos ennoblecian lo ilustre de su alcurnia, la brillante



posicion de su familia, lo esmerado de su educacion, lo preclaro de su ingenio y la elocuente facilidad para expresarse, cautivando la atencion de cuantos los escuchaban. Pero Hilario estuvo para naufragar entre las arrebatadas corrientes del siglo corrompido; mientras Honorato desprendido desde sus mas tiernos años de todo cuanto pudiese haber perjudicado su inocencia, guardó su limpio y hermoso corazon solo para su Dios y Salvador; y no aspirando sino al retiro y á las delicias de la contemplacion y al trato íntimo y escondido con su Dios y al fervor de la oracion y de la penitencia, renunció á su opulencia, al regalo de la casa de sus padres y á cuanto hay sobre la tierra mas halagüeño y seductor para un jóven, y en compañía de su hermano mayor Venancio emprendió buscar un sitio solitario en que poder vivir tan solo para el cielo. Parece que se fijaron en un terreno que les pertenecia, y hacian una vida de ángeles mas que de hombres: no pudo ocultarse el resplandor de sus virtudes á pesar de su empeño de esconderse á los ojos del mundo: atraidos por la fragancia de su santidad fueron á juntárseles y á ponerse bajo su direccion espiritual muchos jóvenes fervorosos: por las comarcas circunvecinas fue volando su fama de grandes siervos de Dios, y se hizo universal en ellas la

reverencia y admiracion con que eran estimados y considerados. Pero los dos santos hermanos Honorato y Venancio se habian alejado de la casa de sus padres no para adquirir celebridad, sino para hacer una vida toda escondida en Jesucristo, y tal que de ellos no hubiera noticia entre los hombres. Así pues, disgustados del buen concepto de que gozaban en aquel país, resolvieron trasladarse al Oriente á buscar otro paraje mas escondido, y poniéndose bajo la especial direccion de San Capraccio, se embarcaron en Marsella. Pero luego que llegaron al Peloponeso, murió en Modon Venancio; y los demás santos viajeros, sin duda movidos por inspiracion divina, regresaron á Occidente; y despues de haberse detenido algun tiempo en la Toscana, pensaron en elegir para morada suya alguna de las islas del mar Tirreno, pobladas de fervorosos siervos del Altísimo, que únicamente aspiraban á la mas íntima union de sus almas con su divino Hacedor y Redentor. Á este fin escogió San Honorato la pequeña isla de Lerin, desde donde podia comunicarse frecuentemente con su amigo San Leoncio, Obispo de Frejus, que le amaba como á hijo. Una multitud de serpientes vivia enseñoreada de esta isla, y ningun guerrero valeroso se hubiera atrevido á disputarles la pacífica posesion en que de ella estaban; pero sin

temerlas, las ahuyentó San Honorato con solo su perfecta confianza en Dios, y quedó la isla convertida en un vergel de virtudes, cuyo olor de celestial suavidad atrajo á ella á muchos, que de San Honorato deseaban aprender el modo de vivir santamente en oracion y penitencia. Bellísima es la pintura, que de esos ángeles humanos hacia San Euquerio, que los habia visto y admirado. Mas no pudiendo copiarla por su extension, me bastará decir que aquellos hombres celestiales eran una viva personificacion de todas las virtudes. Y en cierto modo ya poseian en sus almas esa divina bienaventuranza, que era el único objeto de todos sus deseos, verificándose por la efusion de las bondades de su Dios el que las delicias del cielo bajáran á sus corazones antes de subir ellos á la gloria del empireo.

En medio de tanta bienaventuranza asaltaba á San Honorato de cuando en cuando el sentimiento de que su pariente Hilario tenia el alma en peligro de perderse por toda la eternidad. Era Hilario un señor opulento, que aunque todavía jóven, se veia cortejado por las dignidades del mundo, que habian venido á realzar su persona y al mismo tiempo á ensoberbecerle el pecho y á pegarle mas y mas el alma á las nocivas delicias y honores de la tierra. No le conocia su pariente San Honora-

to; pero movido por el espíritu del Señor se propuso ganarle para el cielo, y á este fin dejó su apacible soledad de Lerin, y volvió á su patria. Empeñado en llevarse á Hilario á la isla en que vivia solo para Dios, hizo los mayores esfuerzos por arrancarle de las pegajosas vanidades á que su espíritu estaba como amarrado. Todo fue en vano. Súplicas, persuasiones, argumentos, instancias repetidas, ningun efecto produjeron en el corazón de Hilario. Mas no dejó su santísimo propósito de salvarle su pariente Honorato, ni se dió por vencido con sus altaneras repulsas. Acudió el Santo á la oracion, y alcanzó el triunfo que su elocuencia no habia podido conseguir. Hilario tuvo que luchar con los llamamientos de la divina gracia, y por último se rindió á sus inspiraciones, desnudándose de las pompas del siglo y abrazando la vida cenobítica en compañía y bajo la direccion del mismo que habia conquistado con las armas de la oracion la fortaleza de su alma tenida por inexpugnable.

Pasado tiempo, fue San Honorato hecho Obispo de Arlés, y en esta silla le sucedió San Hilario.

CAPÍTULO XXI.

SUMARIO.

Extraordinarios sucesos del término de la vida de San Amador y eleccion de German para el obispado de Auxerre. San Lupo y San German van á la Gran Bretaña á defender la fé: serenan milagrosamente una tempestad: confunden á los maestros de la heregía pelagiana. Milagros de San German. Escenas bélico-religiosas. Conflictos en el África. Muerte de San Agustin. Pasan á mejor vida San Aarelío, San Alipio y Evodio.

Extraordinaria sobremanera fue la conversion del celeberrimo Obispo San German de Auxerre. Era de ilustre familia; mostró algun talento durante sus estudios de humanidades, pasó á Roma á cursar el derecho y aun empezó á ejercitarse en el foro; pero elevado luego á públicos empleos, subió en la milicia hasta llegar á ser duque ó general. Hallábase en Auxerre con el mando superior de las tropas cuando tuvo una fuerte indisposicion y enojosa desavenencia con San Amador, que era el Obispo de la ciudad. Este siervo de Dios hizo con tal motivo un acto de profunda humildad, y el Señor se lo premió revelándole el dia de su tránsito á la gloria y que ese mismo Ger-

man tan irritado con él y tan entregado al mundo y á los vicios, habia de sucederle en el obispado. Sin descubrir á nadie San Amador las revelaciones con que el Señor le habia favorecido, se puso en camino para Autun, donde se hallaba Julio, Prefecto de las Galias, de quien iba á solicitar una gracia. Era esta la de que su empleo de general no impidiese á German el recibir las órdenes sagradas. Por su parte accedió el Prefecto á la solicitud del Santo Obispo. Habiendo este vuelto á Auxerre, juntó al pueblo y al clero, y les manifestó que habiendo tenido revelacion de su próxima muerte, era menester que eligiesen para sucederle en el obispado una persona dotada de altas prendas. Todos enmudecieron, no sabiendo á quien designar. Y el Obispo levantándose les dijo que le siguiesen á la Iglesia. Con sus soldados armados iba German entre la multitud, y San Amador en el umbral del templo mandó que los militares dejaran sus armas antes de penetrar en el santuario de la Magestad divina. Así lo hicieron, y de este modo German quedó desarmado. Dirigióse á él el Obispo San Amador, y como quien obraba inspirado por Dios, procedió á conferirle las órdenes sagradas. En aquel instante mudó el Omnipotente el corazon y los sentimientos de German, en una palabra, hizo de él otro hom-

bre, que ya no era para las vanidades de este mundo sino para el servicio de Dios y de su Iglesia, y para ostentacion de las divinas misericordias. Concluido el acto solemnisimo y extraordinario, fue San Amador acometido de su última enfermedad, y hasta su muerte no dejó de exhortar á las personas que le rodeaban á no pensar mas que en elegir á German por sucesor suyo en el obispado. Por último, se hizo llevar á la Iglesia, y allí en presencia de todo su pueblo exhaló su espíritu, que en forma de paloma fue visto volar al cielo.

Todo el pueblo y el clero confirmó la eleccion que San Amador tenia hecha en favor del improvisado sacerdote German para sucesor suyo en aquel obispado: hubo German de ceder á la voluntad divina tan claramente manifestada; y sus primeros hechos probaron cuán profunda habia sido la mudanza obrada en su alma por la gracia y virtud del Espíritu Santo: vendió todos sus bienes y distribuyó su importe entre los menesterosos: persuadió á su esposa á vivir con él como una hermana, y se entregó totalmente al apostólico y sublime ejercicio de procurar la salvacion de las almas que estaban encomendadas á su pastoral sollicitud. Sus asombrosas virtudes, y los grandes milagros que al Señor plugo obrar por medio del nuevo Obispo de Auxerre, difundieron la

fama de su santidad por todos los ángulos de las Galias, y desde luego fue reputado entre los muchos Obispos santos que gobernaban sus diócesis por el mas ilustre y mas favorecido de dones extraordinarios.

La heregía pelagiana tenia uno de sus principales cuarteles en la isla de la Gran Bretaña, y los católicos de ella pidieron para extirparla el auxilio de los Obispos de las Galias. Para corresponder á tan piadosos y laudables deseos se juntaron en Concilio los Prelados de las Galias, y para debelar la pelagiana heregía en la Gran Bretaña, resolvieron enviar á ella, cual campeones de la fé católica, dos de sus mas esclarecidos Obispos, al de Troyes y al de Auxerre, á San Lupo y á San German. Enterado el Sumo Pontífice San Celestino del acertadísimo nombramiento de estos dos Obispos santos para caudillos de los ejércitos del Señor, á fin de dar mayor autoridad á German, le hizo su legado, y de tal modo contribuyó á la extincion del incendio de la heregía en aquella isla que San Próspero llega á atribuirle la gloria de este señalado triunfo.

San Lupo, que fue uno de los dos Obispos enviados al glorioso combate, casó en su juventud con Pimeniola, hermana de San Hilario de Arlés; mas era tal el fervor de

estos dos jóvenes esposos en el servicio divino, que aspirando á mayor perfeccion, se separaron, yéndose Lupo á la isla de Lerin, al monasterio gobernado por San Honorato, donde dió pasos de gigante en el camino de la santidad, y al cabo de solo un año fue ordenado y hecho Obispo de Troyes. Habiéndose embarcado para Inglaterra los dos santos atletas, levantaron los espíritus infernales una furiosa tempestad en el mar, y para calmarla hicieron oracion los dos siervos de Dios, y San German echó en las embravecidas ondas unas gotas de aceite bendito, con lo cual desapareció la borrasca suscitada por los demonios. Habian estos predicho por medio de unos obsesos la llegada de San German y San Lupo; y así fue que los esperó en la playa una numerosa muchedumbre de gente. Presentarse los Santos en la isla y ganar para sí los corazones de sus habitantes fue todo uno. Predicaron, y convirtieron á los pecadores y á los secuaces de la pelagiana heregia, sin que sus fautores se atreviesen á defender su propio campo. Pero viendo por último el descrédito en que su silencio los precipitaba, se resolvieron los sostenedores de la heregia á disputar públicamente con los Obispos San Lupo y San German. Hablaron primero los campeones de la heregia, y luego los siervos del Altísimo. Las razones de estos

y las multiplicadas autoridades que adujeron de la divina Escritura, confundian de tal modo á los propaladores del error que enmudecian como atónitos. El pueblo, que presenciaba esta magnífica victoria de los Obispos católicos, estuvo á pique de arrojarle como un leon sobre los maestros de impiedad; pero al fin, ateniéndose á las reglas de la bienhechora moral de nuestro Señor Jesucristo, se abstuvo de poner las manos en ellos, y se contentó con publicar á gritos su derrota. Y en aquel mismo instante saliendo de entre la muchedumbre dos esposos con una hija suya ciega, la presentaron á los Obispos para que la curáran; pero estos insignes Santos, á fin de que mejor resplandeciera el poderío del Dios de los católicos, les mandaron que fueran con esa pretension á sus adversarios, los cuales, tanto por su impotencia para obrar el milagro, como por su temor al pueblo, se juntaron á los padres de la niña para pedir su curacion á los dos santos defensores de la verdad católica. Pusiéronse estos en oracion, y luego San German pasando un relicario por los ojos de la niña ciega, le restituyó la vista. Con tal prodigio todo el pueblo se afirmó en la doctrina predicada por los dos Santos Obispos, aprovechándose de sus instrucciones y mirando con horror los sofismas de la heregía pelagiana.

Quería el Señor que sus dos insignes siervos permaneciesen mas tiempo en la Gran Bretaña, y así los detuvo de un modo en que es de admirar su altísima providencia, pues intentaba que Lupo y German edificasen á los habitantes de aquella isla, y avivasen mas y mas su fé, no solo con el ejemplo de sus virtudes, sino tambien con el apostolado de los milagros, los cuales tienen para esto un poderío maravilloso. Como para enseñar á la Inglaterra de siglos posteriores la reverencia y culto de dulia que se debe á los Santos, fueron los dos grandes Obispos de las Galias al sepulcro del mártir San Albano á tributarle el sincero homenaje de su amor y de su veneracion profunda. Y á la vuelta de esta piadosa romería dió San German una caída, que le puso en estado de no poder moverse. En tal situacion se ofreció un espectáculo nuevo y sobremanera hermoso á los ojos de los que saben contemplar las cosas celestiales. Aquel extraordinario Santo, que yacia inmóvil sobre el lecho del dolor, curaba con la eficacia de sus oraciones; curaba milagrosamente á los que iban á pedirle la salud perdida: se levantaban sanos de repente aquellos enfermos, por quienes habia rogado, y él permanecía inmóvil en el lecho de sus dolorosos padecimientos. Un voraz incendio consumió la casa

inmediata á la suya y la misma casa donde él se hallaba; pero se detuvo respetuoso á la presencia de aquel enfermo admirable. Solo á su cámara no tocó el fuego.

Despues de tan visible muestra de la proteccion divina, el que á tantos habia curado por milagro recibió tambien la gracia celestial de verse libre de su grave dolencia de una manera milagrosa.

Vencidos ya por los dos Santos Lupo y German los enemigos de sus almas, se vieron los habitantes de la Gran Bretaña amenazados de otros enemigos de sus vidas y haciendas. Los Sajones, los Pitios y otros pueblos bárbaros, que habitaban la parte mas septentrional de la isla, que ahora llamamos Escocia, vinieron con formidable ejército y con guerrero ímpetu á caer sobre ellos. En semejante consternacion los Britanos volvieron los ojos á los dos favoritos del cielo, que tenian en su isla. Y Lupo y German no se negaron á volar en su auxilio. Mientras los jefes instruian á sus soldados en las evoluciones militares, ellos les enseñaban el modo de servir á Dios y de salvar sus almas. Pero la mayor parte de aquel ejército se componia de idólatras, ó de hombres entregados á los vicios, y por lo mismo fue preciso que los dos campeones de la fé principiáran por instruirlos en ella y convertirlos.

Sus palabras estaban llenas de unción divina, y así fue rápida y maravillosamente llevada á cabo aquella heroica empresa de convertir á casi todo un ejército. Pero no habia iglesia, y aquellos bosques vieron levantarse un templo improvisado hecho con los troncos y ramas de sus árboles bajo la activa dirección de San German. Allí el Señor de los ejércitos bajó á inmolarse á su Eterno Padre en el sacrificio de la misa, y entró hostia de amor en los limpios y fervorosos corazones de aquellos soldados nuevamente alistados en su celestial milicia y pocos momentos antes esclavos de las potestades infernales, de cuyo tiránico dominio acababan de salir por medio del bautismo.

Llegaban en tanto los enemigos, confiando en su número y en su valor, y dando por segura la victoria. Pero German se constituyó en caudillo del ejército, que habia santificado, le hizo subir á ocupar las cumbres y colinas, que rodeaban una hondonada, y cuando ya los Sajones se hallaban inmediatos, por tres veces gritaron ambos Santos *Alleluia*, y todo el ejército repitió por tres veces el grito de *Alleluia* conforme ellos se lo habian mandado de antemano. El estruendoso *Alleluia* fue retumbando de cumbre en cumbre y de caverna en caverna; y al oír los bárbaros Sajones y los feroces Pitios los mil ecos sonoros de mon-

tes y cavernas, que repetían el prolongado *Alleluia*, se penetraron de pavor, y se dieron á precipitada fuga, arrojándose en un río, en el cual todos se sumergieron.

Después de esta victoria prodigiosa volvieron á las Galias los dos incomparables Obispos San Lupo y San German.

No iban con esa felicidad los negocios de la religion y del imperio en el África. La Emperatriz Placidia llegó á conocer que habia caido en un lazo tendido por el pérfido general Aecio al declarar la guerra al conde Bonifacio, gobernador del África; y queriendo poner algun remedio á los males causados al imperio por tal engaño, envió como su plenipotenciario de paz al conde Darío, quien logró que Bonifacio volviese á ponerse de parte de la Emperatriz y que consiguiese una tregua de los Vándalos; pero luego tornaron estos á dar rienda suelta á sus furores un momento represados, y llevándolo todo á sangre y fuego, llegaron á poner sitio á Hipona, que era plaza fuerte y ciudad marítima. En ella se refugiaron San Posidio y otros Obispos y el mismo conde Bonifacio, que derrotado por los Vándalos buscó sus muros como su postrer asilo para defenderse en ellos con tenaz resistencia.

Hubiérase dicho que todos aquellos varones afamados, y ahora abatidos bajo el peso de

inmensas pesadumbres, habian ido á, desahogar las congojas de sus angustiados corazones en el magnánimo pecho del Obispo Agustin, que era para todos ellos ejemplo de fortaleza y de resignacion sublime. Fue tal en medio de aquellos conflictos horrorosísimos la serenidad de su alma grande que prosiguió escribiendo contra el herege Juliano y en defensa de la divina gracia, hasta que se vió acometido por su última enfermedad. Conoció entonces que estaba cerca el momento de su dichoso tránsito á la gloria; y mandó que le dejasen solo para entregarse mas por entero á los sentimientos de penitencia, en que se ejercitaba, haciendo que al rededor de su lecho le pusiesen colgadas de las paredes las tablillas ó pergaminos en que á este fin tenia esculpidos los salmos penitenciales. Así solo interrumpian los gemidos de su contricion y sus tiernos y elevados coloquios con el Amado de su alma, el médico y sus amigos, únicamente en las horas en que habia de tomar alimento. Para mayor demostracion de que le asistia la virtud de lo alto, quiso la Providencia que hiciese un milagro visible pocos dias antes de que su espíritu volára al reino de la eterna paz. Grandes son los elogios que los Sumos Pontífices han hecho de San Agustin y de sus obras inmortales. Grande el séquito que ha tenido entre los teó-

logos de siglos posteriores. Y por último, grande la malignidad con que algunos ingenios depravados han interpretado siniestramente varios textos, principios y sentencias de este insigne Doctor.

El mismo año y un mes antes que San Agustín, pasó á mejor vida Aurelio, Obispo de Cartago, célebre en aquel tiempo por lo mucho que habia trabajado con prudencia, acierto y celo en favor de la Iglesia, siendo uno de los mas esclarecidos Prelados de su siglo. Era San Agustín como la luz de su mente y como el origen de sus hechos gloriosos; y en cuanto á promover la honra de Dios, la salvacion de los hombres, la debelacion de las heregias y el esplendor de la Iglesia, parecia que Agustín y Aurelio formasen un solo y mismo corazon y una misma alma. Con tan estrechos vínculos los habia unido é identificado la caridad. Sus memorables virtudes fueron coronadas no solamente por el divino Remunerador en las alturas celestiales sino tambien entre los hombres, que le dieron el título de Santo, con el cual le venera la Iglesia en sus altares.

Otras dos ilustres lumbreras de la Iglesia de África se eclipsaron en este mundo para brillar en los años eternos con resplandores mas puros al tiempo que la desolacion, llevada por la triunfante barbárie, cubria de ruinas, de

luto, de sangre y de sombras de muerte los campos, los pueblos, las ciudades y las llorosas Iglesias, que hundian en el suelo sus doradas techumbres. San Alipio y Evodio, amigos íntimos, compañeros, paisanos y discípulos de San Agustin, brazos de su celo episcopal, partícipes de su gloria, murieron tambien en estos dias de duelo, en que sus iglesias abrasadas por la tea de los Vándalos caian reducidas á cenizas. San Alipio y Evodio fueron como luminosos satélites del gloriosísimo astro de las Iglesias africanas: juntos volvieron de Milan á su país nativo; juntos establecieron y practicaron el instituto de la vida monástica; juntos combatieron las heregías revestidos de la dignidad episcopal, y casi juntos trocaron este valle de lágrimas por aquella patria de luz, de paz, de inmortalidad y de inefable bienaventuranza.

CAPÍTULO XXII.

SUMARIO.

Nestorio y su heregía: le contradice en público el intrépido Eusebio. Persigue el heresiarca á muchos monges, abades y sacerdotes seculares. San Próculo panegirista y defensor de la Madre de Dios. Nestorio envia sus sermones heréticos á todas las naciones: sus diversos efectos. Cartas de San Cirilo en contra de la heregía nestoriana.

La muerte de Sisinio, que habia sucedido á Ático en la silla de Constantinopla, y con el cual dejaron en ella un notable vacío dulces y eminentes virtudes, fue universalmente llorada, y hasta por el Sumo Pontífice San Celestino, y con razon, pues le sucedió Nestorio. Habia este hombre de perdicion nacido en Germanicia, ciudad de la Siria Eufratésia, desde donde pasó á Antioquía, y abrazó la vida cenobítica en un monasterio muy inmediato á esta capital del Oriente. Fue ordenado de sacerdote, y con su predicacion, sus austeridades y su celo contra los hereges adquirió fama. Habia esta llegado á oidos del Emperador Teodosio, quien por evitar la lucha de dos partidos, que se formaron en Constantinopla para

la eleccion de un nuevo Obispo en pro de dos insignes varones, ambos dignos del episcopado, propuso á Nestorio desdichadamente. Aceptóse la fatal propuesta. Y Nestorio admitió sin dilacion el patriarcado de Constantinopla. Tomó consigo al clérigo Anastasio, que era su íntimo confidente, y ambos se pusieron en camino para la capital del imperio de Oriente, pasando por Mopsuestia. En esta ciudad se detuvieron, porque su Obispo que era aquel Teodoro, á quien se reconoce por inventor de las heregías pelagiana y nestoriana, era su Obispo, y de él bebieron ambos viajeros las envenenadas aguas, que habian de derramar en Constantinopla y en una parte considerable del Oriente, ó bien, si es que ya estaban infectos con el pestilencial hálito de la heregia, se corroboraron en su maldad y convinieron en los medios de hacerla pública y dilatarla. Llegados á Constantinopla, escribió Nestorio á San Cirilo, Obispo de Alejandría, y al Sumo Pontífice para poner en su conocimiento su exaltacion á aquella sede metropolitana; y uno y otro le contestaron de una manera muy satisfactoria.

Violentísimo contra los hereges se mostró Nestorio luego que tomó posesion de su obispado. En el primer discurso, que pronunció el dia mismo de su consagracion, dirigién-

dose al Emperador que estaba presente, le dijo: «Dame toda la tierra limpia de hereges, y yo te daré el cielo: hazme triunfar de los hereges, y yo te haré triunfar de los Persas.» Estas palabras le ganaron el afecto de algunos católicos poco instruidos y poco sensatos; pero los mas prudentes y juiciosos formaron mal concepto del nuevo Obispo, prometiéndose presenciarse funestísimas tempestades. Y con efecto, estallaron muy pronto. Nestorio no se contentaba con la violencia de sus palabras, sino que pasaba á mostrarla en sus hechos y determinaciones. Al quinto dia mandó demoler una iglesia en que los Arrianos se reunian secretamente, y estos ardiendo en fuego de venganza la incendiaron, y el incendio se comunicó rápidamente á las casas circunvecinas. Produjo esto suma irritacion contra Nestorio, á quien desde entonces se daba el sobrenombre de incendiario.

Teodosio publicó una ley severísima contra los hereges por consejo é instigacion de Nestorio, como se deduce del dato de haberse el heresiarca jactado de ella cual de obra suya. Pero observa con mucha razon el Cardenal Orsi que en ella no se hace mencion de los pelagianos, de donde infiere que ya para entonces tendria connivencia amistosa con ellos el enemigo de la Madre inmaculada de nuestro divi-

no Salvador. Abrigaba Nestorio en su pecho abominable un proyecto execrando contra la fé de la Iglesia, y se proponia abatir á las demás sectas, para que campease sola ó al menos predominase la nueva que él ideaba establecer. Con este propósito persiguió en diversos puntos del imperio á los quatordecimanos, los cuales celebraban la pascua antes que los cristianos, y envió contra ellos á dos de sus clérigos confidentes suyos, llamado Santiago el uno, y Antonio el otro. Ambos iban encargados de echar las primeras semillas de la nueva heregía. Lograron estos emisarios por medio de los rigores someter á muchos quatordecimanos, á los que al admitir á la comunión del Obispo de Constantinopla obligaron á suscribir una profesion de fé plagada de heregias contra el misterio de la Encarnacion. Carisio, sacerdote y ecónomo de la ciudad de Filadelfia en la Lidia, donde esto sucedia, no pudo menos de escandalizarse al ver que levantaba la cabeza un nuevo mónstruo, una nueva heregía, y esforzando el grito, la combatió con brío. Llegó á Constantinopla la noticia de su resistencia; y Anastasio, valido de Nestorio, escribió á Filadelfia para que Carisio fuera depuesto, y en favor de Santiago, de cuyas doctrinas afirmaba que eran católicas.

No faltaron á Nestorio otros adeptos reves-

tidos de la dignidad sacerdotal, y aun de la episcopal, que se encargaban de convertir á los hereges por medio de la coaccion para imbuirlos, prevaliéndose de su ignorancia, en las nuevas doctrinas nestorianas. Él por su parte para sembrarlas en el pueblo de Constantino-
pla, iba preparando mañosamente el campo. Á fin de ganarse el corazon de los mas fervorosos y en especial de los sencillos é ignorantes predicaba con terrible fuego contra las supersticiones de los judíos, contra los paganos y contra todos los hereges, y siempre cuidaba de lamentarse de la negligencia de sus predecesores en enseñar á aquel pueblo piadosísimo el verdadero conocimiento de los dogmas de la religion cristiana, en el cual decia que le habia hallado ignorante y menesteroso de nuevas luces. Se daba crédito á sus palabras, porque salian de lábios autorizados, y emanaban de un hombre á quien la corte estimaba y á quien se habia traído de lejos para colocarle en la silla episcopal de la que entonces era la orgullosa metrópoli del imperio de Oriente. Con este bien estudiado artificio dispuso el pérfido heresiarca los ánimos de los incautos para cogerlos en las redes de su execrable heregia.

Habiendo Nestorio insinuado su doctrina por algun tiempo de un modo artificioso, con expresiones ambiguas y oscuras y formas equívo-

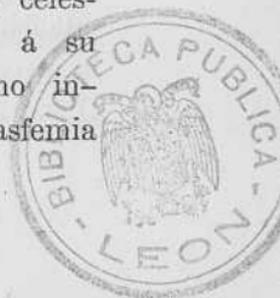
cas, finalmente quiso hablar mas claro y manifestar su arcano. No se atrevió sin embargo á dar por sí mismo el primer paso, y lo encargó al presbítero Anastasio, digno de ser por su necia temeridad la hacha de donde tuvo origen el funesto incendio. Predicando este un dia en la iglesia, tuvo el atrevimiento de decir estas sacrílegas palabras: «Nadie llame á María Madre de Dios. María fue mujer, y de una mujer no ha podido nacer Dios.» Estas pocas palabras contenian todo el veneno de la heregía nestoriana; porque si Dios no pudo nacer de una mujer, luego no pudo hacerse hombre, ni llorar niño en el pesebre, sufrir el hambre y la sed, las afrentas y oprobios, los azotes y espinas, ni morir en la cruz entre angustias y agonías. Creer y predicar de Dios tales cosas era, segun Nestorio, caer en el error de Arrio y en los devaneos de Apolinar. ¿Quién era, pues, aquel á quien concibió una Virgen por obra del Espíritu Santo, y dió á luz sin detrimento de su siempre inmune virginidad? ¿Y quién es aquel que satisfizo al Eterno Padre por nuestros delitos con el deramamiento de su sangre y con el precio de su muerte? Y por último ¿quién es aquel de cuya carne nos alimentamos en el sacramento, y bebemos su sangre salutífera? Si este no era Dios, luego la Virgen fue madre de un puro

hombre; y un puro hombre fue aquel que con su muerte satisfizo por nosotros á la divina Justicia. Esta era la verdadera creencia de Nestorio, que procuraba dorar ponderando la union del Hijo de Dios con el Hijo del hombre; pero sin querer reconocer que el mismo Hijo de Dios, el cual segun la divina naturaleza nació ab æterno de Dios, segun la humana nació de una mujer en la plenitud de los tiempos. Bien conocia el perverso heresiarca que el negar claramente que Jesucristo, nacido de María Virgen, era Dios equivalia á renovar las antiguas heregías de Ebion, Artema, Pablo Samosateno, Obispo que fue de Antioquia, y de Fotino, de Sirmio. Por tanto, á fin de alejar de sí esta infamia, protestaba que reconocia en Cristo la humana y la divina naturaleza; porque significando la palabra Cristo un hombre ungido, y consagrado por Dios, al mismo tiempo escitaba en nuestro entendimiento é inteligencia la idea y concepto así de la persona que es unvida, como del que unge, del templo y del habitador del templo, del instrumento y del artífice, de la imágen y del original, del trono ó de la púrpura y del soberano. De estos símiles se valia para explicar la union de Dios con el hombre en la persona de Cristo, diciendo que él era el templo de su Divinidad, el instrumento de su omnipotencia, la imágen de su

santidad y demás perfecciones divinas, la púrpura del Rey de Reyes y el trono de su gloria. Aunque semejantes expresiones se hallen tambien en la Escritura y de ellas se hayan valido comunmente los Padres, ninguno de ellos pretendió que se tomasen al pié de la letra y explicasen con exactitud la naturaleza y lo elevado del misterio, es á saber, la fisica y sustancial union de las dos naturalezas en la Persona del Verbo. Todas estas denominaciones de templos de Dios, sillas y tronos de su Magestad, é instrumentos de su divina Omnipotencia son comunes á los Santos, los que tambien se llaman dioses é hijos del Excelso por la participacion de la divina naturaleza y Cristos del Señor por la uncion de su gracia. Podia, pues, Nestorio valerse de todas estas expresiones, hablando de Jesucristo, y atribuirle estas prerogativas en un grado mucho mas eminente que á los demás Santos, sin confesar por eso que en realidad era natural Hijo de Dios.

Escandalizado el católico auditorio con la impía blasfemia pronunciada en el púlpito por Anastasio, se tumultuó, sintiéndose como herido en lo íntimo del alma porque á la Reina del cielo, que formaba sus delicias y era su dulcísima abogada y su poderoso amparo, se la privaba del titulo y dignidad de Madre de Dios: se quejó amargamente á su Obispo Nes-

torio, á quien correspondia corregir y reprimir al presbítero Anastasio. Pero Nestorio, que era como el primer manantial de los errores de Anastasio, salió á la defensa de ellos, quitándose la máscara que tenia puesta, y sosteniéndolos en el púlpito con su autoridad y con su falsa elocuencia. Estaba este plenipotenciario del averno dotado de cuantas cualidades son conducentes para constituir el diabólico carácter de un verdadero heresiarca: vanidad, apego al propio juicio, petulancia, obstinacion, audacia, astucia, relumbrones de falaz elocuencia, apariencias de celo, de austeridad, de piedad, ánimo emprendedor y al mismo tiempo reservado cuando el serlo le convenia, junto con una visible ignorancia de la doctrina de los Santos Padres concurrían en él á formar uno de los mejores caudillos de los ejércitos infernales. No podia negar que María era Madre de Dios sin negar al mismo tiempo la union hipostática del divino Verbo con nuestra humana naturaleza, pues siendo así que él confesaba que María era Madre de Cristo, segun él, Cristo no era Dios, puesto que, segun él, Maria no era Madre de Dios. Hé aquí cómo queriendo el heresiarca agraviar á esta celestial Señora, principalmente agraviaba á su divino Hijo, negando su Divinidad como inevitable consecuencia de su primera blasfemia



contra la Santísima Virgen. Pero como no queria que su impía doctrina pasase por contraria á la doctrina, prácticas y sentimientos de la Iglesia católica, que adora á Jesucristo como Hijo de Dios, decia, para colorar su impiedad á los ojos del vulgo, que aunque Jesucristo no habia nacido Dios, despues habia venido á habitar en él la Divinidad como en su templo y que la adoracion que se le tributaba no debia ser absoluta sino relativa, así como el trono es venerado no por sí mismo sino por la magestad del Rey que en él se sienta. Se ve clarisimamente que esto era destruir el dogma del misterio de la Encarnacion, cuya base, si así fuese permitido expresarse, es la union hipostática del divino Verbo con la naturaleza humana desde el primer instante en que nuestro Salvador Jesús fue concebido y formado en las entrañas de María con la purísima sangre de esta Reina de los Ángeles por obra del Espíritu Santo.

Predicando un dia Nestorio sus impiedades en la iglesia, y hablando contra las dos generaciones de Jesucristo, la divina y la humana, no pudo contenerse un ilustre seglar, que segun se cree, fue Eusebio, despues Obispo de Dorilea, y exclamó: «El mismo Verbo divino que nace eternamente del Padre, en el tiempo nació de una Virgen.» No se desconcertó

Nestorio por esta pública contradicción, aunque irritándose sobremanera con ella, prosiguió su discurso, redoblando sus blasfemias y sus ofensas á la verdad católica. Diversos fueron entretanto los efectos eléctricamente producidos por la exclamacion de Eusebio en aquella asamblea de fieles; los mas la recibieron con demostraciones de extraordinario júbilo y entusiasmo, y los menos, que eran los partidarios de Nestorio, con rabia y despecho, de modo que con las contrarias efusiones de tan contrarios sentimientos se llenó el templo de rumor y confuso alboroto. Sufrió Eusebio las iras de la lengua vehemente de Nestorio, que contra él fulminaba mil improprios horribles, pero al mismo tiempo mereció, tanto por esta su santa osadía como por sus escritos contra las heregias nestoriana y eutiquiana, la gloria de que la Iglesia le cuente por uno de sus mas diestros y sabios defensores y le tenga honrosísimamente colocado entre sus esclarecidos confesores.

Respecto de muchos monges, abades y sacerdotes seculares, que le hicieron algun género de oposicion, entre los cuales son dignos de especial mencion los cenobitas Basilio y Talásio, no se contentó el furibundo Nestorio con solo injuriarlos de palabra, sino que mandó azotarlos en la espalda y en el vientre, los

tuvo largo tiempo presos en las cárceles del obispado, les imputó delitos, que no habian cometido, para llevarlos ante el juzgado del Prefecto, y como no hubiese podido conseguir su malévolo intento, volvió á encerrarlos en las prisiones del obispado, donde estuvieron padeciendo hambre y privaciones y miserias, que los estenuaban. Sin embargo, el Obispo San Próculo no temió ensalzar á la Santísima Virgen como á verdadera Madre de Dios en un sermon pronunciado en presencia del mismo Nestorio. Grande fue al oírle la irritacion de este alevoso heresiarca, y sin consideracion alguna á la fiesta que se estaba celebrando en aquel templo, ni á los demás miramientos debidos al lugar santo, se levantó impetuosamente de su silla y subió al púlpito y prorumpió en una violenta diatriba contra cuanto habia dicho San Próculo en defensa del dogma de la divina maternidad de María, que él impugnaba desafortadamente. Ni satisfecho con este desahogo de su furor, en otros varios discursos siguió empeñándose en rebatir los invencibles argumentos de San Próculo.

Ambicionando el heresiarca obstinado difundir sus errores por los mas remotos países del mundo, despechado al ver que eran pocos los secuaces que en Constantinopla tenia su doctrina heterodoxa, reunió sus sermones, hizo

multiplicar las copias de ellos, y las envió por todo el universo á seducir incautos. Su lectura produjo sentimiento muy profundo y viva indignacion en los verdaderos católicos, al paso que sedujo á los de fé caediza y de conducta reprehensible. Vehementísimo fue el dolor que al leerlos experimentaron los Obispos mas santos, y el deseo en que ardieron de que la Madre Santísima de Dios viese solemnemente reparada la honra que el desatinado Obispo, ministro de Satanás, le pretendia quitar.

Viendo San Cirilo que la peste de los escritos de Nestorio habia penetrado hasta los monasterios de los santos solitarios del Egipto, escribió á estos una hermosa carta, en la cual les dice entre otras muchas cosas, refutando á Nestorio: «Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿cómo podrá negarse el título de Madre de Dios á aquella que le concibió en su vientre y le dió á luz? Tal es la fé que nos dejaron los Apóstoles, aunque no hicieron uso de esta locucion. Tal es tambien la doctrina de los Padres, especialmente la del incomparable Atanasio, mi predecesor ilustre en la cátedra de San Marcos, el cual en sus obras llama muchas veces Madre de Dios á la Virgen Santísima. Habiendo sido Atanasio el mas intrépido defensor y fiel intérprete del gran Concilio Niceno, no se puede dudar de que tal fuese

la inteligencia y sentimiento de aquella sacrosanta Asamblea. Basta leer su símbolo, para persuadirnos de que tal haya sido la fé de los Padres de Nicea, sin embargo de no haberseles ofrecido ocasion de llamar á la Inmaculada Virgen expresamente Madre de Dios. Despues que hicieron profesion de creer en un Señor Jesucristo, Hijo de Dios, unigénito, nacido del Padre y de su misma sustancia; del mismo único Señor nuestro y verdadero Dios, no hecho, sino engendrado y consustancial con el Padre, inmediatamente prosiguen diciendo que bajó del cielo y tomó carne humana por obra del Espíritu Santo, y fue muerto y sepultado. Luego el único Señor nuestro, segun el símbolo de Nicea, así como nació de Dios y es Hijo de Dios segun la divina sustancia, del mismo modo nació de María Virgen y es su verdadero Hijo, segun la naturaleza humana; y no se puede negar á María Virgen el título de verdadera Madre de Dios, sin negar á su Hijo, contra el tenor del símbolo de Nicea, el título de verdadero Dios, y las demás divinas prerogativas, que en el mismo símbolo, no menos que las afecciones humanas, se le atribuyen como á único Señor nuestro, y á una sola persona.»

Poco despues escribió San Cirilo otra carta al mismo Nestorio, vindicándose de las calum-

nias que este le suscitaba, y exhortándole á que desistiendo de su herético empeño de negar á la Virgen Santísima el título de Madre de Dios, devolviese la paz á las Iglesias conturbadas. Nestorio le contestó con una carta, que podemos llamar insignificante.

CAPÍTULO XXIII.

SUMARIO.

Católicos y hereges nestorianos en Constantinopla. Persecucion y lucha. Calumnias contra San Cirilo. Tribulacion é inocencia del monge Victor. La perfeccion de las virtudes cristianas en San Cirilo. Sínodo del clero de Constantinopla. Cartas de San Cirilo y de Nestorio. Memoria de Mario Mercator contra los pelagianos: estos hereges son desterrados de Constantinopla. Otras cartas de San Cirilo y su recurso al Sumo Pontífice. Escritos de Casiano contra el nestorianismo.

La exacerbacion de los ánimos llegó á lo sumo en Constantinopla con un hecho sacrilego é inaudito hasta aquel dia: Doroteo, Obispo de Marcionópolis, hombre vendido á Nestorio, de ánimo ruin y sin conciencia, se levantó en la Iglesia en medio de la asamblea de los fieles, y en alta voz pronunció anatema á cual-

quiera que dijese que María era Madre de Dios. Nestorio se hallaba presente, y á él se atribuye este atentado de horrorosa impiedad. Al oirlo, penetrado de profundo pavor religioso, se conmovió todo el pueblo, y al momento salió atropelladamente de la Iglesia. Desde entonces hubo declarada hostilidad entre los católicos de Constantinopla y el heresiarca poderoso, que los persiguió como tirano y como verdugo. Los fieles fueron azotados, encarcelados. Los buenos eclesiásticos resistían proclamando Madre de Dios á la bienaventurada Virgen María. Todo era guerra y persecucion en la ciudad, porque Nestorio tenia de su parte el poder, las autoridades civiles, que eran ministros de su injusticia y de su bárbara crueldad. Entretanto gritaban los católicos fieles que tenían Emperador, pero no Obispo, pues no reconocían por tal al impio heresiarca.

Entre las hazañas de los católicos fue célebrima la de haber fijado en los parajes mas públicos de Constantinopla un insigne escrito, en el cual se protestaba contra la herética pravedad de Nestorio. No se dudó de que su autor fuese aquel mismo Eusebio, entonces abogado y despues Obispo de Dorilea, el cual ya habia dado muestra esclarecida de su celo y valor. Pero Nestorio empleaba los tesoros de la Iglesia en comprar con largue-

zas el apoyo y proteccion armada de los magistrados, de los prefectos y de los ministros del Emperador. Por desgracia de los católicos, ya no ejercia Santa Pulqueria sobre el corazon de Teodosio aquel grande influjo que tuvo en los primeros años de su imperio: falsos políticos y cortesanos de mala ley le habian hecho otro del que era, situacion que favorecia sobremanera los intereses y designios del pérfido Nestorio. Para perseguir este á los mas fervorosos católicos solo hablaba de la necesidad de conservar el órden público y de castigar á los sectarios de Arrio y de Apolinar, denominaciones que daba con injusticia notoria á los verdaderos hijos de la Iglesia de Dios. Sus vejaciones de todo género quebrantaron por último la constancia de muchos fieles, que empezaron á contemporizar con las doctrinas del herejarca, creyéndolas ó fingiendo creerlas menos contrarias á la fé ortodoxa. Pero el mayor número resistia con heróico sufrimiento, y protestaba, del modo que le era posible, contra las violencias de la heregia prepotente y en favor de la immaculada Madre del Hombre-Dios. En particular muchos monges, entre los cuales se distinguian Basilio y Talásio, presentaron al Emperador una reverente pero al mismo tiempo enérgica exposicion, manifestándole que la fé de los católicos era la de todos los Docto-

res y Obispos del universo, y que Nestorio los perseguía tiránicamente, siendo ellos inocentes. En ella le decían que el remedio á tantos males era la celebracion de un Concilio general, que juzgase aquella causa, debiendo él desde luego reprimir los abusos de poder en que Nestorio incurria fiado de la proteccion imperial.

Por su parte Nestorio conocia que San Cirilo era su mas temible adversario, y así creyó que desconceptuándole alcanzaria la mas completa victoria. Pero no teniendo mas armas que las calumnias, de ellas echó mano; y para difundirlas por toda la redondez de la tierra, se valió de tres facinerosos, que cumplieron su infernal encargo con extraordinaria actividad. Mas atendiendo á dar mayor peso á la calumnia, la autorizaron con el nombre respetabilísimo de un monge santo, que se llamaba Victor. Este anciano venerable no podia figurarse que su fama de siervo de Dios sirviese á horribles calumniadores para desacreditar la santidad del Obispo de Alejandría. Con acierto se habia urdido la trama diabólica: hasta el mismo San Cirilo creyó que el monge virtuosísimo era su atroz calumniador. Fue difícil desimpresionar á los Obispos del Concilio de Éfeso de la idea siniestra que habian concebido del desdichado Victor, teniéndole por parrici-

da, pues la vida misma de San Cirilo hubiese peligrado, si merecian crédito las calumnias de que se le suponía cómplice. Habiendo llegado á noticia de Victor las calumnias de que era víctima, fue á Éfeso, donde estaban reunidos los Padres, á vindicar su inocencia, y con solo verle se horrorizaron todos ellos. En tan amargo conflicto levantó el angustiado monge los ojos y las manos hácia el cielo, y juró por su bautismo y por los santos misterios que estaba inocente del crimen que se le imputaba. Fue San Cirilo el primero que se desengañó é hizo cuanto pudo en favor de la inocencia de Victor, trabajando para que del mismo modo la reconocieran los demás Obispos.

En alto grado fue admirable la ejemplarísima conducta que observó San Cirilo en medio de estas borrascas suscitadas por Nestorio. No se intimidó, no se descorazonó, no se arrepintió de haber levantado contra sí furiosas tempestades á causa de su celo por la integridad de la fé y por la gloria de la Reina de los Serafines. Perdonaba sincerísimamente á sus calumniadores perversos; deseábales todo género de felicidades, y en especial la dicha de convertirse, reparando sus pasados extravíos con nueva y santa vida. En cuantos pasos dió, en cuanto escribió, en cuanto dispuso y en cuanto habló

durante la prolongada lucha que sostuvo contra el nestorianismo, se ve que sus acciones, su pluma y sus palabras estaban dirigidas por aquel divino Espíritu, que es espíritu de paz, de sabiduría, de fortaleza, de templanza, de prudencia, de dulzura y mansedumbre. Todas las virtudes salían oportunamente de sus labios y de su pluma para obrar en el instante preciso en que á cada una de ellas correspondía mostrarse, y todas ellas formaban un concierto maravilloso muy parecido al de los atributos divinos en el soberano gobierno de la Providencia. La segunda carta que San Cirilo dirigió á Nestorio fue grandemente celebrada por todos los Obispos católicos, y se llamó sinódica, porque su autor la hizo leer en un Sinodo alejandrino, que se la apropió en cierto modo por su aceptación y aplauso. Por el contrario, la contestación de Nestorio á San Cirilo mereció ser reprobada y condenada por el Concilio de Éfeso.

Como la corte, ó sean las personas de la familia imperial, favorecían á Nestorio, porque los hechos y las doctrinas llegaban á sus oídos, no cuales eran, sino como el mismo herejarca los presentaba, adulterándolos tanto en la forma como en la sustancia; San Cirilo envió al Emperador Teodosio, á las Emperatrices Eudisia y Pulqueria y á sus hermanas

varias dilatadas epístolas, ó mejor dicho, tratados sobre el misterio de la Encarnacion. En ellos aduce y explica bellamente los muchos textos de la divina Escritura, que prueban y confirman las sublimes verdades católicas que él defendia.

Por uno y otro bando, es á saber, por el del cielo y por el del averno, se trabajaba con la mayor actividad. Nestorio profegia á los hereges pelagianos Celestio, Juliano y algunos otros obispos expulsados de Occidente, y les permitia acusar de maniqueismo ante su tribunal á los católicos para perseguirlos injustísimamente. Pero habiendo reunido á este fin y contra el sacerdote Felipe en un Sínodo al clero de Constantinopla, sufrió el mas cruel desaire al oír declarar á la mayoría de dicho benemérito clero que celebraba el santo sacrificio de la misa, como lo hacia el mencionado Felipe, en los oratorios particulares de las casas de los fieles constantinopolitanos con el objeto de que estos no careciesen de la participacion de los divinos misterios, pues no querian concurrir á las iglesias por el temor de comunicar con Nestorio, á quien tenian por herege.

Mostróse este en la primera carta que escribió á San Celestino con todos los caracteres de verdadero heresiarca. Y parece que fue cosa providencial que en ella se diese á conocer

como altanero é indiscreto favorecedor de los principales hereges pelagianos y como perseguidor de los católicos de Constantinopla, y no ocultase su nueva y pestífera heregía. Al leer dicha carta ocurre el decir que Nestorio la escribió con necia candidez, aunque intenta mostrar en ella una superioridad de juicio, de saber, de autoridad y de talento, que por ningun título podia corresponderle, y mucho menos en parangon con la excelsa y omnímoda supremacía de la Cabeza de la Iglesia universal, del Pastor de los Pastores, á quien debia entera obediencia y del infalible Vicario de nuestro divino Salvador, cuya persona en regir y gobernar la Iglesia, y cuya autoridad soberana representa realmente con plenitud de potestad el Pontífice de Roma, que era entonces San Celestino.

Viendo el célebre Mario Mercator, que por aquellos años se hallaba en Constantinopla, la proteccion visible dispensada por Nestorio á los principales corifeos del pelagianismo, publicó contra esta heregía una luminosa memoria, en la cual designa todos los documentos que lo condenaban y que él mismo poseia y estaba dispuesto á manifestar á cuantas personas quisiesen examinarlos. Con esto públicamente y de un modo muy elocuente mostraba Mario Mercator cuán agena de la justicia y de la recti-

tud y del espíritu de la Iglesia católica era la conducta que Nestorio observaba con los pelagianos.

Leyó el Emperador Teodosio la egrégia memoria de Mercator, y convencido de cuán punibles eran los hereges pelagianos, que se habian anidado en su corte bajo la sombra de Nestorio, mandó que de ella los desterrasen.

Á esta expulsion de los pelagianos Juliano, Celestio y otros, que hubieron de salir de Constantinopla, precedió sin duda otra carta de Nestorio al Sumo Pontífice San Celestino, cuyo contenido es sustancialmente igual al de la otra del mismo, ya mencionada.

Por otra espístola de Nestorio á Celestio se ve que los unian lazos de la mas estrecha amistad, y en ella rebosa completísima hipocresía.

No descansaba San Cirilo en la defensa de la fé: reunió en su metrópoli un Concilio de los Obispos de Egipto, y en union de los mismos, aunque hablando por sí solo, escribió al Papa San Celestino una carta llena de celo, moderacion y prudencia, en la cual le daba cuenta del gravísimo negocio de la heregía de Nestorio y de cuanto él habia hecho por la causa del Hijo de Dios y de su Madre Santísima, y á su augusto fallo y decision soberana sometia toda esta cuestion ruidosa. Al mismo

tiempo envió al Sumo Pontífice todos sus escritos contra la nestoriana heregía.

De este recurso de San Cirilo al Papa se quejó Nestorio al mismo San Cirilo en una carta injuriosísima, que era un ignominioso tegido de mentiras, de calumnias y de altivez petulante.

Al nombre de San Cirilo puede en esta gloriosa lucha contra el nestorianismo juntarse no indignamente el de Casiano. San Leon, diácono entonces de la Iglesia romana y brazo derecho del Papa San Celestino, le encomendó la traduccion de los documentos griegos venidos del Oriente, relativos á la heregía nestoriana, pidiéndole al mismo tiempo que emplease su elocuencia en refutar los errores del protervo heresiarca. Hízolo efectivamente Casiano en seis libros sobre la Encarnacion, escritos, al decir del Cardenal Orsi, con elocuencia vehementísima y con racionio muy vigoroso.

CÁPÍTULO XXIV.

SUMARIO.

El Papa San Celestino examina en un Concilio los escritos de Nestorio y los de San Cirilo: condena los de aquel y aprueba los de este: escribe á los principales Obispos del Oriente y hace legado suyo á San Cirilo. San Cirilo y su Concilio Alejandrino envian á Nestorio sus doce anatematismos. Obstinacion y amaños de Nestorio. Convocatoria para el Concilio de Éfeso. Carta de Teodosio. Cuatro Prelados egipcios intiman á Nestorio la sentencia de deposicion fulminada contra él por el Sumo Pontífice. Anatematismos del Heresiarca contra la doctrina de San Cirilo: hallan buena acogida en Juan de Antioquía. Andres de Samosata escribe contra San Cirilo: el Santo se defiende victoriosísimamente.

Convencido el Papa San Celestino de la gravedad de los males sobrevenidos á la Iglesia por la heregia de Nestorio, reunió en Roma un Concilio llamado por esta razon unas veces romano, y otras de Occidente; y en él se examinó con maduro juicio y detenimiento cuanto hubo salido de la pluma de Nestorio, del propio modo que las cartas y libros de San Cirilo. Celebró el Concilio muchas sesiones pre-

sidido por el mismo Papa San Celestino, y en ellas se tomaron importantísimas resoluciones. Determinóse en primer lugar que se tuviese por suficientemente averiguada y comprobada la herética pravedad de Nestorio, lo segundo que las dos cartas que le fueron dirigidas por San Cirilo se reputáran en este caso, para ahorrar tiempo, por primera y segunda monición y que la tercera fuese la epístola que había de dirigirle el Pontífice San Celestino. Decretaron los Padres del Concilio romano que solo se diese al heresiarca para abjurar sus errores el término de diez días, pasados los cuales había de ser canónicamente depuesto y privado de toda jurisdicción y del ejercicio de la potestad episcopal y sacerdotal. Y para que se cumpliesen estas disposiciones del Concilio con la mayor exactitud y energía posible, se encomendó su ejecución al dignísimo Obispo de Alejandría San Cirilo, nombrándole al efecto legado del Soberano Pontífice. Y aquí es de notar que aunque todas estas solemnes disposiciones emanaron del Concilio, dando el Papa San Celestino clara muestra de la plenitud de potestad de que está investido el que sobre la tierra hace las veces del mismo Cristo, al ordenar á San Cirilo el cumplimiento de ellas, no hizo mención alguna del Concilio, con cuyo curso las había dictado. Se hallan todas ellas en

las notabilísimas cartas que el mismo Papa escribió á San Cirilo, á Nestorio, á Juvenal de Jerusalem, á Juan de Antioquía, á Rufo de Tesalónica y á otros Obispos de las mas importantes ciudades del imperio de Oriente. Adviértese en todas esas epístolas que habla el Vicario de Jesucristo y con una magestad y grandeza que bien revela lo encumbrado de su autoridad soberana sobre todos los Obispos del universo, y al mismo tiempo resplandece en ellas una alta ciencia y erudicion, una belleza de estilo y una gravedad de sentencias, que descubren en su autor los merecimientos que le elevaron á la Cátedra de San Pedro.

San Cirilo, como legado del Sumo Pontífice, envió las epístolas de este, que acababa de recibir, á Juvenal de Jerusalem y á Juan de Antioquía, acompañándolas con cartas suyas, en las que reverberan, no menos que en las ya mencionadas, su prudencia y su celo y la grandeza y rectitud de su alma. Juan de Antioquía por su parte, escribiendo á Nestorio, hizo tambien esfuerzos dignos de un gran Prelado, procurando atraerle al bien. Empero el pertinaz heresiarca desoyó los excelentes consejos de un buen amigo, y le respondió con su altiva y acostumbrada necedad y falsía.

San Cirilo para cumplir mejor la legacia que le fue encomendada por el Sumo Pontífice,

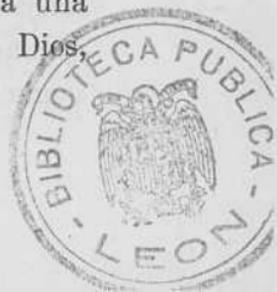
reunió un Concilio de Obispos egipcios en Alejandría, les enteró de la grave mision que habia de llenar, y habiendo concertado con ellos el contenido de la carta que debia escribir á Nestorio, intimó á este la sentencia de deposicion del Sumo Pontífice, si en el término de diez dias no se sometia á la abjuracion de sus errores. Manifestábale que la carta, que le acompañaba del Papa San Celestino, era ya la tercera monicion, pues el mismo Santo Padre con su Concilio Romano habia declarado que sus dos anteriores epístolas le sirviesen de primera y segunda monicion como procedentes de Obispo que se sentaba en una de las dos sillas metropolitanas y patriarcales del Oriente, y que además habia corroborado su propia autoridad con la de su Concilio Alejandrino. Del propio modo le hacia saber las demás disposiciones tomadas contra él y contra su heregia por el Sumo Pontífice, y le añadia que él y todos los Obispos del Egipto habian estado siempre en comunion con los Obispos y sacerdotes indebidamente excomulgados por el Obispo de Constantinopla.

Á fin de prescribir y declarar con mayor distincion á Nestorio lo que él debia creer y profesar en órden á la Encarnacion del Verbo, y los errores que debia condenar, San Cirilo y su Concilio Alejandrino añadieron á su carta

una dilatada exposicion de su fé y doctrina sobre el mismo misterio; y con esto prueban la condenacion de los principales puntos de la heregía nestoriana, como á la expresa doctrina de la Iglesia manifiestamente contrarios. Doce son estos conocidos con el célebre título de Anatematismos de San Cirilo; porque en cada uno de ellos se pronuncia el anatema contra el que se atreviese á defender la sentencia reprobada ó digna de ser reprobada. Así sujetan á sus anatemas: 1.º Á quien no confiesa que Manuel es Dios en realidad; y por lo mismo es la Santísima Virgen, que engendró segun la carne al Verbo de Dios hecho carne, Madre de Dios. 2.º Al que no confiesa que el Verbo de Dios, segun la hipóstasis, unido á la carne, es junto con su carne un solo Cristo. 3.º Á cualquiera, que despues de la union divide la hipóstasis del solo Cristo, juntándolas entre sí, no con union fisica y natural, sino solamente con aquella suerte de union, que es segun la dignidad, poder y autoridad. 4.º Al que á dos personas ó hipóstasis atribuye las voces, que frecuentemente se hallan en los Evangelios y escritos apostólicos, como dichas de los Santos, de Jesucristo ó del mismo Cristo de sí mismo; y otras atribuye al hombre, considerado separadamente del Verbo, y otras como convenientes á la divina Magestad, las acomoda á solo el

Verbo, que procede del Padre. 5.º Á cualquiera que se atreva á llamar á Cristo un Hombre deífero, y no verdadero Dios, como Hijo único y por naturaleza; en cuanto, como Verbo hecho carne, se dignó participar con nosotros de la carne y de la sangre. 6.º Al que dice que es el Verbo del Padre, Dios y Señor de Cristo y no confiesa que es el mismo Dios y Hombre, despues de haber tomado la carne humana, segun las divinas Escrituras. 7.º Á cualquiera que afirma, que Jesucristo como hombre fue movido y poseido del Verbo y cercado de la gloria del Unigénito, como diverso y distinto de su divina Persona. 8.º Á cualquiera que se atreve á decir, que el hombre tomado por el Verbo, debe ser con él adorado, con él glorificado y con él llamado Dios, como si el uno estuviese en el otro (ya que el decir afectadamente con él hace concebir tal pensamiento) y no honra á Manuel en cuanto el Verbo se hizo carne, y con una sola adoracion á él refiere el mismo himno de gloria. 9.º Á cualquiera que afirma, que nuestro Señor Jesucristo fue de tal modo glorificado por el Espíritu Santo, como si su divina virtud le hubiera sido extraña; y se atreve á propalar que recibió del mismo Espíritu el poder de expeler los demonios y obrar milagros entre los hombres; y no fue su

propio espíritu el que obró todos aquellos portentos de su divino poder. 10. Diciendo la divina Escritura que Jesucristo es el Pontífice y el Apóstol de nuestra confesion, y se ofreció á Dios Padre por nosotros en olor de suavidad; cualquiera que dice, que no es nuestro Pontífice y nuestro Apóstol el mismo Verbo de Dios, despues que se hizo carne, y hombre semejante á nosotros, sino aquel hombre nacido de una mujer, como otro distinto del mismo Verbo, é igualmente cualquiera que afirma que Cristo tambien por sí mismo (que no tenia necesidad como libre de todo pecado) y no por nosotros solos, ofreció á Dios Padre su sacrificio. 11. Á cualquiera que niega que la carne de Jesucristo es vivífica, como propia del Verbo, y afirma que es de otro distinto de él, y al Verbo unido, segun la dignidad y en él habita como en su templo; y no confiesa que la carne de Cristo es vivífica, como hecha propia del Verbo, que puede vivificar con su virtud y poder todas las cosas. 12. Al que no confiesa que el Verbo de Dios padeció segun la carne, y segun la carne fue crucificado y segun la carne gustó la muerte; y finalmente fue el primogénito entre los muertos; es á saber, el primero que resucitó á una vida inmortal, como que era el mismo Dios, la misma vida y el Autor de la vida.



Estos son los famosos capitulos ó anatemas de San Cirilo, opuestos á otras tantas blasfemias que Nestorio habia divulgado en sus sermones y escritos; los mismos que le remitió, á fin de que él los firmase junto con la carta sinódica, que los precede. No solo los desechó Nestorio, y esperó que podria conseguir se condenasen, como inficionados de las malas semillas de Arrio y Apolinar, sino que tambien con el mismo pretesto fueron causa de discordia entre el mismo San Cirilo, los Obispos de Egipto, Juan de Antioquia, y muchos célebres Prelados del Oriente.

Viendo el mañoso Nestorio que iba á caer sobre su criminal cabeza una terrible tempestad, que Roma y el Egipto le condenaban y que estaba ya muy cerca el tiempo en que se le debia arrojar ignominiosamente de la silla de Constantinopla por solemne sentencia jurídica del Vicario de Jesucristo, dando oidos á las instigaciones de sus aduladores, recurrió á un medio que en su concepto podia detener el golpe formidable que le amenazaba. Con este fin persuadió á Teodosio que hiciera reunir un Concilio ecuménico que restituyese la paz á las Iglesias, y condenase al Obispo de Alejandria, contra el cual tenia prevenido el ánimo del crédulo Emperador, pintádoselo como el promovedor y la causa primera de las

discordias. Promulgó Teodosio la carta convocatoria, enviándola á los Obispos que ocupaban sillas metropolitanas é invitándoles á que con algunos de sus sufragáneos concurriesen á la ciudad de Éfeso para la pascua de Pentecostés del año próximo, que era el de 431. Á gusto de Nestorio se puso en ella la cláusula de que no se hiciera novedad alguna hasta la celebracion del Concilio. Hé aquí complacido al heresiarca por un Emperador que se entrometia en los gravísimos negocios de la Iglesia universal con la misma facultad que podria haberse entrometido el barrendero de su palacio. Hé aquí el incauto hijo de la Iglesia convertido de pronto en árbitro despótico, que impone su voluntad como suprema ley, sin miramiento alguno á lo definido y decretado por el Sucesor de San Pedro y por el Concilio Romano y por los otros dos de Alejandría. Tales son las inconsideradas arbitrariedades del poder civil cuando atenta á los imprescriptibles derechos de la Iglesia.

Ufano con tal triunfo el perversísimo Nestorio escribió al Papa San Celestino una carta digna de su alevosa hipocresía, participándole la convocacion del Concilio, y prometiéndose en él la mas completa victoria sobre sus adversarios. Esperanzas vanas y no libres de un escondido temor de los juicios de Dios y del

juicio de los Obispos que habian de reunirse en Éfeso, donde la divina Providencia queria humillar su orgullo y echar por tierra las elevadas torres y aéreos castillos de su insensata presuncion. Vanisimos fueron tambien los pensamientos del Emperador Teodosio expresados en una carta, que además de la circular á todos los metropolitanos, escribió á San Cirilo en tono amenazante y mostrándole lo prevenido que se hallaba contra él su ánimo, por creerle motor de los disturbios que affigian á la Iglesia y temeroso de asistir al futuro Concilio.

Llegaban entretanto á Constantinopla los cuatro Prelados egipcios diputados por San Cirilo y su Concilio Alejandrino, para intimar á Nestorio la sentencia de su deposicion fulminada por el Sumo Pontífice San Celestino. Los dos primeros eran metropolitanos, es á saber, Teopento, Obispo de Cabasis, metrópoli del segundo Egipto sobre el Nilo, y Daniel, Obispo de Dartis, metrópoli de la Libia Marmárica. Potamon y Comaro eran los nombres de los otros dos Obispos, los cuales, así como los ya mencionados, figuraron tambien entre los Padres del Concilio Efesino. Estos cuatro valerosos Prelados escogieron entre los dias de la semana el domingo, como dia mas solemne, para ir á hacer á Nestorio la notificacion é in-

timacion de que venian encargados. Fueron, pues, el memorable 7 de Diciembre los cuatro Obispos egipcios al palacio del herege Nestorio cuando este aun se hallaba en la iglesia, y esperaron á que volviese de ella. Presentóse Nestorio rodeado de numerosa comitiva de clérigos; y delante de todos ellos los cuatro esforzados Obispos egipcios le intimaron la sentencia de su deposicion, concediéndole el término de diez dias para que dentro de ellos hiciese la pública profesion de todas las verdades católicas, en cuyo caso no tendria efecto la sentencia, y al mismo tiempo le entregaron las cartas que para él traian del Papa San Celestino y de San Cirilo y su Concilio. Respondióles Nestorio, citándolos para el siguiente dia á fin de tomarse tiempo para deliberar y contestar. Al dia siguiente fueron ellos puntuales á la cita; pero el heresiarca no los recibió, y hallaron cerradas las puertas de sus habitaciones.

Cual hubiese sido el efecto que en él produjeron las cartas del Papa San Celestino y de San Cirilo, lo descubrió Nestorio bastante-mente en el sermon que pocos dias despues de recibidas predicó en el templo de Santa Sofia. Su discurso revelaba miedo, vanidad, pertinacia, artificio, estratagema, ira, rencor, vileza de ánimo. Queriendo conjurar la tempestad,

pronunció el heresiarca otro discurso, cuyas expresiones eran católicas; pero no le dieron crédito los que no le eran amigos, juzgando de su doctrina, y sin equivocarse, por los antecedentes de su persona mas bien que por sus palabras. Y que hacian bien en no creerle, lo mostraron los doce anatematismos, que el mismo Nestorio escribió por aquellos dias para contraponerlos á los de San Cirilo, y en los cuales encerró todo el veneno de su heregía, expresándola de un modo muy claro. Tambien empleó los artificios de la calumnia y de la astucia para que de la doctrina de San Cirilo se formára un juicio sobremanera erróneo.

Hallándose todavía Mario Mercator en Constantinopla, no pudo tolerar que los anatematismos de Nestorio corriesen sin una vigorosa réplica, y escribió contra ellos una valiente confutacion, en la cual defendia al mismo tiempo los de San Cirilo.

No fueron estos tan afortunados con Juan de Antioquía, que los recibió con la prevencion que era natural, viniéndole el ejemplar de ellos de mano de su amigo Nestorio, quien se lo envió junto con sus dos últimos sermones, los cuales eran un insigne monumento de doblez é hipocresía. Los leyó con malos ojos, y creyendo hallar en ellos resucitada y viva la heregía de Apolinar, no se acababa de persuadir

que fuesen de la pluma de San Cirilo, á cuyo estilo los creia desemejantes. Y por el contrario, los sermones hipócritas de Nestorio le alucinaron de tal modo que desde luego los tuvo por suficiente prueba de su catolicismo, pues veia que en uno de ellos habia ya proclamado Madre de Dios á la Virgen Santísima. Por lo mismo echó sobre San Cirilo toda la culpa de la perturbacion de las Iglesias, y contra él se encendió en ira de suerte que se propuso comunicarla por medio de sus cartas á todos los Obispos mas influyentes y poderosos, moviéndolos á declararle guerra cruel inexorablemente. Pretendia que condenasen los anatematismos de San Cirilo todos los Prelados del Oriente, aunque no queria que al condenarlos se designase por autor de ellos al Santo Obispo de Alejandría.

Andrés, Obispo de Samosata, que odiaba á San Cirilo, recibió de Juan de Antioquía la orden de escribir contra él; lo hizo de buena gana y con ímpetu, y sin embargo no vió en los capítulos de San Cirilo las heregías, que en ellos le señalaba el metropolitano de Antioquía.

Defendió San Cirilo sus anatematismos atacados, y su obra fue digna de un sábio y santo Obispo, que luchaba en favor de su propia justicia. Distribuyóla en tantos parágrafos

cuantos eran sus anatematismos. El método que observó, fue el de referir en primer lugar el texto de cada uno de ellos, después las objeciones de los orientales, y finalmente sus respuestas. Demostró la necesidad y justicia de sus anatematismos, alegando los lugares de Nestorio, que le parecieron más dignos de censura; y para confirmar su doctrina y hacer que se vea la propiedad de sus expresiones, no solo se vale de los textos de las divinas Escrituras, sino también de los Santos Padres, citando diversos pasajes de San Pedro y de San Atanasio de Alejandría, de Anfloquio de Iconio, de Ático de Constantinopla, de San Julio y San Félix de Roma, de San Gregorio de Niza y de San Basilio.

CAPÍTULO XXV.

SUMARIO.

Juan de Antioquía mueve á Teodoreto á escribir contra San Cirilo. Principios y mérito de Teodoreto. Defensa de San Cirilo. Suceso maravilloso ocurrido en la tumba del filósofo Evagrio. Muerte de San Paulino. San Nilo y su hijo Teóduo: sus combates con los espíritus infernales: escritos de San Nilo: su fama. Milagro de San Platon.

Juan de Antioquía en su ciego furor contra San Cirilo buscaba las mejores armas para combatirle, y como las del ingenio y elocuencia manejaba perfectamente un docto amigo suyo, que tambien lo era de Nestorio, recurrió á él con eficaces ruegos para que las empleára contra San Cirilo, refutando sus anatematismos. Este hombre sábio, que cedió á las instancias de Juan de Antioquía, empañando su propia gloria, fue el célebre Teodoreto, Obispo de Cyro, el cual, aunque se dejó llevar de aquella funesta preocupacion inspirada por el Obispo antioqueno de ver lo que realmente no habia en los doce capítulos ó anatematismos de San Cirilo, es á saber, vislumbres ó señales de la heregía de Apolinar, al esgrimir contra

ellos la espada de los sofismas, si bien se inclinó mucho hácia el abismo de los errores nestorianos, no llegó á caer en él; y si empezó á rodar por la pendiente del horrible precipicio de aquella nefanda heregia, se detuvo, porque su corazon era bueno, y despues con mas clara luz se levantó arrepentido. En Antioquía habia nacido Teodoreto de una familia ilustre el año 387 y de una madre piadosísima, que desde su infancia le consagró al servicio divino, segun ella misma lo tenia ofrecido al Señor. Fue su educacion entre Santos, su juventud entre libros, su corazon entre virtudes y actos de virtud extraordinaria, sus adelantos en las ciencias entre los reyes del saber humano no inferiores á los vuelos de los mas aventajados. Muertos sus Padres, vendió el jóven Teodoreto sus bienes y se hizo pobre por enriquecer con ellos á los menesterosos, entre quienes los distribuyó. Se retiró en seguida á hacer una vida de penitencia y oracion á un monasterio inmediato á la ciudad de Apamea, y de él al cabo de algunos años le sacaron los admiradores de su virtud y letras para darle el obispado de Cyro. Si sus doctrinas no fueron enteramente puras, y las negras sombras del nestorianismo oscurecieron por algun tiempo su buen nombre; como Obispo fue su conducta ejemplar y edificante el celo que desplegó en

convertir toda clase de hereges. Empleaba sus rentas en el embellecimiento y mejora de la ciudad de Cyro, y gran parte de su tiempo en escribir sus celebradas obras, entre las cuales se distinguen por su mérito sus diez sermones sobre la Providencia, y su historia eclesiástica, que es una continuacion de la de Eusebio.

No tardó San Cirilo en contestar victoriosamente al ataque rudísimo de Teodoreto. Por segunda vez defendió sus anatematismos con vigoroso raciocinio. Es notable la constancia y energía con que se han defendido muchos ilustres Santos, porque su causa era la causa de Dios y de la Iglesia. Así San Cirilo daba gracias á Dios por verse hecho blanco de los tiros de los malignos por causa de su fé y del divino servicio, pero al mismo tiempo no permitia que se le atribuyesen opiniones no suyas, ni que se mancillase su buen nombre.

Tuvo esta cuestion entre dos ilustres atletas con el transcurso del tiempo un tribunal sobremanera respetable y competente en sumo grado; hablo del Concilio general de Calcedonia. En él fueron condenados los escritos de Teodoreto contra San Cirilo.

La respuesta de San Cirilo al virulento libro del Obispo de Cyro iba dirigida á Evodio, Obispo de Tolemaida y afectuoso amigo del Santo Prelado de Alejandria, á quien habia

remitido un ejemplar del mencionado libelo de Teodoreto. Era este Evodio hermano de aquel famoso filósofo y Obispo Sinesio, de quien ya se ha hablado en esta obra. Y lo último que de Sinesio se sabe es un suceso tan cierto como maravilloso, no solo atestiguado por la antigüedad sino tambien referido en sus historias por modernos autores escrupulosos y aventajados en el arte de una crítica juiciosa. Cuéntase, pues, que Sinesio logró persuadir de la verdad de la religion cristiana á un filósofo gentil llamado Evagrio, á quien amaba mucho y á quien tuvo el indecible gusto de bautizar, así como á sus hijos y á toda su familia. Pero antes de su conversion habian mediado porfiadas disputas entre el filósofo gentil y el filósofo cristiano, siendo una de las mayores dificultades de Evagrio para convertirse el creer que en la otra vida Dios premia lo que en esta se haga por su amor. Sinesio alegó en confirmacion de la verdad que defendia cuantas pruebas le sugirieron su fecundo ingenio y los tesoros de su ciencia. Hecho ya cristiano Evagrio, y acordándose de cuanto en aquella disputa muy provechosa le habia sobre este importantísimo punto enseñado el Obispo Sinesio, le entregó trescientos escudos de oro para que los diese de limosna á los pobres, exigiendo al Obispo un recibo de dicha can-

tividad. Al cabo de algunos años, conociendo Evagrio que estaba ya muy próximo el término de su vida, mandó á sus hijos que despues de muerto le pusiesen en las manos aquel recibo del Obispo Sinesio y le enterrasen con él. Al tercer dia de su fallecimiento Evagrio se apareció á Sinesio en nocturna vision, y le dijo: «Ven al sepulcro en donde se halla mi cuerpo, y tomarás tu papel; porque he quedado satisfecho, y no me debes ya nada, y para que mas seguro quedes, lo encontrarás firmado de mi mano.» Llamó Sinesio á los hijos de Evagrio, y habiéndose cerciorado de que efectivamente fue su amigo Evagrio enterrado con aquel recibo entre las manos, acompañado por ellos mismos y por su clero se dirigió al sepulcro de Evagrio, lo hizo abrir, y halló su cadáver con aquel escrito suyo entre ambas manos, cogió el papel, lo desdobló y vió escrito en él de letra de Evagrio lo siguiente: «Á tí mi Santísimo Señor Sinesio, yo Evagrio, filósofo, salud. He recibido el débito, que se halla escrito de tu mano en este papel, y he quedado satisfecho. No tengo accion alguna contra tí, por causa del oro que te dí, y por tí á Cristo Dios y Salvador nuestro.» Maravillados todos los concurrentes con tan prodigioso suceso, prorumpieron en alabanzas á Dios altísimo, que los hacia tes-

tigos de tal milagro de su bondad infinita, y no acababan de darle gracias y de cantar y exaltar su gloria y poderio y su misericordia inefable.

Cuando hubiese pasado el célebre Sinesio á mejor vida, es cosa que se ignora. Mas no sucede lo mismo respecto del filósofo práctico y egrégio poeta que en Occidente se desnudó de su opulencia por amor de nuestro Señor Jesucristo, y á quien los siglos posteriores veneran en los altares. Sabemos en efecto de San Paulino de Nola que hizo su dichoso viaje desde el valle de lágrimas al cielo el 22 de Junio del año 431, el mismo dia en que el Concilio de Éfeso condenó solemnemente la herejía de Nestorio. Fue su muerte dulce y apacible: un dia antes bajaron de las celestiales alturas á visitarle dos gloriosos Obispos, San Genaro y San Martin, y estuvieron hablando con él familiarmente. Pero mucho mas hablaba Paulino con su Dios en santo recogimiento. La mas próxima señal de la subida de su alma á la eterna gloria fue el estremecerse súbitamente toda su habitacion. Habia sido el modelo mas acabado de episcopal suavidad y dulzura; y su vida estuvo toda ella tan consagrada á Dios, á la mas fervorosa devocion y al mas exacto cumplimiento de las obligaciones de su estado, como al estudio y cultivo de las bellas

letras, en las cuales dejó un merecido renombre.

Al año siguiente se apareció San Paulino una noche en forma gloriosísima y dulcísima á San Juan, Obispo de Nápoles, le abrazó con amorosa ternura, y le invitó á subir al cielo, y le prometió que de allí á tres días estaria con él en la patria de la bienaventuranza; y así puntualmente se verificó, hallándose el santo Obispo de Nápoles en su iglesia, celebrando los oficios divinos. En cuanto al mérito de las obras de San Paulino, están los criticos acordes en confesarlo y ensalzarlo. Á su piedad eximia habian tributado encarecidas alabanzas los Santos mas eminentes, que ilustraron la época en que él vivia.

Semejante en algun modo á la de San Paulino fue la senda trazada por la divina Providencia á San Nilo para conducirle por ella hasta la dichosa cumbre de la perfeccion cristiana. San Nilo, así como San Paulino, habia sido un personaje distinguidísimo en el mundo, pues de él se dice que fue prefecto de Constantinopla y tambien del pretorio de Oriente. Desengañado de las vanidades del siglo, y aspirando solo á unirse mas estrechamente con su Dios, separóse de su esposa, dejándole la compañía de uno de sus hijos; y llevándose á otro hijo suyo, que se llamaba Teódulo, desprendido

de todas sus riquezas y dignidades, voló á buscar á Dios en la soledad del monte Sinai, donde otros siervos del Altísimo hacian vida contemplativa, austera y penitente. Los nuevos solitarios Nilo y Teódulo fueron probados en el crisol de las batallas del espíritu. Los enemigos infernales los acometieron y atormentaron de mil maneras. Ora se les presentaban en formas horrosas; ora silbaban, ora rugian, ora estremecian la habitacion, ora se arremolinaban cual torbellinos, ora imitaban el zumbido de los vientos, ora otros ruidos espantosos. No perdonaron arbitrio ni diligencia para tentarlos, ó al menos mortificarlos. Y ellos se defendieron y triunfaron con las armas de la oracion y de la penitencia: ayunaban, dormian sobre el duro suelo, ó pasaban las noches contemplando las grandezas divinas, ó cantando las alabanzas del Todopoderoso con los salmos del Rey-Profeta. Ocupábales tambien el trabajo de manos, y en el silencio y en la meditacion hallaban las escondidas dulzuras del trato íntimo con su Dios. Pero estas ocupaciones santas, comunes á todos los solitarios, no eran las únicas de San Nilo, el cual persuadido de que el talento que de Dios se recibe no debe estar ocioso, empleaba el suyo, que era grande y bien cultivado, en escribir obras espirituales, ya en forma de libros, ya en la de extensas

cartas dirigidas á toda clase de gentes, á hereges, á judíos, á paganos, á personas de elevada categoría, á santos solitarios, á viles pecadores, á los primeros dignatarios del imperio, á los ministros, á los príncipes, á las princesas y al mismo Emperador. La fama de su ciencia y santidad hacian que recurriesen á él los que necesitaban luz y consejo, los que se hallaban menesterosos de consuelo y fortaleza, los que se veían estrechados por tentaciones peligrosas, los que habian de acometer difíciles empresas, los que gemian en las cárceles, los que subian á puestos encumbrados, los que deseaban progresar en la divina ciencia de la santidad y los que ansiaban reconciliarse con Dios.

En una de sus cartas que fue leída en el séptimo Concilio general referia San Nilo el siguiente suceso admirabilísimo. «Los Sarracenos en sus excursiones al monte Sinaí se llevaron cautivos á varios solitarios y entre otros al hijo de un anciano Gálata, que vivia en una de las cuevas de aquel monte. Los Sarracenos trataban con fiera inhumanidad á los infelices prisioneros, haciéndoles correr por los arenales, casi desnudos, atadas atrás las manos y con los piés descalzos: teníanlos medio muertos de hambre, y era casi continuo el atormentarlos descargando sobre sus espaldas garrotazos ó

azotes cruelísimos. El jóven Gálata para salir de tan miserable estado imploraba la protección del mártir San Platon y lo mismo hacia traspasado de sentimiento su anciano padre. Por fin el mártir San Platon se apareció á caballo, y rompiéndole las ataduras, le hizo montar en el corcel que le traia; y ambos velocísimamente se alejaron de los Sarracenos, y como si voláran llegaron con presteza suma adonde deshecho en lágrimas se hallaba el anciano padre del monge libertado. San Platon se le entregó sano y salvo, y desapareció.»

CAPÍTULO XXVI.

SUMARIO.

Los Sarracenos se llevan cautivos á varios monges: dan muerte á otros. Angustias del corazon de San Nilo: Dios guarda á su hijo Teódulo, se reunen y son ordenados de sacerdotes. Poderío de Alejandro para convertir almas: funda varios monasterios: el de Gomon. Admirable conversion, penitencia y muerte de Pelagia. San Nono.

Una horda de Sarracenos invadió repentinamente la tranquila morada de los monges del monte Sináí, entre los cuales hacian una vida angélica San Nilo y su hijo Teódulo. Robaron

aquellos facinerosos las provisiones que tenian recogidas de legumbres y frutas secas los santos solitarios, los cuales fueron sorprendidos por la furibunda arremetida de los foragidos, hallándose juntos en su iglesia, cantando maitines, antes que el sol enviára sus rayos á dorar de naciente luz colinas y montañas. Los desalmados Sarracenos despues de haber muerto á dos monges y desnudado á los demás ancianos, se llevaron consigo cautivos á los jóvenes, y entre estos al buen Teódulo, quedando su padre San Nilo con el alma sumergida en horroroso abismo de amargura. Continuando su terrible excursion aquella turba de ladrones, dió muerte sangrienta á varios monges, que estaban diseminados en un ameno valle, los cuales despues de algunos dias fueron hallados sin ninguna de las condiciones tétricas y de mala índole que son propias de los cadáveres, sin corrupcion, sin fetidez, sin tristeza en el semblante: diríase que dormian un sueño plácido y dulce, señal prodigiosa y reveladora de la bienaventuranza que sus almas santificadas gozaban en el cielo.

San Nilo y sus compañeros huyeron del monte Sinaí á Farán, donde por un criado, que logró fugarse y escapar del cautiverio de aquellos Sarracenos, supieron los nuevos asesinatos de santos solitarios y el gran peligro de muerte,

de que por una particular providencia del Altísimo se habia librado Teódulo. Oyó San Nilo con profundo dolor que su hijo estuvo para ser sacrificado á la estrella de Venus luego que antes de amanecer se mostrase en el Oriente; pero en seguida oyó tambien con inefable regocijo que habiéndose dormido todos aquellos Sarracenos, pasó la hora del sacrificio de la víctima designada, y esta conservaba la vida. Sin embargo, era terrible el dolor que despedazaba el corazon de San Nilo por los trabajos de su hijo, por su angustiada ausencia y por la acerba duda de si viviria aun ó habria sido inmolado al furor de aquellos bárbaros. En medio de su desolacion y amargo llanto se veia claramente que Dios cuidaba de alentar y consolar á su siervo: á las anteriores noticias se añadió otra mucho mas satisfactoria. Los habitantes de Farán enviaron dos mensajeros á uno de los reyezuelos de los Sarracenos llamado Amán para estrecharle á decidirse por la paz ó por la guerra, puesto que los suyos no respetaban los tratados de paz y hacian excursiones hostiles, saqueando, matando y llevándose cautivas á personas inofensivas é inocentes; y la respuesta del reyezuelo Amán fue favorable en extremo: dijo que lo robado seria devuelto, que se pondria en libertad á los cautivos, y que á los

malhechores se habia de castigar. Muy contentos los Faranitas enviaron regalos y nuevos mensajeros al reyezuelo Amán, y con ellos fue San Nilo á averiguar por sí mismo la suerte y paradero de su hijo. Y no pudieron ser mejores las noticias, que fueron disipando las sombras de su dolor: vivia Teódulo, y vivia cuidando de una iglesia en la ciudad de Elusa, situada entre el país de los Sarracenos y la Palestina. Dios misericordioso le tenia en su propia casa y cerca de su santuario, y recibidas ya las órdenes menores, mientras el clero y pueblo de la ciudad deseaba y pedia que fuese ordenado de sacerdote. Los Sarracenos ladrones le habian puesto en venta, y no presentándose quien le comprára, ya iban por despecho á quitarle la vida, cuando un ciudadano de Elusa, movido á compasion, detuvo el fatal golpe, dando por él el dinero que le pedian, é inmediatamente vendió al Obispo de la ciudad su nuevo esclavo. El Obispo trató al jóven Teódulo como á un hijo querido, le ordenó de menores, y le confió el cuidado de la sacristía de su iglesia.

Lleno de júbilo San Nilo se puso en camino para Elusa: en su viaje recibió una carta de su hijo, que le colmó de consuelo dulcísimo; llegó á Elusa, se dirigió al templo, y despues de haber dado al Señor mil y mil

gracias con encendido afecto, corrió á buscar y á estrechar entre sus brazos á su amado hijo. Se abrazaron ambos con ímpetu amoroso, se besaron en el rostro, y las ardientes lágrimas del anciano San Nilo se mezclaron á las lágrimas de ternura que derramaba el jóven Teódulo, transportados ambos del mas vivo gozo y llenos de gratitud al Señor, que tan inmenso beneficio les dispensaba. San Nilo manifestó á su hijo el voto que habia hecho de cierto número de ayunos y de hacer con él, si volvian á reunirse, una vida todavía mas perfecta y de mayor penitencia. Y Teódulo respondió identificando sus sentimientos á los de su fervoroso padre, uniéndose á su voto, y haciéndolo enteramente suyo propio, y alabando al Señor por su misericordia y sus gracias y favores imponderables.

Ambos hallaron en el Obispo de Elusa un verdadero padre, que los acogió y regaló bondadosísimamente en su propia casa, y se empeñó en tenerlos siempre consigo, dándoles las mas eficaces pruebas de acendrada benevolencia. Hizo mas: los elevó al sacerdocio, aunque ellos lo repugnaban, creyéndose indignos de la sacerdotal dignidad. Pero no pudo retenerlos en su compañía, porque le hicieron presente que su vocacion era la de vivir en soledad para solo Dios, meditando y contem-

plando sus grandezas divinas; y así los dejó volver á su amado retiro del monte Sinaí, deseándoles todo género de felicidades espirituales y que abrasados en el divino amor acabasen su vida en paz.

De Alejandro, contemporáneo de San Nilo, y fundador de los monges Acemitas, refieren los historiadores eclesiásticos dos sucesos muy particulares y memorables. Es el primero el haber convertido con su predicacion á toda una ciudad, cuyos habitantes eran paganos. Fue el segundo haber trocado los corazones de treinta ladrones, que le asaltaron en un camino: al momento resolvieron estos hacer vida monástica, y las profundas cavernas en que se escondían pasaron de repente á ser monasterios de aquellos monges improvisados, y uno de los mismos fue el superior que para gobernarlos les dejó Alejandro, por medio de cuya poderosa palabra había el Señor obrado tan rara maravilla.

Era Alejandro varon de grandes empresas, y volvió y tornó, é hizo y deshizo en su género de vida, ora enteramente solitaria, ora de misionero, ora de monge, ora de fundador de nuevos monasterios, de cuyo tenor y reglas tuvieron mal que decir varios Obispos de aquel tiempo. Sin embargo, ha quedado tradicion histórica de que en ellos se observaron puntualísimamente los consejos evangélicos, y parece cierto

que produjeron frutos de santidad admirable, á pesar de las hablillas contrarias y hasta de las disposiciones gubernativas de autoridades, que no aprobaban el edificio de vida espiritual levantado por Alejandro. De todos modos á su celo é ingenio se debió el que incesantemente resonasen las alabanzas divinas en su último monasterio de Gomon, situado en la Bitinia, pues habiendo dividido en seis coros su numerosa comunidad, siempre una parte de ella estaba en la presencia del Señor, haciendo retumbar las bóvedas del sagrado templo con los sublimes acentos del inspirado Rey Salmista. Este continuo alternar de los coros, que siempre tenia alguno de ellos en vela, levantando á los cielos la voz sonora, y exhalando el suave aroma de una oracion incesante, fue lo que hizo dar á aquellos fervorosos monges el sobrenombre de Acemitas ó veladores.

A esta misma época se refiere igualmente el dichoso tránsito á la eternidad de dos insignes mujeres, que habiendo sido antes el escándalo del mundo, fueron despues su edificacion por su asombrosa penitencia. Pelágia se llamó la una, y María Egipciaca la otra. Pelágia era por su hermosura y por su maestría en representar la cómica mas célebre que habia en la populosa Antioquía. Aunque era catecúmena, vivia tan olvidada de Dios que jamas iba á la igle-

sia. La corrupcion de sus costumbres la hacia escándalo de las personas honestas, y cifraba su gloria en ir cargada de adornos de oro y de diamantes y perlas. Hallándose un dia varios Obispos, que habian concurrido á Antioquía con motivo de un Concilio, cerca de las puertas de la iglesia de San Julian, pasó junto á ellos Pelágia tan engalanada de riquisimas joyas y con tan vergonzosa desnudez que los Obispos bajaron los ojos por no verla, y únicamente San Nono, que era uno de ellos, la miró no para complacerse en ella sino para decir con humildad profunda que él siendo Obispo ponia en adornar de virtudes su alma menos empeño que aquella mujer su cuerpo. Á la noche siguiente envió el Señor á San Nono un sueño que significaba la admirable conversion de Pelágia, pero que él no entendió sino cuando la vió realizada. Al otro dia movida por la gracia de Dios fue Pelágia á la iglesia, cuando en ella predicaba San Nono, Obispo de Eliópolis, y sus palabras penetraron en su corazon como saetas encendidas, y lo rindieron á Dios, y lo deshicieron de dolor de haberle ofendido tanto, y lo mudaron de tal suerte que ya solo aspiraba á quedar abrasado en las llamas del divino amor.

En el momento que volvió á su casa escribió Pelágia á San Nono una esuela, en



que le suplicaba que le permitiese arrojarse á sus piés en la iglesia cual pecadora verdaderamente arrepentida. Obtenido el permiso con la condicion por parte de San Nono de que habia de presentársele estando delante de los demás Obispos, cayó Pelágia á los piés de aquel venerable Prelado deshecha en un mar de lágrimas, mostrando con sus encendidos suspiros y sollozos la grandeza y vehemencia de su arrepentimiento. Pedia con la mayor instancia ser reconciliada con Dios y acto continuo bautizada; pero San Nono le manifestó que con arreglo á los sagrados cánones debia para alcanzar la gracia que solicitaba pasar algun tiempo dando pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento. Mas viendo los demás Obispos que semejante dilacion era para ella á manera de una sentencia de muerte, segun lo estaba diciendo la patética intensidad de su sentimiento, creyeron que era suficiente testimonio y probanza de verdadera conversion lo agudo de su dolor y aquel torrente de lágrimas que salia de sus ojos. Envió, pues, San Nono á un diácono suyo, llamado Santiago, á pedir al Obispo de Antioquía una diaconisa. Y el Obispo mandó que fuera Romana, que era la primera de las diaconisas, la cual se constituyó en maestra espiritual de Pelágia y la asistió en su bautismo. Inmediatamente despues

de ser bautizada, recibió Pelágia el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo con inefable consuelo de su alma. Á los ocho dias dejó las vestiduras blancas, símbolo de su nueva inocencia, y ciñéndose un áspero cilicio que le servia de túnica interior, se cubrió con una capa, que le fue regalada por el Obispo San Nono, y desapareció de Antioquía cuando las sombras de la noche oscurecian todo lo creado.

Solo San Nono sabia á donde iba Pelágia. Volaba esta en alas de su fervor á los Santos Lugares de Jerusalem á buscar un sitio solitario, en donde vivir solo para la penitencia y las lágrimas de su vivísima contricion. Y á este fin construyó en el monte Olivete una celdilla, y se encerró en ella, no dejando mas abertura que la de una especie de ventana, que tenia tambien su puerta. Pero antes, durante su viaje, se daba Pelágia el nombre de Pelágio á fin de mejor ocultarse hasta á la reminiscencia de su antigua vida. Á los tres años aquel mismo diácono Santiago, de quien ya se ha hablado, pidió licencia á San Nono para ir á visitar los Santos Lugares de Jerusalem. Y San Nono le dijo: «Busca en el monte Olivete á mi hermano Pelagio y visítale.» En el término de su viaje cumplió Santiago el encargo de su Obispo; pero no reconoció en aquella imágen de penitencia solitaria las her-

mosas facciones de la célebre comedianta de Antioquia, cuya ruidosa conversion habia presenciado. Despues oyó los cien ecos de la fama, que publicaba la santidad de Pelágio en todos los lugares consagrados por la memoria de nuestro Salvador, á donde le llevó su devocion, y deseando volver á conversar con aquel admirable solitario antes de regresar á la Fenicia, se dirigió de nuevo al monte Olivete y llamando á Pelágio por la cerrada ventana de su celdilla, no le fue abierta, ni respondia Pelágio.

Sorprendido Santiago por aquel pavoroso silencio, y temiendo que el alma del santo solitario ya hubiese volado al cielo, sin saberlo nadie, rompió con grande esfuerzo la ventana, y entró por ella en la estrecha celdilla. Halló muerto á Pelágio, y corrió á Jerusalem á llevar la noticia de su fallecimiento. Grande y profunda fue la impresion que produjo el saberse tal muerte. Juntáronse todos los solitarios y monges de aquellos alrededores y cuantos vivian á lo largo de las orillas del Jordán, y concurren á tributar su homenaje de amor y de lágrimas al venerando cadáver de Pelágio y asistir á su entierro. Pero antes pusieron á embalsamarlo, y se asombraron viendo con sorpresa que quien se hacia llamar Pelágio no era hombre sino mujer. Divulgándose rápidamente esta inesperada noticia,

moviéronse las comunidades religiosas de virgenes consagradas al Señor á llevar tambien ellas su ofrenda de admiracion y de llanto á la que en cierto modo les tocaba honrar mas que á los solitarios, que ya habian ido á la famosa celdilla del monte Olivete; fueron pues, y con cirios encendidos en las manos asistieron al entierro solemne de la que fue esqueleto vivo por los continuos y terribles rigores de su penitencia.

Vuelto Santiago á Eliópolis, refirió á su Obispo San Nono cuanto habia visto. Y San Nono que estaba muy enterado de todos los secretos de Pelágia, descubrió á su diácono Santiago lo que este no habia podido por sí mismo aclarer, revelándole que aquella mujer, espejo de ejemplarísima penitencia, que se hacia llamar Pelágio, era la misma Pelágia comedianta de Antioquía, cuya conversion estrepitosa habian presenciado juntos.

Dice el Cardenal Orsi que este Santo Obispo de Eliópolis de ningun modo debe ser confundido con otro del mismo nombre, que poco despues fue Obispo de Edesa, y cuya conducta estuvo lejos de asemejarse á la de un personaje tan ilustre por sus virtudes y santidad. Sábese de San Nono que fue monge de la Congregacion de Tabena y convirtió á treinta mil Sarracenos y á la ciudad de Eliópolis, de la cual fue hecho Obispo.

CAPÍTULO XXVII.

SUMARIO.

Historia de Santa María Egipciaca y del venerando abad Zósimo.

En este año de 431 terminó, según piensa el Cardenal Orsi, su penitente vida una de las Santas más admirables. Su historia se halla estrechamente unida á la del Abad Zósimo, el cual murió de cien años. Era este monje ya anciano cuando tuvo una tentación de vanidad, que le inspiró el pensamiento de que ningún otro monje le ganaba en perfección. Pero el Señor por medio extraordinario le hizo triunfar de tan perniciosa tentación: envióle una persona desconocida, que desde su monasterio situado en la Palestina, le llevó á otro, que había cerca del Jordán, donde la vida monástica había llegado á más alta perfección. En él se observaban exactísimamente todos los consejos evangélicos, y al trabajo de manos se juntaba la continua alabanza de Dios, alternando aquellos venerables monjes en el perpétuo canto de los salmos para que no cesase de día ni tampoco un solo instante de la noche. La cuaresma para mayor soledad y re-

cogimiento era costumbre de ellos pasarla en los desiertos, que se dilataban al otro lado del Jordán.

Zósimo, que ya habia sido Abad de su primer monasterio, recibida la bendicion del que lo era en el segundo, para mas humillarse si encontraba en el desierto otro solitario mas perfecto que él, se propuso buscarlo en aquellas inmensas soledades, y los veinte primeros dias de la cuaresma anduvo en vano. El vigésimo al oscurecer, hallándose en oracion, se le figuró que veia una como sombra de cuerpo humano, y en el momento que acabó su rezo, se dió prisa á seguirla, pidiéndole á grandes voces que se detuviese.

Lo que veia el anciano era un cuerpo seco y denegrido, canosa y corta la cabellera, rápido el movimiento, y acelerada la fuga con que se alejaba de él. Al principio San Zósimo la habia creido una fantasma ó ilusion diabólica, y por eso hizo la señal de la cruz sobre su frente y pecho; mas luego fue creciendo su asombro, y esforzó el grito suplicando á quien huia que tuviese compasion de él. Se detuvo un instante aquel viviente esqueleto, y dijo: «Soy mujer, Abad Zósimo, y estoy desnuda, y por lo mismo no puedo ponerme delante de tí, si antes no me tiras tu capa para cubrir con ella al menos aquellas cosas, que es mas in-

dispensable ocultar.» Maravillado Zósimo al oír que le llamaba por su propio nombre aquella mujer anciana, concibió una alta idea de su santidad, se llenó de pavor, y volviéndole la espalda por no verla hasta que se cubriese, á este fin y segun se lo habia ella pedido, le arrojó por el aire la capa que llevaba, y con mayor instancia, como ya lo habia hecho antes, le suplicó que le bendijese y orase por él. Ella sabiendo por divina revelacion que Zósimo era sacerdote, alegó esta razon para decir é insistir en que él era quien debia bendecirla. Subia de punto el asombro del venerable sacerdote al ver que la sierva de Dios sabia lo que ningun hombre le habia manifestado, mostrándose enterada de su dignidad de sacerdote, y penetrado de profundísimo respeto para con ella, no cesaba de suplicarle que le bendijese y orase por él. Cediendo ella á sus instancias, levantó los brazos, fijó los ojos en el cielo, volvió la cara hácia el Oriente, segun costumbre de los cristianos de aquella edad, y empezó á orar en voz baja: así estuvo larguísimo rato; Zósimo entretanto no se atrevia á mirarla; pero al fin dirigió hácia ella una mirada medrosa, y la vió arrobada y suspendida en el aire. Creció extraordinariamente su admiracion, y al mismo tiempo se le ocurrió la idea de que fuese un espíritu la maravilla que tenia

delante. Penetró ella por luz divina lo que pasaba en la mente del anciano, y al instante le dijo: «No creas que soy espíritu: soy una miserable y pecadora mujercilla: soy de carne, soy pavesa y ceniza.» Y al decir esto formó la señal de la cruz con sus delgadísimos dedos sobre su frente, sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su pecho descarnado, y añadió: «Dios nos libre Abad Zósimo de las sugerencias del enemigo infernal, porque es grande y muy terrible su malicia.»

Con esto cobró San Zósimo algún ánimo, y le rogó que le refiriera la historia de su vida, pues estaba persuadido de que á este fin le habia llevado allí la divina Providencia: hízole esta peticion el anciano, arrojándose á sus piés. Y conviniendo ella con su idea de que era voluntad de Dios que le contase su vida, comenzó su narracion, diciendo que habia nacido en Egipto, y que á la edad de 12 años contra la voluntad de sus padres habia ido á Alejandría á encenagarse en el inmundo vicio de la lujuria, viviendo entregada á él hasta la edad de 29 años, que pasó á Jerusalem, embarcándose un dia, solo porque vió que muchos hombres iban á aquella ciudad con motivo de una solemne fiesta. Su viaje fue una série de crímenes escandalosos continuados en la santa ciudad, en la cual celebrándose la

magnífica fiesta llamada de la Exaltacion de la Santa Cruz, quiso tambien por solo curiosidad concurrir al sagrado templo, en que se manifestaba aquel dia para que lo adorasen los fieles el santísimo madero de la Cruz, en que espiró nuestro divino Salvador. Mas al poner el pié en el umbral de la Basílica, se sintió detenida por una fuerza oculta é irresistible, y fue en vano que tres ó cuatro veces pugnase por entrar. Dándose por vencida, y llena de confusion se retiró á un rincon del átrio: conoció luego que sus pecados gravisimos eran la causa de aquel espantoso prodigio, y tocándole el corazon la divina gracia, púsose á llorar y á darse golpes de pecho penetrada de vivísimo arrepentimiento. No habia consuelo para ella hasta que levantando los ojos arrasados en lágrimas, vió sobre el mismo átrio una imágen de la que es Madre y Reina de misericordia y refugio de los mas inconsolables pecadores, y descubriendo en ella una estrella de salvacion, con inefable sentimiento de dolor y de ternura recurrió á su maternal amor, pidiéndole que la salvase de aquel naufragio, que la sacase de aquel abismo. Le prometió la enmienda de su vida, con encendidos suspiros y con amargos sollozos la comprometió á ser su auxilio y valedora en la nueva senda que iba á seguir de penitencia, y á que en aquel punto le

alcanzase de su adorado Hijo el poder entrar en su templo á venerar la sagrada enseña de nuestra religion. Luego fiada en la Madre piadosísima que ningun clamor desecha, se dirigió de nuevo á la puerta de la Basílica y entró en ella, y adoró la Santa Cruz, y renovó los propósitos que acababa de hacer de entera mudanza de vida, y salió resuelta á abrazarse con la penitencia y á no vivir sino para llorar sus culpas. Pero en el templo santo habia estado como estática y como fuera de sí, y el Señor le habia mostrado sus secretos, y le habia hecho ver con cuánta bondad recibe á los pecadores arrepentidos; y así con una especie de santo ímpetu de agradecimiento volvió al sitio donde estaba la imágen de la Madre de la misericordia, se postró en el suelo y lo besó, y de nuevo pidió á María Santísima que fuese su protectora y la guiase por el camino de penitencia que iba á emprender. Y oyó una voz que parecia resonar á lo lejos diciendo: «Si pasas el Jordán, hallarás allí tu reposo.» Y tomó aquellas palabras como dichas á ella misma. Y por el cúmulo de inmensos beneficios, que acababa de recibir, dió fervientes gracias á la Madre de la misericordia, deshaciéndose en un mar de tiernas lágrimas; y con grande ánimo se levantó para dirigirse al otro lado del Jordán. Una persona desconocida

le puso en la mano tres monedas, y con ellas compró tres panes, que fueron su única provisión para tan largo viaje. Pasó la noche de aquel mismo día ya en las orillas del Jordán, orando en la iglesia dedicada á San Juan Bautista; al día siguiente, después de la confesión de sus culpas recibió en su pecho el divino pan de los ángeles, y fortalecida con este sobresustancial alimento, atravesó el Jordán, y con el corazón enteramente transformado, siguió caminando por el desierto hasta llegar á aquel sitio en donde la halló San Zósimo, y en donde según su cómputo había pasado, sin ver criatura alguna humana, cuarenta y siete años.

La instó Zósimo, grandemente admirado por lo que oía, á que continuase refiriéndole como había vivido por tan largo tiempo en aquel solitario páramo; y ella siguió diciendo: «Cuando se me acabaron los tres panes que traje, los cuales se habían ido poniendo parecidos á piedras por su dureza, para mantenerme tomé por recurso comer las yerbecillas silvestres que producen sin cultivo los campos circunvecinos, y este ha sido todo mi alimento. Fuéronse gastando, deshaciéndose y cayéndoseme á pedazos, hasta dejarme completamente desnuda, los vestidos que me cubrían cuando vine, y desde entonces no he tenido con que guarecerme del frío, ni cosa alguna que me preservara la ca-

beza de los ardores del sol. Las escarchas, los yelos y las nieves de los rigurosísimos inviernos me han hallado indefensa, y los calores de los veranos ardorosos me han abrasado. Pero mucho mas terrible guerra me hicieron en los primeros diez y siete años de mi soledad y arrepentimiento las continuas y fieras tentaciones de todo género, y en especial las de la lujuria á que ¡ay de mí! habia vivido entregada por espacio de otros diez y siete años. Fueron tan duros los combates que tuve que sostener con aquella pasion, de que fuí esclava, que muchas veces me parecia que sentia arder en su impuro fuego todos mis huesos. En tan acerbo conflicto postrábame en espíritu ante aquella sagrada imágen de la Reina del cielo, que me sacó de mi primera angustia en Jerusalem, y representándomela como si la tuviera delante de los ojos, puesta en ella toda mi confianza y todo mi consternado corazon, recurria á ella con ímpetu de amor y de dolor, y como exhalando el alma en su maternal seno, le rogaba que me amparase, que tuviese compasion de mí, que disipase aquellas horribles tempestades que agitaban mi espíritu y lo sumergian en un abismo de amargura y desolacion..... en un abismo de muerte. Y caia desfallecida bajo el peso de mi dolor. Y jamás dejó de escuchar mis ayes la Madre de la mi-

sericordia. Siempre me socorrió. Aquellas mis angustias, aquel desmayo de dolor, aquellas infernales tempestades de mi espíritu y de mi carne concluian siempre, enviándome la Santísima Virgen una luz particularísima, que disipaba mis tinieblas, fortalecia mi alma, tranquilizaba mi corazon y como que me volvía la vida. ¡Y oh cuantas veces la extenuacion de mis fuerzas me hizo caer exánime, y me tuvo sin aliento postrada al rigor de los frios ó de los calores excesivos é insoportables! ¿Y cómo volvía en mí? ¿Cómo terminaba aquella postracion, que tenia todas las señales de una verdadera muerte? ¡Ah! Yo lo atribuyo á milagro. Y no puede atribuirse sino á una especialísima providencia de Dios la conservacion de mi vida por tantos años y en medio de tantas privaciones, de tantos combates conmigo misma y de tan continúa penitencia. Ahora, Abad Zósimo, concluyo rogándote que guardes el secreto de cuanto te he referido, y que á nadie hables una palabra de mí hasta despues de mi muerte. Tambien te suplico que el año que viene no salgas de tu monasterio hasta el dia del Juéves Santo al anochecer, pues, aunque quisieras hacerlo antes, no te seria posible. Te suplico que como sacerdote me traigas en la noche de aquel Juéves Santo el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, del cual no

he participado desde aquel día en que antes de pasar el Jordán comulgué en la iglesia de San Juan Bautista. Tráemelo á la orilla del Jordán, que yo iré allá á recibirlo de tu mano. Dicho esto, se puso en velocísimo movimiento; y corrió á esconderse en lo interior de su desierto, desapareciendo á los ojos del anciano cenobita. Maravillado Zósimo de cuanto habia oido y visto, se prosternó y besó el suelo en que la Santa habia tenido fijos los piés. Y meditando sobre lo mucho admirable que se ofrecia á su consideracion, y dando gracias al Señor que de tales cosas le habia hecho testigo, volvió á su monasterio.

Al año siguiente, llegada la cuaresma, cuando segun su costumbre salian los monges de su monasterio, Zósimo, como se lo habia predicho la Santa del desierto, se vió en la imposibilidad de hacerlo por haberle acometido calenturas; pero restablecido de su indisposicion antes del Juéves Santo, aquel solemne dia al anochecer se dirigió hácia el Jordán, llevando consigo en un pequeño caliz el Pan Eucarístico, que contiene la sangre y el cuerpo divino de nuestro redentor Jesús. Llegado ya de noche á la orilla del Jordán, le desasosegaba el ver que no parecia la Santa penitente y el considerar que no habia barca alguna en que pasar el rio. Pero bien luego se disiparon sus temo

res, viendo venir rápidamente á la habitadora del desierto, y viéndola andar sobre el agua del rio como sobre tierra firme, habiendo hecho antes la señal de la cruz sobre la impetuosa corriente. Zósimo al presenciar aquella maravilla, iba á arrodillarse, cuando la Santa le gritó desde en medio del rio: «Zósimo ¿qué haces? ¿No sabes que eres sacerdote del Altísimo? ¿No sabes que traes en las manos los misterios del Señor?»

Pasado el rio, dijo la Santa al anciano monge que rezara el símbolo de la fé y la oracion del Padre nuestro, y hecho esto, recibió de sus manos el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y lo recibió como viático para el viaje de la eternidad, y exclamó como el anciano Simeon: *Nunc dimittis ancillam tuam Domine, quoniam viderunt oculi mei salutare tuum.* Por despedida le ofreció el Santo Abad Zósimo unas lentejas y unos dátiles, que para ella habia traído en un canastillo; mas ella solo tomó tres lentejas, diciendo que la gracia del Espiritu Santo bastaba para la conservacion de la vida del alma, y por último, suplicó al anciano Abad que fuera al año siguiente á lo interior del desierto. «Allí, le dijo, en el mismo sitio en que me viste por vez primera me hallarás en el estado en que el Señor me haya puesto.» Y al instante repasando el Jor-

dán, regresó á su desierto, y el santo monge volvió á su monasterio.

Vino la cuaresma del siguiente año, y en ella el muy anciano Zósimo se dirigió por el desierto á buscar á la Santa penitente. Llegó al cabo de muchos dias al sitio en que la habia visto por vez primera á la márgen de un seco arroyo, y en la extremidad del mismo descubrió que brillaba en su parte mas elevada un foco de resplandores hermosísimos. Corrió hácia ellos, y halló el cuerpo de la Santa penitente tendido en tierra y difunto. Sin mal olor. Le regó los piés con sus lágrimas, postrándose junto á ellos, y en alta voz rezó los salmos y las oraciones mas propias para celebrar ante el acatamiento divino el dichoso tránsito del alma de aquella Santa Solitaria á la gloriosa eternidad. Y luego que acabó este piadoso oficio, advirtió formadas en el suelo unas letras, que componian las palabras siguientes: «Dá sepultura, ó Abad Zósimo, al cuerpecillo de la miserable María: vuelve á la tierra lo que es suyo, y cubre de polvo el polvo. Ruega al Señor por mí, que paso de esta vida á la eterna en este dia nueve de Abril despues de la sagrada y divina cena.»

San Zósimo, que grandemente se dolia de no haber preguntado su nombre á la Santa del desierto, sobremanera se regocijó viéndolo

escrito por ella misma; y al mismo tiempo admiró el que hubiese aquella misma noche del Juéves Santo, en la cual de sus manos habia recibido el soberano pan de los ángeles, vuelto al sitio en que la encontraba; mientras para tal camino le eran á él necesarios veinte dias. Y se confirmó en que era milagrosa la incorrupcion de aquel santo cuerpo, siendo así que ya llevaba muy cerca de un año de estar difunto. Comenzó á trabajar en abrir sepultura, y de repente vió cerca de él un leon, que habia venido á ayudarle á abrirla con sus garras. Enterró, pues, el incorrupto cadáver de Santa María Egipciaca. Y luego que hubo regresado á su monasterio, refirió para edificacion de todos á los monges sus compañeros esta admirable historia, la cual escrita por un autor contemporáneo, que con juramento afirma no haber alterado en lo mas mínimo la narracion de San Zósimo, muy pronto se hizo célebre en Oriente y en Occidente. Como ya se ha indicado, duró la vida de San Zósimo un siglo entero, y la Iglesia celebra su memoria el día 4 de Abril.

CAPÍTULO XXVIII.

SUMARIO.

Disposiciones del Sumo Pontífice relativas al Concilio de Éfeso: los Obispos en dicha ciudad. Conducta de Nestorio. Ocupaciones de San Cirilo: como legado del Sumo Pontífice señala el día de la apertura del Concilio.

El Papa San Celestino hizo suya propia la idea de la convocacion de un Concilio general en Éfeso; y al efecto nombró á fin de que lo presidiesen en su nombre, además de San Cirilo, otros tres legados, que fueron los Obispos Arcadio y Proyecto, y Felipe, presbítero de la Iglesia Romana. Y les mandó con el mayor encarecimiento que no permitiesen que en el Concilio fuese objeto de disputa cosa alguna ya dispuesta por él ó sentenciada, y que cuidasen de que cumpliesen sus órdenes todos los Padres del Concilio. Además, les entregó dos cartas, una para Teodosio y otra para el Concilio. Á Teodosio exhortaba el Sumo Pontífice en aquella carta á mirar sobre todo por la religion y por la Iglesia; y en caso de hacerlo así, le auguraba que Dios habia de protegerle. En la dirigida á los Pa-

dres del Concilio, les exhortaba á defender la causa de nuestro divino Salvador con pecho firme y magnánima entereza, y á cumplir cuanto el mismo tenia ya decretado en favor de la fé y de la Iglesia.

Llegó á Éfeso Nestorio con grande comitiva y orgulloso fausto y acompañamiento de gentes perdidas, dispuestas á cuanto les mandase. Llegó tambien San Cirilo lleno de confianza en la justicia de su causa y en la proteccion divina. Le acompañaban cincuenta Obispos de las dilatadísimas provincias del Egipto, de los cuales, y especialmente de su santísimo y sapientísimo metropolitano Cirilo, pudiera muy bien decirse que desde el principio hasta la conclusion de esta gloriosa campaña contra la nestoriana heregía, formaron el principal cuerpo de los ejércitos del Señor, siempre unidos y obedientes á la visible Cabeza de la Iglesia. Menon, Obispo de Éfeso, que fue tambien uno de los más esclarecidos defensores de la fé, tenia ya consigo cuarenta Obispos del Asia, entre los cuales se distinguian por su ciencia y virtudes Valeriano, metropolitano de Iconio en la Licaonia, Anfloquio de Sida, metrópoli de la Panfilia, Dalmácio de Cízico, metrópoli del Helesponto, y Ciro de Afrodisiades, metrópoli de la Cária. Cinco dias despues de Pentecostés llegó á Éfeso Juvenal de Jeru-

salen con otros Obispos de la Palestina, entre quienes figuraba Pedro, Obispo de los Parem-bolos, es decir, de los Sarracenos campestres: San Eutimio, á quien él y su pueblo debían su conversion, antes de que se pudiese en camino para Éfeso, le amonestó á estar siempre unido con San Cirilo y con Acácio de Melitena, metropolitano de la segunda Armenia, que fue uno de los mas ilustres Obispos del Concilio y uno de los mas intrépidos impugnadores de la heregía nestoriana. Igualmente se distinguieron entre los Obispos del Ponto, Fermo, Esarco de Cesarea en la Capadócia, y Teodoto de Ancira, metrópoli de la Galácia. Estuvieron tambien unidos siempre á San Cirilo, Regino, Obispo de Constanza, metrópoli de la isla de Chipre, y Perígenes de Corinto, metrópoli de la Acaya, y Flaviano de Filipos, ciudad de la Macedonia, á quien Rufo de Tesalónica, Vicario del Ilirico Oriental, habia autorizado para hacer sus veces en el Concilio.

No dejaba de ser numeroso el partido del heresiarca Nestorio. Ni es mucho de extrañar que lo fuese, pues la mayor parte de los hombres cuida muy poco de examinar con atencion y entera é imparcial rectitud las entrañas de las cuestiones que se suscitan, y las mas veces juzga solo por las apariencias. Estas

habian favorecido á Nestorio. Su reputacion de hombre austero y observante de la vida monástica mientras vivió en Antioquía, su elevacion á la silla de la populosa capital del imperio de Oriente, la fama del impetuoso celo que habia desplegado contra los hereges maniqueos, quatordecimanos, arrianos y novacianos, su empeño en disfrazar su nueva heregía con el nombre de impugnacion de otras anteriores, su fogosa elocuencia, que con sus falsos relumbrones ocultaba su verdadera ignorancia y su malicia, el prestigio que tenia en la corte y el favor de que gozaba en ella, las espléndidas larguezas con que se habia grangeado la amistad y benevolencia de encumbrados personajes, la odiosidad que habia procurado concitar contra su adversario el Obispo de Alejandria por medio de un sostenido sistema de calumnias, las preocupaciones que contra tan esclarecido atleta de la fé difundieron en sus escritos Teodoreto de Ciro y Andrés de Samosata, á cuya obra se atribuyó por ligereza ó capricho la autoridad de todos los Obispos orientales, fueron motivos mas que suficientes para haber engrosado las filas del heresiarca con cuantos atienden al ruido de este efímero mundo mas que al importantísimo negocio de su eternidad.

Y sin embargo hizo la divina Providencia,

como observa un juicioso historiador de nuestro siglo, que en el Concilio de Éfeso ni una sola voz se levantase á ser eco de las blasfemias de Nestorio contra la excelsa maternidad de María Santísima. Juan de Antioquía, que por entonces aun era amigo de aquel heresiarca, á cuyo destierro de su metrópoli antioquena contribuyó en lo sucesivo, no queria asistir á su condenacion: sin duda temia que se verificase esta en una de las primeras sesiones del Concilio, aunque él, segun parece, le conceptuaba inocente, al menos en cuanto á lo sustancial de la heregia. Y así viajaba con afectada lentitud, habiendo dejado pasar el tiempo prefijado para la apertura del Concilio. Venia él con sus orientales. Entretanto de los muchos Obispos que se hallaban en Éfeso, enfermaron varios, otros se quejaban del gasto demasiado que se les ocasionaba con aquella tardanza, otros se lamentaban de la falta de comodidad en sus habitaciones, y alguno que otro murió. Allí el primero por su dignidad episcopal, como tambien por haber de presidir el Concilio como legado del Sumo Pontífice San Celestino, era el Patriarca de Alejandría: recibió una declaracion de Juan de Antioquía, trasmitida verbalmente por los metropolitanos de Hirápolis y de Apamea acerca de que su tardanza en llegar á Éfeso

no fuese óbice para la apertura del Concilio, y poniéndose de acuerdo con Menon, Obispo de Éfeso, y primado de Asia, señaló para su primera sesión el día 22 de Junio, transcurridos ya 15 días después del primer señalamiento hecho por el Emperador. Esta demora ocasionada por los afectos á Nestorio fue al mismo tiempo obra de la divina Providencia, pues con esa dilación varios Obispos, que habían llegado á Éfeso con el ánimo inclinado en favor de Nestorio, tuvieron ocasión de enterarse de que verdaderamente era un enemigo de la fé y no un inocente calumniado. Los sábios Obispos Teodoto de Ancira y Acácio de Melitena hicieron algunas tentativas para atraerle al camino de la verdad y de la virtud de un modo amistoso y confidencial, y aun concibieron alguna leve esperanza de lograrlo; pero obstinándose Nestorio en sus errores con mayor descaro y alevosía, se desvanecieron sus bellas esperanzas, y se hizo mas profunda y echó mas hondas raíces la antipatía de los dos bandos beligerantes.

No son para trasladados al papel los heréticos desvaríos en que prorumpieron algunos desventurados Obispos de la impía facción de Nestorio. Ni estuvo ocioso el celosísimo Patriarca Alejandrino en aquellos días: formó un nuevo extracto de los errores del heresiarca, sacándo-

los de sus escritos y sermones ya publicados, y pronunció varios discursos, enaltecendo la gloria de la Reina de los Querubines, y combatiendo aquella nueva heregía, que le negaba su mas glorioso título. La víspera de la apertura del Concilio Ecuménico, nuevamente fijada para el dia 22 de Junio, enviaron los Obispos católicos á Nestorio una diputacion que se la notificase, invitándole á presentarse en la sesion primera. Respondió Nestorio de una manera evasiva, y lo mismo hicieron seis Obispos secuaces suyos, que con él estaban. Juntó luego el heresiarca á sus demás partidarios, y habiéndoles hecho saber lo ocurrido, dispuso que todos ellos firmáran una protesta contra el acuerdo tomado por los católicos de dar principio al Santo Concilio antes de la llegada de Juan de Antioquia, que venia muy despacio, deteniéndose adrede con otros diez Obispos orientales.

CAPÍTULO XXIX.

SUMARIO.

Apertura del Concilio de Éfeso: esfuerzos del conde Candidiano para impedirla. Citaciones hechas á Nestorio y negativas de este heresiarca. Examínase maduramente en el Concilio el contenido de las cartas de San Cirilo y el de las de Nestorio. Después de discutido el asunto, pronuncian los Padres su imponente anatema contra la doctrina y persona del Heresiarca. Prosigue el Santo Concilio de Éfeso examinando el principal objeto de su reunion: su sentencia solemne contra Nestorio. Reflexiones de Rhorbacher y de Bossuet. Triunfo de la Santísima Virgen. Júbilo é improvisada fiesta extraordinaria en la ciudad de Éfeso.

Los Obispos católicos, á cuyo frente se hallaba San Cirilo, con mucho fundamento juzgaron que la protesta que les fue dirigida por los nestorianos, no era mas que un vanísimo pretexto para seguir el plan de intrigas que habian adoptado con el fin de ir eludiendo las temidas decisiones del Concilio. En su consecuencia abrieron los Padres reunidos en Éfeso el tercero de los Concilios generales en la mañana del día 22 de Junio de aquel año, que era el de 431 en la grande iglesia de Santa

María, particularmente dedicada al culto de la gloriosísima Emperatriz del Universo. San Cirilo como Presidente de aquella augusta asamblea en calidad de legado del Soberano Pontífice, Sucesor de Pedro, que era entonces San Celestino, ocupó el lugar primero. En el segundo tomó asiento Juvenal de Jerusalem, y así sucesivamente se fueron colocando, según la dignidad de sus sillas, Menon de Éfeso, Flaviano de Filipos como representante de Rufo de Tesalónica, Teodoto de Ancira, Fermo de Cesarea en Capadocia, Acácio de Melitena, Iconio de Gortina en la isla de Creta, Perigenes de Corinto, y los demás Obispos, que entre todos componian el número de 158 y el diácono Besula en representacion de Capreolo de Cartago y de los demás Obispos de las provincias africanas. De modo que, si se exceptúa el condado del Oriente, estaba en aquella magestuosa asamblea representado todo el universo cristiano. En la persona de su presidente San Cirilo se veía al Romano Pontífice, cuyo legado era, y por consiguiente á los Obispos de las naciones occidentales, que le tienen por su especial patriarca; en Flaviano de Filipos á Rufo de Tesalónica y á los demás Prelados del Ilírico Oriental, y en Besula á todos los del África. Por manera que á pesar de no haber sido en esta sesion primera muy grande el número de

los Padres, que en ella iban á pronunciar su anatema contra Nestorio, era sublime la magestad de aquella junta imponente de Prelados sábios y venerandos; y al cabo muchos otros, que al principio militaron bajo las banderas del heresiarca, ilusos ó no bien informados, despues se fueron agregando á estos respetabilísimos defensores de la fé y del misterio de la Encarnacion, y junto á la firma de ellos pusieron la suya propia en la condenacion solemne de la nueva heregía y de su autor nefando.

En medio de la grandiosa Basilica y sobre el trono del Obispo se habian puesto en lugar eminente los sacrosantos Evangelios, y al verlos se les figuraba á los Padres del Concilio que estaban viendo al mismo Jesucristo en aquellos códigos infalibles, y que les decia moviendo con su divina voz sus corazones: *Juzgad rectamente, y sed justos jueces entre Nestorio y estos mis santos Evangelios.*

El general conde Candidiano, á quien Teodosio habia enviado á Éfeso para que velase por el buen orden exterior del Concilio con prohibicion de mezclarse en las cuestiones relativas á la fé, y que era amigo y partidario de Nestorio, luego que supo que los Padres se hallaban reunidos, se dirigió acompañado de algunos Obispos nestorianos á la iglesia de Santa María, pretendiendo que nada se hiciese hasta

la llegada de Juan de Antioquía, para lo cual daba por supuesto que así lo tenia ordenado el Emperador. Pero estrechado por los Obispos católicos, al leer la carta imperial en que para tales cosas se le autorizaba, se descubrió con la lectura de dicho documento cuan mentirosamente se habia en él apoyado; y sin conseguir su intento, salió el Conde del Concilio con rábía y con despecho en su nestoriano corazón; y al momento hizo fijar en los sitios mas públicos de la ciudad una protesta suya contra la reunion del Santo Concilio, diciendo que enviaba en aquel mismo día una copia de ella á Teodosio Emperador. La envió en efecto, y sus falsos informes, sus intrigas, sus arbitrarias violencias y su abuso de fuerza y de autoridad, así como los demás medios indignos y opresivas tramoyas, que pusieron en juego los magnates del partido de Nestorio, dilataron por algun tiempo la pacificacion de la Iglesia y del mundo cristiano; pero no pudieron impedir que al terminarse aquel mismo dia memorable fuese por el venerando Concilio condenada la fatal heregía y condenado y depuesto su autor el ya infaustamente célebre Obispo de Constantinopla.

Luego que el general Candidiano hubo salido del sagrado templo, en que se hallaban reunidos los 158 Obispos, se levantó de su asiento Pedro, que era el primero de los no-

tarios, y habiendo hecho una breve relacion de la convocatoria de aquel Santo Concilio y del estado de la causa que iba á ventilarse en él, dijo que tenia en la mano las cartas de Nestorio y las de San Cirilo. Á petición de Juvenal leyó en primer lugar la circular de Teodosio á todos los metropolitanos para la convocacion del Sínodo, la cual se puso en las actas. Menon hizo presente que ya habian transcurrido diez y seis dias desde el señalado para la apertura del Concilio. Y San Cirilo manifestó que ya bastante tiempo habian aguardado los Padres la llegada de los Obispos morosos, y por lo mismo era ya hora de proceder al exámen de los asuntos que para bien de toda la cristiandad habian venido á juzgar segun la mente y decretos del Pontífice Romano, y que así se comenzase por leer el prototonario allí presente las cartas y documentos, que habia dicho tener en la mano. Empero habiendo observado Teodoto de Ancira que seria conducente citar de nuevo á Nestorio á que compareciese en el Concilio, los cuatro Obispos que en el dia anterior fueron diputados para hacerle la primera citacion, refirieron su respuesta evasiva, que el hecho de su ausencia del Concilio declaraba haber sido negativa.

Sin embargo, resolvieron los Padres que

fuese á su casa á hacerle la segunda citacion otra diputacion compuesta de tres Obispos y un notario. Hallaron estos cerrado para ellos el palacio donde estaba alojado el poderoso heresiarca, á quien hacian la guardia soldados destinados al efecto por el conde Candidiano, y despues de inútiles instancias, sin haber logrado verle, volvieron al seno del Concilio con la respuesta de que Nestorio no se presentaria en él sino cuando estuviesen reunidos todos los Obispos. Mas con el fin de conformarse el Santo Concilio á las prescripciones de los cánones, le hizo la tercera citacion por medio de otros cuatro Obispos y un notario: tuvieron estos que sufrir desprecios por parte de los soldados que guardaban la casa de Nestorio; y regresaron con el sentimiento de confirmar al Concilio en la idea en que ya estaba del mal ánimo y ciega obstinacion del heresiarca, que se negaba á recibirlos. Así pues, siguiendo el dictámen de Juvenal de Jerusalem, creyeron los Padres de Éfeso que ya era tiempo de dar principio al solemne juicio á que habian sido llamados. Y se leyó en primer lugar el símbolo de Nicea, el cual, estando admitido por los Obispos de uno y otro partido, habia de ser la segura é infalible regla para juzgar acerca de los escritos y sentimientos que sobre la doctrina católica por una

y otra parte se habian manifestado. En seguida se procedió á la lectura y exámen de la segunda carta de San Cirilo á Nestorio. Y todos los Padres la juzgaron omnimodamente conforme al símbolo de Nicea y á la santa é incorruptible doctrina de la Iglesia; y por lo mismo la aplaudieron y encarecieron primeramente Fermo, Obispo de Cesarea de Capadocia, Menon de Éfeso, Teodoto de Ancira y Flaviano de Filipos; y luego prodigando magníficos elogios á San Cirilo, aprobaron su doctrina Acacio de Melitena, Iconio de Gortina, Paladio de Amasea, Perigenes de Corinto, y los demás Obispos hasta el número de ciento veinte y siete, cuyos sufragios se consignaron en las actas de este Concilio venerable. Y al fin de ellas se nota que tambien fueron del mismo parecer todos los demás Padres, cuyos nombres se leen al principio de esta sesion primera.

En seguida pidió Paladio que se leyese la respuesta de Nestorio á aquella carta de San Cirilo. Y luego que fue leida, el mismo Santo rogó á los Padres del Concilio que manifestasen su opinion y si la juzgaban conforme ó contraria á la fórmula de Nicea. Juvenal, Valeriano de Iconio, Fermo, Flaviano, Iconio de Gortina y Elánico de Rodas dijeron en pocas palabras que el contenido de aquella carta era manifestamente contrario al símbolo de

Nicea y á la fé ortodoxa y que estaba en contradiccion consigo misma y con la carta de San Cirilo. La carta de Nestorio, añadió Aca-cio de Melitena, nos demuestra que no sin mo-tivo ha temido presentarse al Concilio. No debe parecernos extraño que haya rodeado su casa de una multitud de soldados quien sentia en mal estado su conciencia y habia tenido la audacia de depravar las divinas Escrituras y de adulterar los dogmas de los Santos Pa-dres. Reseñó los principales errores de Nestorio acerca de la persona del Salvador, y continuó diciendo: Además ha calumniado las cartas de Cirilo, suponiendo que hubiese enseñado que Dios es pasible por sí mismo, cosa que ni él dijo jamás, ni ha podido ocurrir á nadie que tenga algun conocimiento de la religion. Por último, en toda su carta se descubre con la mayor claridad que no reconoce la verdadera union de Dios con la humana naturaleza, y que, aunque alguna vez parezca confesarla, en realidad la niega.» Siguen en las actas las sen-tencias particulares de otros treinta y cuatro Obispos, que convienen en declarar la carta de Nestorio contraria al símbolo de Nicea, y algu-nos anatematizan expresamente dicha carta, y algunos otros tambien á su autor. Por último, todos en general y con unánime voz exclamaron: «Sea anatema cualquiera que no anatematice á

Nestorio. La recta fé lo anatematiza: el Santo Concilio lo anatematiza. Sea anatema cualquiera que comunique con Nestorio. Todos anatematizamos los dogmas y la carta de Nestorio. Todos anatematizamos al herege Nestorio: todos anatematizamos á los que comunican con Nestorio. Todo el mundo anatematiza la impía religion de Nestorio. Sea anatema cualquiera que no le anatematice. La recta fé le anatematiza: el Santo Concilio le anatematiza. Anatema á cualquiera que comunique con Nestorio.»

Se leyeron despues las dos Cartas Sinódicas de San Celestino y de San Cirilo á Nestorio, la primera de las cuales contenia la sentencia fulminada contra el mismo Nestorio, si en el término de diez dias no abjuraba sus blasfemias; y la segunda la intimacion de la misma sentencia, con una amplia exposicion de la fé católica, que debia profesar creer, y de los errores que debia condenar, todo ello sumariamente reducido á doce artículos célebres con el nombre de anatematismos ó de capítulos de San Cirilo. Quiso el Concilio oir de boca de Teopento de Cábasis y de Daniel de Darnis, que fueron á Constantinopla enviados por San Cirilo y su Concilio Alejandrino, de qué modo intimaron y entregaron á Nestorio aquellas cartas y asimismo de qué modo él las recibió.

Todo lo cual refirieron los dos Obispos, conforme ya se ha contado poco antes. Pero á fin de asegurarse mas y mas de que todavía persistia Nestorio en su herética pravedad, quisieron los Padres oir á Teodoto de Ancira y Acacio de Melitena las horrendas blasfemias, que pocos dias antes habia proferido en presencia de aquellos dos insignes Obispos, y que él con increíble desfachatez repetia y defendia entre sus amigos. Hiciéronlo ellos con expresiones de gran dolor y sentimiento, porque amaban y siempre habian amado á Nestorio, y protestaron que no daban contra él semejante testimonio, sino impelidos por su amor á la verdad y á nuestro Señor Jesucristo, que estaban obligados á anteponer á toda amistad humana.

Aunque las cartas de los Santos Celestino y Cirilo, llenas de testimonios de las divinas Escrituras, fuesen mas que suficientes para deramar toda la luz posible en confirmacion de la verdad de aquel dogma católico, y aunque por el contrario las cartas de Nestorio fuesen mas que suficientes para descubrir la maldad de sus sentimientos; sin embargo el santo Concilio juzgó prudente añadir á los oráculos de la divina Escritura la tradicion de los Padres, y á las cartas del heresiarca para mas y mas convencerle de heregía, la lectura de algunos

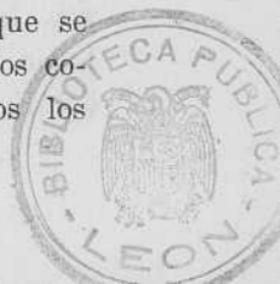
pasajes sacados de sus sermones y de sus libros. Leyéronse, pues, á instancias de Flaviano, Obispo de Filipos, diversos lugares de San Pedro y de San Atanasio, Obispos de Alejandría, de los dos Pontífices Romanos Julio y Félix, de San Cipriano y de San Ambrosio, de San Gregorio Nacianceno, de San Basilio, de San Gregorio Niseno, de Ático de Constantinopla y de San Anfloquio de Iconio. Luego fueron leídos en el Concilio veinte lugares sacados de las obras de Nestorio. Se tenia preparado mayor número; pero los Padres no pudieron sufrir por mas tiempo que se contaminasen sus oídos con aquellas blasfemias horribles, las cuales para mas patente acusacion y condenacion de su autor se insertaron en las actas á petición de Flaviano, Obispo de Filipos.

Como para refrescar el ánimo con verdades santas y máximas saludables, pues se hallaba agobiado y seco, si así puede decirse con la lectura de aquellos errores nestorianos, que parecian chispas del fuego del infierno; quisieron los Padres oír el contenido de la autorizada carta de Capreolo, Obispo de Cartago y primado del África, que para el Concilio habia traído su representante el diácono Besula; y este sábio documento los llenó del mas puro gozo, exclamando todos al acabar de escucharlo que esos mismos eran los sentimientos

del Concilio, y aprobándose á una voz por todos ellos el parecer de San Cirilo sobre que seria conveniente insertarlo en las actas.

Finalmente, pronunció el santo Concilio su sentencia contra el impío Nestorio en estos términos: Habiendo Nestorio, entre otras cosas, desobedecido á nuestras citaciones y negádose á recibir los Obispos, que á este fin habiamos diputado, nos hemos visto obligados á entrar en el exámen de sus impiedades, y habiéndole convencido, tanto por sus cartas como por sus demás escritos, y por las palabras y conversaciones suyas muy recientes en esta misma ciudad probadas por medio de testigos que creia y enseñaba impiedades; estrechados nosotros por los sagrados cánones y por las cartas de nuestro Santo Padre y compañero en el ministerio episcopal Celestino, Obispo de la Iglesia de Roma; nos hemos visto en la amarga precision de dar esta lúgubre sentencia, no sin haber derramado abundantes lágrimas: nuestro Señor Jesucristo, de quien ha blasfemado, ha definido por este santísimo Concilio que sea privado de toda dignidad episcopal y separado de toda asamblea eclesiástica.

«Esta sentencia, dice el historiador Rhorbacher, que es una de las mas solemnes que se han pronunciado en la Iglesia, encierra dos cosas importantísimas. Vése en ella á todos los



Obispos de un Concilio Ecuménico en el acto mas solemne de su autoridad como Concilio llamar su Padre al Papa, y confesarse estrechados por su carta no menos que por los cánones, en este acto supremo de su autoridad. La expresion del Concilio, segun observa Bossuet, reconoce en la carta del Papa la fuerza de una sentencia jurídica, que no era posible dejar de confirmar, porque era justa en derecho y valedera en su forma como emanada de un poder legítimo.»

Fueron ciento noventa y ocho los Obispos que firmaron esta sentencia, y á los cuales aun se añadieron otros, de donde es necesario inferir que con mejor acuerdo y volviendo por su propia honra, mas de cuarenta Obispos del partido nestoriano se adhirieron sin dilacion al infalible juicio del Concilio, separándose del heresiarca, y firmando la sentencia condenatoria, que acabamos de ver.

Esta primera sesion duró todo el dia, y estaba ya muy entrada la noche cuando la levantaron los Obispos, que habian defendido la gloria de la Reina del Cielo atacada por el blasfemo Nestorio en el misterio de su divina maternidad. Era Éfeso una ciudad consagrada por la presencia de la Santísima Virgen, que habia vivido en ella largos años en compañía del Evangelista San Juan, y por este motivo

particularísimo la amaba el pueblo de Éfeso como á su Señora, como á su especial abogada, como á su augusta Reina y como á su tierna Madre. Todo él habia estado congregado sin acordarse ni aun de comer á las puertas del templo, esperando la sentencia de la condenacion de Nestorio y la fausta noticia del anhelado triunfo de Maria. Abriéronse las puertas de la magnífica iglesia para que salieran los Obispos; y en el momento que se esparció la noticia de la sentencia pronunciada contra Nestorio, pudiera decirse que estalló simultáneamente el piadosísimo júbilo de los habitantes de Éfeso. Llenáronse los aires de aplausos á los Padres del Concilio, de aclamaciones á la Reina del cielo. Resonaron cánticos de alegría; y en los ojos brotaron espontáneamente lágrimas de alborozo. La ciudad se iluminó toda, y los entusiastas Efesinos con luces en las manos, formando improvisadas procesiones, iban en triunfo acompañando á los Obispos á sus respectivas habitaciones, dándose y recibiendo los festivos plácemes, de modo que aquella alegre noche por el universal contento sobrepujó al día mas festivo.

CAPÍTULO XXX.

CARÁCTER DE LOS SUCEOS OCURRIDOS EN LOS
TREINTA Y UN PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO
QUINTO.

He cumplido, gracias á la divina bondad, mi propósito de bosquejar la historia general de la Iglesia hasta llegar al glorioso triunfo de la Santísima Virgen sobre su enemigo el heresiarca Nestorio en la sesion primera del Efesino Concilio Ecuménico. Y segun el plan seguido en esta obra, debia ahora volver los ojos á la contemplacion de aquello que en los principales acontecimientos pintados por mi débil pluma haya predominado de una manera especial. Mas no sin fundamento podria asegurarse que en los treinta y un años, que acabo de recorrer, está como en pequeño panorama la índole de los sucesos que han venido desenvolviéndose en la série dilatadísima de siglos posteriores. Fijese la atencion en los hereges donatistas, en los circumceliones, en los pelagianos y nestorianos, y se verá en su conducta aviesa un retrato de los enemigos que la Iglesia ha tenido en las edades subsiguientes. Y en la prudencia, firmeza y sabiduria de los Sumos Pontífices, que la gobernaron, se reco-

nocerá la norma y tipo admirable de las que siempre han manifestado en circunstancias de azarosa prueba sus infalibles y augustos Sucesores. La verdadera ciencia, la justicia y las virtudes brillan constantemente en los que llevan el gobernalle de la Iglesia y en los esclarecidos atletas que la defienden; mientras páfida astucia, simulacion infame, malévolas intrigas, soeces calumnias forman la ignominiosa comitiva de los bandos empeñados en hacerle injusta guerra. Esta, que sin exageracion pudiera decirse que no ha cesado jamás, ora bajo una, ora bajo otra forma, descubre indudablemente aquella soberana proteccion, que le fue por su divino Fundador prometida cuando dijo á sus Apóstoles: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos;» y cuando á Pedro en particular le afirmó con infalible profecía que las puertas del infierno no prevalecerian contra su Iglesia, es decir, aquellos poderes humanos que con su pernicioso influjo y sus depravadas invenciones abren la puerta á que en el mundo dominen los príncipes de las tinieblas, ó á que se establezcan sobre la tierra los cismas y las heregías, que son verdaderas puertas, por donde los extraviados mortales pasan á los abismos del infierno.

El adorable Verbo bajó del seno de su Padre al de la Virgen Inmaculada para una

empresa no vana sino inmortal y eficacísima, cual es la de conquistar el cielo con los merecimientos de su vida, pasión y muerte de cruz para el linaje humano, estableciendo á este fin su Iglesia, que es la nave de salvación, en que él mismo conduce al dichoso puerto de la eternidad á todos los que embarcados en ella van unidos á su divino Piloto, puestos en él los puros corazones y los entendimientos humildes. Mas no ha impedido que continuas borrascas agiten la nave misteriosa, porque yendo él mismo en ella, cuando la ve en peligro de zozobrar, cuando se lo piden las oraciones de los suyos atribulados, se levanta, y con los ojos ó con la voz manda amansarse á las olas embravecidas y callar á los vientos, que con horrendo estrépito las revolvían. Si así no fuera, ¡oh cuántas veces hubiera perecido esta nave siempre combatida y siempre victoriosa de todo género de tormentas!

Pero la Iglesia no puede perecer, porque es un cuerpo místico que tiene por cabeza á todo un Dios omnipotente, hecho hombre, á fin de ser su salvador, en las entrañas de la Virgen María. Con tal Cabeza sublimada sobre las cumbres de los cielos, y de quien canta el real Profeta que con solo decirlo hizo todas las cosas y con solo mandarlo dió el ser á todas ellas (*Dixit et facta sunt; ipse mandavit*

et creata sunt) ¿no estará seguro el cuerpo? Pero como esta soberana Cabeza quiso por nuestro amor coronarse de espinas, debe tambien el cuerpo padecer, sentirse traspasado de dolores y hasta verse lleno de llagas profundas, que derraman raudales de sangre inocentisima. ¡Mas ay de los que en algun modo hieren este cuerpo santo, que tiene por cabeza al mismo Hijo de Dios, quien si airado mira á los montes los estremece y los reduce á pavesas! Terribles son los castigos que ha fulminado no solo para vengar las ofensas inferidas á todo el cuerpo místico de su Iglesia, sino tambien solo á algunos de sus mas ilustres miembros. Vémoslo en las muestras de su poder formidable con que en los primeros años de este siglo quinto vengó los agravios hechos por la corte de Constantinopla á su ínclito siervo el injustamente perseguido Crisóstomo. La Emperatriz Eudisia era culpable del destierro de tan sábio y magnánimo Obispo; y un terremoto espantoso, que conmueve los cimientos de la populosa Constantinopla, la estremece á media noche, y la sobresalta y la penetra de terror un ruido pavoroso, que de repente se oye en su imperial habitacion, de modo que deshecha en lágrimas va á postrarse á los piés de Arcadio para pedirle que inmediatamente vuelva á Constantinopla su santo

Obispo. Si despues la obstinada maldad de sus perseguidores consigue que de nuevo sea desterrado, nuevas venganzas, nuevos castigos del Altísimo caen sobre Constantinopla. Una tempestad de granizo de enorme tamaño le dá á entender que los cielos están irritados por la inhumana persecucion que sufre Juan Crisóstomo. Esto mismo quieren decirle las llamas, que aparecen en la celeste esfera, y los terremotos frecuentes, que consternan á la ciudad señora del Oriente. Y si tales prodigios no le bastaron para entender el lenguaje de la ira divina, lo declararon mas y mas las desoladoras irrupciones con que los Hunos y los Isauros devastaron extensas regiones del imperio de Arcadio.

Tambien sobre las personas que mas se habian señalado en perseguir al justo, se vieron venir del cielo particulares castigos. La Emperatriz Eudisia llevó bandera en esta impía guerra contra el inocente Crisóstomo, y á los cinco dias de haberle desterrado murió de un aborto; y el regio sepulcro en que fue encerrado su cadáver, estuvo estremeciéndose, como lo consigna en su obra intitulada la *Iglesia Oriental*, refiriéndose á los historiadores bizantinos, el ilustrado griego Sr. Pitzipios, por espacio de treinta y cinco años hasta que su hijo el Emperador Teodosio el jóven hizo llevar

á Constantinopla las reliquias del Santo perseguido, y postrándose ante la caja que las contenia, pidió á San Juan Crisóstomo que perdonára á su Madre é intercediera por ella, al mismo tiempo que en sufragio de su alma celebraba el Patriarca San Proclo el solemne sacrificio de la misa en la iglesia catedral acompañado de todo el clero. Dilatábase, como ya se ha visto, la angustiosa y tremenda agonia del famoso Teófilo hasta que aplicándose al pecho y á la boca una estampa de San Juan Crisóstomo, la besó reverentemente, previo el perdon que le tenia pedido.

Y para que no solo habláran en favor de San Juan Crisóstomo los aterradores portentos de la diestra del Todopoderoso, tambien tomó la palabra en tan ruidosa causa aquella Reina de los Serafines, que es toda amor, toda dulzura y toda delicias celestiales, apareciéndose á San Cirilo en una vision, y mandándole que en su Iglesia de Alejandría restableciera la memoria del ínclito Juan Crisóstomo. Tan singular cuidado tuvo la divina Providencia de honrar al que con sus incomparables escritos la habia celebrado y enaltecido con la elocuencia mas digna que debajo del firmamento puede oirse. Pero si tanto le favoreció despues de su gloriosa muerte, no debe maravillarnos que en vida y en lo mas recio de la persecucion que

sufría en Constantinopla le hubiese por dos veces preservado de que llegasen á herir su noble pecho los alevosos puñales de los asesinos, que yendo determinados á cometer tan horrendo crimen, fueron descubiertos antes de perpetrarlo. Así se muestra en todos los siglos y en todo el universo ese dominio supremo de Dios, que ordena los acontecimientos prósperos y adversos á su mayor gloria y á la de sus siervos predilectos, en cuyo favor emplea muchas veces hasta á los mismos cortesanos del cielo. Ofrécenos de esto un ejemplo hermosísimo la bajada del mártir San Basilisco, que en su propio templo se apareció al cansado y enfermo San Crisóstomo á consolarle con la alegre noticia de que al siguiente día tendrían un dichoso término todos sus trabajos, subiendo su alma á recibir en los cielos la corona de la inmortalidad.

Al volver los ojos del espíritu al Occidente, descubriremos, luego, luego, la misma accion de la divina Providencia manifestada de un modo sobrenatural. Tiembla Italia bajo el peso de las armas del invasor ejército del pagano Radagastes, que cuenta cuatrocientos mil combatientes, y tiene puesto estrecho cerco á Florencia. Pero en Occidente impera un príncipe que por su piedad ha merecido bien de la Iglesia, á la cual ha amparado con diversas

leyes; y aquel ejército enemigo desaparece en pocos dias, convertidos por el hambre ó por la espada en cadáveres frios los cuatrocientos mil soldados, que tenian consternada á toda la cristiandad. Sin embargo, la ciudad eterna, la reina de las naciones, la que llevó á su seno los ídolos de todos los pueblos conquistados por ella, aun no ha pagado el delito gravísimo de haber derramado por espacio de tres siglos la inocente sangre de millares de mártires, que por la fé inmolaron sus vidas; y el Omnipotente envia contra ella al furibundo Rey de los Godos Alarico, que ha de humillarla, saquearla y ponerle sobre el cuello la ruda planta opresora. Cúmplese. Roma sucumbe al ímpetu de los soldados del fiero Godo, é inunda sus calles la vertida sangre de sus infelices habitantes. Pero en medio de tan espantoso castigo no olvida el Señor á sus siervos, é inspira al feroz Alarico que señale dos iglesias espaciosísimas para refugio y salvacion de cuantos cristianos corran á ellas á librarse de los homicidas áceros de su hueste entregada al saqueo y á la devastacion. Semejantes sentimientos de humanidad nos atestiguan las historias que no han animado los pechos de otros guerreros menos feroces que Alarico, lo que es una prueba de que Dios quiso que claramente se viera que no por los cristianos, en cuyo favor movia

el corazón del bárbaro furioso, sino por los idólatras enviaba sobre Roma aquel castigo imponderable; y de propósito le he llamado imponderable, porque al mismo tiempo bajaba de los cielos una tempestad de rayos, que abrazaba en vivo fuego y hacia desplomarse con fragor horrisono las techumbres artesonadas de los soberbios palacios, que un tiempo fueron ostentosa habitación de los magnates y senadores de la Roma idólatra y martirizadora de cristianos innumerables.

En el sitio de Nola por el mismo Alarico nos refiere la historia que también el cielo intervenía, derramando dulcísimos consuelos en los atribulados corazones de los habitantes de la ciudad estrechada, pues muchas veces se les apareció San Félix, que había sido Obispo de aquella ciudad puesta en cerco de agonía.

Diríase que en todas partes quería hacerse sentir para enseñanza de las generaciones futuras la prodigiosa mano del Soberano Arbitro de la naturaleza. Se había servido del ejército de Alarico para castigo de la opulenta Roma, y cuando victorioso volvía después de haberla avasallado, lo destruyó por medio de una tempestad.

No ha tenido Dios al sacar de la nada este universo que admiramos, y lo que es más, no ha podido tener otro fin que su propia gloria,

la cual consiste *ad extra* en la manifestacion de sus divinos atributos. Ahora bien, brillan estos no solo en la magnífica creacion y conservacion de todos los séres, no solo en los astros, que obedeciendo á leyes fijas jamás se cansan de su carrera por sus órbitas celestes, no solo en la tierra, cuyo seno, árido en la apariencia, es en realidad un fecundo manantial de vida para infinitas plantas de virtud curativa, para un número indecible de pequeños y de gigantescos árboles vestidos de variadísima hermosura, y para frutos conservadores de la existencia del humano linaje que la puebla, no solo en los inmensos mares siempre ambiciosos de tocar á las estrellas con sus olas embravecidas y de sorberse las ciudades sentadas á sus orillas, y represados siempre por una mano oculta, no solo en la belleza de las mas privilegiadas hijas de Eva y en la de los niños y en la de los ángeles sabios é inflamados en el divino amor, sino tambien en la direccion y gobierno de los acontecimientos que la historia trasmite de siglo en siglo. Empero entre todos ellos los que mas glorifican á Dios son sin duda alguna los prodigios, los cuales ponen de manifiesto con viva luz y eficacia suma la Omnipotencia divina en todo caso, y unas veces especialmente la bondad divina, y otras veces de un modo mas par-

ricular la divina justicia y la irresistible fuerza del brazo del Altísimo.

Por estas razones en ningun siglo han faltado milagros. Ni faltarán. La historia de lo pasado es en cierta manera un testimonio de lo venidero. Y la misma soberbia de los hombres como que exige que haya milagros de terrible justicia. No puede aquella prevalecer contra la Omnipotencia divina, y para que no prevalezca en su errado juicio es como necesario que la Omnipotencia divina levante de cuando en cuando su voz sonora, la voz de sus portentos para despertar de su letargo á los mortales desmemoriados.

«Tus juicios, Señor, son un abismo profundo,» dijo con sobrada razon el real Salmista, y los trabajosos años que he vivido sobre la tierra, además de la fé, me han demostrado la entera verdad de esta sublime sentencia del Cantor inspirado. No obstante, la misma divina Escritura nos enseña que Dios es hacedor de maravillas, y esta enseñanza nos la confirman las páginas de la historia del antiguo Testamento, del Nuevo y de la Iglesia. Con todo eso, muchos han observado que Dios obraba mayor número de prodigios en los primeros siglos de la Iglesia. Será porque los prodigios pasados sirvan de leccion á las edades venideras. Y efectivamente, admira en la his-

toria de los treinta y un años primeros de este siglo quinto la frecuencia con que el Todopoderoso castigó con visibles portentos á los enemigos de su religion santa y premió con dulcísimos favores extraordinarios á los que por el camino de la virtud se adelantaron con vuelo agigantado. Ora leemos que Gamaliel se apareció varias veces á Luciano, que cuidaba de la Iglesia de Cafargamala, y que le reveló dónde se hallaban los santos cuerpos del proto-mártir San Esteban, de Nicodemus, el suyo y el de su hijo Abibon, refiriéndonos en seguida que las reliquias de San Esteban hicieron una multitud de milagros: San Agustin nos informa de que fueron setenta los prodigios que obraron en su obispado de Hipona y muchos mas en Calama de Numidia y en Uzala, ciudad del África proconsular; y las llevadas á Mahon los hicieron tan asombrosos que al verlos se convirtieron los judíos que habia en aquella isla. Ora vemos que en el año 419 espantosos terremotos, cruces milagrosas aparecidas sobre los vestidos de los judíos de Jerusalem, un globo de fuego venido del cielo y otros prodigios terroríficos fueron para los hombres de aquel tiempo avisos formidables de la ira del Todopoderoso, en vista de los cuales millares de judíos se bautizaron para refugiarse en el gremio de la Iglesia, puerto único de sal-



vacion en las tempestades de la cólera divina.

Ya nos asombra la milagrosa derrota del ejército de Alamundaro, príncipe de los Sarracenos y aliado de los Persas, que sobrecogido de pavor repentino y sobrenatural, sin que los cristianos le acometan, se pone en fuga, y se arroja al rio Eufrates, en el cual se ahogan hasta cien mil Sarracenos. Ya es otro ejército de Hunos el que nos admira, porque cuando con su espada estremecía el Oriente, oyendo el Señor las oraciones de Teodosio, envia un rayo que reduce á cenizas á Roila, Rey de los Hunos y caudillo de aquel ejército invasor, y la peste devora á los soldados, y vienen globos de fuego, que abrasan los restos de aquella formidable y ya desaparecida hueste.

Si queremos contemplar milagros de índole mas apacible, y que revelan la divina bondad, haciendo partícipes de su absoluto poderío á sus fieles siervos, hallaremos en ese corto y magnífico periodo de la historia del siglo quinto á los Obispos San Marutas y San Ábda librando con sus oraciones á un hijo del Rey de Persia Isdegerdes de la tiranía del demonio, que le tenia obseso y atormentado; á San Honorato que con solo su confianza puesta en Dios destierra de la isla de Lerin las serpientes, que la infectaban y llenaban; á San Genaro y á San Martin bajando del cielo á vi-

sitar á Paulino de Nola, cuando este se halla próximo á volar á la gloria, y al mismo Paulino apareciéndose á San Juan, Obispo de Nápoles, y abrazándole y prometiéndole que de allí á tres dias, conforme se cumplió maravillosamente, estarian juntos gozando las delicias de la patria celestial. Aquí admiraremos que ningun poder ha tenido la muerte sobre los cadáveres de unos santos monges, que en el yermo vivian en celdillas solitarias y fueron asesinados por facinerosos Sarracenos, pues incorruptos, sin mal olor y sin alguna de aquellas señales espantosas que la muerte imprime en sus víctimas, son despues de muchos dias hallados y reconocidos por los que les eran amigos y estimaban sus virtudes altísimas; allí á San Eutimio curando milagrosamente á un hijo de Aspabeto, príncipe de los Sarracenos, que abraza la fé cristiana á consecuencia de esta maravilla; y mas allá al mártir San Platon, que invocado por un jóven cautivo, se le aparece á caballo, y montándole en él, le lleva consigo corriendo adonde estaba su padre, y se lo entrega sano y salvo y libre del cautiverio, que padecia entre los Sarracenos.

Casi todos los sucesos, que la historia eclesiástica nos ha referido de la vida de San German de Auxerre, son de un orden maravilloso. Á su belleza se junta la prodigiosa intervencion

del cielo. Sorprendente sobremanera es su exaltación al episcopado con todas las admirabilísimas circunstancias que acompañan la muerte del otro Santo, que le hace heredero de su dignidad. ¿Y qué diremos de su viaje y de sus triunfos en la Gran Bretaña? Que son tejido de maravillas tan bellas como asombrosas.

La belleza y la sublimidad son el cortejo que consigo llevan los milagros, y aun aquellas acciones que sin llegar á ser prodigios sobrenaturales, tienen mucho de heroico y extraordinario, de las cuales abunda ciertamente la historia de la Iglesia, y los lectores atentos habrán podido observar en la última parte de esta obra, género de belleza, que nace de la fé viva de las almas exaltadas por sentimientos virtuosos, como es fácil advertir en la admirable fortaleza y patética energía con que escribiendo al apóstata Santiago (después mártir insigne) se expresaban su santa madre y su esposa. Y sea dicho de paso ¿en cuál de las persecuciones que han hecho al cristianismo los tiranos, no se han visto prodigios estupendos? Hermosísimo es entre mil otros el de aquel mártir condenado á morir de hambre dentro de una cueva lóbrega, cuya puerta mandó tapar á este fin el magistrado Ormisdávaro. ¡Qué espectáculo se ofreció á sus ojos y á los de cuantos le rodeaban, cuando al cabo de dos meses, creyendo que ya estaría

corrompido el cadáver de Maarsapor, gloria de los cristianos de Persia, hizo penetrar en la cueva á sus satélites, y apareció esta iluminada por los resplandores que circundaban al mártir invencible, el cual ya difunto estaba de rodillas en actitud de orar!

Sabido es que no escasean los milagros en las vidas de los Santos, que veneramos sobre nuestros altares. Pero los milagros sucedidos en los desiertos tienen un no sé qué de mas bello, de mas poético, de mas sublime y encantador. ¡Séanme testigos y prueba los hechos sobrenaturales de la penitente María Egipcíaca en el desierto, ora levantándose en éxtasis de modo que su anciano y enjuto cuerpo, cuando en ella puso los ojos el Abad Zósimo, distaba del suelo un codo, y solo le sostenia en el aire la virtud del Altísimo, ora caminando sobre las aguas del Jordán cual sobre tierra firme, sin mas testigos que las estrellas pendientes del manto de la noche, y el muy anciano Abad Zósimo en la opuesta orilla, esperándola con el Santísimo Sacramento en las manos para dárselo por viático en la memorable noche del Juéves Santo!

¿Y qué fue la vida del incomparable habitante de la columna del desierto sino un prodigio continuo, ó mejor dicho, una acumulacion de prodigios, cuya fama volaba por todos los ángulos del mundo, convirtiendo almas de pe-

cadores obstinados, de hereges y de paganos? ¿No parece que la misma Omnipotencia divina habitaba en aquella columna del desierto, obrando maravillas? Y sino ¿por qué iban á él personajes de tan distintos y remotos países? ¿Qué iban á admirar? ¿Era propio de un hombre lo que veían? ¿Eran patrimonio de la naturaleza humana las gracias extraordinarias, que solicitaban y conseguían de ese admirable penitente, á quien no podían conmover en su columna los huracanes impetuosos, ni las tempestades de rayos y centellas?

El naturalismo de muchos incrédulos de nuestros días no quiere que se hable de prodigios; pero jamás podrá desarmar de su omnipotencia al Dios que hizo con un *fiat* los cielos y la tierra, ni sus esfuerzos conseguirán que la veraz historia calle los milagros de tiempos que ya pasaron, pero que aun viven y vivirán en sus páginas inmortales. Nuestro Dios es inmutable por su naturaleza; y sus divinos atributos no se menoscaban con el transcurso de los siglos; y nosotros que así lo creemos, porque nos lo enseña la fé, debemos esperar que su Omnipotencia irresistible todavía ha de obrar nuevos prodigios en favor de su Iglesia, y que la ha de exaltar y coronar en su magnífico triunfo de laureles inmarcesibles.

ÍNDICE.

Páginas.

CAPÍTULO I.

Estado del mundo en los primeros años del siglo quinto. San Juan Crisóstomo en Asia. Injusticias de Teófilo de Alejandría. Fuga de monges perseguidos. Contienda científica sobre los escritos de Orígenes: condenación de sus errores por el Papa San Anastasio. Conducta y obras de Rufino. Esfuerzos de la caridad de San Juan Crisóstomo por reconciliar á los monges perseguidos con Teófilo de Alejandría. San Epifanio toma parte en esta lucha: su muerte. 5

CAPÍTULO II.

La Emperatriz Eudosa y Teófilo persiguen á San Juan Crisóstomo: en vano se declaran por él cuarenta Obispos y el pueblo de Constantinopla: es arrancado de su Iglesia. Combates sangrientos. Ira de Dios. Triunfal regreso de San Juan Crisóstomo á Constantinopla: su inocencia vindicada por sesenta Obispos. 14

CAPÍTULO III.

El donatista Petiliano. Triunfos y varias obras de San Agustín. San Posidio. Leyes de Honorio contra los donatistas. Conversiones de muchos sectarios. Furor y delitos de los circumceliones. Templanza y lenidad de los Obispos católicos. La Providencia salva la vida de San Agustín: nuevos triunfos y escritos del santo Obispo de Hipona. Nueva persecución hecha á San Juan Crisóstomo. Derramamiento de sangre. Recurso de San Juan Crisóstomo al Sumo Pontífice: sentencia del Papa San Inocencio. 20

CAPÍTULO IV.

Los espectáculos paganos de los gladiadores: heroísmo del monge Telémaco. Ley de Honorio. Destierro de San Juan Crisóstomo. Arsacio. Arrecia la persecución de que son víctimas el Crisóstomo y su pueblo de Constantinopla. 32

CAPÍTULO V.

El Sumo Pontífice y el Emperador Honorio patrocinan la causa de San Juan Crisóstomo. Castigos divinos caen sobre Constantinopla

y sobre el imperio de Oriente. Maravilloso exterminio del ejército de Radagastes. Muerte de Santa Paula. La vírgen Eustoquio. San Gerónimo y el herege Vigilancio. 37

CAPÍTULO VI.

Arsacio y Atico. Padecimientos de los legados del Sumo Pontífice. Persecucion en Oriente. Nicaretos y Santa Olimpiades. Extraordinarios trabajos de San Juan Crisóstomo: sus admirables virtudes: sus cartas: su preciosa muerte. Continúa la persecucion en Oriente. Muerte del Emperador Arcadio. Firmeza y otras sublimes prendas del Papa San Inocencio: sus cartas. 43

CAPÍTULO VII.

Santos Obispos que á principios del siglo quinto florecian en las Galias: las invaden ordas septentrionales: los Vándalos las convierten en ruinas sangrientas. Trastornos políticos. Leyes de Honorio favorables al cristianismo. Sedicion de los paganos de Calama. Desórdenes en África: leyes represivas. Alarico en Italia. Atalo Emperador. Disposiciones legislativas de Honorio. 56

CAPÍTULO VIII.

España invadida por los bárbaros. Calamidades. Heroísmo de los Obispos españoles. Felicidad que sucede á las desgracias. Alarico y Atalo. Cae Roma en poder de los bárbaros. Procesion salvadora. Caridad y heroísmo de Santa Marcela. Ejército de rayos. 65

CAPÍTULO IX.

Sentimientos de San Gerónimo. San Pamaquio. Destruccion del ejército de Alarico. San Félix de Nola. Multitud de familias que de Roma salian emigradas. Ocupaciones y muerte de Rufino. Conferencia en Cartago de los Obispos católicos con los donatistas. Conversiones. Excesos de los circumceliones: son reprimidos. Varios escritos y cartas de San Agustin. Conversion de los habitantes de Zirta. 73

CAPÍTULO X.

Los hereges Pelagio y Celestio. San Agustin combate el pelagianismo con varios libros. Conversion y muerte de Teófilo de Alejandría. Synesio y Andrónico. San Cirilo sucede á Teófilo en la sede de Alejandría. Conver-

sion de los Borgoñones. Escribe San Agustín su obra de la Ciudad de Dios. Martirio de Marcelino.	87
--	----

CAPÍTULO XI.

Anicia Proba, Juliana Anicia y Demetriades inflamadas en el fuego de la caridad para con los pobres y del amor de Dios. Singularísimo mérito de la Emperatriz Pulqueria. Carácter de Teodosio.	96
--	----

CAPÍTULO XII.

Alejandro de Antioquía pone término al cisma de los eustacianos: restablece la memoria de San Juan Crisóstomo en su patriarcado de Oriente: hacen lo mismo Atico en Constantinopla y San Cirilo en Alejandría. Disturbios en Alejandría. Leyes represivas de Teodosio y Honorio. Pablo Orosio: su viaje al África. Varias obras de San Agustín. . . .	103
---	-----

CAPÍTULO XIII.

Pelagio y Pablo Orosio en Palestina: luchan en Jerusalem. Concilio de Dióspolis. Arterias de Pelagio. Admirable unidad de doctrina en la Iglesia católica. Invencion prodigiosa de los cuerpos del protomártir San Esteban, de	
--	--

Gamaliel, de Abibon y de Nicodemus. Regreso de Orosio á España. Concilios de Cartago y de Mileva. Escándalos y tropelías de los pelagianos en Palestina. Cartas del Sumo Pontífice Inocencio. Diversos libros de San Agustín. 112

CAPÍTULO XIV.

El Papa Zósimo y el herege Celestio. Seductores artificios de Pelagio. Prailio de Jerusalem. Concilio de Antioquía. Concilios de Cartago. El Papa San Zósimo condena de nuevo solemnemente la heregía pelagiana. . 122

CAPÍTULO XV.

Edicto de Honorio contra los pelagianos. Respetuosa conducta del Concilio plenario de África para con el Papa. El herege Juliano. Extraordinarias virtudes de Santa Melánia la jóven. Mario Mercator. Conversion de los judíos de Menorca. Estado próspero del cristianismo en Persia, seguido de terrible persecucion. 131

CAPÍTULO XVI.

El Papa Bonifacio y el antipapa Eulalio. Muerte de San Gerónimo. Se estremecen las naciones en vista de prodigios formidables. Ley de Honorio contra los pelagianos. Diversas

obras de San Agustin. Edicto del Emperador
Constanzo contra los pelagianos: conversiones
de muchos de estos. Triunfo de San Agus-
tin sobre el pelagianismo. 138

CAPÍTULO XVII.

Reclamaciones y enseñanzas del Papa San Bo-
nifacio: su muerte. Santos mártires de Persia.
Bellísimo prodigio que se admira en el már-
tir Maarsapor. Santiago el interciso. Con-
version de Aspabeto, príncipe de los Sar-
racenos. Guerra de Teodosio con los persas.
Victoria milagrosa. Continuan los martirios
en Persia. 146

CAPÍTULO XVIII.

Admirabilísima historia del prodigioso peni-
tente San Simeon Stilita. 158

CAPÍTULO XIX.

El libro de San Agustin intitulado Enqui-
ridion. Muerte de Honorio. El protonotario
Juan se hace Emperador de Occidente. La
jóven poetisa Atenaide sube al trono de
Constantinopla por el camino de la desgra-
cia, casándose con el Emperador Teodosio.
Muerto Juan á manos del verdugo, entran
HISTORIA DE LA IGLESIA.—TOMO IV. 21

Placidia y su hijo Valentiniano III en posesion del imperio de Occidente. Leyes favorables á la Iglesia y al cristianismo. Destruccion prodigiosa del ejército de los Hunos. Calamidades. Multitud de prodigios obrados por las reliquias de San Esteban. Nuevos libros de San Agustin. Caida del conde Bonifacio. Los Vándalos pasan al África y con ellos desolacion imponderable. Mártires. Fortaleza de San Agustin: sus combates científicos con los arrianos. El herege Teodoro de Mopsuestia.. 172

CAPÍTULO XX.

Casiano. El semipelagianismo. Errores sobre la predestinacion: los combate San Agustin. San Próspero, San Honorato y Venancio. Conversion de Hilario. 185

CAPÍTULO XXI.

Extraordinarios sucesos del término de la vida de San Amador y eleccion de German para el obispado de Auxerre. San Lupo y San German van á la Gran Bretaña á defender la fé: serenan milagrosamente una tempestad: confunden á los maestros de la heregia pelagiana. Milagros de San German. Escenas bélico-religiosas. Conflictos en el África.

Muerte de San Agustin. Pasan á mejor vida
San Aurelio, San Alipio y Evodio. 192

CAPÍTULO XXII.

Nestorio y su heregía: le contradice en público el intrépido Eusebio. Persigue el herejarca á muchos monges, abades y sacerdotes seculares. San Próculo panegirista y defensor de la Madre de Dios. Nestorio envia sus sermones heréticos á todas las naciones: sus diversos efectos. Cartas de San Cirilo en contra de la heregía nestoriana. 205

CAPÍTULO XXIII.

Católicos y hereges nestorianos en Constantinopla. Persecucion y lucha. Calumnias contra San Cirilo. Tribulacion é inocencia del monge Victor. La perfeccion de las virtudes cristianas en San Cirilo. Sínodo del clero de Constantinopla. Cartas de San Cirilo y de Nestorio. Memoria de Mario Mercator contra los pelagianos: estos hereges son desterrados de Constantinopla. Otras cartas de San Cirilo y su recurso al Sumo Pontífice. Escritos de Casiano contra el nestorianismo. 219

CAPÍTULO XXIV.

El Papa San Celestino examina en un Con-

cilio los escritos de Nestorio y los de San Cirilo: condena los de aquel y aprueba los de este: escribe á los principales Obispos del Oriente y hace legado suyo á San Cirilo. San Cirilo y su Concilio Alejandrino envian á Nestorio sus doce anatematismos. Obstinacion y amaños de Nestorio. Convocatoria para el Concilio de Éfeso. Carta de Teodosio. Cuatro Prelados egipcios intiman á Nestorio la sentencia de deposicion fulminada contra él por el Sumo Pontífice. Anatematismos del Heresiarca contra la doctrina de San Cirilo: hallan buena acogida en Juan de Antioquía. Andres de Samosata escribe contra San Cirilo: el Santo se defiende victoriosísimamente. 229

CAPÍTULO XXV.

Juan de Antioquía mueve á Teodoreto á escribir contra San Cirilo. Principios y mérito de Teodoreto. Defensa de San Cirilo. Suceso maravilloso ocurrido en la tumba del filósofo Evagrio. Muerte de San Paulino. San Nilo y su hijo Teódulo: sus combates con los espíritus infernales: escritos de San Nilo: su fama. Milagro de San Platon.. . . . 243

CAPÍTULO XXVI.

Los Sarracenos se llevan cautivos á varios

monges: dan muerte á otros. Angustias del corazon de San Nilo: Dios guarda á su hijo Teódulo, se reunen y son ordenados de sacerdotes. Poderío de Alejandro para convertir almas: funda varios monasterios: el de Gomon. Admirable conversion, penitencia y muerte de Pelagia. San Nono. 252

CAPÍTULO XXVII.

Historia de Santa María Egipciaca y del venerando abad Zósimo. 264

CAPÍTULO XXVIII.

Disposiciones del Sumo Pontífice relativas al Concilio de Éfeso: los Obispos en dicha ciudad. Conducta de Nestorio. Ocupaciones de San Cirilo: como legado del Sumo Pontífice señala el dia de la apertura del Concilio. . 277

CAPÍTULO XXIX.

Apertura del Concilio de Éfeso: esfuerzos del conde Candidiano para impedirla. Citaciones hechas á Nestorio y negativas de este herejarca. Examínase maduramente en el Concilio el contenido de las cartas de San Cirilo y el de las de Nestorio. Despues de discutido el asunto, pronuncian los Padres su

imponente anatema contra la doctrina y persona del heresiarca. Prosigue el Santo Concilio de Éfeso examinando el principal objeto de su reunion: su sentencia solemne contra Nestorio. Reflexiones de Rhorbacher y de Bossuet. Triunfo de la Santísima Virgen. Júbilo é improvisada fiesta extraordinaria de la ciudad de Éfeso. 284

CAPÍTULO XXX.

Carácter de los sucesos ocurridos en los 31 primeros años del siglo quinto. 298

Obras del mismo autor que se hallan en Madrid en las librerías de Olamendi y Tejado, y en provincias en las de los corresponsales de Tejado.

Poesías Sagradas. La poesía sagrada tiene un carácter peculiar de elevacion y grandeza cuando la produce un buen ingenio, familiarizado con las augustas y fecundas verdades de nuestra adorable Religion; se presta admirablemente á reflexiones morales, y vuela por un campo lleno de consuelos, de misterios, de luz, de magestad y de gloria. Dificil es reunir las relevantes cualidades que requiere; pero las composiciones que el autor ha impreso antes de ahora, ya apreciadas por el público ilustrado, son una garantía de lo que ha de encontrar en las que contiene el volúmen de sus *Poesías Sagradas*, acerca de las cuales bastará decir que ninguna se halla inserta en sus obras anteriores, y que todas corresponden á su universal titulo de *Sagradas*, aunque el particular de algunas de ellas no lo haga esperar.

Un tomo en 8.º de 404 páginas, segunda edicion: su precio 7 rs. en Madrid y 8 en provincias, franco de porte.

Observaciones sobre las Bellezas Históricas del antiguo Testamento. Esta obra que está al alcance de toda clase de personas, se

distingue por su amenidad y por el modo nuevo de considerar la divina Escritura. Se habla en ella muy particularmente de las guerras, de los niños, mujeres y ángeles del antiguo Testamento, de su novedad, de sus peripecias, de la familia, el corazón humano y el pueblo de Dios contemplado en su conjunto.

Dos tomos en 8.º segunda edición: su precio 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

La Felicidad del Pensamiento. Segunda edición. En los primeros capítulos se establece la posibilidad de alcanzar alguna paz y dicha para nuestra mente; se la considera como una república de malos y buenos ciudadanos, que son sus pensamientos; y se proponen medios para combatir á aquellos, y agasajos y mando para estos. Discúrrase luego sobre lo que se requiere para lograr la felicidad del pensamiento, haciendo que contribuyan á ella los hermosos pensamientos publicados por otros, la historia con sus recuerdos, y las artes y la naturaleza con sus bellezas. Contémplase á la verdad como una excelente esposa del entendimiento, y se observa el modo con que forma la dicha de la mente, demostrando al mismo tiempo cuánto daño le hacen los errores y las pasiones. Y por último, se prueba que la religion y sus consuelos junto con las virtudes que enseña, son el remedio de los males del espíritu y la fuente de sus mas puros goces. Un tomo en 4.º mayor á 9 rs.

El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones. Por D. Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara. Esta obra es resultado de investigaciones históricas dirigidas á averiguar todo lo concerniente á los entendimientos privilegiados, observando sus tendencias, y como introduciéndose en lo mas íntimo de su vida intelectual para deducir principios y consecuencias, que forman un cuerpo de doctrina. En ella se combaten vulgares preocupaciones; se indican algunas de las causas que en nuestros dias contribuyen á que los talentos no produzcan los frutos que debieran; se examinan varias cuestiones curiosas, y se trata del origen, de la infancia, desarrollo, peligros, ventajas, desventajas, caracteres dominantes, defectos mas comunes y deberes del talento. Si bien se funda gran parte de ella en el raciocinio, puede asegurarse que no hay aridez filosófica. La amenizan la frecuencia con que el autor ha tenido que acudir á recuerdos de personajes célebres en la historia de la literatura y la velocidad con que corre de un pensamiento en otro, desenvolviendo rápidamente una dilatada série de ideas muy diversas.

Se halla de venta á 9 rs. en Madrid.

Poesías á la Reina de los cielos. Un tomo en 4.º mayor de 390 páginas. Segunda edicion. Su precio en Madrid 10 rs.

Observaciones sobre las Bellezas Profético-Poéticas de la Sagrada Biblia. Segunda edicion. Dos tomos en 8.^o: su precio 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.

Diálogos sobre los Niños del antiguo y nuevo Testamento. Dos tomos en 8.^o, su precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

El alma devota de la Santísima Eucaristía. Quinta edicion. Obra escrita en italiano por el Presbítero D. Juan Bautista Pagani, General de los Padres del Instituto de Caridad; Dos tomos en 8.^o menor.

El sabio Pagani ha encerrado en las consideraciones que contiene el primer tomo, lo mas afectuoso, tierno, instructivo y edificante que se ha escrito acerca del adorable Sacramento del altar y de la vida que hace en él nuestro divino Salvador, proponiéndonos por modelo las soberanas virtudes que en ella resplandecen, y mostrándonos el remedio de nuestras pasiones y flaquezas, sobre las cuales discurre como profundo filósofo cristiano. Aquí tienen las almas piadosas ámplia materia de meditacion y los predicadores una mina de pensamientos y afectos para hablar con solidez y uncion acerca de este inefable misterio.

El segundo tomito comprende devotísimos ejercicios para antes y despues de la sagrada Comunión y las prácticas y oraciones en honra del Santísimo Sacramento, á que están

concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices.

La traducción está hecha por D. Juan Manuel de Berriozabal, quien la ha adicionado con sus poesías al amoroso Dios sacramentado.

Precio de la obra 8 rs. en Madrid y 9 en provincias, franco de porte.

Pensamientos de San Juan Crisóstomo acerca de la Providencia, escogidos en las obras del Santo y ordenados y traducidos por D. Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara. Un tomo en 8.º: su precio 7 reales en Madrid.

Observaciones sobre las bellezas religiosas y los consuelos que se hallan en la vida de nuestro adorable Salvador, ó sea en el Evangelio. Segunda edición. Un tomo 10 rs. en Madrid.

EN LA EXPRESADA LIBRERÍA CATÓLICA INTERNACIONAL DE TEJADO, SE HALLARÁN ENTRE OTRAS MUCHAS LAS SIGUIENTES OBRAS:

Afectos á la Purísima Virgen María, por el P. Gerardo Aranda Novés, teólogo que fue de la Compañía de Jesús en los dominios del Rey de España en Asia. Segunda edición. Un tomo, 7 rs. en Madrid.

Explicación metódica de los salmos para enseñanza de la vida espiritual y conocimien-

to de Dios y del mundo, escrita en italiano y distribuida en lecciones por el P. Fernando Zucconi, de la Compañía de Jesús, en holandesa. 2 tomos, 18 rs. en Madrid.

Ensayo sobre el Catolicismo en sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre, por D. Juan Manuel Orti y Lara. Un tomo, 8 rs. en Madrid.

Floresta de la literatura sagrada de España, ó coleccion de pensamientos escogidos de nuestros autores de mayor mérito, por Don Ramon Tavarés y Lozano. 4 tomos, 32 rs. en Madrid.

Lecciones sobre el sistema de filosofia pan-teística de Federico Krause, por D. Juan Manuel Orti y Lara. Un tomo, 12 reales en Madrid.

Coleccion de poesias festivas, escogidas por el viejo, 3 tomos, 15 rs. en Madrid.

El aliento del alma devota, por el sacerdote D. José Frassinetti, Prior de Santa Sabina de Génova, con un apéndice del mismo sobre el santo temor de Dios, tercera edicion. Un tomo, 4 rs. en Madrid.

El Consejero de las casadas, correspondencia epistolar del Doctor D. Gregorio Cantueso con varias señoras. Un tomo, 4 rs. en Madrid.

Historia de la milagrosa conversion de Mr. Ratisbone. Tercera edicion. Un tomo, 6 reales en Madrid.

Representaciones de las excelencias y prerogativas de la Madre del divino Salvador. Un tomo, 4 rs. en Madrid.

Acta Sanctorum, por los RR. PP. Bolandistas, reproduccion de la edicion de Anvers por J. Carnandet, con notas del P. Papedrock, 54 volúmenes en fólío, ilustrados, à 180 rs. el volúmen.—La continuacion por los nuevos Bolandistas comprenderá los tomos 55, 56, 57, 58, 59 y 60.

Theologicæ, cursus completus ex tractatibus omnium perfectissimis ubique habitis, et a magna parte Episcoporum necnon theologorum Europæ catholicæ, universim ad hoc interrogatorum, designatis, unice conflatus, plurimis annotantibus presbyteris ad docendos levitas pascendosve populos alte positus. Edicion de Migne. 28 tomos en fólío, 640 rs. en adrid.

Annales ecclesiastici quos post Cæsarem S. R. E. Card. Baronium Odoricum Raynaldum ac Jacobum Laderchium presbyteros congregationis oratorii de urbe ab an. MDLXXII ad nostra usque tempora continuat Augustinus Theiner. 3 tomos, edicion romana, 400 rs.

Soirées de Saint-Petersbourg, suivies d'un traité sur les Sacrifices, por el conde De Maistre. 2 tomos, en rústica, 50 rs. en Madrid.

Sancti Joannis Chrysostomi, opera omnia, edicion de Migne. 13 tomos en 9 volúmenes en fólio, 260 rs. en Madrid.

Compendium Theologiæ moralis, auctore P. Joanne Petro Gury. Última edicion española. 2 tomos en 4.º, 60 rs. en Madrid.

PATROLOGIA, EDICION DE MIGNE.

PADRES LATINOS.

Tertullianus. Opera omnia. 2 tomos en fólio, rústica, 70 rs.

S. Cyprianus, Minucius Felix, SS. Cornelius, Lucius, Stephanus. Op. omn. 2 tomos id., 70 rs.

S. Ambrosius. Op. omn. 4 tomos id., 140 reales.

SS. Phœbadius, Anastasius, Sulpicius Severus, S. Chromatius, etc. Op. omn. Un tomo id., 40 rs.

Dextrius, Orosius, Leporius, etc. Opera omnia. Un tomo id., 40 rs.

S. Hyeronimus. Op. omn. 9 tomos idem, 290 rs.

Prudentius. Op. omn. Un tomo id., 35 reales.

SS. Gelasius, Avitus, Faustinus, Joannes, etc. Op. omn. Un tomo id., 35 rs.

S. Isidorus hispal. Op. omn. 4 tomos idem, 140 rs.

Liturgia mozarabica. 2 tomos id., 70 rs.

Dyonisius exiguus, S. Cæsareus, Facundus hermianensis. Op. omn. Un tomo id., 36 rs.

S. Gregorius Magnus. Op. omn. 5 tomos idem, 180 rs.

SS. Hildephonsus, Leodegarius, Julianus, Lullus, Beatus; Leo II, Benedictus II, Joannes V. etc. Op. omn. Un tomo id., 40 rs.

S. Petrus Damianus. Op. omn. 2 tomos idem, 70 rs.

Isidorus Mercator, Marcus Valerius Probus. Op. omn. Un tomo id., 36 rs.

S. Bernardus. Op. omn. 4 tomos id., 140 reales.

Lanfrancus cantuar., Rynaldus Rem., arch. Deusdedit, Gerardus II, etc., etc., etc. Opera omnia. Un tomo id., 40 rs.

S. Anselmus. Op. omn. 2 tomos id., 80 reales.

Petrus Lombardus, magister sententiarum. Opera omnia. 2 tomos id., 80 rs.

S. Sylvester II, Joannes XVIII, Sergius IV, Benedictus VIII, etc. Op. omn. Un tomo id., 36 rs.

S. Gregorius VII. Epistolæ et diplomata. Opera omnia. Un tomo id., 36 rs.

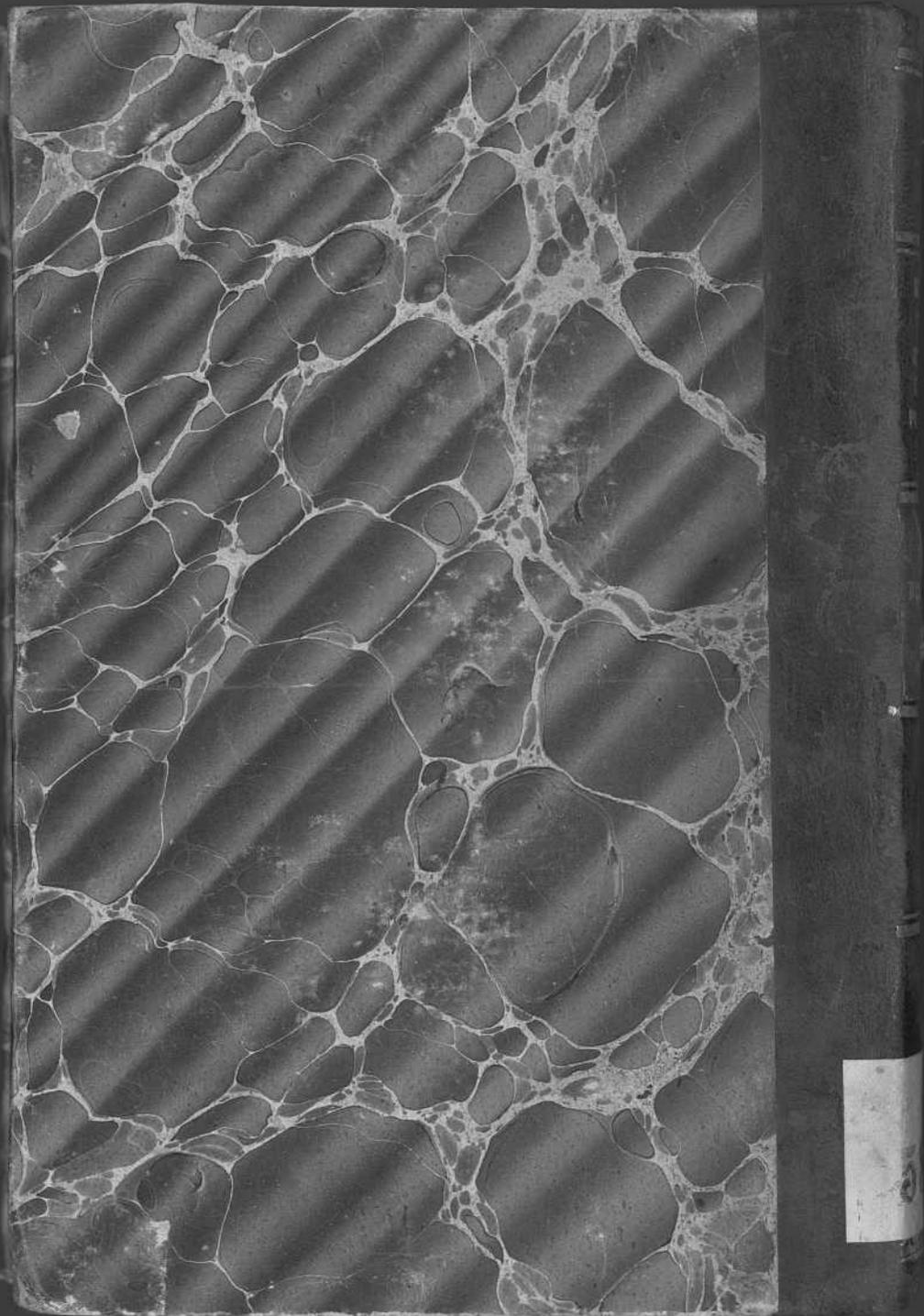
Sancta Hildelgarda, abbatissa. Op. omnia. Un tomo id., 36 rs.

S. Eugenius III, Ulgerius, etc. Op. omnia. Un tomo id., 40 rs.

Petrus venerabilis, Wibaldus, etc. Opera omnia. Un tomo id., 40 rs.

Inocentius III. Op. omn. 4 tomos id., 150 reales.

S. Augustinus. Op. omn. 16 tomos id., 430 reales.



HISTORIA
DE LA
IGLESIA
EN SUS
PRIMEROS
SIGLOS

BERRIOZARTE

A

886